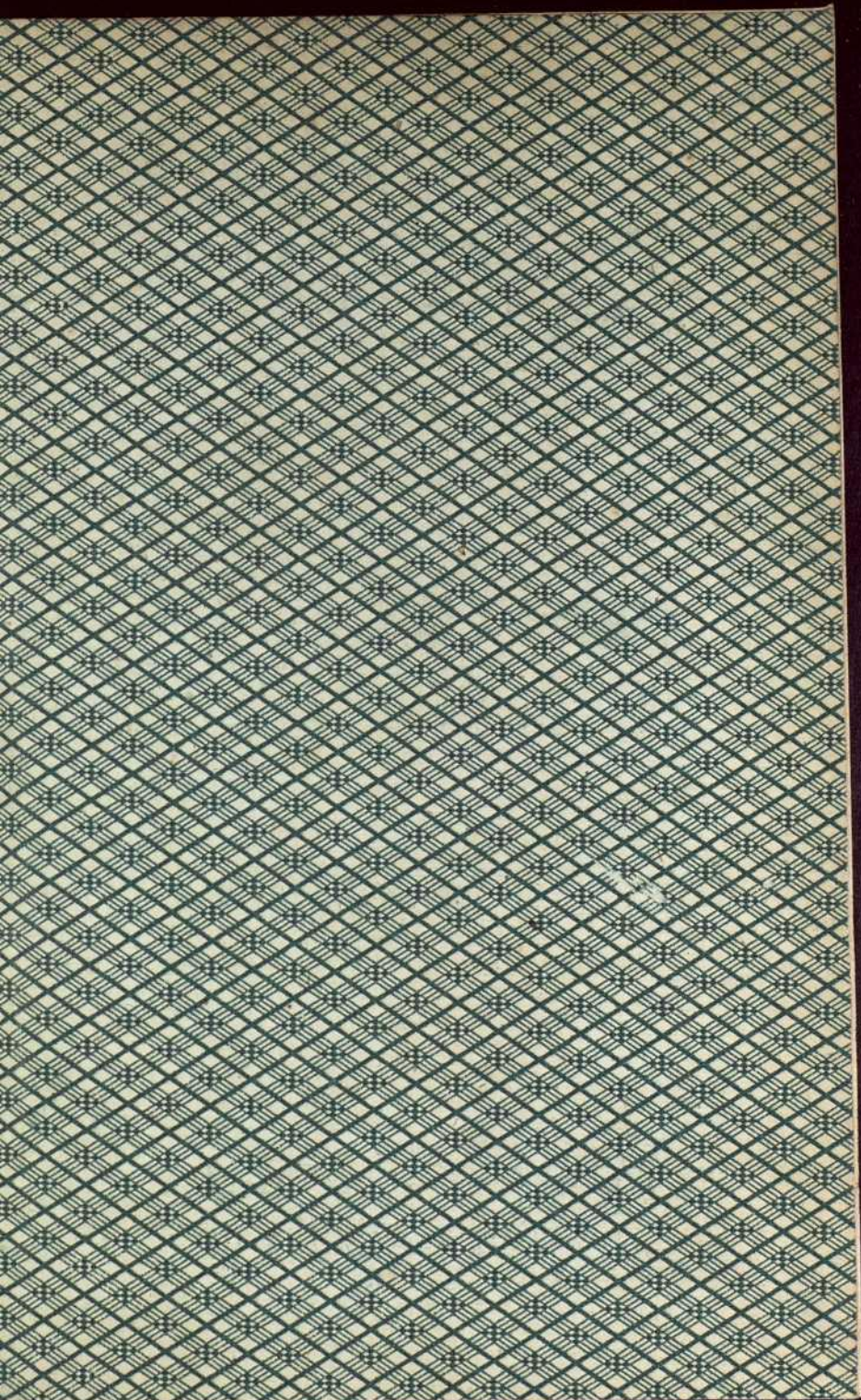


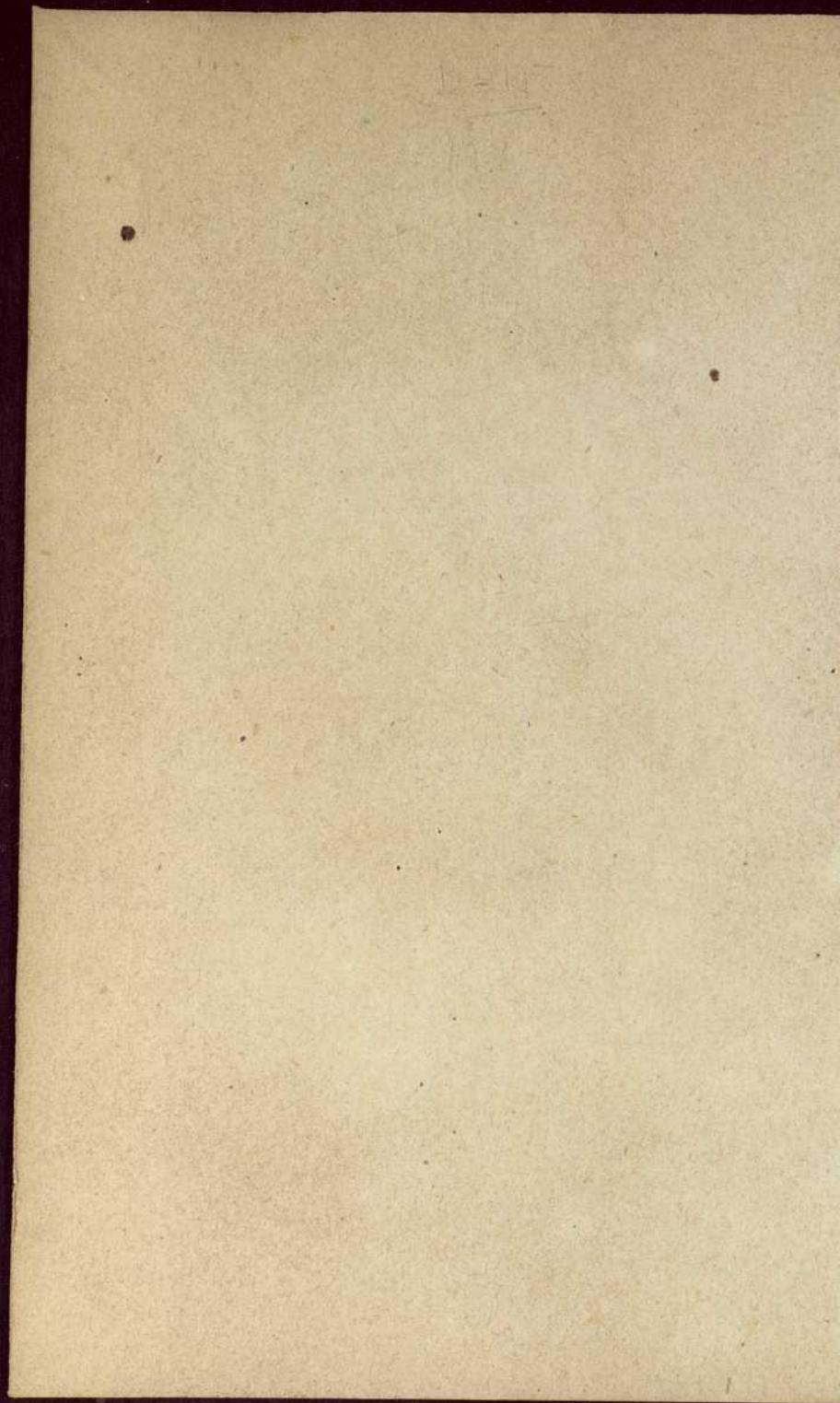
50000482834

Bibl. General i Històrica











IV  
3253

**OBRAS COMPLETAS**

DEL VIZCONDE

**DE CHATEAUBRIAND.**

**TOMO XIX.**





OPUSCULO  
DE  
DE  
DE

---

*Es propiedad de la casa de CABRERIZO.*

---

A. 86. 708









De Tondoro Blasco Soler  
1744.

**MALESHERBES.**

Defensor de Luis XVI.

*Publicada por Cabrero Val.*



D-114

VARIETADES  
LITERARIAS,  
DE LOS VIEGOS  
DE CHATEAUBRIAND.

Tomos unicos.

VALENCIA

IMPRESA

DE D. MARIANO DE CARRERIZO.

(1845.)

1845.





111

MADE IN GERMANY

MADE IN GERMANY

MADE IN GERMANY



D-114  
50

**VARIETADES**  
**LITERARIAS,**  
POR EL VIZCONDE  
**DE CHATEAUBRIAND.**

**Tomo único.**



**VALENCIA:**  
IMPRESA  
**DE D. MARIANO DE CABRERIZO.**  
(Editor.)  
**1845.**



UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

DEPARTMENT OF CHEMISTRY

1900

UNIVERSITY OF CHICAGO

LIBRARY

DEPARTMENT OF CHEMISTRY

1900

Δ 482829  
L 482834



## PRÓLOGO.

---

*Cuando despues de una emigracion penosa, regresé yo á mi patria en 1800, mi amigo M. de Fontanes, que redactaba el Mercurio de Francia, me invitó á escribir en aquel periódico, con la mira de ir restableciendo las sanas doctrinas relijiosas y monárquicas.*

*Acepté, y antes de haber publicado la Atala, antes de ser conocido, pues mi Ensayo histórico habia quedado sepultado en Inglaterra, escribí algunos artículos en el Mercurio. Esta polémica no estaba esenta de peligros; porque en aquella época no podia llegarse á la política sino por la literatura, y la policia de Bonaparte tenia un oido muy fino: el torreón de Vincennes, los desiertos de la Guiana y el llano de Grenele, aguardaban aun, si necesario era, á los escritores realistas. Por poco no me costó caro mi primer artículo sobre el viaje por España de M. Laborde: Bonaparte dijo que me haria dar de cuchilladas en las escaleras de su palacio; estas fueron sus propias palabras. Luego decretó la su-*

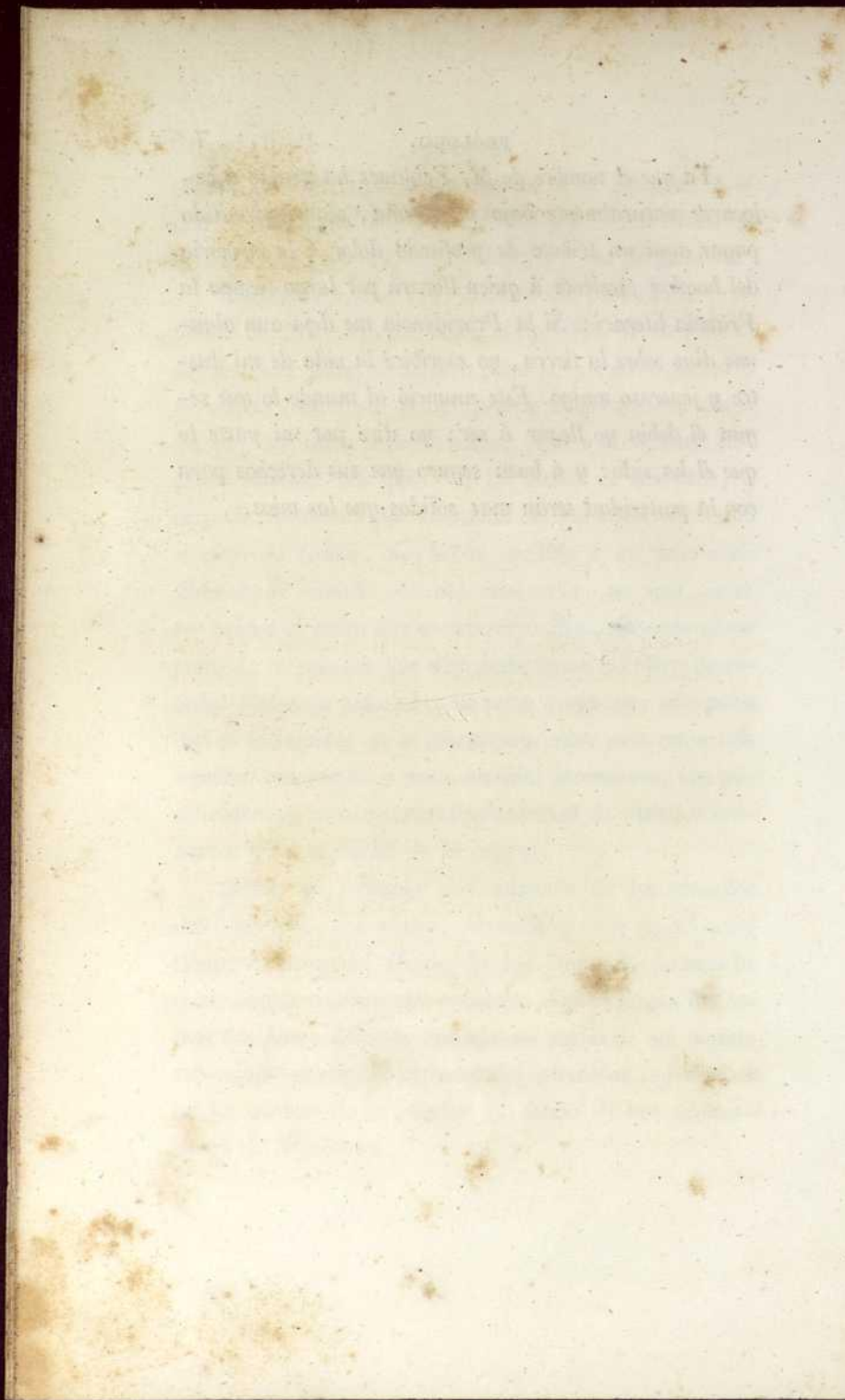
*presion del Mercurio y su reunion á la Década; y el diario de los Debates, que habia osado reproducir el artículo, fue poco despues arrebatado á sus propietarios*

*Cuando regresó el rey, reclamé del gobierno la propiedad del Mercurio que habia comprado á M. de Fontanes por una suma de 20000 francos; y estaba yo creido de que la causa que hizo suprimir aquella obra, daria un poco de valor á mi derecho; pero me engañé. Reclamé tambien una parte de mi sueldo de ministro, y no pude obtenerla, por la razon de que habiendo hecho el viaje de Gante, no habia acudido á mi puesto de Estocolmo: cuando salí del ministerio, no solo no se me asignó el retiro que me correspondia, sino que se me privó de la pension que disfrutaba como ministro de estado. Recuerdo todo esto, no para quejarme, sino para que en lo sucesivo no se descarguen sobre otro estas miserables venganzas y estas innobles economias, tan poco conformes con la natural jenerosidad de nuestros monarcas y la dignidad de la corona.*

*Habia yo formado una coleccion de los articulos del Mercurio, los cuales, reunidos á otros sacados del Conservador y del Diario de los Debates, forman la coleccion que contiene este volumen. Jamás fueron las letras tan honrosas como cuando en medio de un mundo subyugado proclamaban verdades atrevidas, y hacian oír los acentos de la libertad en medio de las aclamaciones de la victoria.*



*Ya que el nombre de M. Fontanes ha venido á colocarse naturalmente bajo mi pluma, séame permitido pagar aquí un tributo de profundo dolor á la memoria del hombre excelente á quien llorará por largo tiempo la Francia literaria. Si la Providencia me deja aun algunos dias sobre la tierra, yo escribiré la vida de mi ilustre y jeneroso amigo. Este anunció al mundo lo que segun él debia yo llegar á ser; yo diré por mi parte lo que él ha sido: y á buen seguro que sus derechos para con la posteridad serán mas sólidos que los míos.*





# VARIEDADES

## LITERARIAS.

---

### DE LA INGLATERRA

### Y DE LOS INGLESES.

---

Junio de 1800.

**S**i un instinto sublime no ligase al hombre á su patria, su condicion mas natural sobre la tierra seria la de viajero; porque existe en su corazon cierta inquietud que le impele sin cesar fuera de sí: quiere verlo todo, y se entristece y queja cuando todo lo ha visto. Yo he recorrido algunas rejiones del globo; pero confieso que he observado mas el desierto que los hombres, entre los cuales, en último resultado, suele encontrarse con mucha frecuencia la soledad.

He permanecido poco entre los alemanes, portugueses y españoles; pero he vivido mucho tiempo entre los ingleses: este es hoy el único pueblo que disputa el imperio á los franceses, y de consiguiente hasta sus mas insignificantes pormenores no pueden dejar de ser interesantes.

Erasmus, que es á mi ver el viajero mas antiguo que ha hablado de los ingleses, hallándose en Lón-

dres en tiempo de Enrique III, solo vió bárbaros y chozas ahumadas. Mucho tiempo despues Voltaire, que necesitaba un filósofo perfecto, le colocó entre los cuákeros á las orillas del Támesis. Las tabernas de la Gran-Bretaña fueron la residencia de los incrédulos, de la verdadera libertad, &c. &c., aunque sea harto conocido que la Inglaterra es el pais del mundo donde menos se habla de relijion y mas se la respeta, donde menos se ajitan esas cuestiones ociosas que turban los imperios.

Yo creo que el secreto de las costumbres inglesas debe buscarse en el orijen de este pueblo: mezcla de sangre francesa y alemana, forma el matiz entre estas dos naciones; y su política, su milicia, su literatura, sus artes, su carácter nacional, me parece se hallan colocados en este medio; pues que á mi ver, á la sencillez, á la calma, á la sensatez y al mal gusto jermánico, reunen en parte los ingleses el esplendor, la grandeza, la audacia y la vivacidad del jenio frances.

Inferiores á nosotros bajo muchos respetos, nos superan en algunos otros, particularmente en todo lo que tiene relacion con el comercio y las riquezas. Tambien nos esceden en limpieza, y es sin duda notable que este pueblo que parece tan pesado, tiene en sus muebles, sus trajes y sus manufacturas, una elegancia que á nosotros nos falta. Parece que el ingles ponga en el trabajo de las manos la delicadeza que nosotros ponemos en el del jenio.

El principal defecto de la nacion inglesa es el orgullo; mas este es el defecto de todos los hombres, y lo mismo domina en París que en Lóndres, aunque



modificado por el carácter frances, y trasformado en amor propio. El orgullo puro pertenece al hombre solitario, que nada oculta, porque no está obligado á ningun sacrificio; mas el hombre que vive mucho tiempo en compañía de sus semejantes, se ve precisado á disimular su orgullo, y ocultarle bajo las formas mas agradables y variadas del amor propio. En jeneral las pasiones son mas rudas y prontas en los ingleses, y mas activas y refinadas en los franceses. El orgullo del primero quiere someterlo todo á la fuerza en un instante; el amor propio del segundo lo mina todo con lentitud. En Inglaterra se aborrece á un hombre por un vicio, por una ofensa; en Francia no se necesita tal motivo, basta tener alguna ventaja en la figura ó en la fortuna, el buen éxito de un negocio, una agudeza celebrada; y este odio que se forma de mil pequeñas vergonzosas, no es menos implacable que el que nace de una causa mas elevada. No hay pasiones mas peligrosas que las que nacen de un orijen humilde; porque á estas el conocimiento de su bajeza las pone furiosas, y procuran cubrirla bajo la sombra de los crímenes, adquiriendo por los efectos una especie de espantosa grandeza, de que por su orijen carecen: esto es lo que probó la revolucion.

En Inglaterra comienzan muy temprano la educacion: á las muchachas las envian muy niñas á la labor. Algunas veces se ven grupos de estas inglesitas, cubiertas con grandes manteletas blancas, un sombrerito de paja atado por bajo la barba con una cinta, y una cesta pendiente del brazo, en la cual llevan algunas frutas y un libro: todas van con los ojos bajos, y se

ruborizan cuando las miran. Cuando yo vi á nuestras francesitas muy peinadas y llenas de esencia, sosteniéndose la cola del traje, mirando con descaro, gorgojeando tonadas amorosas, y tomando lecciones de declamacion, eché menos la rudeza y el pudor de las inglesitas. Un niño sin inocencia es una flor sin aroma.

Los muchachos pasan tambien sus primeros años en la escuela, donde aprenden el griego y el latin, y los que se dedican á la iglesia ó la carrera política, se trasladan luego á las universidades de Cambridge ó de Oxford. La primera está particularmente consagrada á las matemáticas, en memoria de Newton; pero los ingleses en jeneral hacen poco aprecio de este estudio, que creen peligroso á las buenas costumbres, si se lleva á muy alto punto. Les parece que las ciencias secan el corazon, desencantan la vida, y llevan á los entendimientos débiles al ateismo, y del ateismo á todos los crímenes. Las bellas letras, por el contrario, dicen, llenan de júbilo nuestros dias, enternecen nuestras almas, nos inspiran fe en la Divinidad, y de esta manera nos conducen por la fe á la práctica de todas las virtudes (1).

La agricultura, el comercio; la milicia, la religion y la política, tales son las carreras abiertas á un ingles desde el momento en que llega á ser hombre. Si es lo que se llama un *gentleman farmer* (un hacendado), vende su trigo, hace experimentos sobre la agricultura, se ejercita en la caza de las zorras ó las perdices por otoño, se come su ganso cebado por Navidad; canta el *roast beef of old England*; se queja

(1) Gibbon, *Lit. etc.*



de lo presente, y pondera lo pasado, que por cierto no valia mucho mas; y al mismo tiempo que maldice á Pitt y la guerra que encarece el vino de Porto, se acuesta borracho, para empezar al dia siguiente la misma vida.

La carrera militar, tan brillante en tiempo de la reina Ana, habia caido en un descrédito, de que la presente guerra la ha sacado. Los ingleses estuvieron largo tiempo sin pensar siquiera en dirigir sus fuerzas hácia la marina, y solo querian distinguirse como potencia continental. Esto era un resto de las rancias preocupaciones que tenian como deshonroso el comercio. Los ingleses han tenido siempre una fisonomía histórica, que los ha distinguido en todos los siglos; de modo que la Inglaterra y la Francia son las únicas naciones de Europa que merecen propiamente este nombre. Cuando nosotros teníamos nuestro Carlomagno, tenian ellos su Alfredo; sus arqueros disputaban la celebridad de nuestra infantería galesa; su príncipe Negro disputaba la palma á nuestro Du Guesclin, y sus Marlboroughs á nuestros Turenas. Sus revoluciones y las nuestras van siempre una en pos de otra; de manera que podemos lisonjearnos de las mismas glorias, deplorar los mismos crímenes, y llorar las mismas desgracias.

Desde que la Inglaterra se ha hecho potencia marítima, ha desplegado su jenio particular en esta nueva carrera, distinguiéndose sus marinos entre todos los del mundo. La disciplina de sus buques es singular: el marinero ingles es absolutamente esclavo. Llevado abordo por fuerza, obligado á servir contra su volun-

tad, aquel hombre tan independiente cuando era labrador, parece que pierde todos sus derechos á la libertad luego que se convierte en marinero; sus jefes le cargan con un yugo el mas duro á la par y el mas humillante. Pero ¿en que consiste que unos hombres tan orgullosos y tan mal tratados, se someten á semejante tiranía? Ese es el milagro de un gobierno libre: consiste en que el nombre de la ley es omnipotente en aquel pais, y cuando ella habla, nadie resiste.

Yo no creo que nosotros podríamos ni deberíamos jamás trasportar á nuestros buques la disciplina inglesa. El frances, vivo, franco, jeneroso, quiere relacionarse con su jefe, al que considera mas bien como camarada que como capitán. Por otra parte, una servidumbre tan absoluta como la del marinero ingles, solo puede emanar de una autoridad civil, y seria muy de temer que nuestros marinos la despreciasen; porque el frances, por desgracia, antes obedece al hombre que á la ley, y sus virtudes, antes son virtudes privadas que públicas.

Nuestros oficiales de marina eran mas instruidos que los ingleses; porque estos solo sabian sus maniobras, y aquellos eran matemáticos y hombres sábios en todos los jéneros. Nosotros en jeneral desplegamos en la marina nuestro verdadero carácter: en ella aparecemos como guerreros y como artistas. Luego que tengamos buques reivindicaremos nuestro derecho de primogenitura en el Océano como en tierra. Tambien podremos hacer observaciones astronómicas y viajes alrededor del mundo; mas en cuanto á ser jamás un pue-



blo de comerciantes, creo que desde luego podemos renunciar. Nosotros lo hacemos todo por jenio y por inspiracion, pero somos poco constantes en nuestros proyectos. Bien podrá suceder que descolle entre nosotros un gran hacendista; un hombre muy osado en empresas mercantiles; pero ¿seguirá su hijo la misma carrera? ¿no pensará mas en gozar de la fortuna de su padre que en aumentarla? Con semejante carácter jamás llega una nacion á ser comerciante. El comercio ha tenido siempre entre nosotros un no sé qué de poético y fabuloso, como el resto de nuestras costumbres. Nuestras manufacturas fueron creadas como por encanto; tuvieron un gran brillo, pero despues se han eclipsado. Mientras Roma fue prudente, se contentó con las musas y Júpiter, y dejó á Cartago su Neptuno. Este dios al fin solo tenia el segundo imperio, y Júpiter tambien lanzaba sus rayos sobre el Océano.

El clero anglicano es instruido, hospitalario y generoso; ama á su patria, y sirve poderosamente al sostenimiento de las leyes. A pesar de la diversidad de opiniones, recibió al clero frances con una caridad verdaderamente cristiana: la universidad de Oxford hizo imprimir á sus espensas, y distribuyó gratis á los sacerdotes pobres, un Nuevo Testamento latino, segun la version romana, con estas palabras: *Para el uso del clero católico desterrado en odio de la religion*. No hay cosa mas tierna y delicada, y es sin duda un hermoso espectáculo para la filosofia el ver á fines del siglo dieziocho á un clero *anglicano* dando hospitalidad á unos sacerdotes *papistas*, tolerar el ejercicio público de su culto, y aun el establecimiento de algunas co-

munidades. ¡Estrañas vicisitudes de las opiniones y los negocios humanos! El grito de ¡un papa! ¡un papa! hizo la revolucion en tiempo de Carlos I, y Jacobo II perdió la corona por haber protegido la relijion católica.

Los que se asombran al solo nombre de relijion, no conocen absolutamente el espíritu humano: siempre ven á esta relijion tal como era en las edades de fanatismo y de barbarie, sin considerar que como todas las demas instituciones, va tomando el carácter de los siglos.

Sin embargo el clero ingles no está esento de defectos. Descuida sobrado sus deberes, es muy aficionado á los placeres, da muchos bailes, y toma sobrada parte en las fiestas del mundo. No hay cosa mas chocante para un extranjero que el ver á un *ministro* jóven paseando pausadamente á una linda muchacha por entre las dos filas de una contradanza inglesa. Un sacerdote debe ser un personaje enteramente divino, á quien ha de rodear la virtud y el misterio; que viva retirado en las tinieblas del templo; que sus apariciones entre los hombres sean muy raras; y en una palabra, que no se muestre en medio del siglo, sino para hacer bien á los desgraciados. A este precio se conceden al sacerdote el respeto y la confianza, y no tardará á perder uno y otro si se sienta en un banquete á nuestro lado, si nos familiarizamos con él, si tiene todos los vicios de la época, y si llega un momento en que podamos sospechar que es tan débil y frágil como los demas hombres.

Los ingleses despliegan una gran pompa en sus



fiestas religiosas; y aun ahora han empezado á adornar sus templos con cuadros. Al fin han conocido que una religion sin culto no es mas que el sueño de un frio entusiasmo, y que la imaginacion del hombre es una facultad que debe alimentarse como la razon.

La emigracion del clero frances contribuyó mucho á esparcir estas ideas, pudiendo notarse desde luego que por un regreso natural hácia las instituciones de sus padres, los ingleses se complacian hacia mucho tiempo en poner en escena, en el teatro y en sus libros, á la religion romana.

En estos últimos tiempos el catolicismo llevado á Lóndres por los sacerdotes desterrados de Francia, se muestra á los ingleses precisamente como en sus novelas, al traves del encanto de las ruinas y el poder de los recuerdos. Todo el mundo quiso oir la oracion fúnebre de una princesa de Francia, pronunciada en una caballeriza de Lóndres por un obispo emigrado.

La iglesia anglicana ha conservado principalmente la mayor parte de los honores que tributa la iglesia romana á los difuntos.

En todas las ciudades grandes de Inglaterra existen algunos hombres llamados *undertakers* (empresarios) que se encargan de las pompas fúnebres. Muchas veces se lee en sus tiendas. *KING'S COFFINMAKER*, fabricante de ataúdes del rey; ó bien *Funerals performed here*; á la letra *aquí se representan funerales*. Hace ya largo tiempo que solo se ven entre nosotros representaciones del dolor; y preciso es comprar lágrimas cuando nadie las derrama sobre nuestras cenizas. Los últimos honores que se tributan á los hombres, serian

por cierto bien tristes si estuviesen despojados de los signos de la relijion: la relijion nació en los sepulcros, y los sepulcros no pueden pasarse sin ella. Es muy bello que la voz de la esperanza se levante del fondo de una tumba; es muy bello que el sacerdote del Dios vivo acompañe las cenizas del hombre á la última morada; esto es en cierto modo la inmortalidad que camina á la cabeza de la muerte.

La vida política de un ingles es harto conocida en Francia; pero se ignoran jeneralmente los partidos que dividen hoy dia el parlamento.

Ademas del partido de la oposicion y el del ministerio, existe otro que puede llamarse de los *anglicanos*, y á la cabeza del cual se halla M. Wilberforce. Compónese de un centenar de miembros firmemente adheridos á las costumbres antiguas, y sobre todo á la relijion. Sus mujeres se visten como unas cuakeresas. Ellos mismos afectan una sencillez estremada, y dan á los pobres una gran parte de sus rentas: M. Pitt pertenece á esta secta, y ellos son los que le elevaron y le han sostenido en el ministerio; porque inclinándose ya á un lado, ya á otro, están casi seguros de determinar la mayoría. En el último negocio de Irlanda, alarmados con las promesas que M. Pitt habia hecho á los católicos, le amenazaron con que se pasarían á la oposicion. Entonces el hábil ministro hizo dimision para conservar sus amigos, cuya opinion es interiormente la suya, y para salir del paso difícil en que las circunstancias le habian empeñado. Si el bill en favor de los católicos pasa, no se atraerá el odio de los anglicanos; y si, por el contrario, es desechado, los



católicos irlandeses no podrán echarle en cara que falta á su palabra..... Se preguntó en Francia si M. Pitt habia perdido el crédito al perder su silla; un solo hecho debiera haber contestado á esta pregunta: *M. Pitt todavía es miembro de la cámara de los comunes*. Cuando se le vea elevado á la dignidad de par, y pase á la cámara alta, habrá terminado su carrera.

Aqui se comete el error de atribuir alguna influencia á la pura oposicion. Ésta ha perdido absolutamente la opinion; porque ni tiene grandes talentos ni verdadero patriotismo. El mismo M. Fox no puede ya nada con ella; porque la edad y los escesos de la mesa le han quitado casi toda su elocuencia, y se sabe que su amor propio ofendido, es la razon principal que le ha tenido tanto tiempo separado del parlamento.

El bill que escluye de la cámara de los comunes á todo miembro que háya recibido las órdenes sagradas, tambien ha sido mal interpretado en París, porque se ignoraba que este bill no tiene otro objeto que el de apartar de la cámara á M. Horn Tooke, hombre de talento, enemigo violento del gobierno, en otro tiempo eclesiástico, luego refractario, algun dia amigo del poder, hasta el punto de haber sido atacado en las cartas de Junio, y luego convertido como tantos otros en apóstol de la libertad.

El parlamento ha perdido en M. Burke á uno de sus miembros mas distinguidos. Detestaba la revolucion, pero es menester hacerle justicia: ningun ingles ha amado mas á los franceses en particular, ni ha celebrado con mas imparcialidad su valor y su jenio. Aunque no era muy rico, fundó una escuela para los

niños franceses espatriados, y pasaba en ella dias enteros admirando el ingenio y la vivacidad de aquellas criaturas. A este propósito solia referir una anecdota: habiendo llevado á aquella escuela al hijo de un lord, los pobres niños quisieron que jugase con ellos; pero el lord no quiso, y decia con ceño: *No, yo no quiero á los franceses*. Uno de los chicuelos, viendo que no podia sacarle otra respuesta, le dijo: *Eso no es posible; vos tenéis sobrado buen corazon para aborrecernos; pero ¿no podria ser que tomaseis el temor por odio?*

Ahora correspondia hablar de la literatura y de los literatos; mas este punto nos llevaria sobrado lejos, y pide un artículo aparte. Me contentaré, pues, con referir algunos juicios literarios que me han sorprendido, porque están en abierta contradiccion con las opiniones recibidas.

Richardson es poco leído: le tachan de una pesadez insufrible, y de bajeza en el estilo. Hume y Gibbon, se dice que han perdido el jenio de la lengua inglesa, plagando sus escritos de galicismos; y al primero le acusan de pesado é inmoral. Pope solo es reputado por un versificador exacto y elegante; y Johnson pretende que su *Ensayo sobre el hombre* no es mas que una compilacion de lugares comunes hecha en hermosos versos; de manera que el título de poetas se dá esclusivamente á Dryden y á Milton. *El Espectador* está casi olvidado; rara vez se oye hablar de Locke, á quien miran como un ideólogo muy mediano, y fuera de los sábios de profesion nadie lee á Bacon. Solo Shakspeare conserva su imperio por una razon que facilmente se echará de ver en el rasgo siguiente:



Hallábame en el teatro de *Covent-Garden*, que como se sabe trae su nombre del jardin de un antiguo convento donde está edificado. Estaba sentado junto á mi un hombre muy bien puesto, el cual me preguntó, *qué salon era aquel en donde se encontraba*. Yo le miré asombrado, y le contesté: *Estais en Covent-Garden*. — *¡Pretty garden indeed!* » ¡Hermoso jardin por cierto!” exclamó soltando la carcajada, y presentándome una botella de rom. Era un marinero de la Cité, que pasando por casualidad por aquella calle á la hora de la funcion, y viendo la jente que se agolpaba á una puerta, se habia entrado alli por su dinero, sin saber que era aquello.

• ¿Como podrian los ingleses tener un teatro soportable, cuando la concurrencia de sus patios se compone de espectadores que acaban de llegar de Bengala ó de la costa de Guinea, y que ni siquiera saben donde se hallan? Shakspeare debe reinar eternamente en semejante pueblo. Se cree justificarlo todo diciendo que las locuras del trájico ingles están en la naturaleza; mas aun cuando esto fuese cierto, no siempre mueven las cosas naturales: natural es temer la muerte, y sin embargo una víctima que se lamenta, seca las lágrimas que por ella se vertian. El corazon humano quiere mas de lo que puede; y sobre todo quiere admirar: hay en él una especie de impulso hácia no sé qué belleza desconocida, para la cual fue tal vez criado en su orijen.

Hay tambien alguna consideracion mas grave. Un pueblo que en punto á artes ha estado siempre casi en estado de barbarie, puede continuar admirando unas

producciones bárbaras, sin que de este hecho pueda sacarse consecuencia alguna que le sea desventajosa; mas una nacion que tiene obras acabadas en todos jéneros, no sé yo hasta qué punto podrá llegar á amar cosas monstruosas sin esponer sus costumbres; y en esto consiste el que la pasion por Shakspeare sea mucho mas peligrosa en Francia que en Inglaterra. Entre los ingleses solo hay ignorancia; entre nosotros hay depravacion. En un siglo de luces, las buenas costumbres de un pueblo muy civilizado están mas ligadas al buen gusto de lo que comunmente se cree. El mal gusto, entonces que existen tantos medios para restablecerse, solo puede provenir de una falsedad ó de un desvío natural en las ideas; y como el entendimiento obra continuamente sobre el corazon, es muy dificil que las vias de éste sean rectas, cuando las de aquel son tortuosas. El que ama la fealdad no está muy lejos de amar el vicio; el que es insensible á la belleza, cerca está de desconocer la virtud. El mal gusto y el vicio casi siempre caminan juntos; porque el primero no es otra cosa que la espresion del segundo, asi como la palabra lo es del pensamiento.

Voy á terminar esta noticia diciendo algunas palabras sobre el suelo, el cielo y los monumentos de Inglaterra.

En las campiñas de esta isla casi no se ven pájaros, los rios son poco caudalosos; pero sus orillas sin embargo agradan por su soledad. La verdura anima los campos; y aunque hay pocos ó ningunos bosques, como cada propiedad está cercada de un foso plantado, cuando se mira de lo alto de una eminencia, cree uno



hallarse en medio de una selva. Al primer golpe de vista la Inglaterra se parece bastante á la Bretaña: por todas partes se ven matorrales y campos rodeados de arboledas.

El cielo de aquel pais está menos elevado que el nuestro; su azul es mas vivo, pero menos trasparente, y los efectos de la luz son muy bellos á causa de las muchas nubes. En verano, cuando el sol se pone en Lóndres por detras de los bosques de Kensington, se goza algunas veces de un espectáculo muy pintoresco. La inmensa columna de humo de carbon que flota sobre la Cité, representa aquellas enormes rocas iluminadas de color de púrpura que se ven en nuestras decoraciones del Tártaro; al paso que las antiguas torres de Westminster, coronadas de nubes, y enrojecidas por los últimos rayos del sol, se elevan por encima de la ciudad, del palacio y del parque de San James, como un gran monumento de la muerte, que parece domina sobre todos los monumentos de los hombres.

San Pablo es el mas hermoso edificio moderno, y Westminster el mas bello monumento gótico de Inglaterra. Acaso hablaré un dia de este último. Muchas veces, volviendo de mis escursiones al derredor de Lóndres, pasaba yo por detras de White-Hall, donde Carlos fue decapitado, y que ahora ya no es mas que un corralon abandonado, donde la yerba crece entre las piedras. Algunas veces me detuve para oír silbar el viento al derredor de la estatua de Carlos II, que señala con el dedo el sitio donde murió su padre. Jamás vi en aquellos sitios mas que algunos canteros que cortaban piedras cantando al mismo tiempo. Habién-

doles preguntado un día qué significaba aquella estátua, los unos apenas pudieron decírmelo, los otros no sabían absolutamente una palabra de aquel suceso. Ninguna cosa me ha dado con mas exactitud la justa medida de los acontecimientos de la vida humana y de lo poco que somos. ¿Que se han hecho aquellos personajes que tanto ruido hicieron en el mundo? El tiempo ha dado un paso, y la faz de la tierra se ha cambiado. A aquellas jeneraciones divididas por los odios políticos, han sucedido unas jeneraciones indiferentes á lo pasado, pero que llenan el presente de nuevas enemistades, que á su vez serán tambien olvidadas por las jeneraciones que deben seguirlas.



**ENSAYO**

SOBRE

**LA LITERATURA INGLESA.**

---

**YOUNG.**

---

Marzo de 1801.

Cuando al cabo de medio siglo de crítica se encuentra todavía en posesion de gran celebridad al escritor que ha formado una escuela nueva, importa á las letras investigar la causa de este triunfo, sobre todo si no es debido á la elevacion del jenio ni á la perfeccion del gusto y del arte.

Algunas situaciones trájicas, algunas palabras salidas del corazon del hombre, y un no sé qué de vago y fantástico en las escenas, los bosques, los matorrales, los vientos, los espectros, las tempestades, esplican la celebridad de Shakspeare.

Young, que nada de esto tiene, acaso debe una gran parte de su celebridad al hermoso cuadro que presenta la introduccion de sus *Noches* ó *Lamentaciones*. Un ministro del Omnipotente, un padre anciano que ha perdido á su hija única, dispierta á alta noche para jemir sobre su sepulcro, y asocia á la muerte, al tiempo y á la eternidad lo único que el hom-

bre tiene de grande en sí mismo; esto es, el dolor. Este cuadro hiere desde luego; y la impresion es duradera.

Pero avancemos un poco en estas *Noches*: cuando la imaginacion avivada por la entrada del poeta, ha creado ya todo un mundo de llanto y de ilusiones, ya no se encuentra nada de lo que al principio se esperaba. Vese allí un hombre que atormenta su espíritu en todos sentidos para producir unas ideas tiernas y tristes, y solo llega á una filosofia melancólica. Young, á quien el fantasma del mundo perseguia hasta en los sepulcros, en todas sus declamaciones sobre la muerte solo descubre una ambicion burlada, que toma por melancolía el tédio que le devora. Nada hay de natural en su sensibilidad, nada de ideal en su dolor; siempre se ve allí una mano pesada que se arrastra sobre la lira.

Este autor ha procurado principalmente dar á sus meditaciones el carácter de la tristeza, el cual se saca de tres fuentes: las escenas de la naturaleza, lo vago de los recuerdos, y los pensamientos de la religion.

En cuanto á las escenas de la naturaleza, Young ha querido hacerlas servir á sus querellas; mas yo no sé si lo ha logrado. Apostrofa á la luna, habla á la noche y á las estréllas, y el lector no se siente conmovido. Yo no acertaria á decir en donde existe esa tristeza que el autor hace resaltar de los cuadros de la naturaleza; pero lo cierto es que él la encuentra en todas partes. Él une su alma al ruido de los vientos que le recuerda ideas de soledad: un arroyuelo fugitivo es la vida; una hoja que cae es el hombre. Young



encuentra esta tristeza en todos los desiertos; es la Eco de la fábula consumida por el dolor, y habitante invisible de los montes.

En el corazón oprimido por el dolor, las reflexiones deben siempre tomar la forma del sentimiento y de la imájen; y en Young, por el contrario, el sentimiento se cambia en reflexión y en discurso. Si abro la primera noche leo:

From short (as usual) and disturb'd repose  
 I wake: how happy they who wake no more!  
 Yet that were vain, if dreams infest the grave.  
 I wake, emerging from a sea of dreams  
 Tumultuous; where my wreck'd desponding thought  
 From wave to wave of fancy'd misery  
 At random drove, her helm of reason lost.  
 . . . . .  
 The day too short for my distress, and night  
 Ev'n in the zenith of her dark domain  
 Is sunshine to the colour of my fate.

»Despiértome de un sueño corto y turbado. Dichosos los que no despiertan; ¡pero aun esto es inútil si los sueños habitan también en el sepulcro! Salgo de un mar irritado por los crueles sueños en que se halla sumerjido mi triste pensamiento, privado del gobernalle de su razón, flotando á merced de las olas de una miseria imaginaria.... El día es sobrado corto para mi tristeza, y la noche, aun cuando se halla en lo mas oscuro de sus tinieblas, es un sol comparada con el color de mi suerte.»

¿Es este el lenguaje del dolor? Yo ya sé que una traducción palabra por palabra no vierte la exactitud

de las espresiones, ni la armonía del estilo; mas una traduccion literal, jamás es ridícula cuando el texto no lo es. ¿Que viene á ser un *pensamiento sin gobernalte, flotando de ola en ola sobre un mar de desgracia imaginaria?* ¿*que es una noche, que es un sol comparada con el color de una suerte?* El único rasgo notable que hay en este pasaje es el sueño de la tumba, turbado tambien quizá por los ensueños; mas esto recuerda sobradó el dicho de Hamlet: *¡To sleep! — ¡to dream!* ¡Dormir! — ¡soñar!

Osian se levanta tambien á media noche para llorar; pero Osian llora:

Lead; son of Alpin, lead the aged to his woods. The winds begin to rise. The dark wave of the lake resounds. Bends there not a tree from Mora, with its branches bare? It beats, son of Alpin, in the rustling blats. My harp hangs on a blasted branch. The sound of its strings is mournful. Does the wind toucd thee, o harp! or is it some passing ghost! It is the hand of Malvina! But bring me the harp, son of Alpin; another song shall arise. My soul shall depart in the sound; my fathers shall hear it in their airy hall. Their dim faces shall hang, with joy, from their cloud; and their hands receive their son.

»Condúceme, hijo de Alpino, conduce al anciano á  
 »sus bosques. Los vientos se levantan, y las ennegreci-  
 »das olas del lago murmuran. ¿No divisas sobre la cum-  
 »bre de Mora un árbol que se dobla con todas sus ramas  
 »despojadas? Se dobla, ó hijo de Alpino, bajo el estre-  
 »pitoso torbellino. Mi arpa está suspendida á una de sus  
 »agostadas ramas, y despide un sonido triste. O arpa  
 »mia, ¿es el viento el que te ha tocado, ó es por ventu-



»ra algun vago fantasma? ¡Es la mano de Malvina! Da-  
 »me el arpa, hijo de Alpino: ¡es preciso entonar otro  
 »canto! mi alma se desprenderá del cuerpo en medio de  
 »los sonidos. Mis padres escucharán estos sonidos en su  
 »aérea sala. De en medio de sus nubes asomarán con  
 »alegría sus oscuros semblantes, y tenderán los brazos  
 »á su hijo.»

He aqui unas imágenes tristes, he aqui la ilusion. Los ingleses convienen en que la prosa de Osian es tan poética como los versos; y tiene las mismas inversiones que estos, y ya se ha visto que la traduccion literal es aqui tolerable. Lo que es bello, sencillo y natural, lo es en todas las lenguas.

En jeneral se cree que estas imágenes melancólicas, tomadas de los vientos, de la luna, de las nubes, fueron desconocidas de los antiguos: sin embargo se encuentran algunos ejemplos en Homero, y sobre todo uno muy bello en Virjilio. Eneas descubre la sombra de Dido en lo espeso de una selva, *como se ve, ó como se cree ver la luna nueva que se levanta por entre las nubes:*

Qualem primo qui surgere mense

Aut videt aut vidisse putat per nubila lunam.

Nótense todas las circunstancias. La luna es la que se ve, ó se cree ver que se levanta al traves de las nubes: la sombra de Dido está ya reducida á bien poca cosa; porque esta luna se halla en su primera fase. ¿Y que es en este caso el astro mismo? ¿No parece que la sombra de Dido va desvaneciéndose? Aqui vuel-

ve á encontrarse á Osian en Virjilio ; pero es Osian bajo el cielo de Nápoles, bajo un cielo cuya luz es mas pura y los vapores mas diáfanos.

Young ha ignorado en primer lugar, ó mas bien ha espresado mal esa tristeza que se nutre con el espectáculo de la naturaleza, y que sencilla ó majestuosa, sigue el curso natural de los sentimientos. ¡Cuan superior es Milton al cantor de las Noches en la nobleza del dolor! Nada hay mas bello que estos cuatro versos que terminan del *Paraiso perdido* :

The world was all before them, where to choose  
Their place of rest, and Providence their guide:  
They, hand in hand, with wand'ring steps and slow,  
Through Eden took their solitary way.

»Abriase delante de ellos todo el mundo, donde podian  
»escojer un lugar de reposo ; solo la Providencia los guia-  
»ba : Adan y Eva, cojidos de la mano, y á paso lento é  
»indeciso, tomaron al traves del Eden su solitario ca-  
»mino.»

Vemos todas las soledades del mundo abiertas ante nuestro primer padre, todos esos mares que bañan costas desconocidas, todas esas selvas que se mecen sobre un globo habitado, y el hombre abandonado solo con su pecado en medio de los desiertos de la creacion.

Hervey, en sus Meditaciones (aunque de jenio menos elevado que el autor de las Noches), muestra algunas veces una sensibilidad mas dulce y verdadera. Conocidos son estos versos del niño *que ha gustado la copa de la vida*.



Mas gustando el licor , halló amargura,  
 La cabeza volvió , miró á los cielos,  
 Y al sol que desataba sus fulgores,  
 Para siempre cerró los ojos tiernos.

El doctor Beattie, poeta escoces, que vive aun (1), ha sembrado en su *Trovador* las mas deliciosas ilusiones. Es la pintura de los efectos de la musa sobre un jóven bardo de la montaña, que ignora aun el jenio que le atormenta. El poeta futuro ya va á sentarse á la orilla del mar durante una tempestad, ya deja los juegos del lugar para irse él solo á escuchar desde un sitio apartado el sonido de la gaita. Young estaba tal vez llamado por la naturaleza á tratar mas altos objetos; mas entonces no era poeta completo. Milton, que cantó los dolores del primer hombre, suspiró tambien el *Penseroso*.

Los buenos escritores nuestros que han conocido el encanto de la ilusion, han sobrepujado prodijiosamente al doctor ingles. Chaulieu mezcló como Horacio los pensamientos de la muerte con las ilusiones de la vida. Estos versos tan conocidos, valen en punto á melancolía por todas las exajeraciones del poeta de Albion.

Gruta de donde salta  
 El arroyuelo manse  
 Entre musgos y flores  
 De cálices pintados,  
 Solo mi pensamiento  
 Debes ir ocupando  
 De tus risueñas linfas

(1) Vease la nota de la página 76.

Con el murmullo grato.

.....  
 Fontenay, lugar bello,  
 Do vi mi sol dorado,  
 Al fin de mi carrera,  
 En tu jentil regazo  
 Descansaré, muriendo,  
 Con mis antepasados.

Musas, que me nutristeis  
 En los silvestres campos,  
 Arboles de mi cuna,  
 Vereis mi fin cercano.

¡Y como se entrega tambien á la ilusion el inemitable La Fontaine!

Aunque yo pintar sepa en mis cantares  
 De algun hermoso rio las riberas,  
 La parca no urdirá con hilos de oro  
 Los días que apresuran mi existencia;  
 No dormiré bajo artesón dorado:  
 Mas ¿perderá mi sueño su riqueza?  
 ¿Será menos profundo y delicioso?  
 Le daré en el desierto mis ofrendas.

Es ciertamente un gran poeta el que ha escrito semejantes versos.

La página mas abundante de ilusiones es de Young; no puede compararse con este pasaje de J. J. Rousseau.

»Cuando se aproximaba la noche, bajaba yo de las  
 »colinas de la isla, y tenia un placer en sentarme á la



»orilla del lago, en algun asilo oculto: alli el estrépito  
»de las olas y la agitacion del agua, fijando mis sentidos,  
»y ahuyentando de mi alma toda otra agitacion, las su-  
»merjian en una cabilacion deliciosa, en la que muchas  
»veces me sorprendia la noche sin que yo lo percibiese.  
»El flujo y reflujo de aquellas aguas, su ruido continuo,  
»aunq̃ue alternativamente aumentado, hiriendo sin ce-  
»sar mis oidos y mis ojos, suplian por los movimientos  
»internos que la ilusion estinguia en mi, y bastaban para  
»hacerme sentir con placer mi existencia, sin tomarme  
»el trabajo de pensar. De cuando en cuando me ocurría  
»alguna débil y breve reflexion sobre la inestabilidad de  
»las cosas humanas, cuya imájen me ofrecia la superfi-  
»cie de las aguas; mas estas ligeras impresiones se des-  
»vanecian muy pronto en la uniformidad del movimien-  
»to continuo en que se hallaba mi imaginacion, y que  
»sin ningun concurso activo de mi alma no dejaba de fi-  
»jarme hasta tal punto, que llamado por la hora y señal  
»convenida, no podia sin esfuerzo apartarme de alli.''

Este pasaje de Rousseau me trae á la memoria que hallándome acostado cierta noche en una cabaña de América, oí un murmullo extraordinario que venia de un lago inmediato; y tomando este señal por el anuncio de una tempestad, salí de la choza para mirar al cielo. Jamás he visto una noche mas bella y serena: el lago reposaba tranquilo, y reflejaba los rayos de la luna, que brillaba en los picos de los montes y en los bosques del desierto, al mismo tiempo que una canoa indiana atravesaba silenciosamente las aguas. El ruido que yo habia oido era causado por el flujo del lago, que comenzaba á levantarse, imitando una especie de jemido bajo las rocas de la costa. Habia yo salido de

la choza con la idea de una tempestad, y ya puede juzgarse qué impresion causaria en mi la calma y serenidad de aquel cuadro. Young en mi concepto ha sacado poco partido de las ilusiones que semejantes escenas inspiran, y la causa es que su jenio no conocia absolutamente la ternura, por cuya razon tampoco ha tenido éxito en esa segunda especie de tristeza, que yo he llamado tristeza de los recuerdos.

El cantor de los sepüleros no tiene jamás esos tiernos recuerdos de la primera edad, en que todo es inocencia y ventura. No se acuerda de la familia ni del techo paterno; no conoce el pesar que nace de la memoria de los placeres y de los juegos de la infancia; no esclama como el cantor de las Estaciones:

Welcome, kindred glooms!

Congenial horrors, hail! with frequent foot,  
Pleas'd have I, in my cheerful morn of life,  
When nurs'd by careless solitude I liv'd,  
And sung of Nature with unceasing joy,  
Pleas'd have I wander'd thro' your rough domain;  
Trod the pure virgiiu-snows; myself pure, &c.

»Sombras propicias del invierno, horrores agradables, yo os saludo. ¡Cuántas veces en la mañana de mi vida, cuando lleno de dulce indolencia, y alimentado por la soledad, cantaba á la naturaleza en un éstasis sin fin; cuántas veces he vagado con entusiasmo por las rejiones de las tempestades, hollando las nieves virginales, yo que era tan puro como ellas!»

En una oda sobre una vista lejana del colejio de



Etou , ha derramado Gray esta misma dulzura de los recuerdos :

Ah! happy hills , ah! pleasing shade,  
 Ah! fields belov'd in vain,  
 Where once my careless childhood stray'd  
 A stranger yet to pain!  
 I feel the gales that from you blow,  
 . . . . .  
 My weary soul they seem to sooth,  
 And redolent of joy and youth  
 To breath a second spring.

»¡O dichosa colina, dulce umbría! ¡O campos amados  
 »en vano, campos donde jugueteó tranquila mi infancia,  
 »extraña aun á los dolores! Yo siento los vientos que  
 »parten de vuestros bosquecillos..... Parece que reani-  
 »man mi alma fatigada, y empapados de alegría y de ju-  
 »ventud me traen una segunda primavera.»

En cuanto á los recuerdos de la desgracia , son numerosos en el poeta ingles. Mas ¿en que consiste que carecen de verdad como todo lo demas? ¿Por que razón no puede el lector interesarse con las lágrimas del cantor de las *Noches*? Jilbert , espirando en un hospital en la flor de su edad, y acordándose del abandono en que sus amigos le han dejado, conmueve todos los corazones:

Convidado al banquete de la vida  
 En él aparecí, la muerte vino,  
 Sobre mi tumba dó llegué cansado  
 Nadie dará sus lloros y suspiros.

Adios, felices campos y verduras,  
Destierro de los bosques grato y rico,  
Cielos, que sois el pabellon del hombre,  
Naturaleza toda, adios te digo!

Vean vuestros encantos largo tiempo  
Mis compañeros sordos y dormidos  
A mi último adios: llenen sus dias,  
Y les cierre los ojos un amigo.

Véanse en Virjilio las mujeres troyanas sentadas á  
la orilla del mar, y que *miran llorando la inmensidad  
de las olas.*

Cunctæque profundum  
Pontum aspectabant flentes.

¡Que belleza de armonía! ¡Como pinta las vastas  
soledades del Océano! ¡Que recuerdo de la perdida  
patria! ¡Que dolores en una sola mirada sobre la su-  
perficie de los mares, y cuán triste es aquel *flentes*  
que es su efecto!

M. Parny ha sabido hacer entrar en otra especie  
de sentimiento la encantadora ternura de los recuer-  
dos. Su querella sobre el sepulcro de Emma está lle-  
na de esa dulce melancolía que caracteriza los escritos  
del único poeta elejiaco de la Francia:

La amistad misma, si, la amistad vaga  
Ha llamado falaces alegrías,  
Apartando la imájen cariñosa  
De Emma ya moribunda y abatida,  
Y un momento duró su luto y duelo:  
Emma jóven y hermosa, y fiel amiga!



No vive ya tu nombre en estos sitios,  
De esa tumba se aparta ya la vista,  
Bórrase tu recuerdo y tus encantos,  
El mundo ingrato para siempre olvida.

La musa del cantor de Eleonora nutria sus ilusiones en las mismas rocas en donde *Pablo*, con la cabeza apoyada en una mano, miraba huir el navío que se llevaba á *Virginia*. Heloisa en los claustros del Paraclete renovaba todos sus dolores y todo su amor con el solo pensamiento de Abelardo. Los recuerdos son como los ecos de las pasiones; y los sonidos que repiten, adquieren por la distancia un no sé qué de vago y melancólico, que los hace mas seductivos que el acento de las mismas pasiones.

Me falta hablar de la tristeza relijiosa.

Fuera de Gray y Hervey, no conozco entre los escritores protestantes mas que á M. Necker que haya derramado alguna ternura sobre los sentimientos sacados de la relijion. Se sabe que Pope era católico, Driden lo fue por intervalos, y se cree que Shakspeare pertenecia tambien á la iglesia romana. ¡Que bello asunto para un sacerdote cristiano el de un padre enterrando furtivamente á su hija en una tierra extranjera! Y sin embargo, si se quita la tierna comparacion del ruiseñor (comparacion prodijiosamente embellecida por el traductor, como pronto veremos), apenas quedan algunos rasgos tiernos en la noche titulada *Narcisa*.

Sweet Harmonist! and beautiful as sweet!  
And young as beautiful! and soft as young!  
And gay as soft! and innocent as gay!  
And happy (if ought happy hare) as good,

For fortune fond had built her nest on high.  
 Like birds quite exquisite of note and plume  
 Transfix'd by fate (who loves a lofty mark)  
 How from the summit of the grove she fell,  
 And left unharmonious! All its charm  
 Extinguish'd in the wonders of her song!  
 Her song still vibrates in my ravish'd ear  
 Still melting there, and with voluptuous pain  
 (O to forget her!) thrilling thro' my heart.

» ¡Hija de la armonía! tú eres tan hermosa como  
 » amable, tan jóven como hermosa, tan dulce como jó-  
 » ven! Tu alegría igualaba á tu ternura, y tu inocencia á  
 » tu alegría. En cuanto á tu felicidad (si es que en este  
 » mundo hay felicidad) era igual á tu bondad; porque la  
 » fortuna habia colocado tu nido en sitios muy elevados.  
 » Como las avecillas que brillan por el canto y el pluma-  
 » je son heridas por el hado (que prefiere los objetos ele-  
 » vados), tú has caido de lo mas alto de la selva, y la has  
 » dejado sin armonía! ¡Todos sus encantos han desapare-  
 » cido con la maravilla de tus conciertos! Todavía resue-  
 » na tu voz en mis encantados oidos (y ¡como podria yo  
 » olvidar! ella enternece todavía mi alma, ella estre-  
 » mece aun mi corazon con una voluptuosa dulzura.”

Este pasaje, si yo no me equivoco, es de todo punto intolerable; y eso que es uno de los mas bellos en la traduccion de M. Le Tourneur; y aun seria mucho peor si lo hubiese traducido yo palabra por palabra. ¿Es este el lenguaje de un padre? *Una hija de la armonía* (sweet harmonist, dulce cantora) que es tan hermosa como amable, tan jóven como hermosa, tan dulce como jóven, tan alegre como dulce, tan inocente como alegre. ¿Es asi como la madre de Eurialo deplora la



pérdida de su hijo? ¿Es así como jime Priamo sobre los restos de Héctor?

M. Le Tourneur ha manifestado mucho gusto transformando á un *ruiñeñor herido por el plomo del cazador* esas *aves heridas por la suerte que ama un objeto elevado*. Los medios siempre deben ser proporcionados á la cosa, y no se ha de tomar una palanca para mover una paja. *La suerte* puede disponer de un imperio, cambiar un mundo, elevar ó precipitar á un hombre grande; pero no debe herir á una avecilla. El *duros orato*, la *flecha empenada*, es lo que debe hacer jimir á los ruiñeñores y á las palomas.

No es este el lenguaje de Bossuet cuando habla de madama Enriqueta.

»Madama sin embargo ha pasado de la mañana á la noche, como pasa la yerba de los campos. Por la mañana florecia, y ya sabéis con cuanta pompa: por la noche la vimos agostada, que tan literales y precisas habian de ser para esta princesa estas enérgicas espresiones con que pondera la Sagrada Escritura la inconstancia de las cosas humanas. ¡Ay! nosotros tejiamos su historia de todo lo que puede imaginarse de mas glorioso. El pasado y el presente nos aseguraban el porvenir. Tal era la agradable historia que componiamos, y para coronar estos nobles proyectos solo faltaba la duracion de su vida; mas este punto no creiamos que nos debiese dar ningun cuidado; porque ¿quien hubiera pensando tan solo que pudiesen faltar los años á una juventud que tan llena de vida parecia? Sin embargo, esto precisamente ha disipado en un momento todas nuestras esperanzas. ¡Vedla ahí cual nos la ha parado la muerte

»á esa princesa tan admirada y tan querida! Y aun estos  
»restos, tales como son, van á desaparecer, &c.»

Yo desearia poder citar algunas páginas de belleza sostenida del autor de las *Noches*. Estas páginas se encuentran en el traductor, mas no en el original. Las *Noches* de M. Le Tourneur, y la imitacion de M. Colardeau, son unas obras enteramente distintas de la obra inglesa. Esta última solo ofrece rasgos separados, y rara vez presenta seguidos diez versos intachables. Algunas veces se encuentran en Young á Séneca y á Lucano, mas nunca á Job ni á Pascal. No es el hombre del dolor, y no agrada á los corazones verdaderamente lacerados.

En muchos lugares declama Young contra la soledad, y esto manifiesta que la inclinacion de su corazon no eran las ilusiones. Los santos alimentaban sus meditaciones en el desierto, y el Parnaso de los poetas es tambien un monte solitario. Bourdaloue suplicaba al superior de su órden que le permitiese retirarse del mundo. »Conozco, escribia, que mi cuerpo se debilita y camina á su fin. Mi carrera se acaba; »y pluguiese á Dios que pudiese añadir, ¡he sido virtuoso!.... Séame, pues, permitido emplear únicamente en Dios y en mí mismo lo que me resta de »vida..... Allí, olvidando las cosas del mundo, recorreré delante de Dios todos los años de mi vida en »la amargura de mi alma.» Si Bossuet, viviendo en medio de las pompas de Versalles, supo sin embargo derramar en sus escritos una santa y majestuosa tristeza, fue porque habia encontrado en la religion toda una



soledad; porque aunque su cuerpo estaba en el mundo, su espíritu se hallaba en el desierto; porque habia guarecido su corazon bajo las velas secretas del Tabernáculo; y porque, como decia él mismo á María Teresa de Austria, »le veian correr á los altares, para »gozar en ellos con David un humilde reposo, y en- »cerarse en su oratorio, en donde á pesar del tumulto de la córte, encontraba el Carmelo de Elías, el »desierto de Juan, y el monte que escuchó tantas veces los gemidos de Jesus.”

El doctor Johnson, despues de haber criticado severamente las *Noches* de Young, acaba comparándolas á un jardín chinesco. Por lo que á mí hace, lo que quiero decir es que si juzgamos con imparcialidad las obras extranjeras y las nuestras, siempre encontraremos una inmensa superioridad de parte de la literatura francesa; iguales cuando menos en la fuerza de los pensamientos, siempre llevamos la ventaja en lo que toca al gusto; y nunca debe perderse de vista que si el jenio crea, el gusto es el que conserva. El gusto es el buen sentido del jenio; sin el gusto no es el jenio otra cosa que una sublime locura. Lo que parece extraño es que esta pulsacion segura, por cuyo medio no produce jamás una cosa otro sonido que el que debe producir, sea aun mas rara que la facultad de crear. El talento y el jenio se han esparcido en los siglos en porciones bastante iguales; pero en esos mismos siglos solo se encuentran ciertas naciones, y en una nacion cierto momento en que se muestra el gusto en toda su pureza: antes y despues de este momento, todo peca por defecto ó por exceso; y he aqui la razon de que las

obras perfectas sean tan escasas : es indispensable que se hayan escrito en aquellos dias felices en que el jenio y el gusto están unidos ; y este feliz encuentro, como el de ciertos astros , parece que solo se verifica despues de la revolucion de muchos siglos, y solo dura un momento.



SHAKSPERE <sup>o</sup> SHAKSPEARE.

Abril de 1801.

**D**espues de haber hablado de Young en mi primer extracto, me propongo ahora tratar de un hombre que ha producido un cisma en literatura; de un hombre divinizado por el pais que le vió nacer, admirado en todo el norte de Europa, y colocado por algunos franceses sobre Corneille y Racine.

El primero que hizo conocer á Shakspeare en Francia fue Voltaire; y el juicio que formó en un principio del trájico ingles, fue como la mayor parte de los primeros juicios, lleno de mesura, de gusto y de imparcialidad. Asi escribia á milord Bolingbroke en 1730:

«¡Con qué placer he visto en Lóndres vuestra tragedia de *Julio César*, que hace cincuenta años forma las delicias de vuestra nacion!»

En otra parte dice:

»Shakspeare creó el teatro ingles. Tenia un talento fuerte y fecundo, natural y sublime; pero sin la menor chispa de buen gusto, sin el menor conocimiento de las reglas. Voy á deciros una cosa aventurada, pero cierta: el mérito de este autor ha perdido el teatro ingles; porque hay escenas tan bellas, se encuentran pasajes tan grandes y terribles en sus farsas monstruosas,

»que llaman *tragedias*, que estas piezas se representan  
»siempre con aplauso.»

Tales fueron las primeras opiniones de Voltaire sobre Shakspeare; mas cuando se trató de proponer á este gran jenio como un modelo de perfeccion; cuando no se reparó en rebajar ante él las obras mas acabadas de la escena griega y francesa, entonces el autor de *Merope* conoció el peligro: conoció que realzando las bellezas de los bárbaros, habia seducido á algunos hombres que no sabrian, como él, separar la liga del oro. Trató pues de enmendar su error, y atacó al ídolo que antes habia incensado; pero ya no era tiempo, y en vano se arrepintió de haber *abierto la puerta á la mediania, de haber ayudado*, como lo decia él mismo, *á colocar el monstruo sobre el altar*. En aquella época era la Inglaterra muy poco conocida, y Voltaire habia hecho de ella una especie de pais de encantos, en donde colocaba los héroes, las opiniones y las ideas de que podia necesitar. Hacia el fin de sus dias se echaba en cara él mismo estas falsas admiraciones de que solo se habia servido para apoyar sus sistemas. Comenzaba á deducir sus funestas consecuencias, y desgraciadamente podia decirse: *et quorum pars magna fui*.

Un escelente crítico, M. de La Harpe, analizando la tempestad en la traduccion de *Le Tourneur*, presenta en toda su deformidad las groseras irregularidades de Shakspeare, y vengá la escena francesa. Dos autores modernos, Madama de Staël y M. de Rivarol, han juzgado tambien al trájico ingles. Pero me parece que á pesar de todo lo que sobre este mismo objeto se ha



escrito, todavía pueden hacerse algunas observaciones interesantes.

En cuanto á los críticos ingleses, rara vez han dicho la verdad cuando han hablado de su poeta favorito. Ben-Johnson, que fue discípulo, y luego rival de Shakspeare, en un principio partió con éste los aplausos. Ponderaban el saber del primero para deprimir el genio del segundo, y subían al cielo el genio del segundo para despreciar el saber del primero. Ben-Johnson ya solo es conocido en el dia por su comedia de *Fox* y por la del *Alquimista*.

Pope fue mas imparcial en su critica.

*Of all English poets, dit-il, Shakspear must be confessed to be the fairest and foulest subject for criticism, and to afford the most numerous instances, both of beauties, and faults of all sorts.*

»Es menester confesar que de todos los poetas ingleses, Shakspeare presenta á la critica el objeto mas agradable á la vez y mas repugnante, y que ofrece innumerables ejemplos de bellezas y de defectos de toda especie.»

Si Pope se hubiese limitado á este juicio, su moderacion seria digna de todo elogio, pero muy pronto, arrastrado de las preocupaciones de su pais, coloca á Shakspeare sobre todos los jenios antiguos y modernos, y lleva la apolojia hasta escusar la bajeza de algunos caracteres del trájico ingles con esta ingeniosa comparacion:

»En estos casos, dice, su genio es como un héroe de novela disfrazado con el pellico de un pastor: de cuando en cuando traspira cierta grandeza, que revela una «extraccion mas elevada y mas importantes destinos.»

Siguen MM. Théovaldo y Hanmer, cuya admiracion no tiene límites. Atacan á Pope porque se habia permitido corregir algunas trivialidades del grande hombre. El célebre doctor Warburton, tomando la defensa de su amigo, nos entera de que M. Théovaldo era un *pobre hombre*, y M. Hanmer un *pobre crítico*; que al primero le dió dinero, y al segundo algunas notas.

La sensatez y el ingenio del doctor Johnson tambien parece que le abandonen cuando habla Shakspeare. Censura á Rymer y á Voltaire por haber dicho que el trájico ingles no conserva bastante la *verosimilitud de las costumbres*.

»Esas son, dice, sutilezas de ingenios apocados: un «poeta descuida la distincion occidental del pais y de la «condicion, de la misma manera que un pintor, satisfecho de la figura, se ocupa poco en el ropaje.»

Es inútil demostrar el mal tono y lo falso de esta critica. *La verosimilitud de las costumbres*, lejos de ser el *ropaje*, es el *fondo* mismo del cuadro. Todos esos criticos que se apoyan continuamente en la naturaleza, y que miran como preocupaciones del arte la distincion accidental del pais y de la condicion, son como esos políticos, que queriendo abolir las distinciones sociales, sumerjen á los estados en la barbarie.

No citaré las opiniones de MM. Rowe, Steevens,



Gildon, Dennis, Peck, Garrick, &c. Madama de Montagué los ha escedido á todos en entusiasmo. Hume y el doctor Blair son los únicos que han guardado alguna medida. Sherlock ha osado decir (y es mucho aliento para un ingles): *Que en Shakspeare nada hay mediano; porque todo lo que escribió es excelente ó detestable; que jamás sigue, ni aun concibe, un plan, á menos que se exceptue el de las Merry wives of Windsor; pero que con mucha frecuencia escribe bien una escena.* Esto se acerca mucho á la verdad. M. Mason, en su *Elfrida* y en su *Caractaco*, ha intentado, aunque con poco éxito, introducir en Inglaterra la tragedia griega.

Ya casi no se representa el *Cæton* de Adison. En el teatro ingles solo se recrean con las monstruosidades de Shakspeare y con los horrores de Otway.

Si se contentara con hablar vagamente de Shakspeare, sin sentar las bases de la cuestion, y sin reducir toda la crítica á algunos puntos principales, jamás llegaremos á entendernos; porque confundiendo el siglo, el jenio y el arte, cada uno puede aplaudir ó condenar á su voluntad al padre del teatro ingles. Nos parece, pues, que Shakspeare debe ser considerado bajo tres aspectos:

- 1.º Con relacion á su siglo;
- 2.º Con relacion á sus talentos naturales y á su jenio;
- 3.º Con relacion al arte dramático.

Bajo el primer punto de vista, nunca será Shakspeare bastante admirado. Superior tal vez á Lope de Vega, su contemporáneo, de ninguna manera podrá

comparársele á los Garnier y á los Hardy, que por el mismo tiempo ensayaban entre nosotros los primeros acentos de la Melpómene francesa. Es verdad que el prelado Trisino, en su *Sofonisba*, habia hecho ya renacer en Italia la tragedia regular. Se han buscado cuidadosamente las traducciones de autores antiguos que podian existir en tiempo de Shakspeare; y yo no encuentro en el catálogo mas piezas dramáticas que una *Jocasta*, sacada de las *Fenicias* de Euripides; la *Andria* y el *Eunuco* de Terencio, los *Menectos* de Plauto, y las tragedias de Séneca. Es muy dudoso que Shakspeare tuviere conocimiento de estas traducciones; porque el fondo de sus piezas de invencion está tomado, no de los mismos orijinales traducidos al ingles, sino de algunas imitaciones inglesas de estos orijinales. Así se ve en *Romeo y Julieta*, cuyo argumento no tomó ni en *Girolamo della Corte*, ni en la novela de *Bandello*, sino en un pequeño poema ingles titulado *La trájica historia de Romeo y Julieta*. Lo mismo se verifica con el asunto de *Hámlet*, que no pudo tomar inmediatamente de *Saxo Grammaticus*, pues que no sabia latin (1). En jeneral se sabe que Shakspeare fue un hombre sin educacion y sin letras, obligado á huir de su provincia por haberse querido meter en lo que no le incumbia; antes de ser actor en Lóndres guardaba por algunos cuartos los caballos de los *gentle-*

(1) Véase Saxo Grammaticus desde la página 48 hasta la 59. «Amlethus, ne prudentius agendo patruo suspectus redderetur, stoliditatis simulationem amplexus, extremum mentis vitium finxit.» (Sax. Gramm., *Hist. Dan.*, in-fol. edit. Steph., 1344).



men á la puerta del teatro. Es cosa muy notable que Shakspeare y Moliere ambos hayan sido cómicos. Estos raros talentos se vieron precisados á presentarse en unos miserables teatritos para ganar su vida. El uno encontró allí de nuevo el arte dramático, y el otro le llevó á su perfeccion: semejantes á dos filósofos antiguos, se habian dividido el imperio de la risa y del llanto, y ambos tal vez se consolaban de las injusticias de la fortuna, el uno pintando las estravagancias, y el otro las penas de los hombres.

Bajo el segundo aspecto, esto es, con relacion á los talentos naturales, no es menos prodijioso Shakspeare. Yo no sé si jamás hombre alguno ha dirijido miradas mas profundas sobre la naturaleza humana. Ora trate de las pasiones, ora hable de moral ó de política, ó bien deplora ó anuncie las desgracias de los estados, escita mil efectos, recoge mil pensamientos, tiene mil sentencias que aplicar á todas las circunstancias de la vida. Las bellas escenas aisladas de Shakspeare deben considerarse bajo el punto de vista del jenio, y no con relacion al arte dramático. Y aqui se encuentra el principal error de los admiradores del poeta ingles; porque si estas escenas se consideran relativamente al arte, será preciso saber si son necesarias, si están bien enlazadas con el argumento, si se motivan bien, si forman parte del todo, y conservan las unidades. Y el *non erat hic locus* se presenta en todas las páginas de Shakspeare.

Mas, hablando únicamente del grande escritor, ¡cuan bella es esta tercera escena del cuarto acto de *Macbeth*!

MACDUFF.

¿ Quien llega?

MALCOLM.

Es un escoces, y sin embargo no le conozco.

MACDUFF.

Bien venido, primo mio.

MALCOLM.

Ahora le reconozco. ¡ Gran Dios! allana los obstáculos que nos hacen extranjeros los unos á los otros.

ROSSE.

Ojalá veais cumplido vuestro deseo.

MACDUFF.

¿ La Escocia sigue siendo tan desgraciada?

ROSSE.

¡ Ay triste patria mia! Casi está aterrada por conocer nuestros propios males. No la llamemos ya nuestra madre, sino nuestra tumba. Allí ya nadie se sonrie sino el niño que ignora su desgracia; los suspiros, los jemidos, los alaridos hieren los aires, y nadie hace caso; el mayor pesar parece un mal ordinario, y cuando suena la campana de la muerte, apenas se pregunta por quién.

MACDUFF.

¡ O relacion sobrado verdadera!

MALCOLM.

¿ Y cual ha sido la última desgracia?

ROSSE á *Macduff*.

.....Vuestro castillo ha sido asaltado, vuestra mujer y vuestros hijos inhumanamente asesinados.....

MACDUFF.

¿ Mis hijos tambien?

ROSSE.

Mujeres, niños, criados, todo lo que han encontrado.

MACDUFF.

¿ Y mi mujer tambien?



ROSSE.

Ya os lo he dicho.

MALCOLM.

No desmayéis; la venganza será el remedio de vuestros males. Corramos; castigemos al tirano.

MACDUFF.

¡El no tiene hijos!

¡Que verdad y que enerjía en la descripción de las desgracias de la Escocia! Esa sonrisa, que ya no se encuentra sino en los labios de los niños; esos gritos que no se notan, esas muertes tan frecuentes que nadie se digna ya preguntar por quién toca la campana fúnebre, ¿no ponen á la vista la Francia de Robespierre? Jenofonte ha hecho en corta diferencia la misma pintura de Atenas en el tiempo de los treinta tiranos:

»Atenas, dice, no era mas que un vasto sepulcro, habitado por el terror y por el silencio: un jesto, una mirada, el pensamiento mismo eran funestos á los desventurados ciudadanos. Estudiaban la frente de la víctima, y los malvados buscaban en ella el candor y la virtud, como un juez procura descubrir el crimen oculto del culpable (1).»

El diálogo de *Rosse* y de *Macduff* recuerda el de Flaviano y Curiaçio en *Corneille*, cuando Flaviano anuncia al amante de Camila que ha sido elegido para combatir con los Horacios.

(1) Xenoph., *Hist. Græc.*, lib. II.



CURIACIO.

¿Alba sus tres valientes ha escogido?

FLAVIANO.

Os lo vengo á anunciar.

CURIACIO.

¿Quienes son ellos?

FLAVIANO.

Vuestros hermanos, vos.

CURIACIO.

¿Quien?

FLAVIANO.

Vos y los vuestros.

Las preguntas de *Macduff* y *Curiacio* son bellezas del mismo jenio. ¿*Mis hijos tambien?* — *Mujeres, niños.* — ¿*Y mi mujer tambien?* — *Ya os lo he dicho.* — ¿**QUIENES SON ELLOS?** — **VUESTROS HERMANOS, VOS.** — ¿**QUIEN?** — **VOS Y LOS VUESTROS.**

Pero la respuesta de Shakspeare: ¡*él no tiene hijos!* queda sin paralelo.

El mismo hombre que ha trazado este cuadro, ha escrito la linda escena de la despedida de Romeo y Julieta. Romeo, condenado al destierro, es sorprendido por la aurora en casa de Julieta, con la que está casado en secreto:

*Wilt thou be gone? It is not yet near day:  
It was the nightingale, and not the lark  
That pierced the fearful hollow of thine ear, etc.*

JULIETA.

¿Y ya quieres partir? todavía no despunta la aurora. El canto que ha llegado á tus alarmados oídos no era de



la alondra, era del ruiseñor, que canta toda la noche en aquel remoto naranjo: créeme, tierno esposo mio, era el ruiseñor.

ROMEO.

No, no era el ruiseñor, era la alondra, que anuncia la aurora. Mira, amor mio, mira los rayos de luz que doran las nubes en el oriente. Las antorchas de la noche se apagan, y el sol se levanta sobre la pavorosa cima de los montes. Es preciso partir y vivir, ó quedarse y morir.

JULIETA.

La luz que allá bajo se distingue, no es la luz del dia, es algun metéoro que te servirá de antorcha, y te iluminará en el camino de Mántua. Aguarda, aguarda, que todavía no es necesario que me dejes.

ROMEO.

Y bien, que me arresten, que me conduzcan á la muerte, si tú lo quieres, soy contento. Yo diré: »Esa »blancura lejana no es la del dia, es el pálido reflejo de »la luna; esos cánticos que tan altos resuenan sobre »nuestras cabezas en la bóveda del cielo, no son de la »alondra.» ¡Ah! ménos temo quedarme que partir. Ven, ¡oh muerte! ven, que yo te recibo con alegría, porque obedezco á Julieta..... Mas ¿que miras tú, querida mia? ¡Hablemos, hablemos juntos todavía, que no es de dia aun!

JULIETA.

¡Ya es de dia! ¡ya es de dia! ¡Huye, parte, aléjate! Ya canta la alondra; bien reconozco su aguda voz. ¡Ah! evita la muerte: la luz crece mas cada momento.”

¡Cuan tierno es este contraste de los encantos de la mañana y de los últimos placeres de dos tiernos esposos, con la horrible catástrofe que viene en pos! Esto es aun mas sencillo que los griegos, y no menos pasto-

ral que el *Aminta* y el *Pastor Fido*. Yo solo conozco una escena de un drama indiano en lengua sanscrita, que tiene alguna relacion con la despedida de Romeo y Julieta; y aun esto tan solo por la gracia de las imágenes, y en manera alguna por el interes de la situacion. *Sacotala*, pronta á dejar la casa paterna, se siente detenida por su velo.

SACOTALA.

»¿Quien ha cojido así los pliegues de mi velo?

UN ANCIANO.

Es el cabritillo que has alimentado tantas veces con granos de *Synmaka*. No quiere dejar los pasos de su bienhechora.

SACOTALA.

¿Por que lloras, tierno cabritillo? Yo tengo precision de abandonar nuestra comun morada. Cuando tú perdiste á tu madre poco tiempo despues de tu nacimiento, te tomé yo bajo mi amparo. Vuélvete á tu pesebre, pobre cabritillo, que ahora debemos separarnos!"

La escena de la despedida de Romeo y Julieta no está indicada en *Bandello*, y pertenece enteramente á Shakspeare. Los cincuenta y dos comentadores de éste, en lugar de enseñarnos mil cosas inútiles, debian haber procurado descubrir las bellezas que pertenecen á este hombre extraordinario y las que ha tomado de otros. *Bandello* refiere en pocas palabras la separacion de los dos amantes:

*A la fine, cominciando l'aurora a voler uscire, si ba-*



ciarono estrettamente s'abbracciarono gli amanti, e pieni di lagrime edì sospiri si dissero addio (1).

»En fin, empezando á despuntar la aurora, los dos amantes se besaron, se abrazaron estrechamente, y llenos de lágrimas y suspiros se dijeron adios.»

En jeneral puede observarse que Shakspeare hace grande uso de los contrastes. Le agrada colocar la alegría al lado de la tristeza, y mezclar las diversiones y los gritos de júbilo con las pompas fúnebres y con los clamores del dolor. Que los músicos convidados á las bodas de Julieta lleguen precisamente para acompañar su entierro, que se entreguen á indecentes bufonadas, y se entretengan con las cosas mas ajenas á la catástrofe; ¿quien no reconoce en esto toda la vida? ¿quien no siente toda la amargura de este cuadro? ¿quien no ha sido testigo de escenas semejantes? No desconocieron los griegos estos efectos, y en Euripides se encuentran muchos rasgos de esta sencillez, que Shakspeare mezcla con el mas alto tono trájico. Fedra acaba de espirar, y el coro no sabe si deberá entrar en el cuarto de la princesa:

PRIMERA MITAD DEL CORO.

Φιλαι, τί δρώμεν; ἢ δοκεῖ περᾶν δομοῖς,  
Αὐταί τ' ἀνασσαν ἐξ ὀπιηταῶν βρόχων;

SEGUNDA MITAD DEL CORO.

Τί δ' οὐ πάρεσι προπόλοι νεανίαι;  
Τὸ πολλὰ πράττειν οὐκ ἐν ἀσφαλεῖ βίου.

(1) *Novelle del Bandello*. Sec. parte, p. 32. Luc edit. en 4.<sup>o</sup> 1554.

## PRIMERA MITAD DEL CORO.

¿Que haremos, compañeros? ¿deberemos entrar en el palacio para ayudar á la reina á desprenderse de sus estrechos vinculos?

## SEGUNDA MITAD DEL CORO.

Ese cuidado pertenece á sus esclavos. ¿Por que nó se hallan presentes? Cuando se atiende á muchos negocios, está en peligro la vida (1).

En *Alcestes* la Muerte y Apolo se dicen pullas. La Muerte quiere cojer á Alcestes cuando es jóven, porque no se cuida de una presa vieja, ó como traduce el padre Brumoy, de una presa arrugada. No deben, pues, condenarse enteramente estos contrastes, que tan cerca están del sublime; pero que un solo matiz demasiado débil ó demasiado fuerte en la espresion, hacen al momento bajos ó ridiculos. Shakspeare, como todos los poetas trájicos, ha encontrado algunas veces el verdadero cómico, al paso que los poetas cómicos jamás han podido elevarse á la buena tragedia, lo que quizá podrá probar que en el jenio de Melpómene hay algo de mas vasto que en el de Talia. El que pinta con acierto el lado doloroso del hombre, puede tambien representar el lado ridiculo; porque en rigor, el que puede *lo mas*, puede *lo menos*. Pero el ingenio que se

(1) Brumoy traduce asi este pasaje truncando una copla y parafraseando la otra:

## UNA MUJER DEL CORO.

¿Que pensais, compañeros? seria prudente que entrásemos?

## OTRA MUJER.

¿En donde están sus oficiales? á ellos toca socorrerla. Muchas veces es uno victima del escesivo interes que toma en los negocios ajenos.



dedica particularmente á los detalles festivos, no alcanza las relaciones graves; porque la facultad de distinguir los objetos infinitamente pequeños, supone casi siempre la imposibilidad de comprender los objetos infinitamente grandes: de donde deberia concluirse que la gravedad es el verdadero jenio del hombre. *Homo natus de muliere, brevi vivens tempore, repletus multis miseris*. Un solo poeta cómico marcha á la par de los Sófoeles y los Corneilles; Moliere. Pero es digno de notarse que el cómico del *Hipócrita* y del *Misántropo*, por su extrema profundidad, y, si aun puede decirse, por su *tristeza*, se aproxima mucho á la gravedad trágica.

Los ingleses tienen en gran estima el carácter cómico de Falstaff de las *Merry wives of Windsor*; y con efecto, este carácter está bien dibujado, aunque á veces es poco natural, bajo y exajerado. Hay dos maneras de hacer reir de los defectos de los hombres: la una es presentar primero el ridículo, y ofrecer despues las buenas cualidades: este es el método de los ingleses, este es el cómico de Sterne y de Fielding, que acaba siempre por arrancar lágrimas; el otro consiste en dar primero algunos elojios, y añadir sucesivamente tantas ridiculeces, que se olvidan las mejores cualidades, y al fin se pierde toda estimacion por los mas nobles talentos y las mas elevadas virtudes: este es el método frances, este es el cómico de Voltaire, este es el *nihil mirari* que todo lo mancha entre nosotros.

Pero yo creo que los partidarios del jenio trágico y cómico del poeta ingles, se engañan mucho cuando ponderan la *naturalidad de su estilo*. Shakspea-

re es natural en los sentimientos y en la idea; pero jamás en la espresion, fuera de las bellas escenas en que su jenio se eleva á la mayor altura; y aun en estas su lenguaje es muchas veces afectado. Tiene todos los defectos de los autores italianos de su siglo, y carece absolutamente de sencillez. Sus descripciones son huecas y redondeadas; y en ellas se descubre muchas veces al hombre mal educado, que no conociendo los jéneros, los tonos, los objetos, ni el valor exacto de las palabras, va colocando al acaso espresiones poéticas en medio de las cosas mas triviales. ¿Como no sentir, por ejemplo, el ver una nacion ilustrada, que cuenta entre sus críticos á los Pope y á los Addison, estasiarse con el retrato del *boticario* en *Romeo y Julieta*? Este personaje pertenece precisamente el jénero burlesco mas asqueroso y repugnante. Es cierto que en él brillan ciertos toques claros, como se hallan en todas las sombras de Shakspeare. Romeo hace una reflexion sobre aquel desgraciado, tan fuertemente pegado á la vida, sin embargo de estar abrumado por todas las miserias. Este es el sentimiento que Homero coloca con tanta naturalidad en la boca de Aquiles en el infierno:

»Mejor quisiera yo ser en la tierra el esclavo de un  
»labrador indijente, en cuya casa seria la vida bien mez-  
»quina, que reinar como soberano en el imperio de los  
»Manes.»

Resta considerar á Shakspeare bajo el aspecto del arte dramático. Despues de haber hecho la parte del elogio, permitaseme hacer la de la crítica.



Todo lo que se ha dicho en elogio de Shakspeare como autor dramático, se encuentra en este pasaje del doctor Johson:

*Shakspeare has no heroes, &c.* »Shakspeare no tiene héroes. Su escena solamente está ocupada por hombres que obran y hablan como el espectador hubiera obrado en la propia ocasion. Los dramas de Shakspeare no son (en el sentido de una critica rigurosa) comedias ni tragedias, sino unas composiciones particulares, que pintan el estado real de este mundo sublunar. En ellos se encuentran bajo formas innumerables el bien y el mal, la alegría y el dolor, combinados en una variedad infinita; allí se representa la marcha del mundo, donde la pérdida de uno es ganancia de otro; donde el libertino se abandona á la disolucion en el momento mismo en que el aflijido entierra á su amigo; donde la perversidad de éste se mira algunas veces burlada por la frivolidad de aquel, y donde mil bienes y mil males suceden y se evitan sin designio."

He aqui la gran paradoja literaria de los partidarios de Shakspeare. Todo este discurso se dirige á probar que *no hay reglas dramáticas*, ó que el *arte no es arte*.

Cuando Voltaire se acusó de haber abierto la puerta á la medianía, elogiando desmedidamente á Shakspeare, quiso decir sin duda que desterrando toda regla, y volviendo al estado de pura naturaleza, nada sería mas fácil que igualar las obras maestras del teatro ingles. Si para llegar á lo mas alto del arte trájico basta amontonar escenas desatinadas, sin enlace ni con-

secuencia; confundir lo bajo con lo noble, lo burlesco con lo patético; colocar al aguador junto al monarca, y á la verdulera al lado de la reina, ¿quien no podrá lisonjearse fundadamente de ser rival de Sófocles y de Racine? Cualquiera que se encuentre colocado en la sociedad de manera que pueda ver muchos hombres y muchas cosas, si quiere tan solo tomarse el trabajo de apuntar todos los accidentes de uno de sus dias, sus conversaciones con el artesano ó el ministro, con el soldado ó el príncipe; si quiere recordar los objetos que ha visto, el baile ó el entierro, el banquete del rico y la miseria del pobre; éste, digo, habrá escrito un drama en el estilo del poeta ingles. Podrán faltar en él las escenas del jenio; pero si no se encuentra á Shakspeare escritor, se encontrará á Shakspeare *dramista*.

Es menester, pues, convenir ante todo en que el escribir es un arte; que este arte tiene necesariamente jéneros, y cada jénero tiene sus reglas: y no se diga que las reglas y los jéneros son arbitrarios; porque son hijos de la misma naturaleza: el arte no ha hecho mas que separar lo que la naturaleza confunde; ha elegido los rasgos mas bellos, sin separarse de la similitud del gran modelo. La perfeccion no se opone á la verdad, y puede asegurarse que Racine, con toda la escelencia de su arte, es mas natural que Shakspeare; asi como el Apolo, con toda su divinidad, tiene las formas humanas mas que una estátua grosera del Ejipto.

Pero si Shakspeare, se dirá, falta á todas las reglas, confunde todos los jéneros, y contraria todas las verosimilitudes, al menos ha dado mas movimiento á la



escena, y ha llevado el terror mas allá que los trájicos franceses. Yo no examinaré hasta qué grado sea cierta esta asercion; si la libertad que se concede de decirlo y representarlo todo, no conduce naturalmente á esa barahunda de escenas, á esa multitud de personajes que confunden; no examinaré si en las piezas de Shakspeare camina todo con rapidez á la catástrofe; si la intriga se anuda y desenlaza con arte, sosteniendo y precipitando sin cesar el interes del espectador: diré tan solo que si es cierto que nuestros trájidos carecen de movimiento (lo que estoy muy lejos de conceder), bueno es que pongan mas en sus argumentos. Mas esto no prueba que deban introducirse en nuestro teatro las monstruosidades de ese hombre á quien Voltaire llamaba un *salvaje embriagado*. Una belleza casual que se encuentra en Shakspeare, no puede excusar sus innumerables defectos: un monumento gótico puede agradar por su obscuridad, y por la misma desformidad de sus proporciones; pero á nadie le ocurre tomarle por modelo para edificar un palacio.

Se pretende sobre todo que Shakspeare es un gran maestro en el arte de hacer llorar. Yo no sé si es cierto que la primera de las artes sea la de *hacer llorar*, en el sentido en que se toma hoy esta palabra. Las verdaderas lágrimas son las que hace derramar una bella poesía; y es necesario que á ellas contribuya tanta admiracion como dolor. Si Sófocles me presenta á *Edipo todo lleno de sangre*, mi corazon quiere romperse; pero llega á mis oidos una dulce melodía, un espectáculo soberanamente bello tiene mis ojos encantados,

experimento á la vez placer y pena , tengo á la vista una verdad espantosa , y sin embargo conozco que aquello no es más que la ingeniosa imitacion de una accion que ya no existe , que acaso no ha existido jamás. Entonces mis lágrimas corren con delicia ; lloro , mas es al son de la lira de Orfeo ; lloro , pero es siguiendo el acento de las musas ; estas jóvenes celestes lloran tambien , pero no desfiguran con visajes su divino semblante. A las mismas furias daban los antiguos un rostro bello , y era seguramente porque tambien hay belleza en los remordimientos.

Ya que tratamos de este objeto importante , séame permitido decir una palabra sobre la cuestion que divide hoy el mundo literario. Una parte de nuestros literatos solo admira las obras extranjeras , al paso que la otra está fuertemente adherida á la antigua escuela. Segun los primeros , los escritores del siglo de Luis el Grande no han tenido bastante movimiento en el estilo , y sobre todo han sido pobres de pensamientos ; al decir de los segundos todo ese pretendido movimiento , todos los esfuerzos del día hácia los pensamientos nuevos , no son otra cosa que decadencia y corrupcion : aquellos desechan todas las reglas ; estos quieren observarlas todas.

Pudiera decirse á los primeros que se pierde sin remedio el que abandona los grandes modelos que son los únicos que pueden contenernos en los delicados límites del gusto ; que se engaña el que toma por verdadero movimiento un método de proceder sin fin por exclamaciones y por interrogantes. El segundo siglo de la literatura latina tuvo las mismas pretensiones que el nuestro. Es cierto que en el estilo de Tácito , Séneca



y Lucano se encuentra mas agitacion y mayor variedad de coloridos que en el de Tito-Livio, Ciceron y Virjilio. Afectan esa concision de ideas, y esos efectos brillantes de espresion que ahora buscamos; recargan sus descripciones, les agrada presentar cuadros y pronunciar sentencias, porque nunca se habla tanto de moral como en los tiempos de corrupcion. Pero entre tanto fueron llegando los siglos, y sin cuidarse de los *pensadores* de la edad de Trajano, dieron la palma á la edad de la imajinacion y de las artes, á la edad de Augusto.

Si los ejemplos instruyesen, yo añadiría que otra de las causas de la decadencia de las letras latinas fue la confusion de los dialectos que se verificó en el imperio romano. Cuando se vió á los galos en el senado, cuando Roma, hecha la capital del mundo, oyó resonar en sus muros todas las jergas, desde el godó hasta el parto, se pudo juzgar que habian dejado de existir el gusto de Horacio y la lengua de Ciceron. La semejanza es notable: por poco que continuemos en Francia estudiando los idiomas estranjeros, é inundándonos de traducciones, nuestra lengua perderá muy pronto esa flor nativa y esos galicismos que formaban su índole y su gracia.

Una de las fuentes del error en que han caido los literatos que quieren abrirse caminos desconocidos, nace de la incertidumbre que han creído observar en los principios del gusto. El mismo á quien aclama hombre grande un periódico, es en otro un escritor adocenado; aqui brilla su jenio, allá no se ve mas que un puro declamador. Las naciones enteras varian: to-

dos los extranjeros rehusan conceder el ingenio á Racine, y la armonía á nuestros versos; nosotros juzgamos á los autores ingleses de un modo enteramente diverso que los mismos ingleses, y nos asombraríamos si supiésemos cuáles son en Alemania los grandes hombres de Francia, y á qué autores franceses se desprecia en aquel pais.

Pero todo esto no bastaria para lanzar al espíritu en la incertidumbre, y hacernos abandonar los principios bajo el pretesto de que no se sabe en que consiste el gusto. Existe una base segura donde poder afirmarse, y es la literatura antigua, que está siempre presente como un modelo invariable.

Si queremos, pues, libertarnos de la barbarie que nos amenaza, debemos agruparnos alrededor de los que nos proponen estos grandes ejemplos. Aun cuando los partidarios de la antigua escuela llevasen sobrado adelante su odio á las literaturas extranjeras, debíamos agradecersele: asi declamó Boileau contra el Tasso, por la razon, segun declara él mismo, de que su siglo se hallaba sobrado dispuesto á incurrir en los defectos de este autor.

Sin embargo, ¿no seria mas fácil reconducir á un adversario á la imitacion de los buenos modelos haciéndole alguna concesion? ¿No podria convenirse en que las artes de imaginacion dominaron tal vez un poco demasiado en el siglo de Luis XIV? ¿que lo que hoy se llama *pintar la naturaleza*, era entonces una cosa casi desconocida? ¿Por que no habia de admitirse que el estilo del dia conoce realmente mas formas; que la libertad con que se tratan todos los objetos ha puesto



en circulacion mayor número de verdades; que las ciencias han dado mas firmeza á los espíritus, y mas precision á las ideas? Yo no ignoro que el convenir en todo esto tiene ciertos peligros, y que si se cede en un punto, no se sabrá muy pronto en donde detenerse; pero en fin, ¿no seria posible que un hombre que caminase con precaucion entre estas dos líneas, pero siempre un poco mas cerca de la antigua que de la moderna, lograrse reconciliar y reunir las dos escuelas, y hacer salir de ellas el jenio de un nuevo siglo? Como quiera que sea, cuantos esfuerzos se hagan para lograr esta revolucion, serán inútiles mientras permanezcamos irreligiosos. La imaginacion y el sentimiento nacen esencialmente de la relijion; y una literatura de donde se destierren los encantos y la ternura, siempre será árida, fria y mediana.

## BEATTIE.

Junio de 1801.

**E**l jenio escoces ha sostenido con honor en este último siglo una literatura que los Pope, los Addison, los Steele y los Rowe habian elevado á un alto grado de gloria. La Inglaterra no cuenta historiadores superiores á Hume y á Robertson, ni poetas mas ricos y amables que Tomson y Beattie. Éste, que no ha salido jamás de su desierto, simple ministro y profesor de filosofía en una pequeña ciudad del norte de Escocia, ha entonado cantares de carácter enteramente nuevo, y ha pulsado una lira que recuerda el arpa del bardo. Su principal, y por decirlo así su única obra, es un pequeño poema titulado el *Trovador* (Minstrel) ó los *Progresos del Jenio*. Beattie ha querido pintar los efectos de la musa en un pastorcito de la montaña, y delinear unas inspiraciones que acaso habia experimentado él mismo. La idea primitiva del *Trovador* es graciosísima, y la mayor parte de los pormenores son muy agradables. El poema está escrito en estancias rimadas, como las antiguas baladas escocesas, lo cual aumenta sin duda su interes. A la verdad no dejan de encontrarse en él, como en todos los autores extranjeros, algunos pasajes prolijos y pormenores de mal gusto; porque el doctor Beattie gusta de estenderse en los lugares comunes de moral, que no siempre tiene el arte de rejuvenecer. En jeneral los hombres de



imaginacion brillante y tierna tienen poca profundidad de pensamiento, ó poca fuerza en el discurso; porque para producir grandes ideas se necesita estar dotado de un gran genio, ó ajitado por pasiones violentas. Existe cierta tranquilidad del corazon, y cierta dulzura de espíritu, que parece escluyan el sublime.

Una obra titulada el *Trovador* no es susceptible de análisis: para hacerla conocer es menester traducirla. Yo, pues, daré aqui el primer canto de esta amable produccion, suprimiendo sin embargo lo que la delicadeza francesa no podria sufrir. Prefiero dedicarme á mostrar las bellezas, mas bien que á contar escrupulosamente los defectos de un libro. Me agrada mas engrandecer al hombre á la vista de otro hombre, que rebajarle á sus propios ojos. Por otra parte, se instruye mas por la admiracion que por el disgusto: aquella nos revela la presencia del genio, ésta se limita á descubrirnos unos lunares que cualquiera puede distinguir: la Divinidad se descubre en la bella disposicion de los cielos, y no en algunas irregularidades de la naturaleza.

## EL TROVADOR.

6

### LOS PROGRESOS DEL GENIO.

¡Ah! ¿quien podrá decir cuan difícil es trepar á la cumbre donde brilla á lo lejos el templo de la gloria? ¿Quien dirá cuantos genios sublimes han experimentado la influencia de un astro funesto? Repelidos por los ul-

trajes del orgullo y por los desdenes de la envidia, detenidos por la insuperable barrera de la indigencia, se han arrastrado largo tiempo por los senderos de la vida, y han desaparecido despues en la tumba, desconocidos y sin ser llorados.

Y sin embargo, ¡el tedio y una vida sin gloria no es igualmente penoso para todos! El que nunca dió oídos á la voz de la lisonja, no se quejará del silencio del olvido. Algunos hay que sordos á los gritos de la ambicion, se estremecerian si oyesen la trompeta de la fama. Dichoso con no haber recibido en patrimonio mas que la salud, la libertad y la paz, á nada mas estendia sus deseos el jóven cuya sencilla historia he bosquejado en versos desnudos de artificio.

Si yo quisiese invocar una musa sábia, mis doctas cadencias dirian aquí cuál fue el destino del bardo de la antigüedad: pintariale con un corazon contento, y un traje sencillo; veriamos sus flotantes cabellos y su nevada barba; la modesta arpa, única compañera de sus viajes, responderia á los suspiros de las brisas, suspendida á sus encorbadas espaldas; al paso que el anciano caminaría cantando á media voz algun alegre ritornelo.

Mas un pobre trovador es el que me inspira en este dia. No os admireis, mortales orgullosos, no os admireis si le consagro mis acentos. Las musas desprecian la sonrisa insultante de la fortuna, y no doblan la rodilla ante el idolo de las grandezas. . . . .

Si los montes del Potosi brillan con el esplendor del diamante y del oro, y los de la Escocia se levantan áridos y frios; en el seno de los primeros jermína la avaricia y la corrupcion; apacibles son los valles de los segundos, y puros son y cristalinos los cielos que los iluminan.

En los siglos góticos (como refieren las antiguas ba-



ladas) vivia un pastorcillo. Sus antepasados habitaron quizá un pais amado de las musas, las grutas de la Sicilia, ó los valles de la Arcadia; mas él habia nacido en las comarcas del Norte, en una nacion famosa por sus canciones y por la hermosura de sus virjenes; nacion valerosa, aunque modesta; inocente, aunque libre, paciente en el trabajo, firme en los peligros, inmutable en la fe, invencible en las armas.

Este pastorcillo apacentaba su pequeño rebaño en las montañas de la Escocia; y nunca manejó la hoz ni empuñó la esteva. Todo su tesoro consistia en un corazon limpio: bebia el agua que brotaba una roca; sus ovejas le proveian de leche, y le prestaban sus blancos vellores para defenderse de la crudeza del invierno; y él seguia sus errantes pasos por donde quiera que ellas querian dirigirse.

Del trabajo nace la salud; de la salud la paz, fuente de toda alegría. No envidiaba á los reyes, ni siquiera pensaba en ellos, y no turbaban su tranquilidad esos deseos que burla la fortuna y apaga la posesion. Un padre virtuoso y una madre honesta bastaban á las necesidades de su corazon; solo amaba á ellos, y los amaba desde su niñez. Nuestro pastorcillo formaba toda la posteridad de aquella inocente pareja. Ningun oráculo le habia anunciado al mundo, ningun prodijio se habia manifestado en su cuna. Ya pueden adivinarse todas la circunstancias del nacimiento de Eduardo: la alegría del padre y los cuidados maternales, las oraciones de la matrona por la felicidad, el talento y la virtud del niño, y un largo día de verano pasado todo en el reposo y la alegría!

Eduardo no era un niño vulgar. Sus ojos aparecian con frecuencia como ocupados en un grave pensamiento; desdeñaba los juguetes propios de su edad, fuera de un pequeño caramillo groseramente labrado; era sensi-

ble, aunque salvaje: cuando estaba contento permanecía silencioso, y mostrábase alternativamente colmado de júbilo ó tristeza, sin que pudiera adivinarse la causa. Los vecinos se estremecían y suspiraban á su vista, pero sin embargo le bendecían. Los unos le atribuían una inteligencia maravillosa, los otros le tenían por insensato.

Mas ¿por que he de referir yo los juegos de su infancia? Nunca se mezclaba en la turba bulliciosa de sus jóvenes compañeros; agradábase internarse en la selva, ó estraviarse sobre la cumbre solitaria del monte. Los tortuosos jiros de un riachuelo le conducían muchas veces á bosques ignorados. Ora descende al fondo de los precipicios, en donde crecen pinos seculares, ora trepa á las escarpadas cumbres, donde el torrente brilla de roca en roca, donde las aguas, las selvas y los vientos forman un concierto inmenso, que el eco aumenta y sube hasta los cielos.

Cuando el alba empieza á iluminar el horizonte, sentado Eduardo en la cumbre de la colina, contempla á lo lejos las nubes de púrpura, el azul océano y las pardas montañas, el lago que brilla débilmente entre los vaporesos matorrales, y el prolongado valle que se extiende hácia el occidente, donde la luz lucha todavía con las sombras.

Durante las nieblas del otoño veríaisle algunas veces escalar las ruinas de los montes. ¡O placer espantoso! en pie sobre la punta de una roca, cual marinero salvado de un naufragio en una costa desierta, le agrada ver los vapores que, acumulándose como enormes olas, prónganse sobre los horizontes; allá abrirse á manera de un golfo, aquí redondearse al derredor de las montañas. Del fondo del precipicio que tenía bajo sus pies, la voz de la pastora ó el válido de los ganados llegaban hasta él al través de las opacas nieblas.



Este niño singular amaba igualmente las escenas agradables y las terribles: tantas delicias encontraba en las sombras y en las tempestades, como en el astro del medio día cuando brilla sobre el Océano tranquilo. Esta propension á la melancolía le interesaba en las desgracias de los hombres. Si alguna vez se escapaba de su corazón un suspiro, ó surcaba sus mejillas una lágrima, no procuraba reprimir un suspiro tan tierno, ni atajar una lágrima tan dulce.

»Bosques salvajes, ¿ que se ha hecho vuestra verdura? (asi interpreta la musa sus tiernos pensamientos).  
 »Valles, ¿ donde se han ido vuestras flores y vuestras aromas, hace poco tan deliciosos en las horas abrasadas del día? ¿ Por que han abandonado sus nidos las avecillas que llenaban de armonía vuestros bosquecillos? El viento sopla tristemente sobre las agostadas yerbas, y arroja delante de si las hojas secas. . . . .  
 » . . . . .

»¡ Asi pasa todo sobre la tierra! ¡ asi florece y se marchita el hombre! . . . . .

»La vejez y el invierno, llevados en las rápidas y silenciosas alas del tiempo, han ajado muy pronto la flor de nuestros primeros años.

»¡ Ah! ¡ llorad sobre vuestros destinos los que arrastrais vuestras groseras esperanzas en esta mansion miserable y obscura! Mas el alma sublime que dirige sus miradas mas allá del sepulcro, sonrie á vista de las miserias humanas, y se admira de vuestras lágrimas. ¿ Por ventura no volverá ya la primavera á reanimar estas pálidas escenas? ¿ Será acaso que el sol haya encontrado un lecho eterno en los mares del occidente? No, el oriente se inflamará muy pronto con nuevos fuegos, pronto volverá la primavera, la verdura y la armonía á los bosques.



» ¡Y permaneceré yo abandonado en el polvo cuando una providencia bienhechora hará revivir las flores! ¡Como! ¡la voz de la naturaleza, injusta solo con el hombre, le condenaría á perecer cuando le manda esperar! Lejos de mí tales pensamientos: vendrá la inmortal primavera de los cielos, y la noble belleza del hombre florecerá de nuevo.»

Eduardo había aprendido de su religioso padre estas verdades sublimes; mas ved aquí al novelesco niño, que sale del asilo donde se había guarecido de las turbonadas del medio día. La lluvia de la tempestad ha pasado, y el ambiente está ahora fresco y aromático. En el obscuro oriente brilla el iris desplegando un arco inmenso en frente del ocaso. Joven insensato, que crees poder tocar el esplendoroso metéoro, ¡cuan vana es la carrera que ha comenzado tu ardimiento! La brillante aparición se aleja á medida que tú la persigues. ¡Ah! ¡lo mismo sucede en la juventud cuando corremos en pos de las ilusiones de la vida! Plegue á Dios que este emblema de una esperanza burlada, sirva un día para moderar tus pasiones, y consolarte cuando veas tus votos contrariados. Mas ¿por que ha dé turbar tu alma una triste prevision? ¡Perezca esa vana sabiduría que ahoga los primeros deseos! Sigue, amable niño, sigue á tu brillante fantasma; entrégate á las ilusiones y á la esperanza; ¡ay! la esperanza y las ilusiones se desvanecerán por sí mismas sobrado pronto.

Cuando la campana de la noche, meciéndose en los aires, cargaba de sus jemidos la brisa solitaria, caminaba el joven Eduardo á paso lento, y prestando atento oído, internábase en lo profundo de los valles, creyendo que veía vagar alrededor de sí entierros, pálidas sombras y fantasmas que arrastraban pesadas cadenas ó vellos inmensos: mas estos ruidos de la muerte se confun-

dian muy pronto con el lúgubre graznido del buho, ó con el murmullo del viento de la noche, que de cuando en cuando conmovia las antiguas cúpulas de un templo.

Si la rojiza luna se inclinaba á su ocaso sobre un mar melancólico y sombrío, Eduardo iba á buscar las orillas de aquellas fuentes desconocidas, donde solían reunirse sobre los matorrales las hadas de los tiempos pasados: Allí le sorprendía con frecuencia el sueño con sus visiones. Ahora comenzaba á silbar en sus oídos una brisa salvaje; luego unas antorchas encendidas de repente por una llama mágica, iluminaban la bóveda del cielo.

En medio de sus ilusiones levántase á sus ojos un castillo, cuyo pórtico se halla cargado de blasones. Suena la trompeta, bájase el puente levadizo, y empiezan á salir de la gótica mansion guerreros con cascos verdes, en cuyas manos brillan broqueles de oro y lanzas de diamante. Su mirada es afable, su continente marcial; y en medio de ellos algunos venerables trovadores de largas vestimentas talaes, animan con un sople armonioso el clarín guerrero.

Al estruendo de las canciones y de los timbales, salen de un bosquecillo de mirtos una cuadrilla de hermosas doncellas. Dejan los caballeros la lanza y el broquel, y al compas de una música viva y alegre se dá principio al baile. Se reúnen, se separan, huyen, vuelven, confunden los círculos de aquel movable laberinto; las selvas brillan á lo lejos con el resplandor de las antorchas, del oro y de la pedrería.

El sueño se ha desvanecido.... Eduardo despierta con la aurora, y abre sus encantados ojos á las escenas de la mañana: cada céfiro le hace oír mil sonos deliciosos; se oye el balido del rebaño, la esquila del cordero, el zumbido de la abeja; el sonido de la zampoña resuena en las



rocas, y se confunde con el ruido sordo del remoto Océano que bate las riberas.

Ladra el perro al ver pasar al peregrino de la mañana; la lechera, puesto el tarro por corona, canta bajando la colina; el labrador cruza silbando la campiña; el pesado carramato cruje al pasar sobre el pedregoso sendero del monte; la espantada liebre sale de entre las vacilantes espigas; la perdiz levanta su bullicioso vuelo; la paloma torcaz arrulla en su árbol solitario, y la alondra gorjea en lo alto de los aires.

¡O naturaleza! ¡cuan encantadoras son tus bellezas! Tú das á tus amantes placeres siempre variados. ¡Que no tenga yo el ardor de un serafín para cantar tu gloria con un amor religioso! . . . . .

¡Salve, sábios maestros de la lira! ¡poetas hijos de la naturaleza, amigos del hombre y de la verdad! ¡Salve vosotros, cuyos versos llenos de sublime dulzura encantaron mi niñez, y alicionaron mi juventud! . . . . .

¡Ay! oculto en un ignorado retiro el pobre Eduardo no ha conocido nunca vuestro arte. Cuando las lluvias del invierno ó las amontonadas nieves cierran la puerta de la cabaña, entonces solamente oye á algunos trovadores viajeros que cantan las proezas de la caballería... ó recitan aquella tierna balada de los niños abandonados en la selva. Y Eduardo, llorando al escuchar la tierna historia, admira al mismo tiempo los prodijios de la musa.

Cuando cesa de rujir la tempestad, recorre el uniforme desierto de las nieves; contempla las nubes que se balancean como gruesos bajeles sobre las ondas del Océano, y dirijen su rumbo hácia el azulado horizonte. Entre estas decoraciones cambiantes, y siempre nuevas,

descubre Eduardo rios, abismos, rocas amontonadas sobre rocas, y torres que se levantan sobre otras torres. Bajando entonces á la ribera, el entusiasmado solitario camina á la orilla de la playa, escuchando con un placer mezclado de terror el bramido de las agitadas olas. De la misma manera cuando en el verano las nubes de la tempestad prolongan su tenebrosa columna sobre la cima de las colinas, se apresura Eduardo á abandonar la habitacion del hombre; y así tambien se interna en la negra soledad, para gozar de los primeros fuegos del relámpago, y de los primeros ruidos del trueno, bajo la sonora bóveda del cielo.

Cuando los jóvenes de la aldea bailan al son del caramillo, sentado Eduardo á cierta distancia se complace en meditar al sonido de la música. Y ¡cuan vanos y tumultuosos parecen entonces á su alma todos los juegos bulliciosos! Celeste melancolía, ¿que son á tu lado los profanos placeres del vulgo?

¿Existe un corazón á quien no conmueva la música? ¡Ah! ¡cuan insensible y feroz deberá ser este corazón! ¿Existe un corazón que no haya experimentado jamás esos transportes misteriosos, hijos de la soledad y de la meditacion? que no se dirija á las musas: las musas no oirán sus votos. . . . No era así Eduardo. El canto fue su primer amor, el arpa de los montes suspiró con frecuencia bajo su venturosa mano, y la quejumbrosa flauta jimió colgada de sus labios. Niño todavía, su musa ignoraba el arte del poeta; pero Eduardo, sin embargo, alcanzó esta rara perfeccion, como algun dia lo dirán mis versos.

Por este último verso se ve que Beattie se proponia continuar su poema. Con efecto, existe un segundo canto escrito algun tiempo despues; pero es muy



inferior al primero. Eduardo, errando por el desierto, oye un día una voz grave que sale de lo mas profundo de un valle. Es la de un anciano solitario, que desengañado de las ilusiones del mundo, se ha sepultado en aquel retiro para recoger su alma, y cantar las maravillas del Criador. Este ermitaño instruye al jóveu trovador, y le revela el secreto de su propio jenio. Esta idea era, como se ve, muy feliz; mas la ejecucion no corresponde al primer designio del autor: el solitario es sobrado prolijo en sus discursos, y dice cosas muy triviales sobre las grandezas y las miserias de la vida. Con todo, aun se encuentran en este segundo canto algunos pasajes que recuerdan la belleza y talento del primero. Las últimas estrofas están consagradas á la memoria de un amigo que el poeta acaba de perder; porque parece que Beattie estaba destinado á llorar. La muerte de su hijo único le ha afectado profundamente, y le ha apartado de todo punto de las musas. Todavía vive en las rocas de Morven; mas todas estas rocas ya no le inspiran sus cantos, y á la manera que Osian cuando perdió á su Oscar, ha dejado el arpa pendiente de una encina. Parece que su hijo anunciaba un gran talento para la poesia: tal vez seria este el jóven trovador que un padre sensible habia pintado, cuyas huellas no se descubren ya en la cumbre de la montaña (1).

(1) El poeta Beattie sobrevivió poco á la pérdida de su hijo. Arrastró algun tiempo su dolor por los montes de Escocia, y murió el 18 de Agosto de 1803, á la edad de sesenta y ocho años. Además del poema del *Trovador* publicó otras poesias muy notables por el sentimiento melancólico que en todas ellas domina. (*Nota del editor.*)

## ALEJANDRO MACKENZIE.

Julio de 1801.

La razon del interes jeneral que inspira la lectura de los viajes, tal vez debe buscarse en la inconstancia y en el tedio del corazon humano. Fatigados de la sociedad en que vivimos, y de los pesares que nos rodean, nos agrada vagar con el pensamiento por paises lejanos y entre pueblos desconocidos. Si los hombres que se nos pintan son mas felices que nosotros, su felicidad nos recrea; si son mas desgraciados, sus males nos consuelan.

Mas el interes unido á la narracion de los viajes, se disminuye al paso que se aumenta el número de los viajeros; porque el espíritu filosófico ha hecho desaparecer las maravillas del desierto:

Desencantados bosques han perdido

Los milagros hermosos que han tenido (1).

Cuando los primeros franceses que bajaron á las riberas del *Canadá*, hablan de unos lagos semejantes á mares, de cataratas que caen del cielo, de selvas cuya profundidad no puede sondearse, el espíritu se conmueve con mas fuerza que cuando un comerciante ingles ó un sábio moderno refiere que ha penetrado hasta el océano Pacifico, y que la catarata de Niágara

(1) Fontanes.



no tiene mas que ciento cuarenta y cuatro pies de salto.

Lo que ganamos en conocimiento, lo perdemos en sentimiento. Las verdades geométricas han destruido ciertas verdades de la imaginacion, mucho mas importantes de lo que se piensa para la moral. ¿Quiénes fueron los primeros viajeros en la bella antigüedad? Los legisladores, los poetas, los héroes: Jacob, Licurgo, Pitágoras, Homero, Hércules, Alejandro: *dies peregrinationis* (1). Entonces todo era prodigio, sin dejar de ser realidad; y aquellos grandes hombres, alentados con la esperanza, se complacian en decir: »¡Allá se encuentra la tierra desconocida! ¡la tierra inmensa!» ; *Terra ignota!* ; *terra immensa!* Nosotros tenemos naturalmente odio á los límites; y casi me atreveria á decir que el globo es sobrado pequeño para el hombre, despues que le ha rodeado. Si la noche es mas favorable que el dia para la inspiracion y para los grandiosos pensamientos, es porque ocultando todos los límites, toma el aspecto de la inmensidad.

Los viajeros franceses y los ingleses parece que, como los guerreros de estas dos naciones, se hayan dividido el imperio de la tierra y el de las aguas. Nada pueden oponer los últimos á los Tavernier, Chardin, Parennin y Charlevoix; ni un monumento igual á las *Cartas edificantes*; mas los primeros á su vez no tienen un Anson, un Byron, un Cook, ni un Vancouver. Los viajeros franceses han contribuido mas al conocimiento de los usos y costumbres de los pueblos: *νόσον ἔγνω μοres cognovit*; los viajeros ingleses han sido mas útiles á

(1) *Jénesis.*

los progresos de la geografía universal: *ἐν πόντῳ μάθην, in mari passus est*, (1), y participan con los españoles y portugueses de la gloria de haber añadido nuevos mares y nuevos continentes al globo, y haber fijado los límites de la tierra.

Los prodigios de la navegacion, son tal vez lo que dá una idea mas elevada del jenio del hombre. Nos estremecemos y admiramos cuando vemos á Colon penetrando por las soledades de un océano desconocido, á Vasco de Gama doblando el cabo de las Tormentas, á Magallanes saliendo de un mar vasto para entrar en otro mas vasto todavía, y á Cook volando de un polo al otro, estrechado en todas partes por las riberas del globo, y no encontrando ya mares para sus navíos.

¡Cuan bello espectáculo no ofrece este ilustre navegante buscando nuevas tierras, no para oprimir á sus habitantes, sino para socorrerlos y para ilustrarlos, llevando á unos pocos salvajes las cosas mas necesarias para la vida, jurando amistad y concordia en sus deliciosas riberas á aquellos sencillos hijos de la naturaleza, sembrando entre los hielos australes los frutos de un clima mas dulce, imitandó asi á la Providencia, que preve los naufragios y las necesidades de los hombres!

No habiendo permitido la muerte que el capitán Cook acabase sus importantes descubrimientos, el gobierno ingles encargó al capitán Vancouver que visitase toda la costa americana, desde la California hasta el rio de Cook, y dispase las dudas que todavía pudieran quedar sobre la existencia de una comunicacion al nor-oeste del Nuevo-Mundo; y mientras este hábil

(1) *Odyss.*



marino llenaba su mision con tanta intelijencia como denuedo, otro viajero ingles, que habia partido del Alto-Canadá, avanzaba al través de los desiertos y de las selvas hasta el mar boreal, y hasta el océano Pacífico.

M. Mackenzie, cuyos trabajos me propongo dar á conocer, no pretende la gloria del sábio ni la del escritor. Simple traficante de peleterías entre los indios, presenta modestamente su viaje como el diario de su navegacion.

*El 15 de Agosto soplabá el viento del oeste: hicimos cuatro millas al sur y dos al sud-oeste, &c. La corriente del rio era rápida: tuvimos un transporte; vimos algunas chozas avandonadas; el pais era fértil ó árido; atravesamos llanuras ó montes; nevó; mi jente se hallaba fatigada; trataron de dejarme; hice una observacion astronómica, &c., &c.*

Tal es el estilo de M. Mackenzie. Algunas veces, sin embargo, interrumpe su diario para describir una escena de la naturaleza, ó las costumbres de los salvajes; pero no siempre tiene el arte de dar valor á estas pequeñas circunstancias tan interesantes en las narraciones de nuestros misioneros. Apenas son conocidos los compañeros de sus fatigas; no se habla de arrebatos de júbilo al descubrir el mar, objeto tan deseado de la empresa, ni se ven escenas interesantes á la vuelta. En una palabra, el lector no se embarca en la canoa con un viajero, ni parte con este sus esperanzas y sus peligros.

Pero todavía se nota en la obra otro defecto mayor: es sensible que un simple diario de viaje carezca

de método y de claridad. M. Mackenzie espone confusamente su objeto, sin decir al lector cuál es ese fuerte de *Chipiounyan*, de donde parte; adonde habian llegado los descubrimientos anteriores á los suyos; si el paraje en donde se detuvo á la entrada del mar glacial era una bahía, ó nada mas que un ensanche del rio, como nos inclinamos á sospechar; en qué se funda la certeza que tiene el viajero de que aquel gran rio del oeste, al que llama *Tacoutché-Tessé*, es el rio de *Colombia*, pues que no le bajó hasta su embocadura; en qué consiste que la parte del curso de este rio, que no visitó, se halla sin embargo marcada en su mapa, &c., &c.

A pesar de tan numerosos defectos, el diario de M. Mackenzie tiene mucho mérito; pero necesita comentarios, sea para dar una idea de los desiertos que el viajero atraviesa y adornar con un poco de colorido la sequedad y aridez de su estilo, sea para ilustrar algunos puntos de jeografía. Voy, pues, á ensayar esta tarea.

La España, la Inglaterra y la Francia deben sus posesiones americanas á tres italianos, *Colon*, *Gabot* y *Verazani*. El jenio de Italia, sepultado bajo sus ruinas como los gigantes bajo los montes que habian amontonado, parece despertarse algunas veces para admirar al mundo. Hacia el año 1523, Francisco I mandó á *Juan Verazani* que fuese á descubrir nuevas tierras. Este navegante reconoció mas de seiscientas leguas de costa á lo largo de la América septentrional; pero no fundó ninguna colonia.

Su sucesor Jacobo Cartier visitó todo el pais lla-



mado por los salvajes *Kannata*; esto es, *monton de ca-  
bañas* (1). Remontó el gran río, al que dió el nombre  
de *San Lorenzo*, y se adelantó hasta la isla de *Mon-  
tréal*, que se llamaba entonces *Hochéлага*.

M. de Roberval obtuvo en 1540 el vireinato del  
Canadá, y transportó allí muchas familias con su her-  
mano, á quien á causa de su bravura llamaba Fran-  
cisco I el jendarma de Anibal; pero habiendo naufragado en 1540, »se acabaron con ellos, dice Charle-  
»voix, todas las esperanzas que se habian concebido  
»de formar un establecimiento en América; porque  
»nadie se atrevió á lisonjearse que seria mas hábil ó  
»mas denodado que aquellos dos hermanos.”

Las revueltas que estallaron en Francia poco des-  
pues, y duraron cincuenta años, no permitieron que  
el gobierno dirijiese sus miradas al exterior. Sofoca-  
das las discordias civiles por el jenio de Enrique IV,  
se volvió con calor al proyecto de un establecimiento  
en el Canadá. El marques de la Roche se embarcó  
en 1598 para tentar de nuevo la fortuna; pero su  
expedicion tuvo un fin desastroso. M. Chauvin le su-  
cedió en sus proyectos y en sus desgracias; en fin, en  
1603 se encargó de la misma empresa el comendador  
de Chate, y dió la direccion á Samuel de Champe-  
lain, cuyo nombre recuerda al fundador de Québec, y  
al padre de las colonias francesas de la América sep-  
tentrional.

(1) Los españoles habian ciertamente descubierto el Cana-  
dá antes que Jacobo Cartier y Verazani, y algunos autores  
pretenden que el nombre *Canadá* viene de las dos voces espa-  
ñolas *Acá, nada*.

Desde este momento corrió á cargo de los jesuitas el continuar los descubrimientos por el interior de las selvas del Canadá; y entonces comenzaron aquellas famosas misiones que estendieron el imperio frances desde las orillas del Atlántico y los hielos de la bahía de Hudson, á las riberas del golfo Mejicano. El padre *Biart* y el padre *Enemond-Masse* recorrieron toda la Acadia; el padre *José* avanzó hasta el lago Nipissing, al norte del Canadá; los padres *Brébeuf* y *Daniel* visitaron los magníficos desiertos de los hurones, entre el lago de este nombre, el lago Michigan y el lago Erié: el padre *Lamberville* dió á conocer el lago Ontario y los cinco cantones iroqueses. Atraídos con la esperanza del martirio, y con la narración de los trabajos que padecian sus compañeros, llegaron de todas partes obreros evangélicos, y se derramaron por todas las soledades. »Les enviaban, dice el historiador de la Nueva-Francia, y ellos iban alegres..... Cumplian la »promesa del Salvador del mundo, de hacer anunciar »su Evangelio por toda la tierra.»

El descubrimiento del *Ohio* y del *Meschacebé*, al occidente del *lago Superior* y del *lago de los Bosques* al nor-oeste del rio *Borbon* y de la costa interior de la bahía de *James* al norte, fue el resultado de estas correrías apostólicas. Los misioneros conocieron tambien aquellos *montes Roqueños* (1), que M. Mackenzie atravesó para dirigirse al océano Pacífico, y el gran rio que debia correr al oeste, que es el *Columbia*. Basta fijar una mirada sobre los antiguos ma-

(1) Los jesuitas les llaman montes de piedras brillantes.



pas de los jesuitas, para convencerse de que nada digo que no sea verdad.

Se ve, pues, que todos los grandes descubrimientos en el interior de la América septentrional, estaban ya hechos cuando los ingleses se apoderaron del Canadá. Dando nuevos nombres á los lagos, á los montes y á los rios, ó corrompiendo los antiguos nombres franceses, no hicieron otra cosa que introducir el desorden en la jeografía. Ni está muy bien probado que las latitudes y longitudes que dieron á ciertos lugares sean mas exactas que las fijadas por nuestros sábios misioneros (1), para formarse una idea clara del punto de partida y de los viajes de M. de Mackenzie, es esencial observar lo que sigue:

Los misioneros franceses y los corredores del Canadá habian llevado sus descubrimientos hasta el lago *Ouinipic* ó *Ouinipigon* (2), por el oeste y hasta el lago de los *Assiniboils* ó *Cristinaux*, por el norte. El primero parece ser el lago del *Esclavo* de M. Mackenzie.

La sociedad anglo-canadiana que hace el comercio de las peleterias, estableció una factoría en el *Chipiouyan* (3) sobre un lago llamado el *lago de las*

(1) M. Arrowsmith es al presente el primer jeógrafo de Inglaterra: pues ahora bien, si se toma su gran mapa de los Estados Unidos, y se compara con los últimos mapas de Imbley, se encontrará una prodijiosa diferencia, sobre todo en la parte que se estiende entre los lagos del Canadá y el Ohio; los mapas de los misioneros, por el contrario, se aproximan mucho á los de Imbley.

(2) Los mapas franceses le colocan á los 50 grados de latitud norte, y los ingleses á los 53.

(3) 50° 40' de latitud norte y 10° 30' de longitud oeste del meridiano de Greenwich.

*Montañas*, que se comunica con el del Esclavo por un riachuelo.

Del lago del Esclavo sale un río que corre hacia el norte, al que M. Mackenzie dió su nombre: El río Mackenzie desemboca en el mar del polo por los  $69^{\circ} 14'$  de latitud septentrional y  $135^{\circ}$  de longitud oeste del meridiano de Greenwich. El descubrimiento de este río y su navegacion hasta el océano boreal, son el objeto del primer viaje de M. Mackenzie. Habiendo partido del fuerte de Chipiouyan el 3 de Junio de 1789, está de vuelta el 12 de Setiembre del mismo año.

El 10 de Octubre de 1792 parte segunda vez del mismo fuerte para hacer un nuevo viaje. Dirije su rumbo al oeste, atraviesa el lago de las Montañas, y remonta un río llamado *Oungigah*, ó río de la Paz, que tiene su origen en los montes Roqueños. Un gran río que nace á la otra parte de estos montes, corre al oeste, y va á perderse en el océano Pacifico. Este río se llama *Tacoutché-Tessé*, ó el río de la Colombia.

El conocimiento de la comunicacion del río de la Paz con el de Colombia, la facilidad de la navegacion de este último, al menos hasta el sitio donde M. de Mackenzie dejó abandonada su canoa para dirigirse por tierra al océano Pacifico: tales son los descubrimientos que resultan de la segunda espedicion del viajero. Despues de una ausencia de oncé meses, vuelve al punto de su partida.

Es menester observar que el río de la Paz sale de los montes Roqueños para perderse en un brazo del lago de las Montañas; que este se comunica con el del Esclavo por un arroyo que tiene el mismo nom-



bre, y que á su vez el lago del Esclavo deposita sus aguas en el océano boreal por el rio Mackenzie: de donde resulta que el rio de la Paz, el del Esclavo y el Mackenzie, no son en realidad mas que un solo rio, que nace al oeste en los montes Roqueños, y se precipita por el norte en el mar del polo. Partamos ahora en compañía del viajero, y bajemos con él el rio Mackenzie hasta este mar hiperbóreo.

»El miércoles 3 de Junio de 1789, á las nueve de la mañana, parti del fuerte de Chipiquyan, situado en la costa meridional del lago de las Montañas. Habíame embarcado en una canoa de corteza de abedul, y tenia por conductores un aleman y cuatro canadienses, dos de los cuales iban acompañados de sus mujeres.

»Un indio, que tenia el título de jefe ingles, me seguia en una pequeña canoa con sus dos mujeres; y en otra otros dos jóvenes indios compañeros suyos. Los salvajes se habian empeñado en servirme de intérpretes y de cazadores. El primero habia acompañado en otro tiempo al jefe que conducia á M. Hearne al río de las Minas de cobre.»

M. Mackenzie atraviesa el lago de las Montañas, entra en el rio del Esclavo que le conduce al lago del mismo nombre, costea la ribera septentrional de este lago, y descubre en fin el rio Mackenzie.

»El curso del rio toma una direccion al oeste, y en un espacio de veinticuatro millas, su cauce se estrecha gradualmente, hasta llegar á no tener mas que media milla de ancho.

»Desde el lago hasta la espesada distancia las tierras del lado del norte son bajas, y se hallan cubiertas de

»árboles; el lado del sur es mas elevado, pero tambien  
»tiene muchos bosques. . . . . Allí vimos mu-  
»chos árboles tumbados y ennegrecidos por el fuego, en-  
»tre los cuales crecian álamos tiernos que habian brota-  
»do despues del incendio. Es cosa muy digna de obser-  
»varse, que cuando el fuego devora una selva de abetos  
»y abedules, crecen alli los álamos, aunque antes no  
»hubiese en el mismo sitio ningun árbol de esta espe-  
»cie.»

Los naturalistas podrán contestar la exactitud de esta observacion de M. Mackenzie; porque en Europa todo lo que descompone nuestros sistemas, es tratado de ignorancia ó de delirio de la imaginacion; pero lo que los sábios no pueden negar, y lo que todo el arte no seria capaz de pintar, es la belleza del curso de las aguas en las soledades del Nuevo-Mundo. Representese el lector un rio inmenso que corre al través de las mas espesas selvas; que se figure todos los accidentes de los árboles que acompañan á estas riberas; encinas caidas de vejez bañan en las aguas su encañecida copa; los plátanos del occidente se repiten en el fondo de las aguas, con las ardillas negras y los blancos armiños, que trepan por sus troncos y retozan en sus lianas. Los sicomoros del Canadá se reunen en grupos, y los álamos de la Virginia crecen solitarios, formando largas alamedas. Ora un torrente que sale del fondo del desierto viene á formar con el rio, en el encuentro de una espesa arboleda, un confluente magnífico; ora una bulliciosa catarata entapiza con su azulado velo la ladera del monte. Las riberas huyen, serpentean, se ensanchan y se estrechan; aqui



se desploman unas rocas, allá se encuentran frescas umbrías, cuya cima está nivelada como la llanura que las alimenta. Por todas partes se escuchan murmullos indefinibles: hay unas ranas que braman como toros (1); hay otras que viven en el tronco de los viejos sauces (2), y cuyo repetido grito parece alternativamente al sonido de la campanilla de una oveja y al ladrido de un perro (3); el viajero agradablemente engañado en aquellos lugares salvajes, cree aproximarse á la cabaña de un labrador, y oír el murmullo y la marcha de un rebaño. En fin, vastas armonías elevadas de pronto por los vientos, llenan la profundidad de los bosques como el coro universal de las hamadriadas; pero bien pronto se van debilitando estos conciertos, y mueren gradualmente en la cima de todos los cedros y de todas las cañas; de manera que en el momento mismo en que los ruidos se pierden en el silencio, no podría el viajero asegurar si duran aun ó si ya existen solo en su imaginación.

M. Mackenzie, al continuar bajando el río, encuentra muy pronto unos salvajes de la tribu de los Indios-Eslavos, los cuales le manifiestan que mas abajo, siguiendo el curso de las aguas, encontrará otros llamados Indios-Liebres, y en fin mas abajo aun, ya cerca del mar, la nación de los Esquimales.

»Durante el poco tiempo que permanecemos en aque-

(1) Bull-Frog.

(2) Tree-Frog.

(3) »Paren sus hijuelos al pie de los árboles medio podridos.... no cantan como las de Europa, sino que durante la noche ladran como los perros.» (El padre Dutertre, *Hist. nat. de las Antillas*, tomo III).

»Ila pequeña poblacion, los naturales trataron de obse-  
 »quiarnos bailando al compas de la música que ellos  
 »mismos hacian con la boca. . . . . Saltaban y ha-  
 »cian diversas posturas; las mujeres dejaban colgar sus  
 »brazos como si no tuviesen fuerza para moverlos.»

Los cantos y los bailes de los salvajes tienen siem-  
 pre algo de melancólico ó voluptuoso.

»Los unos tocan la flauta, dice el padre du Ter-  
 »tre, los otros cantan y forman una especie de mú-  
 »sica, muy dulce para ellos.» Segun Lucrecio, mu-  
 cho antes de que los dulces versos acompañados de la  
 lira deleitasen los oídos de los hombres, se procuraba  
 imitar con la voz el gorjeo de las aves.

Atque liquidas avium voces imita ore  
 Ante fuit multo quam laevia carmina cantu  
 Concelebrare homines possent, auresque juvare.

Algunas veces se ve á una pobre india, cuyo cuer-  
 po está agobiado por exceso del trabajo y de la fa-  
 tiga, y un cazador que solo respira alegría. Si llegan  
 á bailar juntos, se encuentra un contraste admirable:  
 la primera se endereza y balancea con una blandura  
 inesperada; y el segundo hace oír los sonidos mas tris-  
 tes. La jóven parece que quiera imitar las graciosas  
 undulaciones de los abedules de su desierto, y el jóven  
 los murmullos lastimosos que se exhalan de sus cimas.

Cuando los bailes se verifican á la orilla de un rio,  
 en medio de los bosques, y los desconocidos ecos re-  
 piten por la primera vez los suspiros de una voz hu-  
 mana, y la osa de los desiertos mira desde lo alto de



su roca aquellos juegos del hombre salvaje, es imposible dejar de encontrar algo de grande en la misma rudeza del cuadro, enternecerse sobre el destino de aquel hijo de la naturaleza, que nace desconocido del mundo, baila un momento en unos valles que no volverá á recorrer, y muy pronto oculta su tumba bajo el musgo de aquellos desiertos que ni siquiera ha conservado la huella de sus pasos: *Fuissem quasi non essem!* (1).

Pasando por el pie de unas montañas estériles, llega el viajero á la orilla, y acompañado de uno de los cazadores indios, trepa á unas rocas escarpadas.

»Pero aun no estábamos, dice, á la mitad del camino  
 »de la cumbre, cuando nos vimos asaltados por una nu-  
 »be tan grande de cinifes, que no pudimos pasar adelan-  
 »te. Yo noté que la cadena de los montes se terminaba  
 »en aquel paraje.»

Cuatro cadenas de montes forman las cuatro grandes divisiones de la América septentrional.

La primera, que parte de Méjico, no es otra cosa que una prolongacion de la cadena de los Andes, que atraviesa el istmo de Panamá, y se estiende del mediodía al norte, siguiendo la costa del mar grande del sur, bajando siempre hasta el rio de Cook. M. Mackenzie la atravesó bajo el nombre de *montes Roqueños*, entre la fuente del rio de la Paz y la del Colombia, dirijiéndose al océano Pacifico.

La segunda cadena comienza en los Apalaches, á la orilla oriental del Meschacebé, se prolonga hácia

(1) *Job.*

el nordeste, bajo los diversos nombres de Alleghanys, montes Azules y montes de los Laureles, detras de las Floridas, la Virginia, la Nueva-Inglaterra, y va por el interior de la Acadia, hasta terminar en el golfo de San Lorenzo. Esta cadena divide las aguas que caen en el Atlántico, de las que engruesan el Meschacebé, el Ohío y los lagos del Canadá inferior.

Es de creer que esta cadena rodeaba en otro tiempo el Atlántico, y le servia de barrera, como la primera rodea aun el océano índico, y es verosimil que el antiguo continente de la América no empezaba hasta después de estas montañas. Cuando menos los tres diferentes niveles de terreno marcados con tanta regularidad desde las llanuras de la Pensilvania hasta las savanas de las Floridas, parece indican que aquel terreno ha sido en diferentes épocas cubierto, y luego abandonado por las aguas.

En frente de la costa del golfo de San Lorenzo, donde termina; como ya he dicho, esta segunda cadena, se eleva sobre la costa del Labrador una tercera cadena, casi tan larga como las dos primeras. Esta corre al principio hácia el sudoeste, hasta el Outaouas, formando el doble orijen de los rios que se precipitan en la bahía de Hudson, y de los que dan el tributo de sus aguas al golfo de San Lorenzo. De alli, volviendo al noroeste, y siguiendo la costa septentrional del lago Superior, llega al lago de Santa Ana, en donde se parte en dos brazos al sudoeste y noroeste.

Su brazo meridional pasa al sur del gran lago Ouinipic, entre los pantanos que forma el rio de Albania en la bahía de James, y las fuentes de donde nace el



Meschacebé , para dirigirse al golfo Mejicano.

El brazo septentrional , lamiendo el lago del Cisne y la factoría de Onasburgk , y atravesando el rio de Severn , alcanza al rio del puerto Nelson , pasando al norte del lago Ouinipic , y viene en fin á unirse á la cuarta cadena de montes.

Ésta, de menos estension que todas las demas, tiene su orijen cerca de las orillas del rio Susfatchiouayne, se despliega al nordeste entre el rio de la Danta y el Churchill , se prolonga al norte hasta cerca de los 57 grados de latitud , y se parte en dos ramales , uno de los cuales continua subiendo al septentrion , y llega á las costas del mar Glacial ; al paso que el otro , corriendo al oeste , se reúne al rio Mackenzie . Las nieves perpétuas que coronan estas montañas , alimentan por un lado los rios que bajan de la parte del norte de la bahía de Hudson , y por el otro las que se pierden en el océano boreal .

Una , pues , de las cimas de esta última cadena fue á la que M. Mackenzie quiso trepar con su cazador . Los que no han visto mas que los Alpes y los Pirineos , no pueden formarse una idea del aspecto de aquellas soledades hiperbóreas , de aquellas rejiones desoladas , en donde se ven , como despues del diluvio , *»animales estraños errando por unos montes desconocidos.»*

Rara per ignotos errant animalia montes.

Las cimas de aquellos montes desiertos están siempre cubiertas de vapores que despiden las nubes , ó

mas bien las húmedas nieblas. Algunas rocas batidas por las eternas lluvias, despiden de sus denegridos costados aquellos vapores blanquiscos, y por sus formas é inmovilidad, se parecen á unos fantasmas que se estén mirando en espantoso silencio.

Por entre las gargantas de estos montes se descubren profundos valles de granito, revestidos de musgo, por donde discurren algunos torrentes. Picos raquíticos de la especie, que los ingleses llaman *spruce*, y pequeños estanques de agua salobre, lejos de variar la monotonía del cuadro, aumentan su uniformidad y su tristeza. En aquellos parajes no resuena el grito extraordinario del pájaro de las tierras boreales. Hermosos cisnes que nadan sobre aquellas aguas salvajes, ramilletes de frambuesas que crecen al abrigo de una roca, están allí como para consolar al viajero, é impedirle que olvide aquella Providencia que sabe derramar beneficios y aromas hasta en aquellos espantosos países.

Pero la escena no se muestra en todo su horror hasta que se llega á la orilla misma del Océano. Por un lado se estienden vastas llanuras de hielo, contra las que se estrella un mar descolorido, en donde jamás se ha visto una vela; por el otro se eleva una tierra cercada de tristes y estériles peñascos. A la orilla de las playas no se ve mas que una triste sucesion de bahías devastadas y promontorios tempestuosos. Por la noche se guarece el viajero en el agujero de alguna roca, ahuyentando al águila marina que vuela de aquel sitio dando gritos agudos. Toda la noche escucha con espanto el ruido de los vientos, que



repiten los ecos de su caverna, y el crujido de los hielos que se rompen en la costa.

El 12 de Julio de 1789 llegó M. Mackenzie á la orilla del océano boreal, ó mas bien á una bahía helada, en donde descubrió algunas ballenas, y notó el flujo y reflujo. Desembarcó en una isla, cuya latitud estimó en los 69° 14' norte, que fue el término de su primer viaje. Los hielos, la falta de víveres, y el desaliento de sus compañeros no le permitieron bajar hasta el mar, del que sin duda estaba poco distante. Hacia ya largo tiempo que el sol no se ponía para nuestro viajero, el cual veía este astro pálido y ensanchado jirar tristemente alrededor de un cielo helado.

Miserabl ethey

Who, here entangled in the gath'ring ice,  
Take their last look of the descending sun!  
While, full of death, and fierce with tenfold frost,  
The long, long night, incumbent o'er their head,  
Falls horrible (1).

» ¡Desgraciado el que, detenido entre los cruzados  
» hielos, dirige sus últimas miradas al sol que se sepulta  
» bajo el horizonte, mientras que acompañada de escar-  
» chas y de muerte, descende horrible la noche, la lar-  
» ga noche que pendía sobre su cabeza!"

Dejando la bahía para remontar el rio, y regresar al fuerte de Chipiuyan, pasó M. Mackenzie por cuatro establecimientos indios, que parecia hubiesen estado habitados en época reciente.

(1) Thoms., *Winter*.

»Arribamos, dice el viajero, á una isleta redonda, muy inmediata á la costa oriental, y que sin duda tenia algo de sagrado para los indios; pues en el lugar mas elevado se encontraba un gran número de sepulcros. Allí vimos una pequeña canoa, algunas gamellas, banquetas y otros utensilios que habian pertenecido á los que ya no podian servirse de ellos; que estas son las ofrendas que se acostumbra hacer á los muertos en en aquellas rejiones.»

M. Mackenzie habla á menudo de la relijion de aquellos pueblos, y de su veneracion á los sepulcros; es decir, que un infeliz salvaje bendice á Dios sobre los hielos del polo, y saca de su propia miseria las esperanzas de otra vida; al paso que el hombre civilizado se olvida de su alma y de su Criador bajo un cielo apacible, y en medio de todos los dones de la Providencia.

De ahí es que nosotros hemos visto á los habitantes de aquellos paises bailar junto á las fuentes del rio, cuyo curso nos ha descrito el viajero, y ahora encontramos sus sepulcros cerca del mar, á la embocadura de este mismo rio: emblema notable del curso de nuestros años, desde esas fuentes de júbilo en que se baña nuestra infancia, hasta ese océano de la eternidad que se nos traga. Estos cementerios indios, esparcidos por los bosques americanos, son una especie de claros, ó pequeños cercados despojados de la arboleda. El suelo está todo sembrado de montecillos en forma cónica; y las osamentas de búfalos y de alces sepultadas bajo de la yerba, se mezclan acá y acullá con esqueletos humanos. Yo he visto algunas veces en



aquellos sitios un pelicano solitario posado sobre una osamenta blanqueada y medio corroida por la espuma, semejante en su silencio y pensativa actitud á un viejo salvaje llorando y meditando sobre aquellas ruinas. Los corredores de bosque que hacen el comercio de peletería se aprovechan de estos terrenos medio desmontados por la muerte, para sembrar de paso toda especie de granos. El viajero encuentra de pronto estas colonias de vegetales europeos, con su porte, su traje extranjero, y sus costumbres domésticas, en medio de las plantas nativas y silvestres de aquel remoto clima. Aquellos emigran muchas veces á las laderas de las colinas, y se derraman por les bosques segun los hábitos y los amores que han traído de su suelo nativo: asi es como unas familias desterradas elijen con preferencia en el desierto los sitios que les recuerdan la patria.

El 12 de Setiembre de 1789, despues de una ausencia de ciento dos días, se encontró de nuevo M. Mackenzie en el fuerte de Chipiouyan. Ahora voy á dar cuenta de su viaje al océano Pacífico, y manifestar lo que las ciencias y el comercio han ganado con los descubrimientos de este denodado viajero, y lo que queda que hacer para completar la jeografía de la América septentrional.

Ya dejo observado que el rio de la Paz, el del Esclavo y el Mackenzie, no son mas que un solo y mismo rio, que toma su orijen en los montes Roqueños al oeste, y se precipita hácia el norte en los mares del polo. M. Mackenzie descubrió el océano boreal bajando este rio, y llegó remontándole al océano Pacífico.

El 10 de Octubre de 1792 , tres años despues de su primer viaje , partió M. Mackenzie segunda vez del fuerte de Chipiuyan , atravesó el lago de las Montañas , y llegó al rio de la Paz. Navegó agua arriba por espacio de veinte dias , y llegó el 1.<sup>o</sup> de Noviembre á un paraje , en donde se propuso levantar una casa , y pasar el invierno. Allí empleó toda la estacion de los hielos en hacer el comercio con los indios , y tomar noticias para su viaje.

»Entre los salvajes que vinieron á visitarme , habia dos indios de los Montes Roqueños. . . . . Estos pretendian que eran los verdaderos y únicos indijenas del pais que habitaban , añadiendo que el que se extendia desde alli hasta los montes , ofrecia por todas partes , lo mismo que lo mas alto del rio de la Paz , el propio aspecto que las cercanías de mi residencia : que el pais estaba lleno de animales ; pero que la navegacion del rio se interrumpia cerca de los montes , y en los montes mismos por los multiplicados escollos y las grandes cascadas.

»Estos indios me enteraron tambien de que á la parte del mediodía se encontraba otro gran rio , que corria hácia el sur , y al cual se podria llegar en poco tiempo atravesando los montes.

»El 20 de Abril (1793) el rio estaba todavia cubierto de hielo ; y sobre la costa opuesta se veían llanuras deliciosas : los árboles brotaban , y muchas plantas comenzaban á florecer.”

Lo que se llama en la América septentrional el *gran deshielo* , ofrece á los ojos de un europeo un espectáculo no menos pomposo que extraordinario. En



los primeros quince dias del mes de Abril, las nubes que hasta entonces venian rápidamente del noroeste, se detienen poco ó poco en los cielos, y flotan algun tiempo inciertas en su rumbo. Sale el colono de su cabaña, y se va á los desmontes á examinar el desierto. Pronto se escucha un grito: *Ya está aquí la brisa del sudeste*. Al instante hiere vuestro rostro y vuestras manos un viento templado, y las nubes empiezan á refluir lentamente hácia el septentrion. Entonces todo cambia de aspecto en los bosques y en los valles. Los espumosos ángulos de las rocas se muestran los primeros con la uniforme blancura de las escarchas; aparecen luego las rojizas puas de los abetos, y los tiernos arbustos reemplazan con guirnaldas de flores los cristales helados que pendian de su copa.

Al aproximarse el sol, la naturaleza va entreabriendo por grados su velo de nieve. Los poetas americanos podrán un dia compararla á la jóven esposa que se desnuda tímidamente, y con pesar, la túnica virjinal, descubriendo en parte, y tratando aun de ocultar, sus hechizos á su esposo.

Entonces es cuando los salvajes, cuyos desiertos iba á visitar Mackenzie, salen alegres de sus cavernas. Lo mismo que á las aves de sus climas, el invierno los ruene en bandadas, y la primavera los dispersa: cada pareja vuelve entonces á su bosque solitario á construir el nuevo nido y cantar sus nuevos amores.

Esta estacion, que todo lo pone en movimiento en los bosques americanos, es la señal de la partida para nuestro viajero. El jueves 9 de Mayo de 1793, M. Mackenzie se embarca en una canoa con siete ca-

nadienses y dos cazadores salvajes. Si desde las orillas del río de la *Paz* hubiese podido ver lo que pasaba entonces en una nación civilizada de Europa, la choza de los esquimales le hubiera parecido preferible al palacio de los reyes, y la soledad al comercio de los hombres.

El traductor del viaje de M. Mackenzie observa que los compañeros del comerciante inglés, fuera de uno solo, eran todos de origen francés. Los franceses se habitan fácilmente á la vida salvaje, y son muy queridos de los indios. Cuando en 1729 cayó el Canadá en poder de los ingleses, los naturales conocieron muy pronto que habían cambiado de huéspedes.

»Los ingleses, dice el padre Charlevoix, en el poco tiempo que fueron dueños del país, no supieron ganarse el afecto de los salvajes: los hurones no se presentaron en Québec; los otros, mas inmediatos á aquella capital, y muchos de los cuales por disgustos particulares se habían declarado abiertamente contra nosotros al aproximarse la escuadra inglesa, se mostraron tambien muy raras veces. Todos se vieron un poco desconcertados cuando habiendo querido tomarse con los recién llegados las mismas libertades que los franceses les permitian sin ninguna dificultad, conocieron que esta conducta no les agradaba.

»Mucho peor fue aun cuando al cabo de algun tiempo vieron que los arrojaban á palos de las casas en donde hasta entonces habían entrado con tanta libertad como en sus cabañas. Tomaron, pues, el partido de alejarse, y nada desde entonces los ha unido tanto á nuestros intereses como esta diferencia de maneras y de carácter de los dos pueblos que han visto estable-



»cerse en sus inmediaciones. Los misioneros que supie-  
»ron muy pronto la impresion que habia hecho sobre  
»ellos semejante conducta, supieron aprovecharse de  
»ella para ganarlos á Jesucristo, inclinándolos al mismo  
»tiempo á la nacion francesa.»

Los franceses no procuran civilizar á los salvajes, lo cual exige sobrada atencion y cuidado; sino que prefieren hacerse ellos salvajes. Las selvas no tienen cazadores mas diestros ni guerreros mas intrépidos. Se les ha visto sobrellevar los tormentos de la hoguera con una constancia que admiraba á los mismos iroqueses, y desgraciadamente llegar á ser tan bárbaros como sus verdugos. ¿Esto tal vez consistirá en que los extremos del círculo se tocan, y en que el último grado de la civilizacion, como la perfeccion del arte, toca de cerca la naturaleza? ¿ó será mas bien una especie de talento universal ó de flexibilidad de costumbres la que hace á los franceses propios para todos los climas y para todos los jéneros de vida? Como quiera que sea, el frances y el salvaje tienen el mismo valor, la misma indiferencia por la vida, la misma imprevision para el dia siguiente, el mismo odio al trabajo, la misma facilidad en disgustarse de los bienes que poseen, la misma constancia en la amistad, la misma frivolidad en el amor, la misma aficion al baile y á la guerra, á las fatigas de la caza y á la ociosidad del festin. Esta analogía de inclinaciones entre el frances y el salvaje, les comunican una simpatía recíproca, y con la mayor facilidad convierten á un habitante de París en *corredor de bosques* del Canadá.

M. Mackenzie remonta el río de la Paz acompañado de sus franceses-salvajes, y describe la belleza de la naturaleza que le rodea:

»Desde el punto de donde habíamos salido por la mañana hasta el paraje en que nos hallábamos, la ribera occidental presenta el mas hermoso paisaje que jamás he visto. El terreno se eleva por gradas hasta una altura considerable, y se estiende á una gran distancia. En cada grada se ven pequeños espacios suavemente inclinados, los cuales se hallan entrecortados de rocas perpendiculares que se elevan hasta la cumbre mas alta, ó cuando menos tan lejos como puede la vista distinguir. Este espectáculo magnífico se halla decorado con árboles de toda especie, y poblado de todos los jéneros de animales que puede producir el país. Grandes bosques de álamos varían la escena, y en los intervalos pastan numerosos rebaños de búfalos y alces. Estos últimos buscan siempre los picos mas altos y escarpados, al paso que los primeros prefieren la llanura.

»Cuando yo atravesé aquel cantón, las hembras de los búfalos iban seguidas de sus becerrillos, que brincaban á su derredor; y las de los alces no debían tardar á tener cervatillos. Toda la campiña estaba entapizada de la mas frondosa verdura; los árboles se hallaban cubiertos de flores, y el menudo musgo de sus ramas, reflejando por la tarde y por la mañana los rayos oblicuos del astro del día, añadía á este espectáculo una magnificencia, que las palabras no alcanzan á espresar.”

Estos paisajes en forma de anfiteatro son muy comunes en América. En las inmediaciones de Apalachucla, en las Floridas, el terreno va elevándose gradualmente desde el río Chata-Uche, y sube por los ai-



res, retirándose hácia el horizonte; mas no se eleva por una inclinacion ordinaria como la de un valle, sino por terraplenes colocados con regularidad unos sobre otros, como los jardines artificiales de algun poderoso magnate. Estos terraplenes están plantados de toda clase de árboles, y los riegan una multitud de fuentes, cuyas aguas opuestas al sol saliente, brillan entre los céspedes, ó serpentean en hilos de oro por entre las rocas. Grandes peñascos de granito coronan esta vasta estructura, y sobre ellos se ven aun grandes abetos. Cuando colocado á la orilla del rio descubre el espectador aquel soberbio graderío y la cumbre de las rocas que le coronan encima de las nubes, parécele ver el chapitel de las columnas del templo de la naturaleza, y la magnífica escalinata por donde se penetra en él.

El viajero llega al pie de los montes Roqueños, y se pierde en sus sinuosidades. Los obstáculos y los peligros se multiplican. Allí es preciso llevar el bagaje por tierra, para evitar las cataratas y los saltos; aqui se ha de subir contra la impetuosa corriente, hallando con gran trabajo la canoa por medio de una cuerdecita. Pero oigamos al mismo M. Mackenzie:

»Cargada de nuevo la canoa, yo y todos los que no  
»tenian necesidad de quedarse en ella, seguimos la ori-  
»lla del rio..... Yo estaba tan elevado sobre el agua, que  
»los hombres que conducian la canoa y doblaban una  
»punta, no pudieron oirme cuando les grité con todas  
»mis fuerzas para que, con objeto de alijar la canoa,  
»echasen en tierra una parte del cargamento.

»Entonces no pude menos de experimentar mucha

»ansiedad, contemplando cuan arriesgada era mi em-  
»presa. La rotura de la cuerdecilla, ó un mal paso que  
»diesen los que tiraban de ella, hubiera hecho perder la  
»canoa con todo lo que en ella venia. Por fin salvó el es-  
»collo sin accidente; pero muy pronto se vió espuesta á  
»nuevos peligros. De lo alto de las rocas se desprendian  
»continuamente piedras mas ó menos gruesas, de suerte  
»que los que remolcaban la canoa por bajo, corrian el  
»mayor riesgo de ser aplastados, y ademas la pendiente  
»del terreno los esponia á caer en el agua á cada paso.  
»Cuando los veia temblaba, y cuando los perdia de vista,  
»me hallaba en un sobresalto continuo.»

Todo el pasaje de M. Mackenzie al traves de los montes Roqueños es de grande interes. Unas veces para abrirse un camino se ve precisado á talar los bosques y cortar escalones en las escarpadas riberas; otras salta de roca en roca, esponiendo su vida, y de uno en uno pasa en hombros á sus compañeros. Rómpe se la cuerdecilla, dá la canoa contra los escollos, y los canadienses se acobardan y no quieren pasar adelante. En vano discurre M. Mackenzie por el desierto para descubrir el paso al rio del oeste; algunos tiros de fusil que con espanto oye resonar en aquellos parajes solitarios, le hacen sospechar que se aproximan algunos salvajes enemigos. Se sube á un árbol muy alto; pero solo descubre montes coronados de nieve, en medio de la cual se distinguen algunos abedules marchitos, y á la parte de abajo bosques que se pierden de vista.

No hay cosa mas triste que el aspecto de aquellos bosques vistos desde la cumbre de los montes en el Nuevo-Mundo. Los valles que el viajero atraviesa y



domina en todas partes, aparecen entonces como formando ondas regulares, cual se ven las del mar despues de una borrasca, y cuya anchura se disminuye á medida que se alejan. Las mas inmediatas al observador son de verde rojizo; las que siguen toman un lijero viso de azul obscuro, y las últimas forman zonas paralelas de azul celeste.

Baja M. Mackenzie de su árbol, y trata de reunirse á sus compañeros, pero no ve la canoa á la orilla del rio; dispara algunos tiros, pero nadie responde á su señal; va, vuelve, sube y baja por la orilla del rio. Encuentra por fin á sus amigos; pero no es sino despues de veinticuatro horas de agonía, y de un sobresalto mortal. Encuentra luego algunos salvajes, que preguntados afirman al principio que ignoran la existencia del rio del oeste; mas un anciano, atraído muy pronto por las caricias y regalos de M. Mackenzie, le dice mostrando con la mano lo alto del rio de la Paz:

»Solo se necesita atravesar tres pequeños lagos y »otros tantos transportes para llegar á un riachuelo »que desemboca en el rio grande.»

¡Júzguese cual seria el júbilo de nuestro viajero al escuchar aquella feliz nueva! Reembárcase al momento acompañado de un indio que se presta á servirle de guia hasta el rio desconocido. Deja muy pronto el rio de la Paz, y entra en otro mas pequeño que sale de un lago vecino, atraviesa este lago, y de lago en lago, de rio en rio, por fin el 18 de Junio de 1793 se encuentra sobre el Tacoutché-Tessé, ó el rio Colombia, que vierte sus aguas en el mar Pacífico.

Entre dos cadenas de montañas se estiende un soberbio valle que refrescan con su sombra bosques enteros de álamos, cedros y abedules. Por encima de estas selvas vagan columnas de humo, que revelan al viajero los invisibles habitantes de aquellos desiertos. Manchas formadas por bancos de arcillas rojas y blancas colocadas en el escarpe de los montes, imitan acá y allá las ruinas de castillos antiguos. El rio Colombia serpentea en medio de aquellas hermosas guaridas; y sobre las numerosas islas que dividen su curso, se ven grandes cabañas medio escondidas en los bosquecillos de pinos, donde pasan los naturales los dias del verano.

Habiéndose presentado en la costa algunos salvajes, se acercó á ellos el viajero, y consiguió que le diesen algunas noticias útiles.

»El rio, cuyo curso es muy dilatado, le dijeron los  
»indijenas, se dirige hácia el sol de medio dia; y segun  
»los datos que tenemos, unos hombres blancos levantan  
»casas en su embocadura. Las aguas corren con una  
»fuerza siempre igual, pero hay tres parajes en donde  
»interrumpen la navegacion unas cascadas y corrientes  
»estremamente rápidas. En los tres puntos las aguas se  
»precipitan por encima de las rocas perpendiculares,  
»mucho mas altas y mas escarpadas que en la parte mas  
»alta del rio; pero ademas de las dificultades y peligros  
»de la navegacion, es menester hostilizar á los diversos  
»habitantes de aquellas comarcas, que son muy nume-  
»rosos.»

Estos pormenores pusieron en gran perplejidad á M. Mackenzie, y desanimaron de nuevo á sus compañeros. Él ocultó lo mejor que supo su inquietud, y



siguió aun por algún tiempo el curso de las aguas. Encontró luego otros indijenas que le confirmaron en las noticias dadas por los primeros; pero le dijeron que si queria dejar el rio y caminar derecho hácia el poniente, al traves de los bosques, llegaria en pocos dias al mar por un camino muy cómodo y conocido de los salvajes.

M. Mackenzie se decidió á tomar al momento aquel nuevo rumbo. Remonta el rio hasta la embocadura de un pequeño riachuelo que le habian indicado, y dejando alli la canoa, se interna en los bosques, fiado en la buena fe de un salvaje que le servia de guía, y que al menor capricho podia entregarle á los enemigos, ó abandonarle en medio del desierto.

Cada canadiense, ademas del fusil y municiones, llevaba acuestas una carga de ochenta libras. M. Mackenzie, ademas de las armas y el telescopio, llevaba tambien un fardo de víveres y quincalla del peso de setenta libras.

La necesidad, la fatiga, y cierta confianza que se adquiere con la costumbre de los peligros, quitaron muy pronto toda inquietud á nuestros viajeros. Despues de largas jornadas de marcha al través de matorrales, ora espuestos á un sol abrasador, ora inundados por los aguaceros, por la noche se dormian apaciblemente al canto de los indios.

»Éste, dice M. Mackenzie, consistia en sonidos »dulces y melancólicos, de una melodía muy agradable, y algo parecidos al canto de los templos." Cuando un viajero dispierta á media noche bajo un árbol en los desiertos de América, y escucha el lejano con-

cierto de algunos salvajes , interrumpido por largos silencios y por el murmullo de los vientos de la selva, tiene la idea mas exacta de aquella música aérea de que habla Osian , y que los bardos que ya no existen hacen oír á los rayos de la luna en las cumbres del *Eslimora*.

Nuestros viajeros llegaron muy pronto á unas tribus indianas , de las que M. Maskenzie cita algunos rasgos de costumbres muy tiernos. Vió á una mujer casi ciega, y abrumada por los años , á la que sus parientes llevaban alternativamente en hombros , porque no podia andar á causa de su edad. En otra parte una jóven con un niño le presenta al pasar un rio un vaso lleno de agua, bien asi como Rebeca dió de beber al siervo de Abraham en el pozo de Nacor , diciéndole: *Bibe, quin et camelis tuis dabo potum.* » Bebed, que despues de vos yo » daré á beber á vuestros camellos.»

Yo pasé también por una poblacion indiana , cuyos habitantes se ponian á llorar á la vista de un viajero, porque este le recordaba á los amigos que habian partido para la *rejon de las almas* , y se hallaban *viajando* hacia mucho tiempo.

»Habiendo descubierto nuestros guías algunos indios, »dice. M. Mackenzie, avivaron el paso para reunirse á »ellos. Al aproximarse, se adelantó uno de los estranjeros con una hacha en la mano. Este era el único hombre que venia en la cuadrilla, que se componia de dos »mujeres y dos niños. Cuando los alcanzamos, la mujer »de mas edad, que probablemente seria la madre del »hombre, se ocupaba en arrancar las malas yerbas de »un espacio circular de cerca de cinco pies de diámetro,



»y nuestra presencia no interrumpió aquel trabajo pres-  
»crito por el respeto debido á los difuntos. En aquel lu-  
»gar, objeto de los tiernos cuidados de la referida mu-  
»jer, descansaban los restos de un esposo y de un hijo,  
»y cuantas veces pasaba por allí se detenía para pagar-  
»les aquel piadoso tributo.»

Nada hay indiferente para el viajero de los desier-  
tos. La huella de un hombre nuevamente estampada  
en un lugar salvaje, es mas interesante para él que los  
vestijios de la antigüedad en los campos de la Grecia.  
Guiado por los indicios de una poblacion vecina, atra-  
viesa M. Mackenzie el pueblo de una nacion hospita-  
laria, donde cada cabaña está acompañada de un se-  
pulcro. De allí, despues de haber salvado los montes,  
llega á las orillas del rio del *Salmon*, que desagua en  
el océano Pacífico. Un pueblo numeroso, mas limpio,  
mas bien vestido y mejor alojado que el resto de los  
salvajes, le recibe con cordialidad. Un anciano se abre  
paso por entre la multitud, y corre á estrecharle en  
sus brazos: le sirven un gran banquete, y le proveen  
de víveres en abundancia. Un jóven se quita un her-  
moso manto que llevaba puesto, y se le pone sobre  
los hombros. Parece una escena de Homero.

M. Mackenzie pasó muchos dias en aquella nacion.  
Examinó el cementerio, que no era mas que un gran  
bosque de cedros, donde quemaban los muertos, y el  
templo donde se celebraban dos fiestas cada año, una  
en la primavera y otra en otoño. Cuando iba recorrien-  
do el pueblo, le llevaban algunos enfermos para que  
los curase: interesante sencillez de un pueblo, donde  
el hombre es todavía caro al hombre, y no se ve en

la superioridad de las luces otra ventaja que la de poder consolar á los desgraciados.

En fin, el jefe de la nacion da al viajero á su propio hijo para que lo acompañe, y una canoa de cedro para conducirlo al mar. Dicho jefe refirió á M. Mackenzie que diez inviernos antes, habiéndose embarcado en la misma canoa con cuarenta indios, habia encontrado cerca de la costa dos buques llenos de hombres blancos: era el buen *Toolec* (1), cuya memoria será largo tiempo cara á los pueblos que habitan las orillas del océano Pacífico.

El sábado 20 de Julio de 1793, á las ocho de la mañana, salió M. Mackenzie del rio del Salmon para entrar en el brazo de mar donde desagua por muchas bocas este rio. Inútil seria seguirle en la navegacion de aquella bahía, donde encontraba por todas partes las huellas del capitan Vancouver. Observó la latitud á los  $52^{\circ} 21' 33''$ , y escribió con bermellon sobre una roca: *Alejandro Mackenzie vino del Canadá á este sitio por tierra el 20 de Julio de 1793.*

Los descubrimientos de este viajero ofrecen dos resultados muy importantes, uno para el comercio, y otro para la jeografia. En cuanto al primero, el mismo M. Mackenzie se esplica en estos términos:

»Abriendo esta comunicacion entre los dos océanos, y  
»formando establecimientos regulares en el interior  
»del pais, y en los dos extremos del camino, como asi-  
»mismo en toda la estension de las costas y de las islas  
»vecinas, podria hacerse esclusivamente todo el comer-  
»cio de peleteria de la América septentrional, desde los

(1) El Capitan Cook.



»48 grados de latitud hasta el polo, fuera de la parte de  
»la costa que pertenece á los rusos en el océano Pa-  
»cífico.

»A esta ventaja puede añadirse la de la pesca en am-  
»bos mares, y la facilidad de vender las peleterías en  
»las cuatro partes del globo. Tal es el campo abierto á  
»una empresa mercantil, cuyos productos serian incal-  
»culables si la sostuviese una parte del crédito y capita-  
»les que tanto abundan en la Gran-Bretaña.»

De esta manera los descubrimientos de sus viaje-  
ros abren á la Inglaterra un nuevo manantial de ri-  
quezas, y un nuevo rumbo á sus factorías de la India  
y de la China.

En cuanto á los progresos de la jeografía, que en  
último resultado redundan tambien en utilidad del co-  
mercio, el viaje de M. Mackenzie al oeste es, bajo este  
punto de vista, menos importante que el del norte.  
El capitán Vancouver habia probado suficientemente  
que no hay paso en la costa occidental de la América  
desde Nootka-Sund hasta el río de Cook. Merced á los  
trabajos de M. Mackenzie, lo que ahora queda que  
hacer por la parte del norte es ya muy poco.

El centro de la bahía del Rufus se encuentra en  
corta diferencia por los 68° de latitud norte y los 85°  
de latitud occidental del meridiano de Greenwich.

En 1771 Hearne, que habia partido de la bahía  
de Hudson, vió el mar á la embocadura del río de  
las Minas de Cobre, en corta diferencia por los 69° de  
latitud y los 110° y algunos minutos de lonjitud.

No hay, pues, mas que cinco ó seis grados de  
lonjitud entre el mar visto por Hearne y el centro de

la bahía de Hudson. A una latitud tan elevada, los grados de longitud son muy pequeños; y suponiéndolos de doce leguas, resultan que solo quedan por descubrir setenta y dos leguas entre los dos puntos indicados.

A cinco grados de longitud al oeste de la desembocadura del río de las Minas de Cobre M. Mackenzie acaba de descubrir el mar por los  $69^{\circ} 7'$  norte.

Siguiendo, pues, nuestro primer cálculo, no tendremos mas que 60 leguas de costas desconocidas entre el mar de Hearne y el de M. Mackenzie (1). Continuando en direccion al occidente, encontramos en fin el estrecho de Behring. El capitán Cook subió mas allá de este estrecho hasta los  $69^{\circ}$  ó  $70^{\circ}$  de latitud norte, y  $275^{\circ}$  de longitud occidental. Setenta y dos leguas, ó á lo mas seis grados de longitud, separan el océano boreal de Cook del de M. Mackenzie.

Tenemos, pues, una cadena de puntos conocidos, en donde se ha visto el mar al derredor del polo, sobre la costa septentrional de la América, desde el medio del estrecho de Behring hasta el de la bahía de Hudson; y ya solo se trata de salvar por tierra los tres intervalos que dividen estos puntos (y que á lo mas podrán componer entre todos una estension de doscientas cincuenta leguas) para asegurarse de que el continente de América está por todas partes rodeado del Océano, y que á su estremidad septentrional existe un mar, que acaso será navegable.

(1) Todos estos cálculos no son exactos, y los descubrimientos del capitán Franklin y del capitán Parry, han esparcido una gran claridad sobre la jeografía de aquellas rejiones polares.



¿Se me permitirá una reflexion? M. Mackenzie ha hecho en utilidad de la Inglaterra unos descubrimientos que yo emprendí, y propuse en otro tiempo al gobierno en beneficio de la Francia. Cuando menos el proyecto de este viaje que acaba de terminar un extranjero, ya no se tendrá por una quimera. Como otros solicitan la fortuna y el descanso, yo habia solicitado el honor de imponer, á riesgo de mi vida, nombres franceses á mares desconocidos, dar á mi pais una colonia en el océano Pacifico, arrebatar á una potencia rival los tesoros de un rico comercio, é impedirle que se abriese nuevos caminos para la India.

Al dar cuenta de los trabajos de M. Mackenzie, he podido unir mis observaciones á las suyas, puesto que hemos concebido los mismos designios; y que en el momento en que él verificaba su primer viaje, yo recorria tambien los desiertos de la América; mas él ha sido ayudado en su empresa, tenia á sus espaldas amigos felices, y una patria tranquila: yo he sido menos afortunado.

SOBRE

**LA LEJISLACION PRIMITIVA**

DEL SEÑOR VIZCONDE DE BONALD.

Noviembre de 1802.

Pocos hombres nacen con esa disposicion particular y determinada á un solo objeto, que se llama talento: presente de la naturaleza si las circunstancias ventajosas, favoreciendo su desarrollo, permiten su empleo; verdadera desgracia si le contrarian.

**E**ste pasaje está sacado del mismo libro que hoy anunciamos al público. Nada mas tierno, y al mismo tiempo mas triste, que las quejas involuntarias que se escapan algunas veces al *verdadero* talento. El autor de la *Lejislacion primitiva*, como tantos otros escritores célebres, parece que no haya recibido los dones de la naturaleza, sino para sentir los pesares que llevan consigo. Como Epicteto ha podido reducir la filosofía á estas dos máximas: »Padecer y abstenerse,” ἀνέχου καὶ ἀπέχεου. En la obscura cabaña de un labrador de Alemania, en medio de una tierra extranjera, ha compuesto su *Teoria del poder político y religioso* (1); y en medio de todas las privaciones de la vida, y ame-

(1) Esta obra, que se publicó en 1796, fue prohibida por el Directorio, y no se ha reimpresso.



nazado por una ley de proscripción, ha publicado sus observaciones sobre el *divorcio*, tratado admirable, cuyas últimas páginas sobre todo, son un modelo de aquella elocuencia de pensamientos, bien superior á la elocuencia de palabras, y que como dice Pascal, lo avasalla todo por *derecho de poder*; en fin, en el momento de abandonar á París las letras, y por decirlo así su jenio, nos dá su *Legislacion primitiva*: Platon coronó sus obras por su tratado de las *Leyes*, y Licurgo se desenterró de Lacedemonia despues de haber establecido las suyas. Desgraciadamente nosotros no hemos jurado como los espartanos observar las *santas* leyes de nuestro nuevo lejislador. Pero M. de Bonald se consuela. El que reune como él á la autoridad de las buenas costumbres la autoridad del jenio, el que no tiene ninguna de esas debilidades que dan armas á la calumnia y consuelan á la medianía, tarde ó temprano mira desvanecerse los obstáculos, y llega á aquella posicion en que el talento no es ya una *desgracia*, sino un *beneficio*.

Los juicios que suelen formarse sobre nuestra literatura moderna, me parecen un poco exajerados. Nuestro guirigay científico y nuestras pomposas frases, hay quien los toma por progresos de las luces y del jenio; y segun ellos, la lengua y la razon han dado un paso despues de Bossuet y de Racine. Los otros, por el contrario, nada encuentran que siquiera pueda llamarse pasadero; de modo que á creerlos, no tenemos un solo escritor bueno. Sin embargo, ¿no podemos decir que es cierto que ha habido en Francia algunas épocas en que las letras se han encontrado en un es-

tado mas brillante del que están hoy? ¿podemos nosotros ser jueces competentes en esta causa, y apreciar bien á los escritores que viven con nosotros? Tal autor contemporáneo, cuyo mérito apenas conocemos ahora, será tal vez un dia la gloria de nuestro siglo. ¡Cuántos años ha que los grandes hombres del siglo de Luis XIV han sido colocados en el lugar que de justicia les correspondia? Racine y La Bruyere casi fueron desconocidos cuando vivian; y Rollin, ese hombre lleno de gusto y de saber, vacila entre el mérito de Fléchier y de Bossuet, y manifiesta con sobrada claridad, que en su tiempo se daba la preferencia al primero. Ha sido mania de todas las edades el lamentarse de la escasez de buenos escritores y buenos libros. ¡Que no se ha escrito contra el *Telémaco*, los *Caractères* de La Bruyere, y las obras maestras de Racine! ¿Quién no conoce el epigrama sobre *Athalie*? Léanse, por otra parte, los periódicos del último siglo; mas aun: léase lo que La Bruyere y Voltaire han dicho de la literatura de su tiempo: ¿podria creerse que hablan de aquellos tiempos en que vivian Fénélon, Bossuet, Pascal, Boileau; Racine, Moliere, La Fontaine, J. J. Rousseau, Buffon y Montesquieu?

La literatura francesa va á cambiar de aspecto; con la revolucion van á nacer otros pensamientos; las cosas y los hombres van á examinarse bajo otro punto de vista. Fácil es prever que los escritores se dividirán: los unos se esforzarán á salir de los caminos trillados; los otros procurarán seguir los antiguos modelos, pero presentándolos sin embargo de un modo nuevo. Es probable que los últimos al fin vencerán á sus adver-



sarios, porque apoyándose en las grandes tradiciones y los grandes hombres, tendrán unas guías mucho mas seguras, y unos documentos mucho mas fecundos.

No será M. Bonald el que menos contribuya á esta victoria; estas ideas empiezan ya á esparcirse, y de ellas se encuentran retazos en todos los periódicos y libros de la época. Hay ciertos sentimientos y ciertos estilos que, por decirlo asi, son contagiosos, y (si se perdona la espresion) tiñen de sus colores todos los talentos. Esto es á la vez un bien y un mal: un mal en cuanto disgusta al eseritor cuyo estilo fácil se aja y desfigura; y un bien cuando sirve para hacer conocer verdades útiles.

La obra de M. Bonald está dividida en cuatro partes. La primera (comprendida en el discurso preliminar) trata de la relacion de los seres y los principios fundamentales de la lejislacion.

La segunda considera el antiguo estado del *ministerio público* en Francia.

La tercera trata de la *educacion pública*, y la cuarta examina el estado de la Europa cristiana y mahometana.

Si en el extracto de la *Lejislacion primitiva* que vamos á dar, nos separamos alguna vez de la opinion del autor, esperamos tendrá á bien perdonarnos, porque impugnar á un hombre de su clase, es prepararle nuevos triunfos.

Para subir á los principios de la lejislacion, empieza M. de Bonald subiendo á los principios de los seres, con la idea de encontrar la ley primitiva, ejemplar eterno de las leyes humanas, que no son buenas

ó malas sino en tanto que aproximan ó apartan de aquella ley, la cual no es otra cosa que una emanación de la divina sabiduría.... *Lex.... rerum omnium principem expressa naturam, ad quam leges hominum diriguntur, quae supplicio improbos afficiunt, et defendunt et tuentur bonos* (1). M. de Bonald bosqueja rápidamente la historia de la *filosofía* que, según él, significaba entre los antiguos *amor á la sabiduría*, y entre nosotros *investigación de la verdad*: y así es que los griegos hacían consistir la sabiduría en la *práctica* de las costumbres, y nosotros en la *teoría*. »Nuestra filosofía, dice el autor, es vana en sus pensamientos, y presuntuosa en sus discursos. Ha tomado de »los estoicos el orgullo, y de los epicúreos la licencia. Tiene sus escépticos, sus pirronianos y sus eclécticos; la única doctrina que no ha abrazado es la de »las privaciones.»

Sobre la causa de nuestros errores hace M. de Bonald esta observación profunda:

»En física se pueden formar juicios equivocados de »los errores particulares; en moral recaen los errores »sobre las verdades jenerales; por haber hecho lo »contrario; esto es, por haber desconocido la verdad »en física, ha estado el jénero humano tantos años »creyendo los absurdos de la física antigua; y por no »haber conocido el error en la moral jeneral de las »naciones, han naufragado muchos en nuestros días.»

El autor se halla muy pronto conducido al examen del problema sobre las ideas *innatas*; y sin abrazar la opinión que las niega, ni alistarse en el partido

(1) Cic., *de Leg.*, lib. II.



que las admite, cree que Dios ha dado á los hombres en *jeneral*, y no al hombre en *particular*, cierta suma de principios y de sentimientos innatos (tales como la revelacion del Ser Supremo, la inmortalidad del alma, las primeras nociones sobre la moral, &c.), absolutamente necesarios para el establecimiento del órden social: de donde nace que en rigor puede encontrarse un hombre aislado, que no tenga ningun conocimiento de estos principios, pero no se ha encontrado jamás una sociedad de hombres que de todo punto los haya ignorado. Si esto no es la verdad, convengamos al menos en que un hombre que sabe presentar semejantes razones, no es un hombre vulgar.

De aqui pasa M. de Bonald al exámen de otro principio, sobre el cual levanta todo el sistema de su legislacion, á saber: *que la palabra ha sido enseñada al hombre, y que él no ha podido inventarla por sí mismo.*

Reconoce tres clases de palabras, el jesto, la palabra y la escritura; y funda su opinion en razones que no pueden dejar de parecer muy sólidas.

1.º Porque es necesario pensar la palabra antes de hablar el pensamiento.

2.º Porque el sordo de nacimiento que *no oye* la palabra, es mudo; prueba de que la palabra es cosa aprendida y no inventada.

3.º Porque si la palabra es de invencion humana, ya no hay verdades necesarias.

M. de Bonald insiste mucho en esta idea, de la que depende, segun él, toda la controversia de los teístas y de los ateos, de los cristianos y de los filósofos. Pue-

de con efecto decirse que si se probase que la palabra es revelada y no inventada, se tendria una prueba fisica de la existencia de Dios, y Dios no hubiera podido dar el verbo al hombre sin darle tambien reglas y leyes. Todo seria positivo en la sociedad; y ésta nos parece era ya la opinion de Platon y la del filósofo romano: *Legem neque hominum ingeniis excogitatam, neque scitum aliquod esse populorum, sed aeternum quidam, etc.*

M. de Bonald necesitaba precisamente desenvolver su idea, y esto es lo que hace en una escelente disertacion que se encuentra en el segundo tomo de su obra, en la cual es notable esta comparacion, que podria creerse traducida del *Phédon* ó de la *República*.

»Esta correspondencia natural de los pensamientos  
 »y de las palabras que los espresan, y esta necesidad de  
 »la palabra para presentar al espíritu sus propios pensamientos y los pensamientos de otros, pueden hacerse perceptibles por una comparacion. . . . cuya estremada exactitud probaria por sí sola una analogia perfecta entre las leyes de nuestro ser intelijente y las de nuestro ser físico.

»Si yo me encuentro en un lugar obscuro, no tengo  
 »la vision ocular, ó sea el conocimiento por la vista de  
 »la existencia de los cuerpos que están cerca de mí, ni siquiera de mi mismo cuerpo; y bajo este aspecto, estos seres son para mí como si no existiesen. Pero si de repente aparece la luz, todos los objetos reciben de ella un color relativo á la contestura particular de su superficie; cada cuerpo se produce á mis ojos, los veo todos, y juzgo de las relaciones de forma, de estension y de distancia que estos cuerpos tienen entre sí y con el mio.



»Nuestro entendimiento, pues, es el lugar obscuro, »donde no percibimos ninguna idea, ni siquiera la de »nuestra propia inteligencia, hasta que la palabra, pe- »netrando por el sentido del oído ó de la vista, lleva la »luz á las tinieblas, y llama, por decirlo así, á las ideas, »cada una de las cuales responde como las estrellas en »Job, *Aquí estoy*. Solo entonces están nuestras ideas es- »presadas, tenemos la conciencia ó el conocimiento de »nuestros pensamientos, y podemos comunicarla á los »demás; solo entonces nos formamos *idea* de nosotros »mismos, de los demás seres, y de las relaciones que »tienen entre sí y con nosotros; y así como el ojo distin- »gue cada cuerpo por su color, el espíritu distingue ca- »da idea por su expresión.”

¿Se encuentra con mucha frecuencia una metafísica tan poderosa, unida á una expresión tan viva? Cada idea *que responde á la palabra como las estrellas en Job, AQUI ESTOY*, ¿no es un orden de pensamientos muy elevado, y un carácter de estilo bien singular? Diganlo los hombres más entendidos que yo: *Quantum eloquentia valeat, pluribus credere potest.*

Con todo, nos atreveremos á proponer al autor algunas dudas, sometiéndole á sus luces nuestras observaciones. Reconocemos desde luego con él el principio de la enseñanza de la palabra. Pero ¿no sienta con sobrado rigor el principio que establece? Mirándole como la única prueba positiva de la existencia de Dios y de las leyes fundamentales de la sociedad, ¿no pone en peligro las más grandes verdades, si se llega á poner en duda su prueba única? La razón de los sordomudos que toma en favor de la enseñanza de las palabras, no

es quizá bastante convincente; porque pudiera decirsele: Vos tomáis un ejemplo en una escepcion, y buscáis una prueba en una imperfeccion de la naturaleza: supongamos un hombre salvaje que tenga todos los sentidos, pero no conozca todavía el uso de la palabra. Este hombre, apremiado por el hambre, encuentra en los bosques un objeto propio para satisfacer la necesidad que le aqueja, y lanza un grito de alegría al verle ó al llevarle á la boca. ¿No es posible que habiendo oido el grito, retenga aquel sonido, y le repita luego cuantas veces vea el mismo objeto, ó se halle estrechado de igual necesidad? Aquel grito será la primera palabra de su vocabulario, y así sucesivamente, hasta la espresion de las ideas puramente intelectuales.

Es cierto que la idea no puede salir del entendimiento sin la palabra, pero acaso podria admitirse que el hombre por permission de Dios enciende él mismo esta *antorcha del verbo* que debe iluminar su alma; que el sentimiento ó la idea hace nacer desde luego la espresion, la cual á su vez vuelve á replegarse en la intelijencia para iluminarla. Si el autor dijese que para formar por este medio una lengua, se necesitarian millones de años, y que el mismo J. J. Rousseau cree que para inventar la palabra es muy necesaria la palabra, convenimos tambien en la dificultad; pero M. de Bonald no debe olvidar que tiene que habérselas con hombres que no admiten ninguna tradicion, y disponen á su placer de la *eternidad* del mundo.

Puede hacerse tambien una objecion mas grave. Si la palabra es necesaria para la manifestacion de la idea, y entra por los sentidos, se sigue que en una otra vi-



da, despojada el alma de los órganos del cuerpo, no podrá tener la conciencia de sus pensamientos. Solo quedaria un recurso, que seria el de decir que Dios la ilumina entonces con su propio verbo, y que el alma ve sus ideas en la Divinidad; mas esto es caer de nuevo en el sistema de Malebranche.

Los hombres de talento profundo se complacerán al ver como desenvuelve M. de Bonald el vasto cuadro del orden social, como sigue y define la administracion civil, política y religiosa. Prueba hasta la evidencia que la religion cristiana ha perfeccionado al hombre, como el mismo Lejislador supremo lo dijo al espirar:

*Todo se ha consumado.*

M. de Bonald da una elevacion singular y una profundidad inmensa al cristianismo; sigue las relaciones místicas del *Verbo* y del *Hijo*, y hace ver que el verdadero Dios no podia ser conocido sino por la revelacion ó la *Encarnacion* de su *Verbo*, á la manera que el pensamiento del hombre no se ha manifestado sino por la palabra ó la *encarnacion del pensamiento*. Hobbes, en su *Ciudad cristiana* habia explicado el verbo como el autor de la lejislacion: *in Testamento Novo graecè scripto; VERBUM DEI saepe ponitur non pro eo quod loquutus est Deus, sed pro eo quod de Deo et de regno ejus..... In hoc autem sensu idem significant* λόγος Θεοῦ.

M. de Bonald distingue esencialmente la constitucion de la sociedad doméstica, ó el orden de fami-

lia, de la constitucion política; relaciones que se han confundido sobradamente en estos últimos tiempos. En el exámen del antiguo *ministerio público* de Francia, muestra un conocimiento profundo de nuestra historia: examina el principio de la soberanía del pueblo que Bossuet habia atacado en la *quinta advertencia* en contestacion á M. Jurieu. »En donde todo es independiente, dice el obispo de Meaux, no hay nada »de soberano.» Axioma fulminante, modo de argumentar cual precisamente lo exijian los ministros protestantes, que se preciaban principalmente de razon y de lójica. Habianse quejado de que la lójica de Bossuet los habia confundido, y el orador se despojó al instante de su elocuencia, como aquellos guerreros cristianos, que echando de ver en medio de un combate que sus adversarios estaban desarmados, arrojaban las armas para no alcanzar una victoria sobrado fácil. Bossuet, pasando luego á las pruebas históricas, y mostrando que el pretendido *contrato social* no ha existido jamás, hace ver que en dicha obra hay tanta ignorancia como palabras; que si el pueblo es soberano, tiene el derecho incontestable de cambiar todos los dias su constitucion, &c. Aquel grande hombre (á quien su digno admirador M. de Bonald cita con tanto gusto) estableció tambien la escelencia de la sucesion en el poder supremo. »Es un bien para el »pueblo, dice en la misma *advertencia*, que el gobierno sea fácil; que se perpetue por las mismas leyes que perpetuan el jénero humano, y que vaya, »digámoslo asi, unido á la naturaleza.»

M. de Bonald nos reproduce esta forma de buen



sentido, y algunas veces esta sencilla elevacion de estilo. Es por cierto una cosa que asombra la ignorancia ó la mala fe en que ha caído nuestro siglo con respecto al siglo de Luis XIV. Se cree que aquellos escritores no conocieron los principios del orden social; y sin embargo no existe cuestion política de la que Bossuet no haya hablado, bien en su *historia universal*, bien en su *política sacada de la Escritura*, y sobre todo en sus controversias con los protestantes.

Por lo demas, si á M. de Bonald se le pueden hacer algunas objeciones sobre los dos primeros tomos de su obra, no sucede asi con el tercero. Nuestro autor habla en él de la *educacion* con una superioridad de luces, una fuerza de raciocinio y una rectitud de miras, dignas de los mas grandes elojios. Es menester convenir que donde verdaderamente descuella M. de Bonald es en las cuestiones particulares de moral ó de política. En todo derrama una *moderacion fecunda*, por valerme de la bella espresion de d'Aguesseau. Yo no dudo que su *Tratado de la educacion* atraerá las miradas de los hombres de estado, asi como su cuestion de divorcio fijó la atencion de los primeros talentos de la Francia. Pronto volveremos á ocuparnos en este tercer tomo, que merece por sí solo un extracto particular.

El estilo de M. de Bonald podria en algunas ocasiones ser mas armonioso y castigado. Sus pensamientos son siempre brillantes y bien escojidos; mas yo pienso que su espresion es algunas veces sobrado fria y comun: leves lunares que el trabajo hará desaparecer. Tambien seria de desear mayor orden en las ma-

terias y mas claridad en las ideas. Los jenos vigorosos y elevados no suelen atender bastante á la debilidad de sus lectores; abuso natural del poder. En otras ocasiones las distinciones del autor parecen sobrado ingeniosas y sutiles: á la manera de Montesquieu, le agrada apoyar una gran verdad sobre una razon frívola. La definicion de una voz, la esplicacion de una etimología, son cosas sobrado curiosas para que puedan anticiparse al establecimiento de un principio importante.

Por lo demas, estas pocas palabras no han tenido otro objeto que el de contemporizar con la triste costumbre que quiere que siempre acompañe la crítica al elogio. No permita Dios que observemos miserablemente alguna mancha en los escritos de un hombre tan eminente como M. de Bonald. Como no somos una autoridad, nos es permitido admirar con el vulgo, y nos complacemos en aprovecharnos de este privilejio para con el autor de la *Legislacion primitiva*.

¡Dichosos los estados que todavía poseen ciudadanos como M. de Bonald; hombres á quienes las injusticias de la suerte no pueden desalentar, que combaten por solo el amor del bien, aun cuando no tienen esperanza de vencer!

El autor de este artículo no puede prescindir de presentar una imájen que le ha suministrado la posicion en que se encuentra. En el mismo momento en que escribe estas últimas palabras, está bajando uno de los rios mas caudalosos de la Francia; sobre dos montes opuestos se elevan dos torres ruinosas, y en lo alto de estas están coladas unas campanas que los mon-



tañeses están tocando al tiempo que pasamos. Este río, estas montañas, estos sonidos, y estos monumentos góticos, divierten por un momento los ojos de los espectadores; pero nadie se detiene para ir adonde le llama la campana: no de otra manera los hombres que predicán hoy moral y relijion, dan en vano la señal desde lo alto de sus ruinas á los que arrastra el torrente del siglo; el viajero se admira de la grandeza de las ruinas, de los dulces sonidos que de ella salen, y de las majestuosas memorias que recuerdan; pero no interrumpe su camino, y á la primera revuelta del río, todo queda olvidado.

SOBRE

**LA LEJISLACION PRIMITIVA.**

Diciembre de 1802.

**S**i consultamos la historia, podremos observar fácilmente que la mayor parte de las revoluciones que han ocurrido en los pueblos civilizados, han sido precedidas de las mismas opiniones, y anunciadas por los mismos escritos: *¿Quid est quod fuit? ¿ipsum quod futurum est?* Quintiliano y Eliano nos hablan de aquel Archiloco que fue el primero que se atrevió á publicar á la faz del universo la vergonzosa historia de su conciencia, y que florecia en Grecia antes de la reforma de Solon. Segun refiere Esquines, Dracon había escrito un tratado de la educacion, en el que tomando al hombre en su cuna, le dirijia paso á paso hasta dejarle en la tumba. Esto recuerda al elocuente sofista de quien hace M. de La Harpe un retrato admirable.

La *Ciropedia* de Jenofonte, una parte de la *Republica* de Platon y los primeros libros de sus *Leyes*, pueden tambien considerarse como unos escelentes tratados, mas ó menos propios para formar el corazon de los jóvenes. Séneca, y principalmente el juicioso Quintiliano, colocados en otro teatro, y mas cercanos á nosotros, dejaron escelentes lecciones á los maestros y á los discipulos; pero desgraciadamente de tantos y tan



recomendables escritos sobre la educación, solo hemos tomado la parte sistemática, y precisamente la que, relacionada con las costumbres de los antiguos, no puede aplicarse á las nuestras. Esta fatal imitación, que en todo hemos llevado al extremo, ha sido causa de muchas desgracias; porque naturalizando entre nosotros las devastaciones y los asesinatos de Esparta y de Atenas, sin llegar á la grandeza de aquellas célebres ciudades, hemos imitado á los tiranos que, para embellecer á su patria, hacian transportar á ella las ruinas y los sepulcros de la Grecia.

Sin embargo, si el furor de destruirlo todo no hubiese sido el carácter dominante de este siglo, ¿que necesidad teníamos nosotros de ir á buscar sistemas de educación en las ruinas de la antigüedad? ¿No teníamos las instituciones del cristianismo? Esta relijion tan calumniada (y á la que debemos sin embargo hasta el arte que nos alimenta), esta relijion sacó á nuestros padres de las tinieblas de la barbarie. Los benedictinos guiaban con una mano los primeros arados que se vieron en los Gálias, y transcribian con la otra los poemas de Homero; y mientras los *clérigos de la vida comun* se ocupaban en la compilación de los antiguos manuscritos, los *pobres hermanos de las escuelas pías* enseñaban *gratis* á los niños del pueblo los primeros rudimentos de las letras; con lo cual llenaban el precepto del libro en que todo se encuentra: *Non des illi potestatem in juventute, et ne despicias cogitatus illius.*

No tardó en aparecer esa famosa sociedad que dió un Tasso á Italia y un Voltaire á la Francia, y en la

que, por decirlo así, cada miembro fue un literato distinguido. El jesuita, matemático en la China, lejislador en el Paraguay, anticuario en Egipto, y mártir en el Canadá, era en Europa un maestro sábio y fino, cuya urbanidad quitaba á la ciencia ese pedantismo que disgusta á la juventud. Voltaire consultaba sobre sus tragedias á los padres Porrée y Brumoy: »El »*Julio César*, escribia él mismo á M. de Cideville, se »ha leído delante de diez jesuitas, y han formado de »esta tragedia el mismo juicio que vos." La rivalidad que se suscitó por un momento entre *Port-Royal* y la *Compañía*, obligó á esta última á velar mas escrupulosamente sobre su moral, y las *Cartas provinciales* acabaron de corregirla. Los jesuitas eran unos hombres tolerantes y benignos, que por deferencia á nuestra debilidad trataban de hacer amable la religion, y que al principio se estraviaron en su caritativo designio: *Port-Royal* era inflexible y severo, y á la manera del rey profeta, parecia que quisiese igualar el rigor de su penitencia con la elevacion de su jenio. Si el poeta mas tierno fue educado en la escuela de los solitarios, el predicador mas austero salió del seno de la *Compañía*. Bossuet y Boileau se inclinaban á los primeros: Fenelon y La Fontaine por la segunda.

„Ante los jansenistas  
Se calla Anacreonte."

*Port-Royal*, sublime en su nacimiento, cambió y se alteró de improviso, como aquellos emblemas antiguos, que solo tienen la cabeza de águila; los jesui-



tas, por el contrario, se sostuvieron y perfeccionaron hasta su último momento. La destrucción de esta orden ha hecho un mal irreparable á la educación y á las letras; y en ello convienen todos en el día. Mas segun la tierna reflexion de un historiador: *Quis beneficorum servat memoriam? aut quis ullam calamitosis deberi putat gratiam? aut quando fortuna non mutat fidem?*

En el siglo, pues, de Luis XIV (siglo que produjo todas las grandezas de la Francia) fue cuando el sistema de educación de los dos sexos llegó á su mas alto punto de perfeccion. Recordamos con admiracion aquellos tiempos en que se vieron salir de las escuelas cristianas á Racine, Moliere, Montfaucon, Sévigné, La Fayette, Dacier; aquellos tiempos en que el cantor de Antiope daba lecciones á las esposas de los hombres, en que los padres Hardouin y Jouveny esplicaban la bella antigüedad, mientras que los jenios de Port-Royal escribian para los estudiantes de sexta clase, y el gran Bossuet se encargaba del catecismo de los niños.

Rollin apareció muy pronto á la cabeza de la universidad; este grande hombre, á quien algunos miran hoy como un pedante de colejio lleno de ridiculeces y preocupaciones, es sin embargo uno de los primeros escritores franceses que han hablado con elojio de un filósofo ingles: »Haré mucho uso de dos autores modernos (dice en su *Tratado de los Estudios*); »estos autores son M. de Fenelon, arzobispo de Cambray y M. Locke, ingles, cuyos escritos sobre esta »materia son con razon muy estimados. El último tiene »algunas opiniones particulares, que yo no siempre

»adoptaré. No sé, por otra parte, si estaba muy versado en la lengua griega y en el estudio de las bellas letras; cuando menos no parece que hacia gran caso de uno ni otro.»

Con efecto, á la obra de Locke sobre la educacion puede hacerse subir la fecha de esas opiniones sistemáticas que propenden á convertir á los niños en héroes de novela ó de filosofia. El *Emilio*, donde estas opiniones están desgraciadamente consignadas por un gran talento, y algunas veces con elevada elocuencia, se juzga ahora como libro práctico; y bajo este aspecto no hay para los niños un libro elemental que no sea muy preferible: por fin, se ha echado de ver, y una mujer célebre ha publicado en nuestros dias preceptos mucho mas sanos y útiles sobre la educacion. Un hombre, cuyo talento han madurado las borrascas de la revolucion, acaba ahora de derribar los principios de una falsa filosofia, y ha sentado de nuevo á la educacion sobre sus bases morales y relijiosas. El tomo tercero de la *Legislacion primitiva*, está dedicado á este importante objeto: antes hemos prometido hacerle conocer á nuestros lectores.

M. de Bonald empieza por establecer como principio que el hombre nace ignorante y débil, pero capaz de aprender: »Muy diferente del bruto, el hombre nace *perfeccionable*, y el animal *perfecto*.»

¿Que es lo que debe enseñarse al hombre? Todo lo que es bueno; esto es, todo lo que es necesario para la *conservacion* de los seres.

Y ¿cual es el medio jeneral de esta conservacion? *La sociedad*.



¿Como espresa la sociedad las relaciones que tiene con el hombre? Por medio de *voluntades*, que se llaman *leyes*.

Las leyes, pues, son voluntades, de donde resulta para los miembros de la sociedad unas *acciones* llamadas *deberes*.

Luego la educacion propiamente dicha es la *enseñanza de las leyes y de los deberes de la sociedad*.

El hombre, bajo el aspecto relijioso y político, pertenece á una *sociedad doméstica* y á una *sociedad pública*. Existen, pues, dos sistemas de educacion, á saber:

La educacion doméstica, que es la que recibe el niño en la casa paterna, y tiene por objeto formar el hombre para la familia, é instruirle en los elementos de la relijion.

La educacion pública, que es la que los niños reciben del estado en los establecimientos públicos: su objeto es formar al hombre para la sociedad pública, y para que llene los deberes relijiosos y políticos que le prescribe.

La educacion al principio debe ser esencialmente relijiosa. Aqui M. de Bonald combate fuertemente al autor del *Emilio*: decir que no debe enseñarse á la infancia ningun principio relijioso, es uno de los errores mas funestos que ha sentado jamás la filosofia. El autor de la *Lejislacion primitiva* cita el ejemplo espantoso de setenta y cinco niños menores de dieziseis años, juzgados en el espacio de cinco meses por la policia correccional por *hurtos, robos y atentados contra las buenas costumbres*. M. Scipion Bexon, vice-presidente

del tribunal de primera instancia del departamento del Sena, á quien se debe el conocimiento de este hecho, añade en su informe, *que mas de la mitad de los robos que se verifican en Paris son cometidos por niños.*

„Que los establecimientos públicos, dice M. Necker  
„en su *Curso de moral religiosa*, aseguren á todos los ni-  
„ños las instrucciones elementales de moral y de reli-  
„jion. Vuestra indiferencia podria haceros un dia res-  
„ponsables de los estravíos que os vieseis obligados á  
„castigar; vuestra conciencia al menos se veria aterra-  
„da por las reconvenciones que podria dirijiros un jó-  
„ven á quien se presentase ante un tribunal criminal,  
„un jóven pronto á sufrir una sentencia rigurosa. ¿Que  
„podriais en efecto responder si os dijese: „Yo no he  
„sido dirijido hácia la virtud por ninguna leccion; me  
„han dedicado á trabajos mercenarios; me han lanzado  
„en el mundo antes de haber grabado en mi corazon ó  
„en mi memoria un solo principio de conducta; me han  
„hablado de libertad y de igualdad; nunca de mis de-  
„beres para con los demas, nunca de la autoridad reli-  
„jiosa que me hubiera sometido á estos deberes: me  
„han dejado hijo de la naturaleza, y quieren juzgarme  
„por unas leyes que ha dictado el *genio social*: ; no era  
„ciertamente por medio de una sentencia de muerte  
„como debian enseñarme las obligaciones de la vida!”  
„Tal es el lenguaje terrible que podria usar un jóven  
„aguardando su sentencia.”

Hablando primeramente de la educacion domés-  
tica, quiere M. Bonald que se desechen todas esas  
prácticas inglesas, americanas, filosóficas, inventadas  
por el espíritu de sistema, y sostenidas por la moda.



„Vestidos lijeros, dice, la cabeza descubierta, un lecho duro, sobriedad y ejercicios, mas bien privaciones que goces; en una palabra, casi siempre lo que cuesta menos, es lo que vale mas, y la naturaleza no emplea tantos gastos ni tanto cuidado para levantar este débil edificio, que solo debe durar un instante, y que un soplo puede destruir.”

En seguida aconseja el restablecimiento de las *corporaciones*.

„El gobierno, dice, debe mirar dichas corporaciones como la educacion doméstica de los hijos del pueblo. Estas corporaciones, en donde la religion fortificaba por sus prácticas los reglamentos de la autoridad civil, tenían entre otras ventajas la de contener por el deber un poco duro de los maestros á una juventud grosera, á la que la necesidad de buscarse la subsistencia sustrae muy pronto á la autoridad paterna, y que por su obscuridad está fuera de la accion del gobierno.”

Esto es ciertamente ver las cosas bajo un punto de vista muy elevado, y considerar como verdadero lejislador lo que tantos escritores no han observado sino como economistas.

Pasando luego á la educacion pública, prueba nuestro autor como Quintiliano, la insuficiencia de una educacion privada y la necesidad de la comun; y despues de haber hablado de los puntos en donde deben establecerse los colejos y el número de alumnos que cada colejo debe contener, examina la gran cuestion sobre los *maestros*; pero oigámosle á él mismo.

„Es menester una educación perpétua, universal, uniforme; y por consecuencia un institutor perpétuo, universal, uniforme: se necesita, pues, un cuerpo; porque fuera de un cuerpo no puede haber perpetuidad, ni jeneralidad, ni uniformidad.

„Este cuerpo (porque solo se necesita uno), encargado de la educación pública, no puede ser un cuerpo puramente secular; porque entonces, ¿cual seria el vínculo que asegurase la perpetuidad, y por consecuencia la uniformidad? ¿seria el interes personal? Pero unos seculares tendrán ó podrán tener una familia. Pertenece-  
 ran, pues, á su familia mas que al estado, á sus hijos mas que á los hijos de otros, á su interes personal mas que al interes público, porque el amor propio, de que quiere formarse el vínculo universal, es y será siempre el enemigo mortal del amor de los otros. . . . .

„Si los institutores públicos son célibes, aunque seculares, no podrán formar cuerpo entre sí; su agregacion fortuita no será mas que una sucesion continua de individuos que entrarán para procurarse la subsistencia, y saldrán para establecerse; ¿y que padre de familia confiará sus hijos á unos celibatos, cuyas costumbres no se hallarán garantidas por una disciplina relijiosa? Si son casados, ¿como podrá el estado asegurar un establecimiento que pueda apartarles de una especulacion mas lucrativa á unos hombres cargados de familia, animados de una justa ambicion de fortuna, y mas capaces que otros de poder aplicarse con éxito á cualquier otra industria? Si en obsequio de la economia se les reune bajo el mismo techo con sus mujeres y sus hijos, es imposible la concordia, y si se les permite que vivan separados, serian incalculables los gastos. Unos hombres instruidos no querrán someter su talento á unos métodos



de enseñanza que les parecerán defectuosos, y á unos reglamentos rutinarios; algunos hombres ávidos y agobiados de necesidades, querrán enriquecerse; los padres de familia olvidarán los cuidados públicos por las afeciones domésticas. El estado puede estar seguro de que no conservará en los establecimientos de educación sino los hombres que no sean útiles para ninguna otra profesión, hombres de malas cualidades; de lo cual es fácil convencerse con sólo recordar que los instrumentos mas activos de nuestros desórdenes, fueron en París esa clase de institutores laicos agregados á los colejos, que imbuidos de sus ideas clásicas, veían el *foro* de Roma en la reunion de sus secciones, se creían los oradores encargados de los destinos de la república, cuando no eran mas que unos enredadores hinchados de orgullo, é impacientes por salir de su estado. Es menester, pues, un cuerpo que no pueda disolverse; un cuerpo en que los hombres hagan á la regla comun el sacrificio de sus opiniones personales; á una riqueza comun el sacrificio de su codicia personal; á la familia comun del estado el sacrificio de sus familias personales. Mas ¿qué otra fuerza que la de la relijion, que otros vínculos que los que ella consagra, pueden ligar á los hombres á unos deberes tan austeros, y exigirles tan penosos sacrificios?"

La dialecta vigorosa de este pasaje la conocerán todos los lectores. M. de Bonald estrecha el argumento de tal modo, que no deja ninguna salida á sus adversarios. Unicamente podria objetársele el ejemplo de las universidades protestantes; mas á esto podria contestar, que los profesores de dichas universidades, aunque casados, son sin embargo *ministros* ó *sacerdotes*; que dichas universidades son, por otra parte, fundaciones

cristianas, cuyas rentas y fondos son independientes del gobierno; y en suma, que los desórdenes que ocurren en dichas universidades son tales, que los padres prudentes temen mucho el enviar á ellas á sus hijos. Todo esto cambia absolutamente el estado de la cuestion, y el último análisis sirve para confirmar el raciocinio del autor.

M. de Bonald solo atiende á sentar los principios, y no se cuida de dar documentos particulares á los maestros. Pero estos se encuentran en los escritos del buen Rollin. El solo título de estos capítulos hace amar á aquel hombre excelente: *Adquirir autoridad sobre los niños; hacerse amar y temer; inconvenientes y peligros de los castigos; hablar con razon á los niños; estimular su honor; hacer uso de los elogios, de las recompensas y de las caricias; hacer amable el estudio; conceder descanso y recreo á los niños*; bajo este último epígrafe se leen las siguientes palabras que casi hacen llorar de ternura:

»¿Que es un maestro cristiano encargado de la educacion de los jóvenes? Es un hombre, en cuyas manos ha puesto Jesucristo cierto número de niños, que ha rescatado con su sangre, y por los cuales ha dado la vida, en los que habita como en su casa y en su templo; á los que mira como á sus miembros, como á sus hermanos y coherederos, de los que quiere hacer otros tantos reyes y sacerdotes, que reinen y sirvan á Dios con él y por él por toda la eternidad; y se los ha confiado para conservar en ellos el precioso é inestimable depósito de la inocencia. ¡Que grandeza, pues, que nobleza no añade á todas las funciones de los maestros este tan honroso



cargo! . . . . . Un buen maestro debe aplicarse aquellas palabras que Dios hacia resonar continuamente en los oídos de Moisés, el conductor de su pueblo: llévalos en tu seno como una nodriza acostumbrada llevar al niño pequeñuelo: *Porta eos in sinu tuo, sicut portare solet infantulum.*"

De los maestros pasa M. de Bonald á los discípulos, á los que quiere que se les ocupe principalmente en el estudio de las lenguas antiguas; que abren á los niños los tesoros de los tiempos pasados, y recrean su ingenio y su corazón con bellos recuerdos y grandes ejemplos. Declama contra esa educación filosófica, »que atesta, dice, la memoria de los niños, de vanas »nomenclaturas de minerales y plantas que limitan su »inteligencia, &c."

Es natural que uno se alegre de encontrar sus mismos sentimientos y opiniones con un hombre como M. de Bonald. Yo he tenido la dicha de atacar uno de los primeros esa peligrosa manía de nuestro siglo (1). Nadie tal vez experimentará mayor delicia que yo en la *historia natural*. Mas ¡que abuso se hace en el día, tanto en el modo de estudiarla, como en las consecuencias que de ella quieren sacarse! La historia natural propiamente dicha, no puede ni debe ser otra cosa que una serie de cuadros como nos los presenta la naturaleza. Buffon miraba con soberano desprecio las *clasificaciones*, las que decia que eran unos *andamios para llegar á la ciencia, mas no la ciencia misma* (2). Fue-

(1) En el *Jenio del Cristianismo*.

(2) *Hist. nat.*, tom. I, disc. prim.

ra de otros peligros que trae el estudio esclusivo de las ciencias, como tienen una relacion inmediata con el vicio orijinal del hombre, alimentan el orgullo mucho mas que las letras. »Descartes, dice el sábio autor de su vida, creia que era *peligroso* aplicarse con sobrado empeño á estas demostraciones superficiales que la industria y la esperiencia presentan con menos frecuencia que el acaso. Su máxima era (1) que esta aplicacion nos desacostumbra insensiblemente al uso de nuestra razon, y nos espone á perder la senda que nos traza la luz (2);” y pueden añadirse estas palabras de Locke: »*Preocupados con este loco pensamiento de que no hay nada que sea superior á nuestra comprension* (3).”

¿Quereis enseñar la historia natural á los niños sin secar su corazon ni marchitar su inocencia? Ponedlos en las manos el comentario del *Jénesis de M. de Luc*, ó la obra citada por Rollin en el libro de sus *Estudios*, intitulada *de la Filosofía*. ¡Que filosofía, y cuan poco se parece á la nuestra! Citemos un pasaje citado al acaso:

„¿Que arquitecto ha enseñado á las aves á buscar un sitio firme, y á edificar sobre un fundamento sólido? ¿que madre tierna les ha aconsejado que cubran el fondo de materias blandas y delicadas, tales como la pelusa y el algodón? Y cuando faltan estas materias, ¿quien las impulsa á arrancarse con el pico tantas plumas de su pecho cuantas se necesitan para preparar una cuna cómoda á sus hijuelos? ¿Y será, Señor, por las aves, el ha-

(1) Carta de 1639, página 412.

(2) *Obras de Desc.*, página 142.

(3) *Entend. hum.*, lib. 1, cap. 111.



ber reunido vos tantos milagros que no conocen? ¿será por los hombres que no piensan en ellos? ¿será por los curiosos que se contentan con admirarlos sin levantar hasta vos su pensamiento? ¿No es visible, Señor, que vuestro designio ha sido el de llamarnos á vos con la vista de tal espectáculo, hacernos sensibles vuestra providencia y vuestra sabiduria infinita, y llenarnos de confianza en vuestra bondad, que tan tierna se muestra con unas ayecillas, que un par de ellas no vale más que un óbolo (1)?”

Solo en los estudios de la naturaleza de M. Bernardino de Saint-Pierre, se encuentran pinturas tan tiernas y relijiosas. La mas hermosa página de Buffon no iguala á la tierna elocuencia de esta exclamacion cristiana: *Y será, Señor, por las aves, &c.*

Hace algun tiempo se encontraba un extranjero en una sociedad, en donde se hablaba como de un prodijio del hijo de la casa, que era un niño de siete á ocho años. Óyese de pronto un gran ruido, ábrense las puertas, y se presenta el pequeño doctor con los brazos desnudos, el pecho descubierto, y vestido como un mono que llevan á enseñar á la feria. Llega saltando sobre un pie, con aire de seguridad, mirando con descaro, importunando á todos con sus preguntas, y tuteando igualmente á las señoras y á los hombres ancianos. Le colocan sobre una mesa en medio de la estasiada reunion, y le dirijen mil preguntas. »¿Que es el hombre? le pregunta gravemente un institutor. — Es un animal *mamifero* que tiene cuatro estremidades, dos de las cuales terminan en manos. —

(1) S. Mateo.

¿Hay otros animales de su clase? — Sí: los murciélagos y los monos." La concurrencia prorumpió en gritos de admiracion; y el extranjero, volviéndose hácia nosotros, nos dijo bruscamente: »Si yo tuviera un hijo que supiese semejantes cosas, á pesar de las lágrimas de su madre, le zurraria hasta que las olvidase. Me acuerdo de las palabras de vuestro Enrique IV: *Querida*, decia á su esposa, *vos llorais cuando castigo á nuestro hijo; pero lo hago por su bien, y la pena que ahora os causo, os ahorrará un dia muchas penas.*"

Estos pequeños *naturalistas*, que no saben una palabra de su religion ni de sus deberes, son á los quince años unos personajes insoportables. Ya hombres, sin serlo todavía, les vereis arrastrar su pálido semblante y enervado cuerpo por los círculos de París, decidiendo de todo como maestros, teniendo su *opinion* en moral y en política, pronunciando sobre lo que es bueno ó malo, juzgando de la belleza de las mujeres, del mérito de los libros, de la declamacion de los actores, de la danza de los bailarines, mirándose bailar ellos mismos con admiracion, preciándose de estar ya *fastidiados* de *triumfos*, y para colmo del ridículo y del horror, recurriendo algunas veces al suicidio.

¡Ah! no son estos los niños de otro tiempo, á quienes sus padres sacaban todos los jueves del colejio. Llegaban con unos trajes sencillos y modestamente ajustados. Presentábanse tímidamente en medio de la familia, se ruborizaban cuando les hablaban, bajaban los ojos, saludaban con un aire rudo y encojido, pero adornado con las gracias de su misma simplicidad y de su inocencia; y sin embargo el corazon de aquellos



pobres niños saltaba de alegría. ¡Que delicia para ellos el pasar un día en la casa paterna en medio de las contemplaciones de los criados, los abrazos de las hermanas y los regalitos secretos de la madre! Si se les preguntaba sobre sus estudios, no contestaban que el hombre es un animal *mamífero*, colocado entre los murciélagos y los monos, porque ignoraban estas importantes verdades; pero repetían lo que habían aprendido en Bossuet ó en Fenelon: que Dios ha criado al hombre para amarle y servirle; que el hombre tiene una alma inmortal; que será castigado ó recompensado en una otra vida según sus obras; que los niños deben respetar á sus padres; y en fin, todas esas verdades del catecismo que dan compasión á la filosofía. Apoyaban esta *historia natural* del hombre con algunos pasajes famosos, en versos griegos ó latinos, tomados de Homero ó de Virjilio; y estas bellas citas del jenio de la antigüedad, se hermanaban muy bien con los jenios no menos antiguos del autor de *Telémaco* y del de la *Historia universal*.

Pero ya es tiempo de que pasemos al resúmen jeneral de la *Lejislacion primitiva*; tales son los principios que M. de Bonald establece:

Hay un Ser Supremo ó una causa jeneral.

Este Ser Supremo es Dios. Su existencia está probada principalmente por la palabra, que el hombre no ha podido encontrar, y que le ha sido enseñada.

La causa jeneral, ó Dios, ha producido un efecto igualmente jeneral en el mundo, que es el hombre.

Estos dos términos, causa y efecto, Dios y el hom-

bre, tienen un término medio necesario, sin el cual no habria relaciones entre ellos.

Este término medio necesario debe ser proporcionado á la perfeccion de la causa y á la inspeccion del efecto.

¿Cual es este término medio? ¿en donde estaba? «Este era, dice el autor, el grande enigma del universo.»

Habia sido anunciado á un pueblo, y debia ser conocido de otro.

Vino al término señalado. Antes de su venida las verdaderas relaciones del hombre con Dios no eran conocidas, porque los seres no son conocidos por si mismos, sino por sus relaciones, y no habia término medio ni relacion alguna entre Dios y el hombre.

Síguese de aquí, que donde el mediador sea conocido, habrá verdadero conocimiento de Dios y del hombre, y uno y otro se ignorará donde sea desconocido el mediador.

Alli donde hay conocimiento de Dios y del hombre, y de su relacion natural, hay necesariamente buenas leyes; porque las leyes son la expresion de las relaciones naturales: luego la civilizacion seguirá al conocimiento del mediador, y la barbarie á su ignorancia.

Ha existido, pues, una civilizacion comenzada entre los judíos, y una civilizacion consumada entre los cristianos. Los pueblos paganos han sido unos *bárbaros*.

Es menester entender la voz *bárbaro* en el sentido que le da el autor. Las artes no constituyen para él un pueblo civilizado, sino uno que tiene gobierno. No aplica la palabra civilizacion sino á las leyes morales y políticas, y ya se conoce que todo esto, aunque muy habilmente encadenado, está sujeto á grandes obje-



nes. Siempre costará trabajo el admitir que un turco de nuestros tiempos está mas *civilizado* que un ateniense de la antigüedad, porque tiene un *conocimiento confuso del mediador*. Los sistemas exclusivos que conducen á grandes cosas y á grandes descubrimientos, tienen inevitablemente peligros y partes débiles.

Establecidos los tres términos primitivos, los aplica M. de Bonald al mundo social ó moral; porque estos términos contienen en efecto el orden del universo. La *causa*, el *medio* y el *efecto*, son entones para la sociedad el *poder*, el *ministro* y el *súbdito*.

La sociedad es religiosa ó política, doméstica ó pública.

El estado puramente doméstico de la sociedad política se llama religion natural.

El estado puramente doméstico de la sociedad religiosa se llama familia.

El complemento de la sociedad religiosa ha sido el encaminar el jénero humano al *deismo*, ó la religion *nacional* de los judios, y de aqui á la religion *jeneral* de los cristianos.

La perfeccion de la sociedad política en Europa ha consistido en hacer pasar á los hombres del estado doméstico al estado público y fijo de los pueblos civilizados que componen la cristiandad.

El lector debe ya notar aqui que ha dejado la parte sistemática de la obra de M. de Bonald; y entra en una série de principios los mas nuevos y fecundos.

En todos los modos particulares de la sociedad, el

poder *quiere* la sociedad; esto es, su conservacion; el ministro *obra* en ejecucion de la voluntad del poder; y el *súbdito* es el *objeto de la voluntad* del poder, y el *término de la accion* de los ministros.

El poder *quiere*, luego debe ser uno: los ministros *obran*, luego deben ser muchos.

De esta manera llega M. de Bonald á la base fundamental de su sistema político; base que, como se ve, ha ido á buscar hasta en el seno mismo de Dios. Segun él la monarquía, ó la unidad del poder, es el único gobierno que se deriva de la esencia de las cosas y de la soberanía del Omnipotente sobre la naturaleza. Toda forma política que de esta se separe, vuelve mas ó menos al hombre á la infancia de los pueblos, ó á la barbarie de la sociedad.

En el libro segundo hace M. de Bonald la aplicacion de su doctrina á los particulares estados de la sociedad. Para la familia, ó la sociedad doméstica, establece las diversas relaciones entre padres é hijos, amos y criados. En la sociedad pública declara que el poder público debe estar como el poder doméstico sometido á Dios solo, é independiente de los hombres; es decir, que debe ser uno, masculino (1), propietario, perpétuo; porque sin unidad, sin mas-

(1) En esto parece alude el autor al gobierno absoluto puro; mas el verlo proscrito por las naciones mas sábias y cultas, es una prueba de que no es el mas adecuado para hacer la felicidad de los pueblos. En cuanto á la masculinidad, solo observaremos que entre los reinados mas gloriosos de España se cuentan los pocos en que el trono ha estado ocupado por mujeres: pocos monarcas han suministrado á nuestra historia pájinas tan brillantes como las reinas Petronila, Berenguela é Isabel. (Ed. E.)



culinidad, sin propiedad y sin perpetuidad, no hay verdadera independencia. El autor examina las atribuciones del poder, el estado de paz y de guerra, el código de las leyes; y de acuerdo con su título, todo lo comprende en los elementos de la legislación. Ha conocido bien la necesidad de inculcar las nociones mas sencillas cuando todos los principios sociales han sido trastornados.

En el tratado del *ministerio público* que sigue á los dos libros de principios, trata el autor de probar con la historia de los tiempos modernos, y sobre todo con la de Francia, la verdad de los principios que establece.

Al aparecer en el mundo la religion cristiana, llamó á su cuna reyes y pastores; y sus homenajes, que fueron los primeros que recibió, anunciaron al universo que venia á poner en orden las familias y los estados, al hombre privado y al hombre público.

Trabose el combate entre la idolatria y el cristianismo, y fue sangriento. La religion pierde sus mas ilustres atletas, pero triunfa. Circunscrita hasta entonces á la familia ó sociedad doméstica, pasa al estado, y se hace propietaria. A las pequeñas iglesias de Efeso y de Tesalónica, suceden las grandes iglesias de las Galias y de la Germania. El estado político se forma en el estado religioso, ó por mejor decir, se constituye naturalmente por éste. Las grandes monarquias de la Europa se forman con las grandes iglesias: la iglesia tiene su jefe, sus ministros, sus fieles; el estado tiene su jefe, sus ministros, sus leales ó vasallos. Division de jurisdiccion, jerarquia en las funciones, naturaleza de las propiedades, todo, hasta las denominaciones, se hace poco á poco semejante en el ministerio religioso y el ministerio politi-

co. La iglesia está dividida en metrópolis, diócesis, &c.; el estado en gobiernos ó ducados, distritos ó condados, &c. La iglesia tiene sus órdenes religiosas encargadas de la educacion y del depósito de las ciencias; el estado tiene sus órdenes militares consagradas á la defensa de la religion: por dó quiera se eleva el estado con la iglesia: el torreón feudal se ve al lado del campanario; el señor ó el majistrado al lado del sacerdote; el noble ó defensor del estado vive en el campo; el sacerdote habita los desiertos. No tarda en alterarse el primer orden, y áltéranse á la par el orden político y relijioso. El noble viene á habitar las ciudades que se engrandecen; el sacerdote deja al mismo tiempo la soledad. Las propiedades se desnaturalizan: las invasiones de los normandos, los cambios de las razas reinantes, las cruzadas, las guerras de los reyes contra los vasallos, hacen pasar á las manos del clero un gran número de feudos, propiedad natural y esclusiva del orden político; y á las manos de los nobles algunos diezmos eclesiásticos, propiedad natural y esclusiva del clero. Los deberes siguieron naturalmente á las propiedades á que estaban afectos. El noble instituyó beneficios, y algunas veces los hizo hereditarios en su familia. El sacerdote instituyó jueces y levantó soldados, y aun juzgó y peleó por si mismo, y el espíritu de cada orden fue alterado al mismo tiempo que fueron confundidas las propiedades.

Llega en fin la época de la gran revolucion relijiosa: preparáse primero en la iglesia por la imprudente institucion de las órdenes mendicantes, que la córte de Roma creyó debia oponer al clero rico y corrompido; mas estos cuerpos son muy pronto en Francia, en esta nacion elegante y viva, el objeto de los sarcasmos de los sábios (1). Al mismo tiempo que Roma habia establecido

(1) ¿ Puede decirse que los franceses fuesen una nacion ELE-



su milicia, habia fundado el estado la suya. Las cruzadas, y las usurpaciones de la corona habian empobrecido el órden de los nobles, y entonces fue preciso recurrir á tropas asalariadas para atender á la defensa del estado. La fuerza militar pasó en el reinado de Carlos VII al *pueblo armado*, ó las tropas asalariadas; y en tiempo de Francisco I la fuerza judicial pasó al *pueblo letrado*, por la venalidad de los cargos de justicia. La reforma de la iglesia coincidió con las inovaciones del estado. Los simples ciudadanos habian ocupado los puestos de los majistrados constituidos en las funciones políticas; los simples fieles usurparon á los sacerdotes las funciones religiosas. Lutero atentó al sacerdocio público; Calvino le reemplazó por el de la familia. Se introdujo el populatismo en el estado, y el presbiterianismo en la iglesia. El ministerio público pasó al pueblo, aguardando que este se arrogase el poder soberano; y entonces fueron proclamados los dos dogmas paralelos y correspondientes de la demoracia religiosa y la democracia política: el uno que la autoridad religiosa está en el cuerpo de los fieles, el otro que la soberanía política reside en la reunion de los ciudadanos.

El cambio de los principios trae consigo el de las costumbres. Los nobles abandonan las respetables funciones de jueces, para dedicarse únicamente al oficio de las armas. La licencia militar relaja los vinculos de la

GANTE, cuando se establecieron en la iglesia las órdenes mendicantes? Por otra parte, parece que el autor olvide los innumerables servicios que hicieron estas órdenes á la humanidad. Los primeros sábios que aparecieron en la época de la restauracion de las letras, estaban muy lejos de poner en ridículo las órdenes mendicantes, puesto que un gran número de ellos eran religiosos. Nos parece, pues, que el autor confunde aquí las épocas; pero puede concéndersele que hubiera sido bueno disminuir insensiblemente las órdenes mendicantes á medida que se desarrollaba la elegancia de las costumbres francesas.

moral; las mujeres influyen en el ministerio público; introdúcese el lujo en la corte y en las ciudades; un pueblo de ciudadanos reemplaza á una nacion agricola; á falta de consideracion se quieren obtener títulos; la nobleza se vende al mismo tiempo que se ponen en almoneda los bienes de la iglesia; los grandes nombres se estinguen; las primeras familias del estado se empobrecen; el clero pierde su autoridad y su consideracion; y en fin sale el filosofismo de este caos religioso y politico, y acaba de derribar la ya conmovida monarquia.

Este notable pasaje está sacado de la *Teoria del poder politico y religioso*, obra suprimida por el directorio, y de la que solo se salvaron un corto número de ejemplares. Seria de desear que se diese un resumen de este libro importante, superior aun á la *Legislacion primitiva*, que por decirlo asi, no es mas que un extracto de aquella. Entonces se sabria de donde salen todas esas ideas tan nuevas en politica, que algunos escritores publican hoy sin indicar la fuente de donde los han tomado.

Por lo demas (y de ello nos gloriamos), en todas las páginas de la obra de M. Bonald hemos encontrado la confirmacion de los principios literarios y religiosos que hemos anunciado en el *Jenio del Cristianismo*. En algunos puntos aun avanza mas que nosotros; porque nosotros no nos reconocemos con suficiente autoridad para atrevernos á decir como nuestro autor, *que en estos dias es necesario tomar las mayores precauciones para no parecer ridiculo cuando se habla de la mitologia*. Nosotros creemos que un ingenio despejado puede sacar aun muchos tesoros de esta fecunda mina; mas



creemos tambien, y acaso hemos sido los primeros en decirlo, que la poesia dramática puede sacar mas partido de la relijion cristiana que de la de los antiguos; que las maravillas sin cuento que puede suministrar al poeta la lucha de las pasiones con una relijion casta é inflexible, compensan sobradamente la pérdida de las bellezas mitológicas. Cuando solo hubiésemos hecho nacer una duda sobre esta cuestion importante, sobre esta cuestion literaria, decidida en favor de la fábula por las primeras autoridades, esto ¿no podia considerarse como una especie de victoria (1)?

M. de Bonald declama tambien contra esos espíritus tímidos, que por *respeto* á la relijion convendrian muy gustosos en dejar perecer á la relijion. Sobre esto se espresa casi en nuestros mismos términos:

Quando desde un extremo al otro de Europa se desconocen estas verdades indispensables al órden social, ¿será necesario que se justifique ante unos espíritus tímidos y unas almas timoratas el que se atreve á levantar una punta del velo que esconde estas verdades á las miradas poco perspicaces? ¿y podrá haber cristianos de fe

(1) La misma madama Staël, en el prólogo de una novela se allana á concedernos algo, y convenir en que las ideas relijiosas son favorables al desarrollo del jenio; sin embargo, parece que escribió su libro para combatir estas mismas ideas, y probar que no hay cosa mas árida que el cristianismo, ni mas tierna que la filosofia. ¿Ha logrado su objeto? Al público toca juzgarlo. Quando menos ha dado nuevas pruebas de un ingenio distinguido y de una imaginacion brillante; y aunque procura hacer que prevalezcan unas opiniones que hielan y secan el corazon, en toda su obra se siente traspirar aquella bondad que los sistemas filosóficos no han podido alterar, y aquella jenerosidad que nunca reclamaron en vano los desgraciados.

bastante débil para creer que serán menos respetadas á medida que sean mas conocidas ?

En medio de las violentas críticas que nos asaltaron en los primeros pasos que dimos en la carrera literaria, confesamos que es estremamente lisonjero y consolador el ver hoy nuestro humilde trabajo sancionado por una opinion tan grave como la de M. de Bonald. Nos tomaremos, sin embargo, la libertad de decirle que en la ingeniosa comparacion que hace de su obra y la nuestra, prueba que sabe servirse mejor que nosotros de las armas de la imajinacion, y que sino las emplea con mas frecuencia, es porque las desdenea. Diga lo que quiera, él es el sábio arquitecto del templo que nosotros no hemos hecho mas que decorar.

Es muy sensible que M. de Bonald no haya tenido el tiempo ni la fortuna necesaria para no hacer mas que una sola obra de la *Teoría del Poder*, el *Divorcio*, la *Lejislacion primitiva* y los diversos *Tratados de política*. Pero la Providencia que dispone de nosotros, ha señalado otros deberes á M. de Bonald, y ha pedido á su corazon el sacrificio de su jenio. Este hombre singular y modesto consagra hoy sus momentos á una familia desgraciada, y los cuidados paternales le hacen olvidar las atenciones de la gloria. De él podrá hacerse el elogio que la escritura hace de los patriarcas: *Homines divites in virtute, pulchritudinis studium habentes; pacificantes in domibus suis.*

El jenio de M. Bonald nos parece aun mas profundo que elevado; investiga mas que se remonta. Su





talento nos parece á la vez sólido y vivo: su imaginacion no siempre se mueve, como las imaginaciones eminentemente poéticas, por un sentimiento vivo ó una grande imájen; mas no por eso deja de ser ingeniosa y viva; de donde nace que tiene mas calma que movimiento, mas luz que calor. En cuanto á los sentimientos de M. de Bonald, respiran por dó quiera aquel honor frances, aquella probidad que forman el carácter dominante de los escritores del siglo de Luis XIV, los cuales se conoce que descubrieron la verdad, no tanto por la fuerza de su talento; como por la rectitud de su corazon.

Son tan raros estos hombres, y se publican tan pocas obras de esta clase, que no dudamos se nos perdonará la estension de este extracto. Cuando las luces que brillan aun sobre nuestro horizonte literario, se ocultan ó van apagándose por grados, es grato dirigir la vista á una nueva luz que se levanta. Todos esos hombres, encanecidos gloriosamente en las letras, esos escritores hace mucho tiempo conocidos, y á los cuales sucederemos, pero no reemplazaremos, vieron dias mas felices que nosotros. Vivieron con Buffon, Montesquieu y Voltaire: Voltaire habia conocido á Boileau; Boileau habia visto morir al viejo Corneille, y Corneille habia tal vez oido siendo niño los últimos acentos de Malherbe. Esta hermosa cadena del jenio frances está ya rota; porque la revolucion ha abierto un abismo, que ha separado para siempre lo pasado del porvenir. No se ha formado una jeneracion media entre los escritores que acaban y los que comienzan. Un solo hombre conserva aun, sin embargo, el hilo de la an-

tigua tradición, y se levanta en este intervalo desierto. Fácilmente se reconocerá al que la amistad no osa nombrar, mas á quien el célebre autor, oráculo del gusto y de la crítica, ha designado ya como su sucesor. Sin embargo, si los escritores de la nueva edad que la borrasca ha dispersado, no han podido instruirse al lado de los antiguos autores, si se han visto obligados á sacarlo todo de sí mismos, la soledad y la adversidad son tambien grandes escuelas. Compañeros de los mismos infortunios, amigos antes de ser autores, ¡quiera Dios que no vean renacer jamás entre ellos esas vergonzosas rivalidades que han deshonrado con sobrada frecuencia un arte tan noble y consolador! Todavía necesitan union y denuedo; porque las letras serán por largo tiempo tempestuosas: ellas produjeron la revolucion, y ellas serán el último asilo de los odios revolucionarios. Apenas bastará medio siglo para calmar tantas vanidades comprometidas, tanto amor propio ofendido. ¿Como esperar, pues, ver dias mas serenos para las musas? La vida es sobrado corta y se parece á aquellos estudios donde se celebraban los juegos fúnebres entre los antiguos, y al estremo de los cuales aparecia un sepulcro.

*Ἔσμεξύγον αἰὸν ὄσον, etc.*

»Por este lado, dijo Nestor á Antiloco, se eleva  
 »de la tierra el despojado tronco de una encina; sos-  
 »tiénenle dos piedras en un camino angosto: es una  
 »tumba antigua, y el limite de vuestra carrera.”



SOBRE

**LA PRIMAVERA DE UN PROSCRITO.**

POEMA

DE M. J. MICHAUD.

Enero de 1803.

» **C**antad vuestros placeres, ha dicho Voltaire, ó de-  
 »jad vuestro canto. Mas ¿no podria decirse con la mis-  
 ma verdad: »Cantad vuestras desgracias, ó dejad vues-  
 »tro canto?»

Condenado á muerte durante los dias del terror, obligado á huir segunda vez despues del 18 Fructidor, el autor de la *Primavera de un próscrito* es recibido por unas almas benéficas en los montes de Jura, y en el cuadro de la naturaleza encuentra á la vez con que consolarse, y alimentar sus tristes recuerdos.

Cuando la mano de la Providencia nos aparta del comercio de los hombres, menos distraidos nuestros ojos se fijan en el espectáculo de la creación, y descubrimos en él maravillas que jamás hubiéramos sospechado. Desde lo mas retirado de la soledad se contemplan las tempestades del mundo, á la manera que un hombre, lanzado de una isla desierta, se complace con secreta melancolia en ver como se estrellan las olas en la costa donde naufragó. Despues de la pérdida de nuestros amigos, sino sucumbimos á la fuerza del dolor, nuestro corazon se replega sobre sí mismo, y for-

ma el proyecto de desprenderse de todo otro sentimiento, y vivir únicamente con sus memorias. Entonces somos menos á propósito para la sociedad; pero nuestra sensibilidad se desarrolla tambien mas. El que se halle abatido por el pesar, intérnese en la espesura de los bosques, vague por bajo de su movible bóveda; trepe á la cumbre del monte, desde donde se descubren paisés inmensos, ó el sol que se levanta de los mares: su dolor no podrá sostenerse contra semejante espectáculo; no porque él olvide á los que ama (porque entonces, ¿quien no temeria ser consolado?); pero el recuerdo de sus amigos se confundirá entonces con la calma de los bosques y de los cielos; conservará su terneza, y solo perderá la amargura de su corazon: ¡dichosos los que aman á la naturaleza; ellos la encontrarán, y solo la encontrarán á ella en el dia de la adversidad! (1).

Estas reflexiones nos ha sugerido la obra interesante que anunciamos. No se encuentra en ella un poeta que solo busca la pompa y la perfeccion del arte; es un desgraciado que se distrae consigo mismo, que pulsa la lira para hacer mas armoniosa la espresion de su dolor; es un proscrito que dice á su libro, como Ovidio al suyo:

»¡Libro mio, tú irás á Roma, é irás sin mí....!  
»¡Ay! ¡que á tu dueño no le es permitido ir contigo!  
»Parte, mas sin aparato ninguno, como conviene al  
»libro de un poeta desterrado.”

La obra, que está dividida en tres cantos, empie-

(1) Este párrafo está tomado del *Ensayo histórico*.



za por una descripción de los primeros días de la primavera. El autor compara la tranquilidad de los campos al terror que reinaba entonces en las ciudades; pinta al labrador dando asilo á unos proscritos.

.....  
 En esta edad de hierro dolorosa,  
 Amigo de los hombres desdichados,  
 Lloras su mal, consuelas su miseria,  
 Y cual si fuesen hijos sin amparo,  
 De su choza les abres las mansiones:  
 Los bosques que plantó van ocultando  
 Bajo sus ramas seres ya felices  
 De los ojos crueles de los malos.  
 Pálido el fujitivo allí recata  
 Sus alarmas, temores y quebranto,  
 Y lejos de facciones y de guerras,  
 Lloras en paz los vaivenes del estado.

La religión perseguida en las ciudades, encuentra á su vez un asilo en las selvas; aunque tampoco tenga ya en ellas altares ni templos.

Alguna vez la aldea que se junta  
 Móvida de fervor y santo celo,  
 Al Dios de las bondades paternas  
 Viene de noche á dedicar su incienso,  
 Sus votos inocentes y sus flores.....  
 En el bosque repiten claros ecos  
 Las tímidas plegarias..... Más ¡ó pena!  
 ¿En donde está el antiguo presbiterio,  
 La cruz y el campanario, que su cima

Quería levantar al alto cielo,  
Y el bronce religioso que indicaba  
Las ceremonias místicas del templo?  
¿Y el santo del lugar, cuya figura  
Mostraba el vidrio gótico tan terso?  
Estos muros dó-Dios daba sus leyes,  
Del pastor ya no escuchan los acentos.

Estos versos son naturales y fáciles. En cuanto á los sentimientos del poeta, son tiernos y piadosos, y se enlazan muy bien con los objetos que forman el fondo de su cuadro. Las iglesias dan á nuestras aldeas y á nuestras ciudades un carácter singularmente moral. Los ojos del viajero se fijan desde luego en la veleta religiosa de los campanarios, cuyo aspecto despierta en su seno una multitud de sentimientos y de recuerdos. Aquella es la pirámide fúnebre alrededor de la cual duermen los abuelos; mas aquel es tambien el monumento de alegría en donde anuncia la campana la vida del fiel. Allí se unen los esposos; allí se prosternan los cristianos al pie de los altares: el débil para rogar al Dios de la fuerza, el culpable para implorar al Dios de la misericordia, el inocente para cantar al Dios de bondad. En cualquier paisaje que parezca árido, triste y desierto, colocad un campanario campestre, y vereis como al instante todo se anima: las tiernas ideas de *pastor* y *rebaño*, de asilo para el viajero, limosna para el peregrino, hospitalidad y fraternidad cristiana, nacen al momento por todas partes.

Un párroco del campo comprendido en una ley de muerte, no queriendo abandonar su rebaño, y di-



rijiéndose por la noche á consolar al labrador , era un cuadro que naturalmente debia ofrecérsele á un poeta proscrito :

¡ Errante va por el sombrío bosque !  
 ¡ Cubra , noche , tu sombra su carrera !  
 Si ha de sufrir , ¡ ó Dios ! dadle socorro ,  
 Pues ora en su favor toda la aldea.  
 Vosotros que animais crueles iras ,  
 Perdonad las virtudes que os presenta.  
 Escapado de fúnebre mazmorra ,  
 Cargado veinte veces de cadenas ,  
 Pregona ya el perdon de sus suplicios ,  
 Y junto al infeliz que ve sus-quejas ,  
 El lloro que arrancasteis de sus ojos  
 Enjuga con sus manos macilentas.  
 Huyendo por los valles y llanuras ,  
 Pobre va bendiciendo las cosechas ,  
 Solo se ofrece á Dios en holocausto ,  
 Y en este siglo dó la impiedad reina ,  
 Cuando un cruel destino nos persigue ,  
 Cuando un cruel destino nos condena ,  
 El de vivir nos dicta los preceptos ,  
 Y á morir nos ayuda y nos enseña .

Nos parece que estos versos están llenos de sencillez y de unción. ¿ Nos habremos , pues , engañado cuando hemos sostenido que la relijion es favorable á la poesía , y que desechándola se priva el poeta de uno de los mayores medios de conmover los corazones ?

El autor , escondido en su desierto , se acuerda de los amigos que ya no ha de ver mas .

¡ Oh ! ¡ que no pueda verte en mi retiro,  
 Intérprete del vate que dió el Lacio...!  
 El me inspiró los rústicos placerès  
 Con las pinturas fieles de sus cantos:  
 Uniendo al de Virjilio su talento,  
 Se elevó como vid , que da sus lazos  
 Al olmo que le presta sus apoyos,  
 Y que sube con él siempre medrando.  
 Ya no está en nuestra dulce compañía;  
 Y vierte en otros lindes lloro amargo (1).

.....  
 ¡ Oh sublime-cantor ! ¡ ya no te veo !  
 Ya no tengo esperanza á vuestro lado,  
 Sublimes jenios de virtud y ciencia,  
 De ilustrar mi razon con dogmas sábios:  
 Fontanes, cuya voz consoló tumbas;  
 Saint-Larbert, que cantó con entusiasmo  
 La virtud de la aldea y sus delicias;  
 Morellet, que abogó contra tiranos  
 En favor de desdichas é infortunios;  
 Suard, que de Addisson siguió los pasos,  
 Reuniendo saber, razon y gracia;  
 La Harpe, que del buen gusto fue guiado;  
 Sicard, cuyos trabajos son portentos;  
 Jussieu, La Place y Daubenton, que humano  
 Me enseñaste secretos muy sublimes  
 Por el mismo Buffon no penetrados,  
 Ya no os veré jamás.....

Estos sentimientos son tiernos, y los elojios que el autor da aqui á sus amigos tienen el mérito singular de estar de acuerdo con la opinion pública; y por

(1) M. Delille estaba entonces en Inglaterra.



otra parte, todo el pasaje nos parece escrito en el gusto de la antigüedad. ¿No era así como se dirigía á sus amigos de Roma el poeta latino que dejamos citado? »Tiene el país natal, dice Ovidio, un no sé qué que nos llama, nos encanta, y no nos permite olvidarle... »Vos, caro Rufino, esperais sin duda que los pesares que me matan cederán á los consuelos que me enviais á mi destierro; comenzad, ó amigos míos, por ser menos amables, á fin de que no cueste tanta pena el vivir sin vosotros.»

¡Ay! al leer el nombre de M. de La Harpe en los versos de M. Michaud, ¡quien no se sentiría enternecido! ¡Apenas hemos encontrado de nuevo á las personas que amamos, ya es preciso volver á separarnos de ellas para siempre! Nadie comprende mejor que nosotros todo la estension de la desgracia que amenaza en este momento á las letras y á la religion. Hemos visto á M. de La Harpe abatido como Ezequías bajo la mano del Señor: solo una fe viva y una esperanza santa pueden dar una resignacion tan perfecta, una serenidad tan cumplida, pensamientos tan elevados y tan tiernos, en medio de los dolores de una lenta agonía y de los ensayos de la muerte.

A los poetas les agrada pintar las desgracias del destierro, tan fecundo en sentimientos tiernos y tristes. Así han cantado á Patroclo, refugiado en el hogar de Aquiles; á Cadmo, abandonando los muros de Sidon; á Tideo, retirado en la casa de Adrasto, y á Teucro, que encuentra un asilo en la isla de Vénus. En *Ifjenia en Tauride* el coro quisiera cruzar los aires: »Yo suspenderia mi vuelo sobre la casa paterna, y

» volveria á ver aquellos lugares tan caros á mi memoria, donde celebraba á la vista de mi madre un ino-  
 » cente himeneo." ¡Ah! ¿quien no conoce el *dulces moriens reminiscitur Argos*? ¿Quien no se acuerda de Ulises errante lejos de su patria, y deseando, como la suprema felicidad, poder ver tan solo el humo de su palacio? Mercurio le encuentra sentado tristemente en la costa de la isla de Calipso: *miraba llorando aquel mar eternamente ajitado* (irrequietum),

Πόντον ἐπ' αὐρυγέτον δερκέσκειτο δάκρυα λείβων.

Verso admirable, que Virjilio traduce aplicándolo á las troyanas desterradas.

Cunctaeque profundum

Pontum aspectabant flentes.

Ese *flentes* colocado al fin de la frase es muy bello. Osian pinta con colores diferentes, pero que tienen tambien muchos encantos, una jóven que muere lejos de su pais en una tierra estraña.

»There lovely Moína is often seen when the sunbeam  
 »darts on the rock, and all around is dark. There she is  
 »seen, Malvina, but not like the daughters of the hill.  
 »Her robes are from the stranger's land; and she is still  
 »alone."

»Cuando un rayo del sol hiere la roca, y todo en  
 »derredor está obscuro, se ve allí (en el sepulcro de  
 »Carthon y de Clessamor) muchas veces la sombra de



»la encantadora Moína; se la ve muchas veces, ó Malvina; mas no tal como las hijas de la colina. Sus vestidos son del país del extranjero, y ella se halla toda «via solitaria.»

Por la dulzura que respiran las querellas del autor del poema de la *Primavera*, se conoce que tenia esa *enfermedad del país*, esa enfermedad que ataca principalmente á los franceses cuando se hallan lejos de su patria. Mónica en medio de los bárbaros no podia olvidar el *dulce seno de la Grecia*. Los médicos han llamado á esta tristeza del alma *nostalgia*, de las dos voces griegas *νοστος*, vuelta, y *αλγος*, dolor; porque no puede curarse sino volviendo á la tierra natal. ¡Ah! ¡como era posible que M. Michaud, que sabe hacer suspirar á su lira, no hubiese puesto sensibilidad en un asunto que el mismo Gresset no ha podido cantar sin enternecerse! En su oda sobre el *amor de la patria*, se encuentra esta interesante estrofa:

Si en su curso deplorable  
Se rinde al último sueño,  
Sin ver los confines gratos  
Do brilló su sol primero,  
Alli vuelve sus suspiros,  
Alli su espirante anhelo,  
Y quiere que alli descansen  
Sus cenizas y sus huesos:  
Tierra extranjera seria  
A sus manes de mas peso.

En medio de los dulces consuelos que proporciona el retiro á nuestro desterrado poeta, esclama:

¡O primavera y encantados valles!

¿Que prodigio del arte se os iguala?

¿Todo Voltér no vale un leve rayo,

Ni una pequeña flor que el viento halaga?

Pero Voltaire (cuyas impiedades por otra parte detestamos tanto como M. Michaud) ¿no expresa tambien algunas veces sentimientos amables (1)? ¿No ha conocido hasta esos dulces recuerdos de la patria? »Os escribo, dice á madama Denis, al lado de una estufa, con la cabeza cargada y el corazon triste, dirigiendo los ojos al rio Esprée, porque el Esprée desagua en el Elva, el Elva en el mar, el mar recibe al »Sena, y nuestra casa de París está muy cerca de este »rio.»

He oido decir que un frances de los que se vieron obligados á huir en tiempo del terror, compró con una corta suma un barquichuelo que estaba sobre el Rhin, en donde se alojó con su mujer y dos hijos. Como no tenia dinero, no encontraba hospitalidad en ninguna parte, y cuando le echaban de una orilla, se pasaba á la otra sin quejarse: muchas veces, siendo perseguido en ambas riberas, se veia obligado á fondear en medio del rio, en donde pescaba para alimentar á su familia; pero los hombres le disputaban aun los socorros de la Providencia, y le envidiaban los pececillos que comian sus hijos. Por la noche bajaba á recojer algunas yerbas secas para encender un poco de lumbré, y su mujer permanecia en una ansiedad mortal hasta su regreso. Esta familia, á la que nada podia

(1) M. Michaud corrigió despues este pasaje.



echarse en cara sino sus desgracias, no encontraba en todo el globo una sola piedra en donde reclinar la cabeza; y obligada á hacerse salvaje entre cuatro grandes naciones civilizadas, todo su consuelo se reducía á la consideracion de que errando por las inmediaciones de Francia, podia algunas veces respirar un aire que habia pasado por su país (1).

M. Michaud erraba tambien por los montes desde donde no podia menos de descubrir la cima de los árboles de la patria. Mas ¿como pasar el tiempo en un suelo extranjero? ¿como ocupar sus dias? No es muy natural entonces ir á visitar esos sepulcros campestres, donde llenas de júbilo terminaron su destierro algunas almas cristianas? Esto es lo que hizo el autor del poema de la *Primavera*; y merced á la estacion que escogió, el asilo de la muerte era un ameno campo cubierto de flores.

Bajo de esos despojos que se cubren

De un musgo leve, bajo el olmo antiguo,

Que causa como un luto religioso

Del horizonte, en solitario abrigo

Reposan de la aldea los ancianos.

Arrostrando desprecios y los dichos

De la plebe procaz, las ambiciones

No turbaron la paz de sus sentidos.

Tal vez en esa tumba con sus flores

Del Dios Apolo dormirá algun hijo,

Un héroe, cuyo brazo hubiese dado

Victorias en combates infinitos,

(1) Este pasaje está tomado del *Jenio del Cristianismo*.

Y no corrió á la lid; murió sin gloria.  
 Un Cromwell, ó algun Sila, que escluido  
 De su aldeá se vió, que amó las leyes,  
 Mas no llegó al supremo poderío.  
 Asi la flor en solitario monte  
 Solo enseña al desierto su atractivo,  
 Y el oro oculta en hondos subterráneos  
 Funestos al mortal sus claros brillos.

Tal vez el autor lo hubiera acertado, aproximándose mas al poeta ingles á quien imita. Ha sustituido la imájen del oro sepultado en las entrañas de la tierra, á la de la *perla oculta en el seno de los mares*; la flor que *solo muestra al desierto sus fugaces colores*, no es quizá exactamente *la flor que ha nacido para ruborizarse sin ser vista* (is born to blush unseen) (1).

Full many a gem of purest ray serene,  
 The dark unfathom'd caves of ocean bear;  
 Full many a flower is born to blush unseen,  
 And waste its sweetness in the desert air.

En otro tiempo quise yo traducir asi estos cuatro versos, que deben juzgarse con indulgencia, porque no soy poeta:

Asi brilla la perla en hondos mares,  
 Y se pasan las rosas solitarias,  
 Que no se ven con tinta purpurina,  
 Y en el desierto inútil dan fragancia.

(1) M. Michaud rectificó despues estos dos versos del modo siguiente:

Asi de un vano adorno bien provista  
 La rosa del desierto no fue vista.



La vista de estos pacíficos sepulcros, recuerda al poeta aquellas turbadas sepulturas donde dormían nuestros *principes aniquilados* (1). Sus sepulcros no debían abrirse hasta la consumación de los siglos; mas un decreto particular de la Providencia ha querido romperlos antes del fin de los tiempos, y una espantosa resurrección ha despoblado las fúnebres bóvedas de San Dionisio; los espectros de los reyes salieron de la noche eterna; pero como si se hubieran asombrado de haber vuelto solos á la luz, *y no encontrarse en el mundo con todos los muertos*, como dice el profeta, se lanzaron de nuevo en el sepulcro.

Los reyes por verdugos exhumados,  
 Dos veces á la tumba son bajados.

Por estos bellos versos se ve que M. Michaud sabia tomar todos los tonos.

Es sin duda digno de observacion que algunos de aquellos cadáveres, ennegrecidos por el ataud (2), pudieron reconocerse facilmente. Podíase distinguir en sus frentes hasta los caracteres de las pasiones, hasta los rasgos de las ideas que en otro tiempo los habian ocupado. ¿Que es, pues, este pensamiento del hombre, que deja huellas tan profundas hasta en el polvo del sepulcro?

Puesto que hablamos de poesia, séanos permitido tomar de un poeta una comparacion: Milton nos dice que despues de haber acabado el mundo, el Hijo di-

(1) Bossuet.

(2) El rostro de Luis XIV estaba tan negro como el ébano.

vino se reunió á su eterno Principio, y que su carrera, al través de la materia creada, quedó señalada mucho tiempo despues por un rayo de luz: de la misma manera nuestra alma; al entrar de nuevo en el seno de Dios, deja en el cuerpo mortal la huella gloriosa de su tránsito.

M. Michaud es muy digno de elojio, por haber hecho uso de estos contrastes que dispiertan la imaginacion de los lectores. Los antiguos los empleaban muchas veces, aun en la tragedia. Un coro de soldados vela guardando el campo de los troyanos; la noche fatal á Rheso acababa apenas de terminar su carrera; y ¿se creerá tal vez que los guardas hablan de combates, de sorpresas, y que se representan imágenes terribles? He aqui lo que dice una parte del coro:

» ¡Escuchad! esos son los acentos de Filomena, que  
 » deplora en mil tonos variados sus desgracias y su propia  
 » venganza. Las sangrientas riberas del Simois repiten  
 » sus lastimeros acentos. Escucho el sonido de la  
 » zampoña; es la hora en que los pastores del Ida salen  
 » á apacentar sus ganados en los risueños valles. Es-  
 » tiéndese una nube sobre mis cansados párpados; una  
 » dulce languidez se apodera de todos mis sentidos; el  
 » sueño vertido por la aurora es el mas delicioso.”

Confesemos que se halla muy poco de esto en nuestras tragedias modernas, por mas perfectas que puedan ser; y seamos bastante justos para convenir en que Shakspeare encontró algunas veces esta naturalidad de sentimiento, esta sencillez de imágenes. Este coro de Euripides recordará fácilmente al lector el diálogo de Romeo y Julieta: *Es la alondra que canta, &c.*



Pero si habemos desterrado de la escena trájica estas pinturas pastorales que, dulcificando el *terror*, aumentaban la *compasion*, porque, como dice Fenelon, hacian sonreir sobre un fondo de agonía; las hemos trasportado con mucho éxito á obras de otro jénero. Los modernos han estendido y enriquecido el dominio de la poesía descriptiva. El mismo M. Michaud nos dá de ello muy buenos ejemplos:

De la cima del monte, al alejarse  
El día, dá sonrisas á las flores.  
Sobre el techo elevado, al cielo puro  
La pizarra su brillo azul descorre,  
Y el vidrio en las riberas apartadas  
De un vasto incendio alumbra los fulgores,  
Y á la engañada vista representa,  
Animando la luz, rayos veloces.

El cantor de la grata primavera,  
Fiel á estos valles que conoce y ama,  
Al eco de las tardes dá sus trovas,  
Y oculto en bosquecillos y enramadas,  
Canta un mal que las Musas no conocen;  
Mientras la selva escucha sus plegarias,  
En matorral espeso, en alto tronco  
Teje Arachné su tela delicada.  
Restos de claridad hieren las hojas,  
Y deslizan, y mueren sobre el agua.  
El insecto de un día, al sol postrero  
Viene á brillar, y su existencia acaba.  
La codorniz que viene de otros valles,  
Hace tambien sonar su voz temprana;  
El conejo imprudente que ha dejado  
Su madriguera y su mullida cama,

Del cazador perece al duro tiro;  
Y la perdiz que entre las sombras marcha  
De su fiel y dichosa compañera,  
Los ecos dulces y el amor reclama.

Este es el lugar propio para hablar de un cargo que nos hace M. Michaud en su disertacion preliminar, donde impugna con tanto gusto como finura la opinion que manifestamos sobre la poesia descriptiva. »El autor del *Jenio del Cristianismo*, dice, atribuye »el *oríjen* de la poesia descriptiva á la religion cristiana....., que destruyendo el atractivo que acompaña »á las fábulas mitológicas, ha reducido á los poetas á »buscar las fuentes del interes en la verdad y la exactitud de sus cuadros, &c.”

El autor del poema de la *Primavera* cree que yo me he equivocado.

Ante todo debe tenerse presente que yo no he atribuido al cristianismo el *oríjen* de la poesia descriptiva; le he atribuido tan solo su *desarrollo*, lo cual me parece cosa muy distinta. Por otra parte, no he pensado en decir que el cristianismo destruye el *atractivo* de las fábulas mitológicas, si no que antes por el contrario, he tratado de probar que todo lo que hay de bello en la mitología, como, por ejemplo, las *alegorías morales*, puede tambien emplearse por un poeta cristiano, y que la verdadera religion solo ha privado á las musas de las ficciones medianas ó repugnantes del paganismo. La pérdida de las *alegorías físicas*, ¿es por ventura tan sensible? ¿que importa que Júpiter sea el éter, que Juno sea el aire, &c.? Mas ya que un cri-



tico (1), cuyos juicios son leyes, ha creído que debía también combatir nuestra opinión sobre el empleo de la mitología, séame permitido recordar el capítulo que forma el objeto de la discusión.

Después de haber mostrado que los antiguos casi no conocieron la *poesía descriptiva* en el sentido que nosotros damos á esta voz; después de haber hecho ver que ni sus poetas, ni sus filósofos, ni sus naturalistas, ni sus historiadores, han hecho descripciones de la naturaleza, continuó así:

«No puede absolutamente sospecharse que á unos hombres tan sensibles como lo eran los antiguos, les faltasen ojos para ver la naturaleza y talento para pintarla; y de consiguiente es indispensable que los hubiese cegado una causa poderosa. Esta causa, pues, era la mitología que, poblando el universo de elegantes fantasmas, quitaba á la creación su gravedad, su grandeza, su soledad y su melancolía. Fue preciso que viniese el cristianismo á ahuyentar todo este pueblo de fáunos, de sátiros y de ninfas, para volver su silencio á las grutas y su meditación á los bosques. Los desiertos tomaron bajo nuestro culto un carácter mas triste, mas vago, mas sublime; las bóvedas de las selvas se han elevado, los rios rompieron sus pequeñas urnas, para no verter ya mas que las aguas del abismo, desde las cimas de los montes. El verdadero Dios, volviendo á ostentarse en sus obras, dió su inmensidad á la naturaleza.

Los silvanos y las náyades pueden interesar agradablemente á la imaginación, con tal que no se reproduzcan con mucha frecuencia. No tratamos de

(1) M. de Fontanes.

Arrojar los tritones de las aguas,  
A las parcas quitarles sus tijeras,  
Ni tampoco al Dios Pan su dulce flauta.

Pero en fin, ¿que es lo que deja en el alma todo esto? ¿que resulta de ello para el corazon? ¿que fruto puede sacar el pensamiento? ¡Ah! ¡cuanto mas favorecido está el poeta cristiano en la soledad, donde Dios se pasea con él! Libres de esa multitud de dioses ridiculos, que por todos lados los limitaban, hanse llenado los bosques de una divinidad inmensa. El don de profecía y de sabiduría, el misterio y la relijion, parece que residan eternamente en sus sagradas profundidades. Penetrad en esas selvas americanas tan antiguas como el mundo, &c., &c.

Sentado asi el principio, me parece que cuando menos es inatacable en el fondo, aunque pueda disputarse sobre algunos pormenores. Se preguntará tal vez sino encontramos nada bello en las alegorías antiguas. A esta pregunta he contestado ya en el capitulo en que distingo dos especies de alegorías, la alegoría *moral*, y la alegoría *física*. M. de Fontanes nos ha objetado que los antiguos conocian tambien esa divinidad solitaria y formidable que habita en los bosques. Mas en esto ya habia yo convenido cuando decia: »En cuanto á aquellos dioses desconocidos que los antiguos colocaban en los bosques desiertos y sobre los sitios salvajes, hacian sin duda un efecto muy bello, pero no tenian conexion con el sistema mitológico: el entendimiento humano recaia aqui en la relijion natural. Lo que adoraba el tímido viajero, pasando por las soledades, era cierta cosa *ignorada*; cierta cosa cuyo nombre no sabia



él, y á la cual llamaba la *Divinidad del sitio*; á veces le daba el nombre de Pan, y Pan era el Dios *universal*. Aquellas grandes sensaciones que inspira la naturaleza inculta, no han cesado de existir, y los bosques conservan aun para nosotros su formidable divinidad."

El escelenté crítico á quien ya dejo citado, sostiene tambien que hay algunos pueblos paganos que conocieron la poesía descriptiva. Sin duda ya habíamos hecho valer esta misma circunstancia en favor de nuestra opinion, pues que las naciones que no han conocido los dioses de la Grecia, vislumbraron aquella hermosa y sencilla naturaleza que encubria el sistema mitológico.

Se ha dicho que los modernos han abusado de la poesía descriptiva. Mas por ventura, ¿he dicho yo lo contrario? Véase tambien lo que decimos á este propósito: »Tal vez se nos objetará que los antiguos tenían razon en mirar la poesía descriptiva como la parte »accesoria, y no como el objeto principal del cuadro; »yo pienso lo mismo, y en verdad que en nuestros »tiempos se hace un grande abuso del jénero descriptivo. Pero el abuso no es la cosa; y no es menos cierto que la poesía descriptiva, tal como la vemos en »el dia, es un medio mas, y ha estendido la esfera »de las imágenes poéticas, sin privarnos de la pintura »de las costumbres y de las pasiones en los términos »que podian hacerla los antiguos."

M. Michaud en fin discurre que el jénero de *poesía descriptiva*, cual en el dia se ha fijado, no ha empezado á ser un jénero aparte hasta el último siglo. Pero ¿es este el punto de la cuestion? ¿probaria esto que

la poesía descriptiva no se deba á la relijion cristiana? ¿está bien averiguado por otra parte que el orijen de esta poesía no se remonte mas allá del siglo último? En mi capítulo titulado *Parte histórica de la poesía descriptiva entre los modernos*, he seguido los progresos de esta poesía; la he visto comenzar en los escritos de los padres del desierto; estenderse desde allí hasta la historia, pasar á los novelistas y poetas del bajo imperio; mezclarse luego con el jenio de los árabes, y bajo el pincel del Ariosto y del Tasso alcanzar un jénero de perfeccion sobrado distante de la verdad. Nuestros grandes escritores del siglo de Luis XIV no quisieron admitir esa poesía descriptiva italiana, que solo hablaba de *rosas*, de la *clara fuente* y del *espeso bosque*. Los ingleses la adoptaron descargándola de su afectacion, pero cayeron en otro extremo, recargándola de pormenores. Volvió en fin á Francia en el siglo último, se perfeccionó en los versos de MM. Delille, Saint-Lambert y Fontanes; y en la prosa de Buffon y de Bernardino de Saint-Pierre adquirió una belleza que todavía no habia conocido.

No juzgaremos este punto por nuestra propia opinion; porque esta vale poco, y no tenemos, como Chaulieu, *para el dia siguiente*:

Un poco de saber, mucha esperanza.

Pero nos remitiremos al mismo M. Michaud. ¿Hubiera este llenado sus versos de tan agradables descripciones de la naturaleza, si el cristianismo no hubiese procurado desembarazarle los bosques de las antiguas



driadas y eternos céfiros? El autor del poema de la *Primavera*, ¿no hubiera sido seducido por el propio éxito de su obra? En sus *Cartas sobre el sentimiento de la compasion*, ha hecho un uso muy bello de la fábula, y sabido es que Pigmaleon adoró su estatua. »Siquis, dice M. Michaud, quiso ver al Amor, y el Amor desapareció para siempre. »Siquis, en lengua »griega significa *alma*. La antigüedad quiso probar con »esta alegoría que el alma veía desaparecer sus mas »dulces sentimientos á medida que trataba de pene- »trar su objeto." Esta esplicacion es ingeniosa; pero ¿es cierto que los antiguos viesan eso en la fábula de Siquis? Yo he tratado de probar que el atractivo del misterio en los sentimientos de la vida es uno de los beneficios que debemos á la delicadeza de nuestra religion. Si la antigüedad pagana concibió la fábula de Siquis, nos parece que es un cristiano el que hoy la interpreta.

Hay mas: el cristianismo, desterrando de la naturaleza las fábulas, no solo ha restituido su grandeza á los desiertos, sino que ha creado para el poeta otra especie de mitología llena de encantos; esto es, la *personificacion* de las plantas. Cuando el heliotropio era siempre Clice y la morera Tisbe, &c., la imaginacion del poeta estaba necesariamente limitada; y no hubiera podido animar á la naturaleza con otra clase de ficciones que las admitidas, sin cometer una impiedad. Mas la musa moderna transforma á su placer todas las plantas en ninfas, sin perjuicio de los ánjeles y de los espíritus celestes de que puede poblar las montañas, las selvas y los rios. Es verdad que puede abusarse

tambien de la personificacion, y M. Michaud se burla en razon del poeta Darwin, que en sus *amores de las plantas* representa á la JINESTA ó retama *paseándose tranquilamente á la sombra de los bosquecillos de mirto*. Mas si el autor ingles es uno de esos poetas de que habla Horacio, *que están condenados á hacer versos por haber deshonrado (MINXERIT) las cenizas de sus padres*, esto nada prueba en cuanto al fondo de la cuestion. Escriba los amores de las plantas otro poeta de mas gusto y criterio, y ellas le ofrecerán cuadros agradables. En los capítulos que M. Michaud ataca, dije yo lo siguiente:

»Mirad en una calma profunda al despuntar la aurora á todas las flores de este valle: inmóviles sobre sus tallos se inclinan en mil actitudes diversas, »y parece que miren á todos los puntos del horizonte. En este momento mismo en que todo os parece tranquilo, está cumpliéndose un gran misterio; »la naturaleza concibe, y esas plantas son otras tantas »jóvenes madres, vueltas hácia la rejion misteriosa de »donde debe venirles la fecundidad. Los silfos tienen »simpatias menos aéreas, comunicaciones menos invisibles. El narciso entrega al arroyuelo su raza virginal; la violeta confia á los céfiros su modesta posteridad; una abeja recoge la miel de flor en flor, y »fecunda sin saberlo toda una pradera; una mariposa »lleva un pueblo entero sobre sus alas; todo un mundo descende en una gota de rocío. Pero no todos »los amores de las plantas son igualmente tranquilos: »algunos hay tempestuosos como los de los hombres; »porque tempestades se necesitan para celebrar en las



»alturas inaccesibles las bodas del cedro del Líbano  
»con el del Sinaí, mientras en la falda de la montaña  
»basta el mas suave vientecillo para establecer entre  
»las flores una correspondencia de amor. ¿Y no es así  
»como el huracan de las pasiones ajita sobre sus tronos  
»á los reyes de la tierra, al paso que los pastores vi-  
»ven dichosos á sus pies?»

Esto es muy imperfecto sin duda; mas por este débil bosquejo puede ya traslucirse el partido que un poeta hábil podia sacar de tal objeto.

Estas relaciones de las cosas inanimadas con las animadas fueron probablemente uno de los primeros orígenes de la mitología. Cuando el hombre salvaje, errando por en medio de los bosques, hubo satisfecho las primeras necesidades de la vida, sintió en su corazón otra necesidad, la de un poder sobrenatural en que apoyar su debilidad. El salto de un torrente, el murmullo del viento solitario, todos los ruidos que se producen en la naturaleza, todos los movimientos que animan los desiertos, le parecieron ligados á dicha causa oculta. El acaso enlazó estos efectos locales á algunas circunstancias felices ó desgraciadas en sus cacerías. Un color particular, un objeto singular ó nuevo, fijó acaso su atención al mismo tiempo; y de aquí el *Manitú* del canadiense y el *Fétiche* del negro; que es la primera de todas las mitologías.

Una vez desenvuelto este elemento de las falsas creencias, se abrió la vasta carrera de las supersticiones humanas. Las afecciones del corazón se cambiaron muy pronto en divinidades, tanto mas peligrosas, cuanto mas amables. El salvaje que habia levantado el *mon-*

te del sepulcro á su amigo, la madre que habia vuelto á la tierra á su hijo, acudian todos los años á la caída de las hojas, el primero á llorar, y la segunda á regar con su leche el cesped sagrado; ambos creian que aquellos *ausentes* tan llorados, y vivos siempre en sus pensamientos, no podian haber dejado de existir. Sin duda fué la amistad llorando sobre un monumento la que encontró el dogma de la inmortalidad del alma, y proclamó la religion de los sepuleros.

Entre tanto el hombre salido de las selvas se habia asociado á sus semejantes; y el reconocimiento ó el espanto de los pueblos colocó muy pronto en el rango de las divinidades algunos legisladores, héroes y reyes. Al mismo tiempo algunos jenios favorecidos del cielo, un Orfeo, un Homero, aumentaron los habitantes del Olimpo; porque sus pinceles creadores transformaron en espíritus celestes los accidentes de la naturaleza. Estos nuevos dioses reinaron largo tiempo en la imaginacion encantada de los hombres. Anaxágoras, Demócrito, Epicuro, trataron sin embargo de levantarse contra la religion de su país. Pero (¡triste encadenamiento de los errores humanos!) Júpiter era sin duda un dios abominable; y sin embargo, unos átomos móviles, una materia eterna, ¿valian mucho mas que este Júpiter armado del rayo y vengador del crimen?

Estaba reservado á la religion cristiana derribar los altares de los falsos dioses sin sumir á los pueblos en el ateismo, ni destruir los encantos de la naturaleza. Porque aunque fuera cierto, asi como es dudoso, que el cristianismo no pudiese ofrecer á los poetas un *maravilloso* tan rico como el de la fábula, todavia es indudable



(y M. Michaud convendrá en ello) que hay cierta poesía del alma, y aun diríamos casi una imaginación del corazón, de que no se encuentra ningún vestigio en la mitología! Las interesantes bellezas que emanan de este origen, bastarían por sí solas para compensar ampliamente las ingeniosas ficciones de la antigüedad. Todo es máquina y resorte, todo es exterior, todo está hecho para los ojos en los cuadros del paganismo; todo es afección y pensamientos, todo es interior, todo está creado para el alma en las pinturas de la religión cristiana. ¡Cuanto atractivo tiene su meditación! ¡Cuanta profundidad sus ilusiones! Mas encantos hay en una de esas lágrimas divinas que el cristianismo hace derramar, que en todos los risueños errores de la mitología. Con una *nuestra Señora de los Dolores* ó de los *Desamparados*, con cualquier santo obscuro, patron del ciego, del huérfano ó del necesitado, puede un autor escribir una página mas tierna, que con todos los dioses del panteón. ¡Y ciertamente que esto es tambien poesía! ¡esto es *maravilloso!* Mas ¿deseais un maravilloso mas sublime? contemplad la vida y los dolores de Cristo, y acordaos de que vuestro Dios se llamó el *Hijo del hombre*. Nos atrevemos á anunciarlo, llegará un dia en que los hombres se asombrarán de haber podido desconocer las admirables bellezas que existen en los solos nombres, en las solas espresiones del cristianismo, y apenas se podrá comprender cómo hubo quien pudo burlarse de esta religión celeste de la razon y de la desgracia.

SOBRE LA HISTORIA

**DE LA VIDA DE JESUCRISTO,**

ESCRITA POR EL PADRE LIGNY,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Junio de 1802.

La historia de la vida de Jesucristo es una de las últimas obras que debemos á esa célebre sociedad, cuyos miembros eran casi todos distinguidos literatos. El padre Ligny, nacido en Amiens en 1710, sobrevivió á la destruccion de su órden, y prolongó hasta 1788 una carrera comenzada en tiempo de las desgracias de Luis XIV, y concluida en la época de los desastres de Luis XVI. Si encontraseis en el mundo un eclesiástico anciano, lleno de saber, de ingenio y de amenidad, con el tono de la buena sociedad y las maneras de un hombre bien educado, os sentiriais dispuesto á creer que aquel anciano sacerdote era un jesuita. El abate Lenfant habia pertenecido tambien á esta órden, que tantos mártires ha dado á la iglesia. Habia sido amigo del padre Ligny, y fue quien le determinó á publicar su *Historia de la vida de Jesucristo*.

Esta obra no es otra cosa que un comentario del Evangelio, y esto es lo que constituye á nuestros ojos su mayor mérito. El padre Ligny cita el texto del Nuevo Testamento, parafrasea cada versículo de dos modos, el uno esplicando moral é históricamente lo que



acaba de leerse, y el otro contestando á las objeciones que contra el pasaje citado han podido hacerse. El primer comentario va unido al texto en el cuerpo de la página; el segundo se halla como nota al pie de ésta, con lo cual el autor, presentando seguidos y por su orden los diversos capítulos de los Evangelios, haciendo observar sus relaciones, ó conciliando sus aparentes contradicciones, desenvuelve la vida entera del Redentor del mundo.

La obra del padre Ligny era ya rara, y la sociedad tipográfica ha hecho un verdadero servicio á la relijion reimprimiendo este libro útil. Se conocen en la literatura francesa muchas *Vidas de Jesucristo*; pero ninguna reúne como la del padre Ligny, las dos ventajas de ser á la par una esplicacion de la Escritura, y una refutacion de los sofismas del dia. La *Vida de Jesucristo* por Saint-Real carece de uncion y sencillez; porque es mas fácil imitar á Salustio y al cardenal de Retz (1), que llegar al tono del Evangelio. El padre Montreuil, en su *Vida de Jesucristo*, retocada por el padre Brignon, conserva, por el contrario, en gran parte el encanto del Nuevo Testamento. Su estilo, un poco anticuado, contribuye acaso á comunicarle este encanto: la antigua lengua francesa, y sobre todo la que se hablaba en tiempo de Luis XIII, era muy pro-

(1) La *conjuracion del conde de Fiesco*, por el cardenal de Retz, parece haber servido de modelo á la *conjuracion de Venecia* por Saint-Real: existe entre estas dos obras la diferencia que se nota siempre entre el orijinal y la copia, entre el que escribe por la propia inspiracion de su jenio y el que á fuerza de trabajo consigue imitar este jenio con mas ó menos éxito y sensibilidad.

pia para trasladar la energía y la sencillez de la Escritura. Hubiera sido de desear que se hubiese hecho una buena traduccion en aquella época: Sacy llegó sobrado tarde. Las dos mas bellas versiones modernas de la Biblia son la española y la inglesa. La última, que conserva con frecuencia la fuerza del hebreo, es del reinado de Jacobo I, y la lengua en que se halla escrita ha venido á ser para los tres reinos una especie de lengua sagrada, como el texto samaritano para los judíos: la veneracion con que miran la Biblia los ingleses, se ha aumentado en cierto modo; porque la antigüedad del idioma parece aumentar la del libro.

Por lo demas, no debe disimularse que todas las historias de Jesucristo, que no son como la del padre Ligny un simple comentario del Nuevo Testamento, son en jeneral malos, y aun peligrosos libros. Este modo de desfigurar el Evangelio lo hemos tomado de los protestantes, sin observar que conduce á muchos al socinianismo. Jesucristo no es un hombre; y su vida no debe escribirse como la de un simple leislador. Por mas que el autor refiera sus hechos del modo mas interesante, no pintará nunca mas que su *humanidad*; nunca podrá llegar á su divinidad. Las virtudes del hombre tienen un no sé qué de corporal, si asi puede decirse, que el escritor puede pintar; mas en las virtudes de Jesucristo hay una *espiritualidad*, que se resiste á lo *material* de nuestras espresiones. Esta es aquella *verdad* de que habla Pascal, tan fina é impalpable, que nuestros groseros instrumentos no pueden tocarla sin *ajarla* (1). La divinidad de Jesucristo no se halla ni

(1) *Pensamientos de Pascal.*



puede hallarse sino en el Evangelio, en donde brilla entre los Sacramentos inefables, instituidos por el Salvador, y en medio de sus milagros. Solo pudieron espresarla los apóstoles, porque escribían bajo la inspiración del Espíritu Santo. Habían sido testigos de las maravillas obradas por el Hijo del hombre, habían vivido en su compañía; sus sagradas palabras conservaban cierto sello de su divinidad, á la manera que las facciones de este celestial Mesías se dice que quedaron impresas en el misterioso velo que sirvió para limpiarle el sudor.

Por otra parte, bajo el simple aspecto del gusto y de las letras hay algun peligro en transformar tambien el Evangelio en una *Historia de Jesucristo*. Dando á los hechos un no sé qué de humano y de rigurosamente histórico; apelando á cada paso á una pretendida razon, que no suele ser mas que una deplorable locura; y no queriendo predicar mas que la moral enteramente despojada del dogma, han visto los protestantes desaparecer de sus escritos la elocuencia sublime. Con efecto, los Tillotson, los Wilkins, los Goldsmith ni los Blair, á pesar de su mérito, no pueden considerarse como grandes oradores, y mucho menos si se les compara á los Basílios, los Ambrosios, los Crisóstomos, los Bourdaloues y los Masillones. Toda religion que se hace un deber de separar el dogma y desterrar la pompa del culto, se condena á la sequedad; porque no ha de creerse que el corazón del hombre, privado del socorro de la imaginación, sea por sí mismo tan abundante que pueda alimentar el caudaloso torrente de la elocuencia. El sentimiento muere al nacer si no encuentra en derredor de sí nada que pueda sostener-

le, ni imágenes que prolonguen su duracion, ni espectáculos que le fortifiquen, ni dogmas que, llevándole á la rejion de los misterios, eviten de este modo su desencanto. El protestantismo se jacta de haber desterrado la tristeza de la religion cristiana; mas en el culto católico, Job y sus santas melancolías, la sombra de los claustros, los lloros del penitente sobre la roca, la voz de un Bossuet junto á un féretro, harán mas hombres de jenio que todas las máximas de una moral sin elocuencia, tan desnuda como el templo donde se predica.

El padre Ligny habia considerado con mucha sabiduría su objeto cuando en la *Vida de Jesucristo* se limitó á una simple concordancia de los Evangelios. Y por otra parte, ¿quien podria lisonjearse de igualar á la belleza del Nuevo Testamento? Un autor que tuviese semejante pretension, ¿con este solo hecho no estaba ya juzgado? Cada Evangelista tiene un carácter particular; fuera de San Marcos, cuyo Evangelio parece no ser otra cosa que un compendio del de San Mateo. San Marcos, sin embargo, era discípulo de San Pedro, y muchos han creido que escribia lo que le dictaba este príncipe de los apóstoles, y es digno de observar que refiere tambien la falta de su maestro. Sublime y tierno misterio nos parece el que Jesucristo eligiese precisamente para cabeza de su iglesia al único discípulo que le negó. En esto parece se halla comprendido todo el espíritu del cristianismo: San Pedro es el Adán de la nueva ley, es el padre culpable y arrepentido de los nuevos israelitas; su caida nos enseña ademas que la religion cristiana es una religion de misericordia, y



que Jesucristo estableció su ley entre los hombres sujetos al error, no tanto para la inocencia como para el arrepentimiento.

El Evangelio de San Mateo es principalmente precioso por la moral. Este es el apóstol que nos ha transmitido mayor número de aquellos preceptos llenos de ternura que salían con tanta abundancia de las entrañas de Jesucristo.

En San Juan se encuentra mayor dulzura y ternura: reconócese en él al *discipulo amado*, al discípulo que Jesucristo quiso tener á su lado en el huerto de las Olivas durante su agonía. ¡Sublime distincion por cierto! porque solo el amigo de nuestra alma es digno de penetrar en el misterio de nuestros dolores. Juan fue tambien el único de los apóstoles que acompañó al Hijo del hombre hasta la cruz. Allí le encomendó el Salvador el cuidado de su madre, *Mater, ecce filius tuus; discipulos ecce Mater tua*. ¡Voz celeste, palabra inefable! El discípulo amado, que se habia reclinado en el seno de su maestro, conservó de él una imájen indeleble, y así fue el primero que le reconoció despues de su resurreccion. El corazon de Juan no pudo desconocer las facciones de su divino amigo, y la fe nació en él de la caridad.

Por lo demas, el espíritu de todo el Evangelio de San Juan, está reasumido en esta máxima que repetía continuamente en su ancianidad: este apóstol, lleno de dias y de buenas obras, no pudiendo hacer ya largos discursos al nuevo pueblo que habia ganado para Jesucristo, se contentaba con decirle: *Hijos míos, amaos unos á otros*.

San Jerónimo pretende que San Lucas era médico, profesion tan noble y tan ilustre en la antigüedad, y que su Evangelio es la medicina del alma. El lenguaje de este apóstol es puro y elevado: se conoce que era un hombre versado en las letras, y que conocia los negocios y los hombres de su tiempo. Entra en su narración á la manera de los antiguos historiadores, de modo que le parece á uno oír á Herodoto:

»1.<sup>o</sup> Ya que muchos han intentado poner en órden la narración de las cosas que entre nosotros han sido cumplidas:

»2.<sup>o</sup> Como nos las contaron los que desde el principio las vieron por sus ojos, y fueron ministros de la palabra:

»3.<sup>o</sup> Me ha parecido tambien á mí, después de haberme muy bien informado, como pasaron desde el principio, escribirtelas por órden, ó buen Theophilo."

Nuestra ignorancia es tan grande en el dia, que acaso habrá algunos *litteratos* que se admirarán al saber que San Lucas es un grande escritor, cuyo Evangelio respira el jenio de la antigüedad griega y hebraica. ¿Puede darse cosa mas bella que todo el pasaje que precede al nacimiento de Jesucristo?

»Hubo en los dias de Herodes, rey de Judea, un sacerdote nombrado Zacarías, de la familia de Abías: y su mujer de las hijas de Aarón, y se llamaba Isabel.

»Y eran ambos justos delante de Dios, caminando irreprensiblemente en todos los mandamientos y estatutos del Señor, y no tenian hijos, porque Isabel era estéril, y ambos avanzados en edad."



Zacarías ofrece un sacrificio: *un ángel se le aparece puesto en pie al lado del altar del incienso*, y le predice que tendrá un hijo que se llamará Juan, que será el precursor del Mesías, *y que reunirá el corazón de los padres y de los hijos*. El mismo ángel se dirige luego á una virgen que vivía en Jerusalem, y le dice: »Dios te salve, llena de gracia: el Señor es contigo." María se va á las montañas de Judea, encuentra á Isabel, y el niño que ésta llevaba en su seno, da saltos á la voz de la Virgen que debía dar á luz al Salvador del mundo. Entonces, llena Isabel del Espíritu Santo, esclama en alta voz: »Bendita tú entre las mujeres, y »bendito el fruto de tu vientre.

»¿De donde á mí tanta dicha que la madre de »mi Señor venga á mí?

»Porque luego que llegó la voz de tu salutacion á »mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre."

»María entona entonces el magnífico cántico: »¡O »alma mia, glorifica al Señor!"

Viene luego la historia del pesebre y de los pastores. *Una tropa numerosa de la milicia celestial* canta durante la noche: »*¡Gloria á Dios en las alturas, y »paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.*" Palabras dignas de los ángeles, que son como el compendio de la relijion cristiana.

Creemos conocer un poco la antigüedad, y no dudamos asegurar que se recorrerian largo tiempo las obras de los mas ilustres jénios de Grecia y Roma, sin encontrar nada que sea á la vez tan sencillo y tan maravilloso.

Cualquiera que lea el Evanjelio con un poco de

atencion, descubrirá en él á cada paso cosas admirables, que á causa de su estremada sencillez no se echan de ver al principio. »San Lucas, por ejemplo, al referir la jenealogía de Jesucristo, se remonta hasta el orijen del mundo; y llegando á las primeras jenealogías, continúa nombrando las razas, y dice: »*Caïnan qui fuit Henos, qui fuit Seth, qui fuit Adan, qui fuit DEI;*» las simples palabras *qui fuit Dei*, puestas allí como al acaso, sin comentario ni reflexion para referir la creacion, el orijen, la naturaleza, los fines y el misterio del hombre, nos parecen de lo mas sublime.

El padre Ligny es muy digno de elojio por haber conocido que nada debia mudar en esto, y que solo un gusto estragado, y un cristianismo mal entendido, podian no contentarse con estos rasgos. Su *Historia de Jesucristo* ofrece una nueva prueba en esta verdad, que en otra parte establecemos; á saber, que las bellas artes entre los modernos deben al culto católico la mayor parte de sus adelantos. Sesenta grabados de otros tantos cuadros de los maestros de las escuelas italiana, francesa y flamenca, enriquecen la bella obra que anunciamos: cosa por cierto notable, que al querer añadir algunos cuadros á una Vida de Jesucristo, se ha encontrado que se habian comprendido en la coleccion elejida todas las obras maestras de la pintura moderna (1)!

Nunca se elojiará bastantemente á la sociedad tipográfica que en tan poco tiempo nos ha dado con

(1) Rafael, Miguel-Anjel, el Dominiquino, Carrache, Pablo Verones, el Ticiano, Leonardo de Vinci, Guerchin, Lanfranc, Poussin, Lesueur: Rubens, etc.



un gusto y un discernimiento esquisitos unas obras de tan jeneral utilidad, como los *Sermones escojidos de Bossuet* y de *Fenelon*, las *Cartas de San Francisco de Sales*, y otros muchos libros escelentes, cuya esmerada impresion nada deja que desear.

La obra del padre Ligny, embellecida por la pintura, debe recibir aun otro adorno no menos precioso: M. de Bonald se ha encargado de escribir el prólogo, y este solo nombre promete talento y luces, y manda respeto y estimacion. ¿Y quien podria hablar mejor de las leyes y los preceptos de Jesucristo que el autor del *Divorcio*, de la *Lejislacion primitiva* y de la *Teoria del poder político y relijioso*?

No lo dudemos: ese culto *insensato*, esa *locura* de la cruz, cuya próxima ruina nos anunciaba una alta sabiduria, va á renacer con nueva fuerza; porque la palma de la relijion crece siempre al igual de las lágrimas que derraman los cristianos, bien asi como la yerba de los campos reverdece en una tierra nuevamente regada. Era un error insigne el creer que el Evangelio estaba destruido porque no le defendian los poderosos del mundo. El poder del cristianismo está en la cabaña del pobre, y su base es tan duradera como la miseria del hombre, en que se apoya. »La iglesia, dice Bossuet (en un pasaje que se creeria hijo de la ternura de Fenelon si no tuviese un jiro mas orijinal y mas elevado), la iglesia es hija del Omnipotente; mas su padre, que la sostiene en el interior, la abandona algunas veces á sus perseguidores; y al ejemplo de Jesucristo se ve obligada á esclamar en su agonía: ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿por

que me habeis desamparado? (1). Su esposo es el mas poderoso y el mas bello y perfecto de todos los hijos de los hombres (2); mas ella no ha oido su dulce voz, ni ha gozado mas que un solo momento de su agradable presencia (3); porque de improvisó ha echado á huir, y mas aprisa que un cervatillo ha trepado á la cumbre de las mas altas montañas (4). Semejante la iglesia á una esposa desolada, no hace mas que jimir; y suena en su boca el canto de la abandonada tortolilla (5). Ella en fin es extranjera, y como errante sobre la tierra en donde viene á cobijar bajo sus alas á los hijos de Dios; y el mundo que se esfuerza á arrebatárselos, no cesa de poner obstáculos á su peregrinacion (6).”

Mas aunque el mundo dificulte esta peregrinacion, no puede impedir su cumplimiento. Si el autor de este artículo no hubiese estado persuadido de esta verdad, convenceriale ahora la escena que pasa ante sus ojos (7). ¿Cual es este poder extraordinario que hace discurrir por entre las ruinas estos cien mil cristianos? ¿en virtud de que prodijio vuelve la cruz á aparecer triunfante en esta misma ciudad, donde hace poco era arrastrada por irrision entre el fango y la sangre? ¿como ha renacido esta solemnidad proscrita? ¿que canto

(1) Deus meus! Deus meus! ut quid dereliquisti me?

(2) Speciosus forma prae filiis hominum. (Psal. xlv, 2).

(3) Amicus sponsi stat et audit eum, gaudio gaudet propter vocem sponsi (Joann. iii, 29).

(4) Fuge, dilecte mi, et assimulare capreae hinnoloque cervorum super montes aromatum. (Cant. viii, 14).

(5) Vox turturis audita est in terra nostra. (Cant. ii, 12).

(6) Oracion fúnebre de M. Le Tellier.

(7) El autor escribia esto en Lion el dia del Corpus.



de misericordia ha reemplazado tan de repente al estampido del cañon y los alaridos de los moribundos cristianos? ¿Son los padres, las madres, los hermanos, los hijos de aquellas víctimas los que ruegan por los enemigos de la fe, y vemos por todas partes arrodillados á las ventanas de esas arruinadas casas, y sobre los montones de escombros donde humea todavía la sangre de los mártires? Las colinas pobladas de monasterios, no menos relijiosos porque estén desiertos; esos dos rios, donde se han arrojado tantas veces las cenizas de los confesores de Jesucristo; todos los lugares consagrados por los primeros pasos del cristianismo en las Gálias; esa gruta de San Potino, las catacumbas de Ireneo, no vieron milagros mayores que el que ahora se está verificando. Si en 1793, en el momento de las *metralladas* de Lion, cuando se demolian los templos y se degollaba á los sacerdotes; cuando paseaban por las calles un asno cargado con los ornamentos sacerdotales, y el verdugo acompañaba armado de su segur esta pompa digna de la *Razon*; si en tales circunstancias hubiera dicho un hombre: »Antes que pasen diez años, un príncipe de la iglesia, un arzobispo de Lion, llevará públicamente el Santísimo Sacramento por estos mismos lugares, acompañado de un numeroso clero; jóvenes vestidas de blanco, hombres de todas edades y profesiones seguirán y precederán la pompa con flores y blandones en las manos: y estos soldados engañados, á quienes se ha armado contra la relijion, aparecerán en esta fiesta para protegerla." Si un hombre, repito, hubiese usado de semejante lenguaje, hubiérasele tenido por un visionario; y sin embargo, aquel hom-

bre aun no hubiera dicho la verdad. La misma vispera de aquella solemnidad , mas de diez mil cristianos quisieron recibir el sello de la fe ; y el digno prelado de aquella vasta diócesis se presentó como San Pablo , en medio de una inmensa multitud que le pedía un Sacramento tan precioso en los tiempos de prueba , como que dá fuerza para confesar el Evangelio. Ni paró aqui , porque tambien fueron ordenados muchos diáconos y sacerdotes. ¿Y se dirá tal vez que los nuevos pastores buscan la gloria y la fortuna ? En donde están los beneficios que les aguardan , los honores que puedan indemnizarlos de los trabajos que exige su ministerio ? Una miserable pension para ocurrir á sus alimentos , alguna abadía ruinosa , ó algun obscuro aposento , fruto de la caridad de los fieles : he aqui todo lo que se les ha prometido. Y ademas han de estar preparados á las calumnias , las delaciones y los disgustos de toda especie : digamos mas. Si un hombre todopoderoso refirase hoy su mano , el filosofismo haria que mañana cayese sobre los sacerdotes la espada de la tolerancia , ó abriria de nuevo para ellos los filantrópicos desiertos de la Guiana. ¡Ah ! cuando aquellos hijos de Aaron se postraron en el suelo ; cuando el arzobispo en pie delante del altar , y estendiendo las manos sobre los prosternados levitas , pronunció estas palabras : » *Accipe jugum Domini* ,” la fuerza de estas palabras penetró en todos los corazones , y llenó de lágrimas todos los ojos ; aceptaron el *yugo del Señor* , y le encontraron tanto mas lijero , *onus ejus Vene* , cuanto mas habian tratado de agravarle los hombres. De esta manera , á pesar de las predicciones de los oráculos



del siglo, á pesar de los progresos del ingenio humano, la iglesia crece y se perpetúa, segun el oráculo harto mas seguro del que la fundó; y por mayores que sean las borrascas que puedan todavía combatirla, triunfará de las *lices* de los sofistas, de la misma manera que triunfó de las tinieblas de los bárbaros.

## SOBRE UNA NUEVA EDICION

DE

## LAS OBRAS COMPLETAS DE ROLLIN.

Febrero de 1805.

Los amantes de las letras observan con gran satisfaccion hace algun tiempo que por todas partes van restableciéndose aquellos principios de gusto y de razon, de que jamás debiéramos habernos separado. Se abandonan poco á poco los sistemas que nos han causado tantos males; y ya no se teme examinar y combatir los estraños juicios pronunciados por la literatura del siglo XVIII. La filosofía, antes sobrado fecunda, se presenta ahora como amenazada de esterilidad, al paso que la relijion produce cada dia nuevos talentos, y mira multiplicarse sus discípulos.

Un síntoma no menos inequívoco de la conversion de los espíritus á las ideas sanas, es la reimpression de los libros clásicos que la ignorancia y el ridículo de los filósofos habian desechado. Rollin, por ejemplo, sin embargo de poseer los tesoros de la antigüedad, ya no parecia digno de servir de guía á los estudiantes de un *siglo de luces*, harto necesitado el mismo de volver á la escuela (1).

(1) Ya se conocerá que aqui hablamos del siglo en jeneral, y no de algunos hombres, cuyos talentos formarán siempre el orgullo de la Francia.



Hombres que habian pasado cuarenta años de su vida escribiendo concienzudamente algunos escelentes volúmenes para la instruccion de la juventud; hombres que en el silencio de su gabinete trataban con familiaridad á Homero y á Demóstenes, á Ciceron y á Virjilio; hombres en quienes la virtud era tan sencilla y natural, que ni siquiera se pensaba en elojiarla; hombres de esta clase se veian pospuestos á una turba de charlatanes sin ciencia, sin gravedad y sin costumbres. Las poéticas de Aristóteles, de Horacio y de Boileau habian sido reemplazadas por unas poéticas llenas de ignorancia, de mal gusto, de principios erróneos y de juicios falsos. Se leia segun el maestro:

Boileau, correcto autor de buen escrito,  
 Zoilo de Quinault . . . . .

Y se repetia segun el estudiante:

Sin la fecundidad, númen y fuego,  
 Copia Boileau. . . . .

Cuando se ha perdido hasta tal punto el respeto á los modelos, no es ya de admirar que una nacion vuelva á caer en la barbarie.

Afortunadamente la opinion del siglo que empieza, trata de tomar otro rumbo; y en un momento en que todos se apresuran á restablecer los antiguos métodos de enseñanza, sin duda se sabrá con placer que se está preparando una edicion de las obras completas de Rollin. Esta noble empresa la dirige un hombre que conserva el sagrado depósito de las tradiciones y de la

autoridad de los siglos, y á quien llamará la posteridad el restaurador de la escuela de Boileau y de Racine.

La vida de Rollin, que debe preceder á la edicion de sus obras, está ya impresa, y la tenemos á la vista: esta obra es igualmente notable por la sencillez y dulce enerjía de su estilo, por lo mesurado de las opiniones, y por lo nuevo de las ideas. Al dar á conocer á nuestros lectores algunos fragmentos de esta vida, solo sentimos no poder publicar el nombre del jóven y modesto autor, á quien debemos este precioso trabajo.

Despues de haber hablado del nacimiento de Rollin y de su entrada en el colejio de los Dieziocho, añade el autor de su vida:

»El jóven Rollin no conoció esos movimientos de  
»orgullo que suelen acompañar á los conocimientos  
»nuevamente adquiridos, y que ceden en lo sucesivo  
»á una instruccion mas estensa. Su buen natural se  
»desarrollaba con su intelijencia, y se le encontraba  
»mas amable al paso que iba siendo mas sábio. No  
»debe olvidarse que sus rápidos progresos, de que se  
»hablaba en la sociedad con cierta especie de admiracion, aumentaban la ternura de su dichosa madre,  
»y no menos debia lisonjearla el ver que las personas  
»de mas consideracion por su posicion y su nacimiento, iban á felicitarla, y la pedian como un favor especial, que el jóven estudiante pasase las vacaciones  
»en compañía de sus hijos, que estaban en el mismo  
»colejio, y se asociase á sus placeres, como lo estaba  
»ya á sus ejercicios.

»Los dos hijos de M. Le Pelletier, entonces mi-



»nistro, que se hallaban en la misma clase que Rollin, habian encontrado en éste un formidable concurrente; y M. Le Pelletier, que conocia todas las ventajas que puede proporcionar la emulacion, buscaba todos los medios de conservarla. Cuando el jóven colejial era *emperador*, lo que ocurría con mucha frecuencia, le enviaba el regalito que solia dar á sus hijos, los cuales amaban tiernamente á su rival. Los dias de asueto le llevaban consigo en su carruaje, le conducian á casa de su madre, si lo deseaba, y le esperaban con el mayor gusto todo el tiempo que queria permanecer en ella.

»Cierta dia observó la madre que su hijo al subir en el coche tomaba sin detenerse el primer puesto. Comenzó á reprendérselo severamente, como una falta de atencion y de urbanidad; mas el preceptor la interrumpió con afabilidad, y le hizo presente que M. Le Pelletier habia dispuesto *que se sentasen siempre en el coche segun el órden que tenian en la clase*. Rollin conservó toda su vida para con el protector de su juventud un tierno respeto, y un reconocimiento que jamás creia poder satisfacer. Fue el amigo constante de sus hijos, cuidó de la educacion de los hijos de sus compañeros de estudios, y se adhirió mas y mas á aquella respetable familia, por ese dulce sentimiento que se alimenta con los recuerdos de la infancia, y se estiende á todo el resto de la vida. Tal era el fruto de aquella educacion verdaderamente social. Los jóvenes, cuando acababan sus estudios, se dispersaban por el mundo, segun sus diferentes condiciones; pero siempre encontraban á

»cualquier amigo de colejio con aquella alegría que  
»se experimenta en el regreso de un viajero querido  
»y por largo tiempo esperado. Entonces se recordaba  
»la fe jurada, los placeres de la infancia; y muchas  
»veces estas amistades de colejio fueron un patronazgo  
»honroso, al que ha debido la Francia la mayor parte  
»de sus grandes hombres.”

Muy tierno nos parece este pasaje: en él respira un corazón francés, y se encuentra un no sé qué grave y tierno al mismo tiempo, como los antiguos majistrados y los jóvenes amigos de colejio, cuya memoria recuerda el autor. Es digno de observacion que solo en Francia, en este país célebre por la frivolidad de sus habitantes, se encontraban aquellas ilustres familias distinguidas por la austeridad de sus costumbres. Los Harlay, los Thou, los Lamoignon, los d'Aguesseau, formaban un contraste singular con el carácter jeneral de la nación. La gravedad de sus hábitos, la integridad de sus costumbres, lo incorruptible de sus opiniones, eran como una especie de espaciación que continuamente ofrecían por la inconstancia y veleidad del pueblo. Pero todavía hacían al estado otra clase de servicios: aquel Mateo Molé que hizo emprender á Duchesne la coleccion de los historiadores de Francia, espuso muchas veces su vida en las revueltas de la *Fron-da* (1), como su padre Eduardo Molé habia despreciado los furores de la Liga para asegurar la corona á Enrique IV. Este mismo Mateo, *mas valiente que Gus-*

(1) Partido que se formó contra la corte en la menor edad de Luis XIV.



tavo y el Sr. Príncipe, como dice el cardenal de Retz, fue el que tratando de impedirle que se espusiese á la rabia del pueblo, contestó: *Seis pies de tierra darán siempre cuenta del hombre mas grande de la tierra.* Esto es obrar como el viejo Caton, y hablar como el viejo Corneille.

Rollin era un hombre singular, que casi debia el jenio á su ciencia, á su candor y á su bondad. Solo entre los títulos oscuros de los servicios hechos á la infancia, es donde pueden encontrarse los títulos de su gloria. Allí es donde el autor de su vida ha buscado los rasgos con que ha dibujado un cuadro lleno de sencillez y de dulzura: le agrada mostrarnos á Rollin encargado de la educacion de la juventud; y el tierno respeto que el nuevo rector conservaba á sus antiguos maestros, y su amor y su solicitud con los niños que se le confiaban, todo esto se halla pintado con mucha gracia, y siempre con el tono propio de la materia. Cuando el autor habla despues de las obras de Rollin, y entra en discusiones de mayor importancia, muestra un talento nutrido con las buenas doctrinas y una cabeza capaz de concebir ideas elevadas y graves. Citaremos un ejemplo.

En un pasaje en que se trata de los principios de la buena educacion, y de los cargos que se han hecho al antiguo modo de enseñar, dice el autor:

»Mas graves inconvenientes se han encontrado en  
»la enseñanza de la universidad, que presentando con-  
»tinuamente, dice, á la vista de los jóvenes los héroes  
»y las virtudes de las repúblicas antiguas, los mantie-  
»nen en unas máximas y unos pensamientos contra-

»rios al órden social, y aun algunos han visto salir de  
»los colejos las doctrinas de anarquía y de revolucion.  
»A la verdad todo es dañoso y mortal á los que ya se  
»hallan enfermos, y esta observacion acusa á la época  
»en que fue hecha. Sin embargo, aunque se la pue-  
»da justificar con ejemplos particulares, no puede ser  
»una objecion contra la enseñanza de la universidad,  
»sino cuando se separen los objetos que en ésta se ha-  
»llaban siempre reunidos: hablo de los ejemplos de  
»heroismo y las máximas propias á escitar el entusiasmo  
»de la relijion que los depura y coordina. Rollin no los  
»separa, y si algunas veces deja que su discipulo se  
»abandone á una admiracion muy natural por las ac-  
»ciones brillantes, está pronto á contenerle en los lí-  
»mites debidos. Se corrije muy pronto: examina al  
»héroe *pagano* á la claridad de una luz mas segura y  
»mas penetrante, y hace ver todo lo que le ha falta-  
»do por el exceso y por la imperfeccion de sus virtudes.

»Con esta admirable precaucion deben proponerse  
»á los jóvenes unas virtudes inoportunas y unas máxi-  
»mas seductivas y sobrado fuertes para su razon; mas  
»tampoco debe temerse enardecer su corazon cuando  
»se tiene una regla segura para dirigirle; porque en-  
»tonces la admiracion que inspiran los héroes de la  
»antigüedad, tan favorable á la virtud como las obras  
»maestras en que se celebran, fecundiza el talento, y  
»completa la educacion. Esta instruccion clásica con-  
»tribuye al ornamento de toda la vida, por una mul-  
»titud de máximas y de comparaciones que ocurren  
»en las diversas situaciones en que se encuentra el  
»hombre público, y que derraman sobre sus acciones



»mas comunes una especie de dignidad, que prepara  
 »la elegancia de las costumbres. Yo me inclino á creer  
 »que nuestros ilustres majistrados; en medio del estu-  
 »dio y de los trabajos campestres que llenaban sus  
 »ocios, encontraban un encanto secreto en el recuerdo  
 »de los Fabricios y de los Catones, que habian sido  
 »el objeto del entusiasmo de su juventud. En una pa-  
 »labra, aquellos instintos virtuosos que defendian las  
 »repúblicas antiguas contra el vicio de las instituciones  
 »y de las leyes, son como una escelente naturaleza que  
 »la relijion acaba y perfecciona; porque la relijion no  
 »solo reprime la peligrosa enerjía de los referidos ins-  
 »tintos, y los ennoblece por motivos mas puros, sino  
 »que por la misma regla que les impone, los eleva á  
 »una altura todavía mas heroica, que asegura la pree-  
 »minencia de los caracteres que admiramos en nues-  
 »tras historias modernas.”

Para juzgar al autor, puede aplicársele aqui la comparacion que sigue inmediatamente á este trozo, tan bien pensado como bien escrito:

»De aqui nace que en las obras inmortales, á las  
 »que nos inclina siempre un atractivo irresistible, se  
 »reconoce la espresion de una imaginacion brillante,  
 »sometida á una razon fuerte y severa; mas enrique-  
 »cida con sus propias privaciones, y que mostrándose  
 »por intervalos patentiza toda la grandeza de la con-  
 »quista.”

El resto de la vida de Rollin lo llenan aquellos pequeños detalles que tanto agradaban á Plutarco, y que le hacian decir:

»Asi como los pintores que hacen refratos, procu-

»ran sobre todo lograr la semejanza en las facciones, y  
»particularmente en los ojos, en donde brillan los sig-  
»nos mas sensibles de las costumbres y del natural, de  
»la misma manera espero se me permita buscar en el  
»alma los principales rasgos, á fin de que reuniendo-  
»los, haga un retrato vivo y animado de la vida de los  
»varones ilustres (1).”

Creemos que no se desaprobará citemos aqui por entero el movimiento oratorio con que el autor termina su obra.

»Movido Luis XVI de tan interesante celebridad,  
»ha satisfecho lo que debia la Francia á la memoria de  
»Rollin: ha elevado su nombre á la altura de los mas fa-  
»mosos, mandando se le erijiese una estatua entre los  
»Bossuets y los Turenas. El venerable pastor de la ju-  
»ventud camina hácia la posteridad en medio de los  
»grandes hombres que ilustraron el mas bello siglo de  
»la Francia. Sino les igualó, nos enseña á admirarlos.  
»Como ellos tuvo en sus escritos la naturalidad de los  
»antiguos, y en su conducta las virtudes que conser-  
»ban las fuerzas del espíritu, y llegan á ser verdade-  
»ros talentos; como ellos le engrandecerá siempre, y  
»el reconocimiento público aumentará continuamente  
»su gloria.”

»Al referir las tareas y los simples acontecimientos  
»que llenaron la vida de Rollin, nos hemos contraido  
»muchas veces á una época que cada dia se aleja mas de  
»nosotros, y una reflexion dolorosa se ha mezclado con  
»nuestra narracion. Hemos hablado de los estudios fran-

(1) *In Vita Alex.*



»ceses, y hace muy poco que se hallaban interrumpi-  
»dos. Hemos bosquejado el gobierno y la disciplina de  
»los colejos, donde se educaba una juventud dichosa  
»lejos de las seducciones de la sociedad; y la mayor par-  
»te de estos establecimientos se hallan todavía desier-  
»tos.....! Hemos recordado los servicios de esa uni-  
»versidad, célebre y venerable por sus recuerdos, sus  
»antiguos honores, y aquel espíritu de cuerpo que per-  
»petuaba la tradicion de los buenos estudios y los maes-  
»tros que debian continuarla....., y ¡ya no existe, y  
»ha perecido como todo lo que era grande y útil! Has-  
»ta los mismos barrios donde florecia la universidad de  
»París, muestran duelo por esta destruccion: su cele-  
»bridad no atrae ya continuamente nuevos habitantes,  
»y la poblacion se ha dirijido á otros puntos, para dar  
»alli el espectáculo de otras costumbres. ¿Donde están  
»ahora las educaciones severas que preparaban las al-  
»mas fuertes y tiernas? ¿donde están los jóvenes sá-  
»bios y modestos, que unian la injenuidad de la in-  
»fancia á las cualidades sólidas que anuncian al hom-  
»bre? ¿donde está la juventud de la Francia? Una  
»jeneracion nueva la ha reemplazado.....

»¿Quien podrá referir las quejas y los cargos que  
»se levantan diariamente contra estos recién venidos?  
»¡Ay! ellos crecian casi sin que sus padres lo echasen  
»de ver en medio de las discordias civiles, y han sido  
»absueltos por las calamidades públicas; porque todo  
»les ha faltado: la instruccion, las amonestaciones, los  
»buenos ejemplos, y esa ternura de la casa paterna  
»que dispone á los niños á las ideas de virtud, y co-  
»loca en sus labios una sonrisa que no se borra jamás...

»Sin embargo, no muestran ningun sentimiento, ni dirijen hácia atras una mirada de tristeza. Se les ve vagar por las plazas públicas y llenar los teatros, como sino tuviesen otra cosa que hacer mas que descansar de las fatigas de una larga vida. Se ven cercados de ruinas, y pasan por delante, sin sentir siquiera la curiosidad ordinaria de un viajero: ¡han olvidado ya aquellos tiempos de eterna memoria.....!

»Jeneracion verdaderamente nueva, que será siempre distinta y marcada con un carácter singular que la separa del tiempo pasado y del venidero: no transmitirá ella esas tradiciones, que son el honor de las familias, ni esas atenciones que conservan las costumbres públicas, ni esos usos que son los vínculos de la sociedad. Camina á un término desconocido, arrastrando consigo nuestros recuerdos, nuestras atenciones, nuestras costumbres, nuestros usos: los ancianos han gemido al encontrarse mas extranjeros en su patria, á medida que se multiplicaban sus hijos sobre la tierra.

»El jóven ahora, lanzado como por un naufragio á la entrada de su carrera, contempla vanamente su estension. Solo concibe deseos moribundos y proyectos sin consistencia. Está privado de recuerdos, y ya no tiene aliento para formar esperanzas. Se cree desengañado, y no tiene esperiencia, y sin haber tenido pasiones, su corazon está ya seco. Como no ha llenado las diferentes épocas de su vida, reconoce siempre dentro de sí cierta imperfeccion, que nunca acabará. Sus gustos y sus pensamientos, por un contraste que allije, pertenecen á la vez á todas las edades; pero sin recordar las gracias de la juventud, ni la gravedad



»de la edad madura. Su vida entera se presenta como  
»uno de esos años tempestuosos y estériles, en que pa-  
»rece que el curso de las estaciones y el orden de la  
»naturaleza se hayañ invertido. En esta confusion , las  
»mas bellas disposiciones se vuelven cōtra sí mismas.  
»La juventud se ha visto atacada de tristezas estraor-  
»dinarias , de las falsas satisfacciones de una imajina-  
»cion estravagante y exajerada, del desprecio de la  
»vida , y de la indiferencia que nace de la desespera-  
»cion : una grave enfermedad se ha manifestado bajo  
»mil formas distintas ; y los mismos que han tenido la  
»buena suerte de librarse de este contagio moral, han  
»afirmado la violencia que padecian. Han atravesado  
»precipitadamente todas las épocas de la primera edad,  
»y se han sentado entre los ancianos, á quienes han ad-  
»mirado por su temprana madurez, pero sin encontrar  
»en ellos lo que habrá faltado á su juventud.

»Acaso habrá alguno de estos últimos que visiten  
»algunas veces esos asilos de la ciencia, de donde han  
»sido desterrados. Entonces, viendo esos vastos recin-  
»tos que resuenan de nuevo con el ruido de los jue-  
»gos y de los triunfos clásicos, esas elevadas paredes  
»donde se leen aun los nombres medio borrados de  
»algunos hombres grandes de la Francia, sienten re-  
»nacer en ellos amargos recuerdos y deseos mas do-  
»lorosos que los recuerdos. Todavía piden aquella edu-  
»cacion, cuyos frutos duran toda la vida, y nada puede  
»reemplazar. Piden tantos placeres inocentes que no  
»han conocido, y hasta aquellas penas y pesares de la  
»niñez que dejan tan tiernos y sensibles recuerdos.  
»Pero es inútil: despues de haber consumido sin echar-

»lo de ver quince años, esa gran porcion de la vida  
»humana, en el silencio, y sin embargo en medio de  
»las revoluciones de los imperios, no han sobrevivido  
»á los compañeros de su edad, y por decirlo así, á  
»ellos mismos, sino para llegar á aquel término, en  
»que ya no se hacen mas que sufrir pérdidas, impo-  
»sibles de reparar. Su suerte, pues, es ya la de estar  
»continuamente entregados á un jemido secreto é in-  
»consolable, y en adelante permanecerán espuestos á  
»las miradas de otra jeneracion que los estrecha, co-  
»mo unos centinelas que les gritarán para que vuel-  
»van de las funestas sendas, en que se han estra-  
»viado.”

»Oirase su voz, &c., &c.....”

Este trozo bastaria por sí solo para justificar los  
eojios que hemos hecho de esta *Vida de Rollin*. En  
ella pueden notarse algunas bellezas de primer orden,  
espresadas con elocuencia, y algunos pensamientos de  
aquellos que solo se hallan en los grandes escritores.  
Por nuestra parte nunca cesáramos de exhortar al au-  
tor á que se abandone á su jenio. Hasta ahora una  
timidez muy natural al verdadero talento le ha hecho  
buscar objetos poco elevados; mas acaso debia ya pro-  
bar á salir del jénero templado que encierra su imaji-  
nacion en límites sobrado reducidos. En la *Vida de  
Rollin* se echa de ver fácilmente que ha sacrificado en  
todo muchas galas de estilo. Hablando del buen rec-  
tor de la universidad, se ha prescrito la moderacion y  
la reserva; porque sin duda ha temido ofender algu-  
nas virtudes modestas, proyectando sobre ellas un gol-



pe de luz sobrado viva. Parece que haya tenido presente aquella ley de los antiguos, que solo permitia cantar á los dioses en el tono mas grave y dulce de la lira.

SOBRE

**LOS ENSAYOS DE MORAL  
Y DE POLITICA.**

Diciembre de 1805.

**E**l éxito prodijioso que han obtenido las novelas en estos últimos años, puede atribuirse á muchas causas; pero entre todas existe una principal, independiente del gusto y de las costumbres. Fatigadas las jentes de las declamaciones de la filosofía, se han dedicado á las lecturas frívolas por una necesidad de reposo, y han descansado de los errores del entendimiento con los del corazón, que cuando menos no tienen la aridez ni el orgullo de los primeros; y á la verdad, si fuese preciso optar por un mal, acaso seria preferible la corrupcion de los afectos á la de las ideas; porque un corazón vicioso puede volver á la virtud; pero un entendimiento pervertido nunca llega á corregirse.

Mas el espíritu humano jira sin cesar en un mismo círculo, y las novelas nos volverán á las obras serias, de la misma manera que las obras serias nos han conducido á las novelas. Con efecto, la moda de estas va pasando ya; los autores buscan asuntos mas propios para satisfacer la razon, y van ya reapareciendo los libros serios. Ya hemos tenido el gusto de anunciar la *Lejislacion primitiva* de M. de Bonald. Entre los jóvenes distinguidos por lo juicioso de su ingenio,



hemos llamado ya la atención sobre el autor de la *Vida de Rollin*; y los *Ensayos de moral y de política*, ofrecen hoy una nueva prueba de nuestro regreso á los estudios sólidos.

Esta obra tiene por objeto demostrar que al hombre, según su naturaleza, solo le conviene una forma de gobierno. He aquí las dos partes en que se divide la obra: en la primera se establecen los hechos; en la segunda se discurre y concluye sobre ellos; es decir, que en la una se trata de la naturaleza del hombre, y en la otra se demuestra cuál es el gobierno mas conforme á esta naturaleza.

Las facultades de nuestro espíritu, las causas de sus extravíos, la fuerza de nuestra voluntad, el ascendiente de nuestras pasiones, el amor de lo bello y lo bueno, ó nuestra inclinación á la virtud, forman el objeto de la primera parte.

Que el hombre debe vivir en sociedad; que existe una especie de necesidad que proviene de Dios; que hay gobiernos *ficticios* y un gobierno natural; que las costumbres son unos hábitos que nos han dado ó nos han hecho adquirir las leyes; tales son en corta diferencia las cuestiones que se examinan en la segunda parte.

Esto, como se ve, es ocuparse en lo que ha formado en todos tiempos el objeto de las investigaciones de los sábios mas distinguidos. El autor, sin embargo, ha sabido probar que para un hombre de talento no hay materia alguna agotada, y que unos principios tan fecundos, serán eternamente el origen de nuevas verdades.

Una gravedad natural y sostenida, un tono firme sin jactancia, miras delicadas, y alguna vez profundas; y en fin esa mesura en las opiniones, esa decencia de la buena sociedad, tanto mas preciosas cuanto que cada dia son mas raras; tales son las cualidades que nos parece recomiendan al público esta obra.

Trasladaremos algunos pasajes propios para dar á los lectores una idea de los *Ensayos*, y del modo como trata el autor tan importantes objetos. En el capítulo titulado: *Relacion de las dos naturalezas del hombre*, habla en estos términos de la union del alma con el cuerpo :

»Su alma y su cuerpo están de tal manera unidos  
»que, por decirlo así, se ven obligados á asistir recí-  
»procamente á sus goces, y modificar la naturaleza de  
»estos, para poder participar de ellos igualmente. En  
»los placeres del cuerpo se encuentran los del alma, y  
»entre los del alma se hallan los del cuerpo. El cuer-  
»po exige en los objetos de sus inclinaciones algunos  
»rasgos de aquel bello ó aquel bueno, que es objeto  
»del amor eterno del alma. Quiere que esta le pon-  
»dere la felicidad de que goza, y que le aplauda al  
»mismo tiempo que participe de ella. El alma, y es-  
»ta es su miseria, no puede percibir lo que ama,  
»sino bajo las formas y por los medios que le suminis-  
»tra el cuerpo..... Las dos naturalezas del hombre  
»confunden así sus deseos, adunan sus fuerzas, y se  
»ponen de acuerdo para llegar al logro de sus deseos...  
»El alma proporciona al cuerpo una multitud de pla-  
»ceres, que siempre ignoraria: le conserva la memo-  
»ria de los que ha experimentado, y en los tiempos de



»desolacion y soledad le alimenta con la imájen de los  
»objetos que ha amado....»

Todo esto me parece ingenioso, agradable, bien dicho, delicadamente observado. Con el mismo gusto se leerá el capítulo sobre las *causas y consecuencias de los extravíos del entendimiento*. Si este retrato del error se encontrase en los *Caractéres* de La Bruyere, puede que se le distinguiese como notable.

»En vano se calumnia á las pasiones. Éstas solo son  
»la causa de los males, cuyo principio es el error: Las  
»pasiones se gastan, y es indispensable que se repon-  
»gan: el error es eterno, y no se cansa nunca. Las  
»pasiones arrastran á los mismos á quienes atormentan,  
»los ciegan, y muchas veces los abisman. El error  
»conduce con método, aconseja con prudencia; no  
»quita el conocimiento, y deja evitar el peligro: es  
»austero, y aun inexorable, y el mal que hace come-  
»ter, se ejecuta con el rigor del deber; ilustra el crí-  
»men, se compone con el orgullo, y éste recompensa  
»todos los crímenes que sujiere.»

¿Quien no reconoce aqui á la filosofía del último siglo? Para hacer un retrato tan fiel no bastaba tener el modelo delante de los ojos; se necesitaba ademas poseer en grado eminente el talento del pintor.

Hasta aqui solo hemos citado pasajes de la primera parte de los *Ensayos*. En la segunda, dedicada al exámen de los gobiernos, se notarán principalmente dos capítulos sobre la Inglaterra. El autor, tratando de probar que la monarquía absoluta es el único gobierno *natural* ó conforme á la *naturaleza del hombre*, hace la pintura de la monarquía inglesa, cuyo gobier-

no, según él, no es *natural*. Por una idea ingeniosa atribuye á las antiguas costumbres inglesas; esto es, á las costumbres que precedieron á su constitucion de 1688, lo que hay de bueno entre ellos, al paso que sostiene que los vicios del pueblo y del gobierno de la Gran-Bretaña nacen por la mayor parte de la constitucion actual de aquel pais.

Este sistema tiene la ventaja de explicar las contradicciones que se observan en el carácter de la nacion Británica. Es cierto que el autor se ve entonces obligado á probar que los ingleses del tiempo de Enrique XIII eran mas felices y valian mas que los de hoy dia, lo que podia ofrecer algunas dificultades; y tambien es cierto que el autor tiene contra sí al *Es-piritu de las Leyes*. Montesquieu habla tambien del carácter inquieto de los ingleses, de su orgullo, de sus cambios de partido, de lo borrascoso de su libertad; mas en todo esto solo ve las consecuencias *necesarias* y no *funestas* de una monarquía mista ó templada. Se lee en Tácito este pasaje singular: *Nam cunctas nationes et urbes populus, aut primores, aut singuli regunt: dilecta ex his et constituta reip. forma, laudari facilius, quam evenire; vel si evenit, haud diuturna esse potest.* De donde resulta que Tácito habia concebido la idea de un gobierno semejante al de Inglaterra, y que mirándole como el mejor en teoría, casi le juzgaba imposible en práctica. Aristóteles y Ciceron opinaban, á lo que parece, lo mismo que Tácito; ó mas bien éste habia tomado la referida opinion en los escritos del filósofo y del orador. Estas autoridades son ciertamente de algun peso; pero el autor de los *En-*



*sayos* respondería con razon, que los nuevos conocimientos que en el dia poseemos, no nos permiten pensar como Aristóteles, Ciceron, Tácito y Montesquieu. Como quiera que sea, en el dia hay muchos que pueden ser jueces de esta causa: muchos millares de franceses que han vivido durante su emigracion en Inglaterra, pueden haber aprendido á conocer el flaco y fuerte de las leyes de aquel pais.

El último capítulo de los *Ensayos* contiene unas consideraciones sobre el carácter de los pueblos y el objeto de la sociedad, que es la felicidad. Discurre el autor que el órden y la tranquilidad son los medios mas seguros para conseguir este objeto. Su cuadro del Egipto nos recuerda algo de las hermosas páginas de Platon sobre los persas, y el tono apacible, elevado y moral del filósofo de la academia.

Por lo demas, se encuentran en esta obra muchas opiniones, en que no convenimos. El autor sostiene, por ejemplo, *que existe un grado de civilizacion que excluye y hace imposible el despotismo; que habria sobradas luces que apagar; y que no hay despotismo donde se habla mucho del déspota.*

Nos parece que esto se halla en oposicion con el testimonio de la historia, y esperamos que el autor nos permitirá observar que la corrupcion de las costumbres camina de frente con la civilizacion de los pueblos, y que si la última ofrece algunos medios de libertad, la primera es una fuente inagotable de esclavitud.

*No hay despotismo donde siempre se está hablando del déspota.* Sin duda, cuando el grito es público, je-

neral, violento; cuando es toda una nacion la que habla sin rebozo. Mas ¿en que caso puede esto verificarse? Cuando el déspota es débil, ó cuando á fuerza de males ha apurado el sufrimiento de sus esclavos. Mas si el déspota es fuerte, ¿que caso hará de los sollozos de la multitud, ó de la impotente indignacion de algun hombre de bien? Ni debe creerse, por otra parte, que el duro despotismo pueda producir un silencio absoluto, como no sea en las naciones bárbaras. En Roma, durante el mismo imperio de Neron y de Tiberio, se hacian sátiras, y se caminaba á la muerte: *morituri te salutant*.

En otro lugar supone el autor, que habiendo llegado la sociedad primitiva á ser sobrado numerosa, se reunieron y convinieron: lo cual es admitir un *contrato social*, y volver á caer en todas las quimeras filosóficas que con tan buen éxito combaten los *Ensayos*.

Algunos puntos de metafisica pudieran tambien desarrollarse con mayor estension. Léese, por ejemplo, en la página 84: *Todas las almas son iguales; el desarrollo de cada una solo puede depender de la conformacion de los órganos. Y en la página 21: El entendimiento es una facultad; una facultad es una potencia... no hay ideas falsas sino denominaciones falsas.*

Sobre esto pudieran proponerse al autor muchas cuestiones importantes; y si se estrechaban un poco sus discursos, se sacarian consecuencias de que él mismo se asustaria. Mas no queremos promover ninguna cuestion intempestiva, y algunas proposiciones dudosas no perjudican en nada á una obra que por otra parte está llena de escelentes principios.



Solo impugnaremos una definicion. *La imaginacion, dice el autor, se muestra en todos los instantes. Cualquiera que sea el objeto que examine, el talento dotado de esta cualidad descubre siempre las relaciones menos abstractas.*

El autor, á lo que parece, no poseia una de las facultades de la imaginacion, la de pintar los objetos materiales; y de ahí es que ha tomado la parte por el todo. Sometemos, pues, á su juicio las observaciones siguientes:

Considerada la imaginacion en sí misma, se aplica á todo, y toma todas las formas: algunas veces adquiere el aire del genio, de la viveza, de la sensibilidad, del talento; todo lo afecta, habla todos los lenguajes, y cuando bien le place sabe tomar hasta el austero continente de la sabiduría; mas no puede conservar largo tiempo la seriedad, y se sonrie bajo la máscara: *patuit Dea.*

Considerada aisladamente, no es la imaginacion una gran cosa; mas cuando se une á las otras facultades del alma, es un don inestimable; porque entonces da calor á la vida, y se combina de mil maneras con el genio, el talento y la ternura del corazon. Ella completa, por decirlo asi, las disposiciones que se han recibido de la naturaleza, y que sin la imaginacion permanecerian incompletas y estériles: marcha, ó vuela mas bien, al encuentro de las facultades á que se adhiere; las estimula á que la sigan, las enseña sus huellas, y les descubre nuevos rumbos. Acompañada del genio, ha creado á Homero y á Milton, á Bossuet y á Pascal, á Ciceron y á Demóstenes, á Tácito y á

Montesquieu; unida al talento y á la ternura, ha formado á Virjilio y á Racine, á La Fontaine y á Fenelon; y de su enlace con el talento y el espíritu, han nacido Horacio y Voltaire (1).

El autor pretende que la imajinacion solo fije la atencion en las *relaciones menos abstractas*. Hasta aqui se le habia hecho cargo de lo contrario, pues se la acusaba de una propension sobrado grande á la contemplacion y á la mística. Las almas fervorosas se elevan hasta Dios sobre sus alas; y ella es la que ha conducido al desierto y á los claustros á tantos hombres que ya no querian ocuparse en las *imágenes* de la tierra. Mas aun: está la imajinacion tan lejos de no fijarse si no en el lado material de las cosas, que solo por su medio puede concebirse la *espiritualidad* del alma, y la inmaterialidad de los espíritus.

Y los mas grandes metafísicos ¿no se han distinguido principalmente por la imajinacion? ¿no es la imajinacion la que valió á Platon el nombre de *soñador*, y á Descartes el de *visionario*? Platon con sus armonías, Descartes con sus torbellinos, Gasendo con sus átomos, Leibnitz con sus monadas, no eran mas que una especie de poetas que imajinaban muchas cosas, y sin embargo eran tambien grandes jeómetras; porque los grandes jeómetras son tambien hombres de grande imajinacion. En fin Malebranche, que todo lo veia en Dios, y que pasó su vida haciendo la guerra á la imajinacion, la tenia él mismo prodijiosa. Séneca, en medio de sus

(1) No se trata aqui de juicios rigurosos. Racine tenia jenio, Bossuet viveza, etc. Ahora solo se indican los rasgos característicos.



tesoros , escribia sobre el menosprecio de las riquezas.

Pero queremos que el autor de los *Ensayos* nos sirva de prueba contra sí mismo ; porque sin embargo de que se ocupa en los objetos mas graves , su estilo está lleno de imaginacion. En la página 95 se leen contra el egoismo estas palabras , que parece se hayan escapado al alma de Fenelon.

»Es indispensable que el hombre una su vida á  
 »cualquier otra vida. Su mismo pensamiento necesita  
 »de una dulce union para ser fecundo. Las miras del  
 »egoismo son muy limitadas : vive solitario , sin esplen-  
 »dor , sin gloria. Nuestras facultades nunca se desen-  
 »vuelven con tanta fecilidad como cuando el corazon  
 »abunda en los sentimientos mas tiernos. ¡Noble natu-  
 »raleza por cierto la de un ser que nunca se ama tanto  
 »como cuando se olvida de sí mismo , y que puede en-  
 »contrar su felicidad consagrándose enteramente á otro!”

Aconsejamos al autor que no trate tan mal á esa imaginacion que le presta un lenguaje tan bello. Tarea larga seria la de citar todos los pasajes de este jénero que se encuentran en los *Ensayos*; pero no podemos , sin embargo , resistir al deseo de transcribir el que sigue , en el cual se pone el autor de manifiesto:

»El jénero humano , dice , parece que se encuen-  
 »tre estragado. Las jeneraciones que nacen , desen-  
 »cantadas por la esperiencia de las que las han prece-  
 »dido , consideran con frialdad su carrera , y especu-  
 »lan sin gozar. Yo , á quien debe acusarse aqui de  
 »presuncion ó de confianza , pertenezco á una de esas  
 »jeneraciones tardías , y no he podido por tanto exi-  
 »mirme de la desgracia comun ; pero al menos lloro

» mis miserias, y no me atrevo á hablar de ellas sin tem-  
» blar. Inclinado naturalmente al estudio de las materias  
» que forman el asunto de esta obra, fui arrastrado á es-  
» cribir por inclinacion del espíritu y por la continuacion  
» de mis ocios. Lo que publico son unas simples refle-  
» xiones ; mas espero que en ellas se reconocerá un  
» amor puro de la verdad. Yo preferiria destruirlas  
» sin dejar siquiera una huella, á saber que contienen  
» una opinion que pueda estraviar.”

Nada hay mas noble, mas tierno ni mas amable que este movimiento ; nada causa tanto placer como encontrar rasgos semejantes en medio de un asunto naturalmente severo. Aqui puede aplicarse al autor el dicho del poeta griego : » Bien parece un hombre armado tocando la lira.”

Algunos opinan en el dia que en el exámen de las obras debe siempre darse su parte á la crítica : yo se la he dado ya ; pero lo confieso , si me viese precisado á desempeñar con frecuencia el triste cargo de censor, lo que Dios no permita , preferiria seguir el ejemplo de Aristóteles, que en lugar de condenar las faltas de Homero, encuentra doce razones (*αριθμῶ δωδεκά*) para excusarlas. Todavía podríamos notar en el autor de los *Ensayos* algunas anfibolójias en el empleo de los pronombres, y alguna obscuridad en la construccion de las frases ; pero sin embargo su libro , en que se encuentran diferentes jéneros de mérito , está purgado de estas faltas de gusto que á tantos autores se escapan en sus primeras obras. El mismo Racine no estuvo esento de afectacion en su juventud ; y el grande, el sublime , el grave Bossuet fue frivolo en el pala-



cio de Rambouillet. Sus primeros sermones están llenos de antitesis, de batolojías y de hinchazon de estilo. En un lugar esclama de improviso: ¡Viva el Eterno!' llama á los niños la *recluta* continua del jénero humano, y dice que con la muerte nos da Dios una *habitacion* en su palacio. Mas este raro jenio, depurado por la razon que traen consigo los años, no tardó en aparecer en todo su esplendor: semejante á un rio, que alejándose de su orijen, depone poco á poco el cieno que enturbiaba sus aguas, y aparece en medio de su curso tan puro y cristalino como profundo y majestuoso.

Por una modestia poco comun, el autor de los *Ensayos* (1) no pone su nombre á la cabeza de la obra; pero se asegura que es el último descendiente de una de esas nobles familias de majistrados que han ilustrado por tanto tiempo la Francia. En este caso admirariamos menos el amor á lo bello, al órden y á la virtud que reina en los *Ensayos*; no considerariamos ya como un mérito en el autor el poseer una ventaja hereditaria, y solo elojiaríamos su talento.

(1) El autor de los *Ensayos* de moral y de política, es el Sr. conde de Molé, hoy (1839) ministro de estado y par de Francia.

SOBRE

## LAS MEMORIAS DE LUIS XIV.

Marzo de 1806.

Hace algun tiempo nos anunciaron los periódicos unas *Obras* de Luis XIV. Este titulo chocaba á las personas que todavía dan algun valor á la propiedad de los términos y á la decencia del lenguaje, las cuales observaban que un autor solo puede llamar *Obras* á sus propias producciones cuando las publica él mismo; y que es necesario ademas que dicho autor pertenezca á las clases ordinarias de la sociedad, y que haya escrito, no unas simples Memorias históricas, sino obras de ciencias ó de literatura; y que en todo caso un rey no es un autor de profesion, y que por consiguiente nunca publica *Obras*.

Es cierto que en la antigüedad los primeros emperadores romanos cultivaban las letras; mas aquellos emperadores habian sido simples ciudadanos antes de vestir la púrpura. César no era mas que un jefe de lejion cuando escribió la historia de la conquista de las Galias, y los comentarios del capitan hicieron despues la gloria del emperador. Si las máximas de Marco Aurelio honran aun en el dia su Memoria, Claudio y Nerón se atrajeron el desprecio del pueblo romano por haber ambicionado las glorias del poeta y del literato.

En las monarquias cristianas, donde es mas cono-



cida la dignidad real, se ha visto raras veces á los soberanos descender á una liza, donde la misma victoria casi nunca se consigue sin rubor, porque casi nunca se encuentra nobleza en el adversario. Algunos principes de Alemania que han gobernado mal, y aun algunos que han perdido su pais por haberse entregado al estudio de las ciencias, inspiran mas lástima que admiracion. Dionisio, maestro de escuela en Corinto, era tambien un rey literato. Todavía se enseña en Viena una Biblia llena de notas de la mano de Carlomagno; mas este monarca solo las habia escrito para su uso, y para satisfacer su devocion. Cárlos V, Francisco I, Enrique IV y Cárlos IV, fueron amantes de las letras, sin tener la pretension de ser autores. Algunas reinas de Francia han dejado versos, Noticias y Memorias, y se ha perdonado á su dignidad en gracia de su sexo. La Inglaterra, de donde nos han venido peligrosos ejemplos, cuenta muchos *escritores* entre sus monarcas: Alfredo, Enrique VIII y Jacobo I escribieron verdaderos libros; mas el rey autor por excelencia en los siglos modernos es Federico. ¿Y este principe ha ganado ó ha perdido en celebridad con la publicacion de sus *obras*? Cuestion es esta que resolveríamos sin la menor dificultad, si solo consultásemos nuestro sentimiento.

A la verdad, al abrir la coleccion que anunciamos nos tranquilizamos un poco: porque en primer lugar no son unas *Obras*, son simples Memorias escritas por un padre, para la instruccion de su hijo. ¿Y quien debe velar sobre la educacion de sus hijos, si no lo hace un rey? ¿podrá jamás inspirarse sobrado amor á los

deberes y á la virtud á los príncipes de quienes depende la felicidad de tantos hombres? Lleno de un justo respeto hácia la memoria de Luis XIV, he recorrido con ansia los escritos de aquel gran monarca; porque hubiera sido cruel haber perdido hasta la admiracion. Con el mayor placer he encontrado á Luis XIV tal como ha llegado á la posteridad, tal como le pinta madama de Motteville: »Su gran juicio y buenas »intenciones, dice ésta, hicieron conocer las semillas »de una ciencia universal, que no habian echado de »ver los que no le trataban en particular; porque apa- »reció de repente político en los negocios del estado, »teólogo en los de la iglesia, exacto en los de la ha- »cienda, elocuente y adherido siempre á la justicia »en los consejos, sensible á los intereses de los parti- »culares; más enemigo de la intriga y de la lisonja, »y severo con los grandes de su reino, que sospechaba »tenian ambicion de gobernar. Era amable en su per- »sona, político, y de fácil acceso á todo el mundo; »pero con un continente grave y severo, que imprimia »respeto y honor en el público.»

Tales son precisamente las cualidades que se encuentran, y el carácter que se descubre en la coleccion de los pensamientos de este príncipe, la cual se compone:

- 1.º De Memorias dirigidas al Delfin: comienzan en 1661 y terminan en 1665.
- 2.º Memorias militares sobre los años 1673 y 1678.
- 3.º Reflexiones sobre el oficio de rey.
- 4.º Instrucciones á Felipe V.



5.<sup>o</sup> Dieziocho cartas del mismo príncipe , y una de madama de Maintenon.

Se conocian ya de Luis XIV una coleccion de cartas y una traduccion de los *Comentarios de César* (1). Se cree que Pélisson ó Racine (2) revisaron las Memorias que acaban de publicarse ; mas por otra parte es indudable que el fondo de las cosas pertenece á Luis XIV. En todo se reconocen sus principios religiosos , morales y políticos ; y las notas añadidas de su propia mano á las márgenes de las Memorias , no son inferiores al texto , ni por el estilo ni por los pensamientos.

Es un hecho atestiguado por todos los escritores, que Luis XIV se espresaba con particular nobleza: »Hablabá poco y bien , dice madama de Motteville; »sus palabras tenían gran fuerza para inspirar en los co-razones el amor ó el temor , segun eran dulces ó se-»veras.”

— »Se espresaba siempre con nobleza y precision:” dice Voltaire. Y hubiera llegado á distinguirse en las gracias del lenguaje , si hubiera querido estudiarle. Monschenay refiere que un dia leía el rey la epístola de Boileau sobre el paso del Rhin delante de las señoras de Thiange y de Montespan: »La leía con unos

(1) Voltaire niega que esta traduccion sea de Luis XIV.

(2) A juzgar por el estilo, yo creeria que Pélisson tuvo mayor parte en este trabajo. Cuando menos me parece que algunas veces se puede reconocer su frase simétrica y arreglada con arte. Como quiera que sea , los pensamientos de Luis XIV, coordinados por Racine ó Pélisson, son un bello monumento. Tambien podria ser que estas Memorias las hubiese revisado Rose , marqués de Coye , hombre de mucho ingenio, y secretario de Luis XIV.

»tonos tan encantadores, que madama de Montespan le quitó el libro de las manos, exclamando que en aquella lectura habia algo de sobrenatural, y que jamás habia oido una pronunciaci6n tan perfecta.»

Esta nitidez de pensamientos, esta nobleza de elocuci6n, esta finura de un oido sensible á la bella poesia, forman ya una prevenci6n en favor del estilo de las Memorias, y probarian (si hubiese necesidad de pruebas) que Luis XIV pudo muy bien haberlas escrito. Esto lo haremos conocer mejor á los lectores citando algunos pasajes de las Memorias.

Hablando el rey de las diferentes medidas que tomó al principio de su reinado, añade:

»Debo confesar que aunque antes hubiese tenido motivo para estar contento de mi propia conducta, los elogios que esta novedad me atraia, me causaban una continuada inquietud; porque siempre estaba temeroso de no tenerlos bastante merecidos.

»Porque en fin, hijo mio, yo tengo una satisfacci6n en advertiros, que esto de las alabanzas es una cosa muy delicada; que es muy diflcil no dejarse deslumbrar por ellas, y que se necesitan muchas luces para saber discernir con exactitud los que nos adulan de los que nos aprecian.

»Mas por muy oscuras que sean en este punto las intenciones de nuestros cortesanos, hay sin embargo un medio seguro para sacar partido de todo lo que dicen en nuestro elogio, y este medio está reducido á examinarnos severamente nosotros mismos sobre cada una de las alabanzas que los demas nos prodigan; porque cuando oigamos alguna que en efecto no merecemos, la consideraremos al momento (segun el carácter del que nos



la haya dado), ó como una censura maligna de algun defecto de que procuraremos corregirnos, ó como una secreta exhortacion á una virtud, de que carecemos.”

Jamás se ha dicho nada tan delicado y bien observado sobre el peligro de los aduladores. Un hombre que conocia tan perfectamente el valor de los elojios, merecia sin duda ser muy elojiado. Este pasaje es principalmente notable por cierta similitud son algunos preceptos del *Telémaco*. En aquel gran siglo la virtud y la razon hacian hablar el mismo lenguajé al príncipe y al vasallo.

El trozo que sigue, escrito todo del propio puño de Luis XIV, no es por cierto de los menos bellos de las Memorias:

«No solo en las negociaciones importantes deben los príncipes tener cuenta con lo que hablan, sino que deben hacer lo mismo en los discursos mas familiares y ordinarios. Es ciertamente una violencia muy incómoda, mas absolutamente necesaria á los de nuestra clase, el no hablar nunca de lijero; pues no ha de imaginarse que un soberano, porque tiene autoridad para hacerlo todo, tenga tambien libertad para decirlo: todo lo contrario, cuanto mas grande y respetado sea, mas circunspecto debe mostrarse; porque las cosas que serian indiferentes en la boca de un particular, suelen ser muy importantes en la de un príncipe. La menor muestra de menosprecio que haga á un particular, abre en el corazon de éste una llaga incurable. Lo único que consuela á cualquiera de una burla picante ó de una palabra de desprecio que otro ha dicho de él, es, ó que se promete encontrar muy pronto la ocasion de desquitarse, ó que

se persuade que lo que se ha dicho no hará impresion en el ánimo de los que lo han oído. Mas aquel de quien ha hablado el soberano, siente su ofensa tanto mas, cuanto que no le queda ninguno de estos consuelos. Porque en fin, aunque pueda decir mal del principe que lo ha dicho de él, solo puede vericarlo en secreto, y no puede hacérselo saber, que es la única satisfaccion que proporciona la venganza; ni puede tampoco persuadirse que lo que se ha dicho no haya sido aprobado ni escuchado; porque sabe con cuánto aplauso se reciben todas las opiniones de los que tienen el poder en su mano.”

La jenerosidad de estos sentimientos es tan tierna como admirable. Un monarca que daba semejantes lecciones á su hijo, tenia sin duda un verdadero corazon de rey, y era digno de mandar un pueblo, cuyo primer blason es el honor.

La pieza titulada en la nueva coleccion del *Oficio de rey*, estaba ya citada en el *Siglo de Luis XIV.* »Ella, »dice Voltaire, hablará á la posteridad en favor de la »rectitud y magnanimidad de su alma.”

Es sensible que el editor de las Memorias, que por otra parte parece una persona llena de candor y de modestia, haya dado á este opúsculo el título de *Oficio de rey*. Es cierto que Luis XIV se habia servido de esta voz en el curso de sus reflexiones; mas es poco verosimil que la hubiese empleado como título. Mas: es probable que aquel principe hubiera corregido esta espresion si hubiese previsto que sus escritos llegarían un día á publicarse. La dignidad real no es un oficio, es un carácter; el unjido del señor no es un actor que ejecuta un papel, es un majistrado que desempeña una



funcion: no se hace el oficio de rey como se hace el de charlatan. Luis XIV, en un momento de mal humor, pensando únicamente en las fatigas del reinado, pudo llamarle un oficio, y un oficio muy penoso; pero no debemos tomar esta palabra en un sentido absoluto. Esto seria enseñar á los hombres que todo es oficio en este mundo, y que todos somos una especie de empíricos montados sobre teatritos para vender nuestra mercancía á los pasajeros. El considerar á la sociedad bajo este aspecto, nos conduciría á muy funestas consecuencias.

Voltaire habia citado las instrucciones dadas á Felipe V; mas habia suprimido los primeros artículos. Es una desgracia el encontrarse continuamente con este hombre célebre en la historia literaria del último siglo, y verle desempeñar con tanta frecuencia un papel poco digno de un hombre honrado y de un ingenio distinguido: Facilmente se adivinará por qué omitió el historiador de Luis XIV los primeros artículos de las instrucciones; eran los siguientes:

- 1.º No falteis á ninguno de vuestros deberes, y principalmente á los que teneis para con Dios.
- 2.º Conservad la pureza de vuestra educacion.
- 3.º Haced honrar á Dios en todos los puntos adonde se estienda vuestro poder; procurad su gloria, y dad el ejemplo: este es uno de los mas grandes bienes que pueden hacer los reyes.
- 4.º Declaraos en todas ocasiones en favor de la virtud y contra el vicio.

Hallándose San Luis moribundo, tendido en un lecho de ceniza delante de los muros de Cartago, dió

en corta diferencia las mismas instrucciones á su hijo:

»Hijo mio, la primera cosa que te enseñe y reco-  
»miendo es que ames á Dios de todo corazon, y te  
»guardes bien de hacer ninguna cosa que pueda des-  
»agradarle. Si Dios te enviare adversidades, recíbelas  
»con resignacion, y dale gracias; y si te da prosperidad,  
»dale tambien gracias con humildad; porqué no debe-  
»mos hacer la guerra á Dios por los dones que nos  
»envia. Sé benéfico y piadoso con los pobres; no car-  
»gues mucho de tributos á tu pueblo; evita la com-  
»pañía de los malos.»

Agrada ver á dos de nuestros primeros príncipes, en dos épocas tan distantes entre sí, dar á sus hijos unos documentos tan parecidos de relijion y de justicia: si la lengua de Joinville y la de Racine no nos advirtiesen que un espacio de cuatrocientos años separa á S. Luis de Luis XIV, pudiera creerse que estas instrucciones son del mismo siglo. Cuando todo cambia en el mundo, consuela el ver que unas almas reales guarden incorruptible el sagrado depósito de la verdad y de la virtud.

Luis XIV, y este es uno de los mayores atractivos de sus Memorias, confiesa con mucha frecuencia sus propias faltas, y las ofrece como leccion á su hijo:

»Lo mismo que una plaza se ataca el corazon de un príncipe. El primer cuidado es apoderarse de todos los puestos por donde puede llegarse á él. Una mujer astuta se dedica ante todo á alejar lo que no conviene á sus intereses, y procura inspirar sospecha de unos y disgusto de otros, á fin de que solo ella y sus amigos sean escuchados con benevolencia; y si no estamos precavidos con-



tra esta treta, es necesario descontentar á todos para contentarla á ella sola.

»Desde que concedéis á una mujer libertad para hablaros de cosas importantes, es imposible que no os haga cometer algun error.

»La ternura que la profesamos, nos hace aprobar sus débiles razones, con lo cual nos ladeamos insensiblemente á la parte á que ella se inclina; y como la debilidad, que la es natural, hace que con mucha frecuencia prefiera los intereses mas frívolos á las mas sólidas consideraciones, casi siempre aboga por lo peor.

»Son elocuentes en sus espresiones, exigentes en sus ruegos, y obstinadas en sus sentimientos; y todo esto no suele reconocer ótro motivo que la aversion que tiene á uno, la idea de adelantar á otro, ó una promesa lijeramente hecha.»

Esta pájina está escrita con una elegancia singular; y si la mano de Racine aparece en alguna parte de estas Memorias, acaso podria encontrársela en este pasaje. Mas ¿me atreveré á decirlo? Un conocimiento tan profundo de las mujeres, prueba que el monarca, al mismo tiempo que la confesaba, no estaba bien curado de su flaqueza. Los antiguos decian de ciertos sacerdotes de los dioses: »Muchos llevan el tirso, y pocos son los inspirados.» Lo mismo sucede con la pasion que subyugaba á Luis XIV: muchos la afectan, y pocos la sienten; pero tambien es cierto que cuando es verdadera, no puede desconocerse la *inspiracion* de su lenguaje.

Por lo demas, Luis XIV habia aprendido á conocer el justo valor de esos lazos que el placer forma y

destruye. Vió correr las lágrimas de madama de La Valliere, y tuvo que sufrir los lamentos y las reconven- ciones de madama de Montéspan. La hermana del famoso conde de Lautrec, abandonada de Francisco I, no se entregó á quejas inútiles. Habiéndola pedido el rey las joyas llenas de divisas que la habia regalado en los primeros momentos de su ternura, se las envió fundidas y convertidas en barras. »Entregad esto al »rey, dijo al mensajero, y decidle que pues ha tenido »á bien mandarme le devuelva lo que con tanta libera- »lidad me habia dado, se lo vuelvo y envio en barras »de oro; y en cuanto á las divisas las he esculpido en »mi pensamiento con tanta fuerza, que no he podido »sufrir que nadie dispusiese de ellas, y tuviese en po- »seerlas la misma satisfaccion que yo (1).»

Si hemos de dar crédito á Voltaire, la mala edu- cacion de Luis XIV privó á este príncipe de las lec- ciones de la historia; mas esta falta de conocimientos no se nota absolutamente en las Memorias. El rey, por el contrario, muestra tener ideas bastante estensas de la historia moderna, y aun de la de los griegos y ro- manos. Discurre en política con una sagacidad que sorprende, y hablando del rey de Inglaterra Carlos II, demuestra perfectamente el vicio de esos estados que se gobiernan por cuerpos deliberantes; habla de la anarquía como un príncipe que la habia visto de cer- ca en su juventud: conocia perfectamente lo que le faltaba á la Francia, lo que podria obtener, y el ran- go que debia ocupar entre las naciones: »Estando »persuadido, dice, de que la infantería francesa no

(1) Brantôme.



»habia sido muy buena hasta el presente, traté de  
»buscar medios para mejorarla." Y en otra parte añade:  
»Como un príncipe tenga vasallos, debe tener  
»soldados; y el que con un estado bien poblado care-  
»ce de buenas tropas, solo debe quejarse de su pe-  
»reza y de su poca aplicacion." Sabido es en efecto  
que Luis XIV es el que creó nuestro ejército, y ciñó  
á la Francia con ese cordon de plazas fuertes que la  
hace inespugnable. Se ve en fin que echaba menos los  
tiempos en que sus vasallos eran señores del mundo.

»Cuando el titulo de emperador, dice, fue colo-  
»cado en nuestra casa, poseia ésta la Francia, los  
»Paises-Bajos, la Alemania, la Italia, y la mejor par-  
»te de España, que habia distribuido entre diversos  
»particulares, reservándose el derecho de soberanía.  
»Las sangrientas derrotas de muchos pueblos venidos  
»del Norte y del Mediodía, habian llevado tan lejos el  
»terror de nuestras armas, que toda la tierra temblaba  
»al solo rumor de que se aproximaban nuestros france-  
»ses, y con la sola idea de la grandeza imperial."

Estos pasajes prueban que Luis XIV conocia la  
Francia, y que habia meditado su historia. Elevándose  
un poco mas hubiera visto este príncipe que los galos,  
nuestros primeros antepasados, habian subyugado igual-  
mente la tierra, y que cuantas veces salimos de nues-  
tros límites, entramos de nuevo en nuestro territorio.  
La sola espada de hierro de un galo sirvió de contra-  
peso al imperio del mundo. »Llegó de occidente al  
»oriente, dice un historiador, la noticia de que una na-  
»cion hiperbórea habia tomado en Italia una ciudad  
»griega, llamada Roma." El nombre de *galo* quiere de-

cir *viajero*. A la primera aparicion de esta raza poderosa, los romanós declararon que habia nacido para la ruina de las ciudades y la destruccion del jénero humano.

Donde quiera que se averigua algun hecho grande, alli se encuentran nuestros antepasados. Los galos fueron los únicos que no callaron á la vista de Alejandro, ante quien habia enmudecido la tierra. »¿No temeis mi »poder?» dijo á sus diputados el vencedor del Asia. »Nosotros, contestaron, solo tememos una cosa, y es »que caiga el cielo sobre nuestras cabezas.» César no pudo vencerlos sino dividiéndolos, y empleó mas tiempo en domarlos, que en someter á Pompeyo y al resto del mundo.

Todos los lugares célebres del universo han estado sujetos á nuestros padres; porque estos no solo tomaron á Roma, sino que talaron la Grecia, ocuparon á Bizancio, camparon sobre las ruinas de Troya, poseyeron el reino de Mitrídates, y vencieron mas allá del Tauro á aquellos escitas que nadie habia podido vencer. El valor de los galos decidia en todas partes de la suerte de los imperios. El Asia les pagaba tributo; los príncipes mas célebres de aquella parte de la tierra, los Antíocos y los Antigonos, obsequiaban á aquellos guerreros formidables; y los reyes que caian de sus tronos, buscaban un asilo á la sombra de sus espadas. Ellos constituian la principal fuerza del ejército de Anibal; y diez mil solos defendieron la corona de Alejandro contra Paulo Emilio, en aquel combate en que Perseo vió pasar el imperio de los griegos bajo el yugo de los latinos. En la batalla de Accio todavía dispusieron los



galos del cetro del mundo, pues que decidieron la victoria, colocándose bajo las banderas de Augusto.

De esta manera parece que el destino de los reinos se halle adherido al suelo de las Galias como á una tierra fatal y marcada con un sello misterioso. Todos los pueblos parece hayan oido sucesivamente aquella voz que anunció la llegada de Breno á Roma, y que decia á Cedicio en medio de la noche: »Cedicio, ve »y di á los tribunos que los galos estarán mañana aqui.»

Las Memorias de Luis XIV aumentarán su celebridad. En ellas no se descubrirá ninguna baja; porque no revelan ninguno de aquellos secretos vergonzosos que el corazon humano oculta con frecuencia en sus senos. Visto Luis XIV de mas cerca, y en su vida privada, no por eso deja de ser Luis el Grande, y no deja de sentirse cierta satisfaccion al ver que tan hermoso *busto* no tiene una *cabeza vana*, y que el alma corresponde á la nobleza del exterior. »Es un príncipe, »dice Boileau, que jamás habla sin haber pensado. »Construye admirablemente todo lo que dice, y sus »menores respuestas revelan al soberano; y cuando se »halla solo con su familia, mas bien que dar la ley, parece que la reciba.» Elojio que las Memorias confirman en todas sus partes. Conocidos son esa multitud de dichos en que brilla la magnanimidad de Luis XIV. El príncipe de Condé le dijo un dia que se habia encontrado una imájen de Enrique IV atada á un poste, atravesada con un puñal, y puesta al pie una inscripcion ofensiva al príncipe reinante. »*Tengo el consuelo*, contestó el monarca, *de que no se ha hecho otro tanto contra los reyes holgazanes.*» Dicen que en los últimos tiempos de su vida, al

sentarse un día á la mesa se encontró bajo el cubierto un billete concebido en corta diferencia en estos términos: »El rey está en pie en la plaza de las Victorias, y á caballo en la plaza de Vandoma; ¿cuando estará tendido en San Dionisio?» Tomó Luis el billete, y echándolo á sus espaldas, contestó en alta voz: »*Cuando Dios sea servido.*» Pronto á exhalar el último suspiro, hizo llamar á los señores de la corte: »Señores, les digo, os pido perdon por los malos ejemplos que os he dado; y os doy gracias por la amistad que siempre me habeis mostrado. La misma fidelidad os pido para mi nieto..... Conozco que me enternezco, y que tambien os conmoveis. Adios, señores, acordaos de mí algunas veces.» Observando que su médico lloraba, le dijo: »¿Pues que me habiais creído inmortal?» Madama de La Fayette escribe de este príncipe que sin duda se le considerará como »uno de los reyes mas grandes, y de los *hombres mas honrados de su reino.*» Mas esto no impidió que el pueblo cantase el *Te Deum* en sus exequias, é insultase su féretro: *numquid cognoscentur mirabilia tua, et justitia tua in terra oblivionis?*

¿Que nos queda ya que añadir al elogio de un príncipe que civilizó la Europa, y derramó tanto esplendor sobre la Francia? Nada sino un pasaje sacado de estas Memorias.

»Ante todas cosas debes saber, ó hijo mio, que nunca mostraremos bastante respeto hácia á aquel que nos hace respetar de tantos miles de hombres. La primera parte de la política es aquella que nos enseña á servirle bien,



y la sumision con que le acatamos es la mejor leccion que podemos dar de la que nos es debida; de modo que pecamos tanto contra la prudencia como contra la justicia, cuando faltamos á la veneracion que debemos á aquel de quien solo somos tenientes.

»Cuando bayamos armado á todos nuestros vasallos para la defensa de su gloria; cuando hayamos restaurado sus abatidos altares; cuando hayamos llevado su nombre á los climas mas remotos de la tierra, solo habremos cumplido una parte de nuestro deber, y sin duda no habremos llenado la que mas desea de nosotros, si nosotros mismos no nos sometemos al yugo de sus mandamientos. Las acciones brillantes y ruidosas no son siempre las que mas le mueven, y antes bien lo que pasa en lo íntimo de nuestro corazon es con frecuencia lo que con mas atencion observa.

»Es infinitamente celoso de su gloria; pero sabe discernir mejor que nosotros en qué consiste ésta. Tal vez nos ha hecho tan grandes para que le honrasen mas nuestros respetos; y si no llenamos en esto sus designios, acaso nos dejará caer de nuevo en el polvo de donde nos ha sacado.

»Muchos de mis antecesores que quisieron dar iguales instrucciones á sus hijos, aguardaron para esto á los últimos dias de su vida; pero yo no quiero seguir en esto su ejemplo. Os hablo desde ahora, hijo mio, y os hablaré siempre que encuentre ocasion; porque ademas de que en mi opinion no debe diferirse absolutamente el inspirar á los jóvenes estas importantes ideas, creo que lo que dicen los principes en un estado tan extremo, se atribuye algunas veces á la vista del peligro en que se encontraban; al paso que hablándoos de este asunto ahora, tengo seguridad de que el vigor de mi edad, la libertad de mi espíritu, y el estado floreciente de mis ne-

gocios, jamás os dejarán ninguna sospecha de que al dirijiros este discurso, haya habido por mi parte debilidad ó disimulo.”

Luis XIV daba á su hijo esta leccion sublime en el año 1661.



DE

## LAS LETRAS Y LOS LITERATOS;

## RESPUESTA

A UN ARTÍCULO PUBLICADO EN LA GACETA DE FRANCIA  
DEL 27 DE ABRIL (1).

---

Mayo de 1808.

**L**a *Defensa del Jenio del Cristianismo* es hasta el día la única respuesta que he dado á todas las críticas con que algunos han querido honrarme; porque yo tengo la suerte ó la desgracia de encontrar mi nombre con mucha frecuencia en las obras polémicas, sátiras y libelos. Cuando la crítica es justa, me corrijo; cuando el rasgo es gracioso, me rio; cuando es grosero, lo olvido. Un nuevo *enemigo* acaba de saltar á la arena, y es un *caballero bearnés*. ¡Cosa singular! este caballero me acusa de preocupaciones góticas y de desprecio á las letras. Confieso que no puedo oír á sangre fría hablar de caballería, y cuando se trata de torneos, duelos, castillos y pasos de armas, me pondría con el mayor gusto como Don Quijote á correr los caminos para enderezar tuertos. Acudo, pues, al llamamiento de mi adversario, pues aunque podría negarme á medir las armas con él, puesto que no ha declarado su

(1) Este artículo era de M. Baure, autor de una historia del Bearne, y cuñado del señor conde de Daru.

nombre, ni se ha levantado la visera despues del primer encuentro, ha observado religiosamente las otras leyes de la justa, evitando con estudio herir la *cabeza* ni el *corazon*, y por tanto le reputo por caballero leal, y recojo el guante.

Pero ante todo, ¿cual es el objeto de nuestra que-rella? ¿Vamos á pelear sin saber por qué, como está muy en uso entre los paladines? Yo estoy pronto á sostener que la *señora de mis pensamientos* es incomparablemente mas hermosa que la de mi adversario. Mas ¿y si por acaso servimos ambos á una misma dama? Esta es en efecto nuestra aventura. Yo en el fondo soy de la misma opinion, ó mas bien del mismo amor que el caballero bearnés, y declaro como él culpable de felonía al que falte al respeto que se debe á las musas.

Pero mudemos de lenguaje, y vengamos al hecho. Yo me atrevo á decir que el crítico que me ataca con tanto gusto, saber y urbanidad, aunque tal vez con un poco de mal humor, no ha comprendido bien mi pensamiento.

Cuando no quiero que los reyes tomen parte en los chismes del Parnaso, ¿podrá decirse que me equivoco infinitamente? Un rey debe sin duda amar las letras, y aun cultivarlas hasta cierto punto, y protegerlas en sus estados; mas ¿es tambien necesario que escriba libros? ¿no habrá inconvenientes en que el juez soberano se esponga á ser juzgado? ¿Será bueno que un monarca ponga de manifiesto como un hombre ordinario la medida de su talento, y reclame la induljencia de sus vasallos en un prólogo? A mi me parece que los dioses no deben mostrarse tan claramente á los



hombres: Homero pone una barrera de nubes á la puerta del Olimpo.

En cuanto á esta frase: *un autor debe pertenecer á las clases ordinarias de la sociedad*, mi censor habrá de perdonarme; pero dichas palabras no tienen el sentido que les atribuye; porque en el lugar donde se encuentran (1), se refieren á los reyes, y únicamente á los reyes. Seria en mí sobrado absurdo pretender que las letras quedasen abandonadas precisamente á la parte mas indocta de la sociedad. Las letras pertenecen á todo el que piensa, no son patrimonio de una clase particular de hombres; no son una atribucion de los rangos, sino una distincion de los ingenios. No ignoro que Montaigne, Malherbe, Descartes, La Rochefoucault, Fenelon, Bossuet, La Bruyere, el mismo Boileau, Montesquieu y Buffon, pertenecieron mas ó menos directamente al antiguo cuerpo de la nobleza, por la magistratura ó por la milicia; sé tambien que un bello ingenio no puede deshonorar un nombre ilustre; mas, ya que mi crítico me precisa á decirlo, comprendo que es menos peligroso cultivar las musas en un estado obscuro, que en una condicion brillante, porque el hombre que no llama en nada la pública atencion, pierde muy poco en un naufragio. Si no sobresale en las letras, su manía de escribir no le habrá privado de ninguna ventaja positiva, y su rango de autor olvidado, no añadirá nada al olvido natural que le aguardaba en otra carrera.

No sucede asi con el hombre que ocupa en el mun-

(1) Véase el artículo sobre las *Memorias de Luis XIV.*

do un puesto distinguido por su fortuna, dignidad ó familia. Un hombre de esta clase debe vacilar largo tiempo antes de presentarse en una liza, cuyas caidas son crueles. Un momento de vanidad puede arrebatarse la felicidad de toda su vida. El que tiene mucho que perder no debe escribir si no forzado, digámoslo así, por su jenio, y domado por la presencia del Dios: *fera corda domans*. Un gran talento es una gran razon, y á todo se responde con la gloria. Mas el que no sienta en sí esa *mens diviniór*, que se guarde la *comezon de escribir*.

Y no queráis perder por la ganancia  
 El nombre que en la córte habeis honrado,  
 Para tomar de un ávido librero  
 El de autor miserable y despreciado.

Si yo viese algun Du Guesclin borrajear á despecho de Apolo un miserable poema, le gritaria: »Señor Bertran, cambiad vuestro pluma por la espada del buen condestable, y cuando os halleis sobre la brecha, acordaos de invocar como vuestro abuelo: ¡Nuestra Señora! ¡Du Guesclin! Esta musa no es la que canta las ciudades que se han tomado, sino la que las toma.»

Mas si, por el contrario, el descendiente de una de esas familias que figuran en nuestra historia, se anuncia al mundo por un ensayo lleno de fuerza, de calor y de gravedad, no temais que yo le desanime. Aunque sus opiniones fueran contrarias á las mias; aunque su libro ofendiese no solo mi talento, sino mi corazon, yo no veria en él sino el injenio; solo seria sensible



al mérito de la obra, y yo mismo introduciría al joven escritor en la carrera: mi mucha experiencia le señalaría los escollos, y como buen hermano de armas, me regocijaria con sus victorias.

Espero que el *caballero* que me ataca aprobará estos sentimientos; pero no basta esto: no quiero dejarle ninguna duda sobre mi modo de pensar con respecto á las letras y á los que las cultivan. Esto me hará entrar en una discusion algo larga; mas espero que el interes del objeto hará que se disimule la estension del artículo.

¿Y como podria yo calumniar á las letras? Bien ingrato seria por cierto, cuando ellas han formado el encanto de mis dias. He tenido mis desgracias, como tantos otros; porque del pesar entre los hombres, puede decirse lo que dice Lucrecio de la antorcha de la vida:

. . . . Quasi cursores, vitæ lampada tradunt.

Siempre he encontrado en el estudio alguna razon plausible para sobrellevar con paciencia mis penas. Muchas veces, sentado á la orilla de un camino en Alemania, sin saber lo que habia de ser de mí, he olvidado mis males, y los autores de mis males, delirando con alguna agradable quimera que las benéficas musas ofrecian á mi imaginacion. Llevaba conmigo toda mi riqueza, que se reducía á mi manuscrito sobre los desiertos del Nuevo-Mundo; y mas de una vez los cuadros de la naturaleza, bosquejados en las chozas de los indios, me han consolado á la puerta de una cabaña de

la Westfalia, donde se me habia negado la entrada.

Nada es mas propio que el estudio para disipar las agitaciones del corazon, y poner en perfecto concierto las armonias del alma. Cuando fatigados por las borrascas del mundo nos refuizamos en el santuario de las musas, conocemos que entramos en una atmósfera tranquila, cuya benigna influencia calma muy pronto nuestro espíritu. Ciceron habia sido testigo de los males de su patria: habia visto en Roma al verdugo sentarse junto á la víctima (que por un acaso se habia libertado de su cuchilla), y gozar de la misma consideracion que esta víctima; habia visto estrechar con la misma cordialidad la mano que se habia bañado en la sangre de los ciudadanos, y la que únicamente se habia levantado para defenderlos; habia visto á la virtud convertida en objeto de escándalo en un tiempo de crimen, como el crimen es un objeto de horror en un tiempo de virtud; habia visto á los romanos dejenerados pervertir la lengua de Escipion para escusar su bajeza, llamar á la constancia obstinacion, á la jenerosidad locura, al valor imprudencia, y buscar un motivo interesado á que atribuir las acciones honrosas para no tener que apreciar ninguna cosa; habia visto á sus amigos irse entibiando poco á poco en su amistad, cerrarse sus corazones á la efusion del suyo, dejar de ser comunes sus penas, ir cambiando por grados sus opiniones: aquellos hombres arrebatados y destruidos sucesivamente por la rueda de la fortuna, le habian dejado en una profunda soledad. A estas penas, ya de suyo tan grandes, se agregaron sinsabores domésticos. »Quedábame »mi hija, escribe á Sulpicio, y era un apoyo á que



»podia recurrir en todo tiempo. El atractivo de su  
 »conversacion me hacia olvidar mis penas; pero la cruel  
 »herida que al perderla he recibido, abre de nuevo  
 »en mi corazon todas las que yo creia ya cicatriza-  
 »das . . . . Me veo desterrado de mi casa y del  
 »foro.”

¿Y que hizo Ciceron en una posicion tan triste?  
 Recurrió al estudio. »Me he reconciliado con mis li-  
 »bros, escribe á Varron: ellos me llaman de nuevo á  
 »nuestro antiguo comercio, y me manifiestan que vos  
 »habeis sido mucho mas prudente que yo en no aban-  
 »donarlos.”

Las musas, que nos permiten escojer nuestra so-  
 ciedad, son un poderoso recurso contra los disgustos  
 politicos. Cuando uno se cansa de vivir entre Tijelinos  
 y Narcisos, le transportan á la sociedad de Caton y de  
 Fabricio. En cuanto á las penas del corazon, es cier-  
 to que el estudio no nos restituye los amigos que llo-  
 ramos; pero amengua el pesar que nos causa su pér-  
 dida: porque adhiere su recuerdo á todo lo que hay  
 de puro en los sentimientos de la vida, y de bello en  
 las imágenes de la naturaleza.

Examinemos ahora los cargos que se hacen á los  
 literatos. La mayor parte de ellos me parecen infun-  
 dados; y es que la mediania se consuela muchas veces  
 con la calumnia.

Se dice: »Los literatos no son á propósito para el  
 »manejo de los negocios.” ¡Cosa estraña por cierto, que  
 el talento necesario para producir el *Espíritu de las le-  
 yes*, no fuese suficiente para dirigir el despacho de un  
 ministro! ¡Como! ¿los que penetran con tanta sagaci-

dad en lo mas profundo del corazon humano, no podrian descubrir las intrigas de las pasiones? ¡Pretender que es menos apto para gobernar á los hombres el que mejor sabe conocerlos!

Este es un sofisma desmentido por la esperiencia; porque los dos hombres de estado mas grandes de la antigüedad, Demóstenes, y sobre todo Ciceron, eran dos verdaderos literatos en toda la estension de la palabra. Quizá no hubo jamás un talento literario mas grande que el de César, y sin embargo parece que el nieto de Anquises y de Vénus manejaba harto bien los negocios. En Inglaterra pueden citarse Tomas Moro, Clarendon, Bacon, Bolingbroke; en Francia L'Hopital, Lamoignon, d'Aguesseau, M. de Malesherbes, y la mayor parte de nuestros primeros ministros sacados de la carrera eclesiástica. Nunca podré persuadirme que Bossuet no hubiese tenido capacidad para gobernar un reino, y que el juicioso y severo Boileau no hubiera sido un excelente administrador.

El juicio y la sensatez que son las cualidades que principalmente necesita el hombre de estado, son tambien las primeras que deben dominar en una cabeza literaria bien organizada; porque la base del verdadero talento no es como se supone la imaginacion y el ingenio, sino la sensatez, lo repito, la sensatez, acompañada de una produccion feliz. Toda obra, aun las de imaginacion, no puede sostenerse, si las ideas carecen de cierta lójica que las encadene y dé al lector el placer de la razon, aun en medio de la locura. Si se examinan las obras maestras de nuestra literatura, se encontrará que su superioridad proviene del buen



sentido que en ellas se embebe, y de una razon admirable, que es como el armazon del edificio. Lo que es falso acaba por desagradar; porque el hombre tiene en sí mismo un principio de rectitud, que no se contraría impunemente; y de aqui nace que las obras de los sofistas solo obtienen un éxito pasajero: brillan alternativamente con un falso esplendor, y caen luego en el olvido.

El haberse formado esta idea de la ineptitud de los literatos, ha consistido en que se han confundido los autores vulgares con los escritores eminentes; porque debe observarse que los primeros no son incapaces porque son literatos, sino porque son hombres medianos; y lo que se echa menos en las obras de estos hombres, es precisamente el juicio y el buen sentido. Acaso se encuentran en ellos algunos rasgos de imaginacion, algun ingenio, un conocimiento mas ó menos vasto del *oficio*, una costumbre mas ó menos formada de ordenar las palabras y dar elegantes jiros á la frase; pero jamás se encuentra el buen sentido.

Estos escritores no tienen fuerza para producir el pensamiento que en un momento han concebido; y cuando creemos que van á tomar el buen camino, un jenio enemigo los estravía de repente: cambian de direccion, y pasan inmediatos á las mas grandes bellezas, sin notarlas siquiera; mezclan al acaso sin economía y sin juicio lo grave y lo dulce, lo festivo y lo severo; sin que se sepa lo que se propñen probar, el objeto adonde se dirijen, ni las verdades que pretenden enseñar. Yo convendria en que semejantes talentos son poco á propósito para los negocios humanos; mas de

ello acusaria á la *naturaleza*, y no á las *letras*, y guardárame sobre todo de confundir esos autores desgraciados con los hombres de jenio.

Mas aunque los primeros talentos literarios pueden llenar con gloria los primeros puestos de su patria, no permita Dios que yo les aconseje jamás que los envidian. La mayoría de los hombres de bien puede hacer lo que aquellos harian en un cargo público ; pero nadie podria reemplazar las esclentes obras de que privarian á la sociedad si se entregasen á otros cuidados. ¿No es hoy mas útil para nosotros, y para él mismo, que Racine hiciese nacer *bajo su mano pomposas maravillas*, que el que hubiese ocupado, aunque fuese con aceptacion, el puesto de Louvois ó de Colbert? Yo desearia que los hombres de talento conociesen mejor su alto destino, y que hicieran mas aprecio de los dones que han recibido del cielo. A estos no se les dispensa una gracia, invistiéndolos con los cargos del estado; sino que ellos, por el contrario, hacen á sus paisés un verdadero favor, y un grande sacrificio al aceptarlos.

Arrostren otros las tempestades, yo siempre aconsejaré á los amantes del estudio que las contemplan desde la orilla. »La costa del mar será un lugar de »répaso para los pastores:» dice la Escritura: *Erit funiculus maris requies pastorum*. Oigamos otra vez al orador romano: »Los días que pasais en Tusculo, ó mi »querido Varron, los aprecio yo tanto como el espacio entero de la vida, y de buena gana renunciaria »á todas las riquezas del mundo por obtener la libertad de pasar una vida tan deliciosa..... La imito al



»menos en cuanto me es posible, y tengo una satisfacción en buscar el descanso en mis queridos estudios..... Si tantos hombres grandes han juzgado que en favor de estos estudios podia uno dispensarse de los negocios públicos, ¿por que no he de elejir yo una ocupacion tan grata.»

Colocados en una carrera estraña á sus costumbres, los literatos solo sentirian los sinsabores que acompañan á la ambicion, sin gozar de los placeres que proporciona. Siendo, como son, mas delicados que los demas hombres, ¡cuanto deberian padecer, qué cosas tan horribles no tendrian que devorar á cada instante, con qué personajes se verian obligados á vivir, y aun á manifestarse risueños! Hechos el blanco de la envidia, que persigue siempre al verdadero talento, veianse luego espuestos á las calumnias y á las delaciones de todas clases; hasta su franqueza, hasta la sencillez ó la elevacion de sus caractéres, serian para ellos verdaderos escollos: sus virtudes les causarian mas daño que los vicios, y su mismo mérito los haria caer en los lazos que podria evitar la medianía. Dichosos si encontraban alguna ocasion favorable para volver á la soledad antes que la muerte ó el destierro los castigase por haber sacrificado sus talentos á la ingratitude de las córtés!

. . Poi ch' insieme con l' età fiorita  
Mancò la speme, e la baldanza audace;  
Piansi i riposi di quest' umil vita,  
E sospirai la mia parduta pace.

No sé si deberé censurar ahora ciertas pullas que está en uso dirijir á los literatos desde el tiempo de Ho-

racio. El cantor de Lálaje y de Lidia nos refiere que arrojó su escudo en los campos de Filipos; mas el astuto cortesano se *lisonjea*, y sus versos se han tomado sobrado á la letra. Lo que hay de cierto es que habla de la muerte con tanta gracia y con tan dulce filosofía, que cuesta trabajo creer que la temiese:

Eheu, fugaces, Posthume, Posthume,  
Labuntur anni!

Sea lo que se quiera del voluptuoso solitario de Tibur, Jenofonte y César, jenios eminentemente literarios, eran tambien grandes y valerosos capitanes; Eschylo hizo prodijios de valor en Salamina; Sócrates no cedió sino á Alcibiádes el premio del desnudo; Tibullo se distinguia por su bravura en las lecciones de Mesala; Petronio y Séneca son célebres por la firmeza de carácter con que arrostraron la muerte, y en los tiempos modernos, el Dante vivió en medio de los combates, y el Tasso fue el mas valiente de los caballeros. Nuestro viejo Malherbe, á los setenta y tres años queria batirse con el matador de su hijo: vencido como estaba por el tiempo, fue espresamente al sitio de la Rochela, para obtener de Luis XIII el permiso de llamar á un palanque al caballero de Piles. La Rochefoucauld habia *hecho la guerra á los reyes*. Desde tiempo inmemorial nuestros oficiales de ingenieros y de artillería, tan valientes á la boca de un cañon, han cultivado las letras, la mayor parte con fruto, y algunos con gloria. Sabido es que el breton Saint-Foix no entendia de chanzas; y ese otro breton, conocido



en nuestros dias por el primer granadero del ejército, se ocupó toda su vida en investigaciones sábias. En fin, los literatos que nuestra revolucion ha sacrificado, todos han mostrado al tiempo de la muerte serenidad y valor. Si uno pudiese juzgar por sí mismo, yo diria con la franqueza que es natural á los descendientes de los antiguos celtas: Soldado, viajero, proscrito, náufrago, nunca he notado que el amor de las letras me apegase sobrado á la vida: para obedecer los decretos de la relijion y del honor, basta ser cristiano y frances.

Los literatos, se dice tambien, han adulado al poder en todos tiempos; y segun las vicisitudes de la fortuna, se les ve cantar á la virtud y al crimen, al opresor y al oprimido. Lucano decia á Nerón hablando de las proscripciones y de la guerra civil:

¡Feliz crueldad! ¡furoz oficioso!  
 Cuyo precio es ilustre, el fin glorioso.  
 ¡Casualidad y crimen bien pagado  
 Que un César tan insigne nos ha dado!  
 ¡Que los dioses redoblen iras fieras,  
 Que Leucas nos abisme las galeras!  
 ¡Y que sangre romana corra y tiña  
 De Farsalia las yerbas y campiña!  
 . . . . .  
 ¡Que se vea Perusa desolada!  
 Reina Neron, y Roma es consolada.

A esto no sé que responder para dejar en buen lugar á los literatos: inclino la cabeza de horror y de confusion, diciendo como el *médico* en *Macbeth*: *This*

*disease is beyond my practice*: »Este mal es superior  
»á mi arte.»

Sin embargo, ¿no podría aun encontrarse para esta degradacion una excusa, triste sin duda, pero sacada de la misma naturaleza del corazon humano? Que me muestren en esas revoluciones de los imperios, en esos tiempos de calamidad, en que un pueblo entero á manera de un cadáver no dá ya señal alguno de vida; que me muestren, repito, una clase de hombres siempre fiel á su honor, y que no haya cedido ni á la fuerza de los sucesos ni á la fatiga de los padecimientos; y yo seré el primero en condenar á los literatos. Mas sino puede encontrarse ese órden de ciudadanos jenerosos, que no se acuse en particular á los favorecidos de las musas, y lloremos la debilidad jeneral de los humanos. La única diferencia que existe entonces entre el escritor y el hombre vulgar, es que la torpeza del primero es conocida, y se ignora la bajeza del segundo. ¡Dichoso, en efecto, en aquellos dias de esclavitud, el hombre mediano que puede ser vil sin que le inquiete el porvenir, y puede revolcarse impunemente en el fango, cierto de que sus talentos no le entregarán á la execracion de la posteridad, ni el grito de su bajeza pasará mas allá de los límites de su vida!

Réstame hablar de la celebridad literaria. Esta camina al par con la de los grandes reyes y las de los héroes: Homero y Alejandro, Virjilio y César, ocupan igualmente la voz de la fama; y mas aun: la gloria de las musas es la única en que nada entra que no le pertenezca. En los hechos de armas, siempre



puede atribuirse una parte á los soldados ó á la fortuna: Aquiles venció á los troyanos ayudado de los griegos; mas la *Iliada* la escribió Homero solo, y sin Homero no conoceríamos á Aquiles. Por lo demas, tan lejos estoy yo de mirar á las letras con el desprecio que se me supone, que no cederia fácilmente la pequeña parte de celebridad que algunas veces parece prometen á mis esfuerzos. Creo que jamás he importunado á nadie con mis pretensiones; mas ya que es menester decirlo, no soy insensible á los aplausos de mis compatriotas; y mal podria experimentar el justo orgullo que debe inspirarme mi país, si tuviese en nada el honor de haber hecho conocer, con algun aprecio, un nombre frances mas á los pueblos extranjeros.

En fin, si creyésemos á algunos espíritus melancólicos, nuestra literatura está actualmente herida de esterilidad. Nada se publica que merezca leerse: lo falso, lo trivial, lo jigantesco, en una palabra, la ignorancia y el mal gusto reinan en toda clase de escritos, y nos vemos amenazados de recaer en la barbarie. Pero debe tranquilizarnos el saber que estas quejas se han repetido en todos tiempos. Los periódicos del siglo de Luis XIV están llenos de declamaciones sobre la escasez de talentos. Los Subligni y los Visé echaban menos el bello tiempo de Ronsard. El espíritu de difamacion es una enfermedad particular de la Francia; porque en este país todo el mundo tiene pretensiones, y el triunfo de nuestro vecino mortifica extraordinariamente nuestro amor propio.

Por lo que hace á mí, que no tengo el derecho de ser mal contentadizo, y me limito á admirar con la

multitud, no he notado absolutamente esa pretendida esterilidad de nuestra literatura. Tengo la buena suerte de creer que todavía existen en Francia escritores de jenio, notables por la fuerza de sus pensamientos, ó el atractivo de su estilo; poetas de primer órden, sábios distinguidos y críticos llenos de gusto, depositarios de las sanas doctrinas y de las buenas tradiciones. Fácil me sería nombrar muchas obras que me atrevo á asegurar pasarán á la posteridad; porque no puedo afectar un prurito estremado de desdeñar los talentos que nos restan; mas no dudo que la posteridad será mas justa con nosotros, y admirará lo que nosotros talvez habremos despreciado. Nuestro siglo no desmentirá la esperiencia común: en los tiempos de revolucion brillan siempre las artes y las letras, bien asi como esas flores que crecen entre las ruinas: *feret et rubus asper amomum*.

Termino aqui esta apolojía de los literatos, y me prometo que el caballero *bearnés* quedará satisfecho de mis sentimientos: plegue á Dios que él lo quede tambien de mi estilo; porque, acá entre nosotros, sospecho que está mas versado en literatura de lo que conviene á un caballero de los tiempos pasados. Si he de decir todo lo que siento, podria muy bien suceder, que al atacarme á mí, solo hubiesen defendido su causa. Su ejemplo probaria en caso necesario que un hombre que ha gozado de gran consideracion en el órden político y en la primera clase de la sociedad, puede ser un sábio distinguido, un crítico delicado, un escritor ameno, y hasta un poeta de talento. Esos caballeros del Bearne siempre han hecho la córte á las mu-





sas; y todavía se conserva la memoria de cierto Enrique que se vaticina como valiente, y al mismo tiempo lamentaba en verso su partida cuando dejaba á Gabriela. Sin embargo, puesto que mi adversario no ha querido descubrirse, me abstendré de nombrarle, y solo quiero que sepa que le he reconocido en sus colores.

Los literatos á quienes me he propuesto vindicar de los desprecios de la ignorancia, me permitirán que al concluir les dé algunos consejos, de que yo tomaré tambien una buena parte. Si quieren imponer silencio á la calumnia, y granjearse la estimacion, aun de sus mismos enemigos, deben deponer ante todo ese sobrecejo y esas pretensiones exajeradas que los han hecho insufribles en el último siglo. Seamos moderados en nuestras opiniones, indulgentes en nuestras criticas, y sinceros admiradores de todo lo que merece admiracion. Llenos de respeto por la nobleza de nuestro arte, no nos quejemos jamás de nuestro destino; porque el que se hace compadecer, se hace despreciar: sepan solo las musas, y no el público, si somos rios ó pobres: el secreto de nuestra indijencia debe ser el mas delicado y el mas bien guardado de nuestros secretos; y que los desgraciados estén seguros de encontrar en nosotros un apoyo: nosotros somos los defensores naturales de los suplicantes; nuestro mas precioso derecho es el de enjugar las lágrimas del infortunio, y hacerlas correr de los ojos de la prosperidad; *Dolor ipse disertum fecerat*. No prostituyamos jamás nuestro talento contra el poder; pero no le miremos tampoco con ceño: el que censura con acrimonia, admirará sin

discernimiento; porque de la murmuracion á la adulacion solo hay un paso. En fin, por el mismo interes de nuestra gloria, y por la perfeccion de nuestras obras, debemos trabajar constantemente en no apartarnos de la virtud; porque de la belleza de los sentimientos nace la del estilo. Cuando el alma está elevada, caen las palabras de muy alto, y la expresion noble va siempre en pos del noble pensamiento. Horacio y el Estajirita no enseñan todo el arte; hay en el lenguaje ciertas delicadezas y misterios que solo revela al escritor la probidad de su corazon, y que no enseñan los preceptos de la retórica.



SOBRE

EL VIAJE PINTORESCO É HISTÓRICO  
**POR ESPAÑA**

DE M. ALEJANDRO DE LABORDE (1).

Julio de 1807.

**H**ay algunos jéneros de literatura que parece pertenecan á ciertas épocas de la sociedad: la poesía conviene mas particularmente á la infancia de los pueblos, la historia á su vejez. La sencillez de las costumbres pastorales ó la grandeza de las costumbres heroicas, piden ser cantadas por la lira de Homero; la razon y la corrupcion de las naciones civilizadas exigen el pincel de Tucídides. Sin embargo, la musa ha bosquejado muchas veces los crímenes de los hombres; mas hay tal belleza en el lenguaje del poeta, que hasta los mismos crímenes que pinta parecen embellecidos: el historiador solo puede pintarlos, sin debilitar el horror. Cuando en el silencio de la abyeccion solo se oye resonar la cadena del esclavo y la voz del delator; cuando todo tiembla ante el tirano, y es tan pe-

(1) Este artículo es el que hizo suprimir el *Mercurio*, y atrajo sobre el autor una persecucion violenta. Como este trozo se ha hecho histórico, no se ha querido mutilar, y se han dejado en él los fragmentos del Itinerario que se encuentran. En aquella época todavía no se habia publicado el Itinerario.

ligoso obtener su favor como merecer su desgracia, parece que el historiador se halle encargado de vengar á los pueblos. En vano prospera Neron, Tácito ha nacido ya en el imperio; crece desconocido cerca de las cenizas de Jermánico, y ya la justa Providencia ha entregado á un niño obscuro la gloria del Señor del mundo. El autor de los *Anales* arrancará muy pronto la máscara á todas las falsas virtudes; y hará que en el tirano divinizado solo se vea al histrion, al incendiario y al parricida: semejante á aquellos primeros cristianos de Egipto, que á riesgo de sus vidas penetraban en los templos de la idolatría, arrancaban del fondo de un santuario tenebroso la divinidad que ofrecia el crimen á los inciensos del miedo, y sacaban á la luz del sol, en lugar de un Dios, algun horrible monstruo.

Mas si el papel de historiador es bello, es muchas veces peligroso; porque para pintar las acciones de los hombres, no basta siempre tener un alma elevada, una imaginacion viva, un entendimiento despejado y justo, un corazon tierno y sincero; es necesario ademas un carácter intrépido; es menester estar preparado á todas las desgracias, y haber hecho anticipadamente el sacrificio de su reposo y de su vida.

Sin embargo, hay en la historia algunas partes que no exigen el mismo esfuerzo de parte del historiador. Los viajes, por ejemplo, que participan á la vez de la poesía y de la historia, como el que anunciamos, pueden escribirse sin peligro. Y por otra parte, las ruinas y los sepulcros revelan con frecuencia algunas verdades que no podrian aprenderse en otra parte; porque



el aspecto de los lugares, no cambia como el semblante de los hombres: *Non ut hominum vultus ita locorum facies mutantur.*

La antigüedad solo nos ha dejado un modelo de este jénero de historia, que es el viaje de Pausanias; porque el Diario de Nearco y el Peripló de Hanon, son obras de otra especie. Si en tiempo de Pausanias se hubiera conocido el grabado, poseeríamos hoy un tesoro inestimable: veríamos en entero, y como en pie, aquellos templos, cuyas ruinas vamos todavía á admirar. Los viajeros modernos han tardado mucho á fijar por el arte del diseño el estado de los lugares y de los monumentos que habian visitado. Chardin, Pococke y Tournefort, son acaso los primeros que han concebido esta feliz idea, porque aunque es cierto que antes de ellos se encuentran ya muchas relaciones adornadas con estampas, el trabajo de estas es tan grosero como incompleto. La obra mas antigua de esta especie que recordamos es la de Monconys; y sin embargo desde Benjamin de Tudela hasta nuestros dias, pueden contarse en poca diferencia ciento treinta y tres viajes ejecutados solo en Palestina.

De manera que el orijen de los *Viajes pintorescos* propiamente dichos, debe atribuirse á M. el abate de Saint-Non y á M. de Choiseul-Gouffier. Es de desear en beneficio de las artes que M. de Choiseul acabe su bella obra, y continúe unos trabajos harto tiempo suspendidos por efecto de desgracias. Los amigos de Ciceron procuraban consolarle de los sinsabores de la vida, ofreciendo á sus ojos el cuadro de las ruinas de la Grecia.

La Italia, la Sicilia, el Egipto, la Siria, el Asia Menor, la Dalmacia, han tenido historiadores de sus grandes edificios: cuéntase una multitud de paseos ó viajes pintorescos de Inglaterra; los monumentos de la Francia están grabados; solo quedaba la España por pintar, como observa M. Laborde.

En una introduccion escrita con tanta elegancia como claridad, bosqueja así el autor el plan de su viaje:

»La España es una de las rejiones menos conocidas de Europa, sin embargo de ser la que mas variedades ofrece en sus monumentos, y mas interes en su historia.

»Rica con todas las producciones de la naturaleza, la embellece ademas la industria de muchas edades y el jenio de muchos pueblos. La majestad de los templos romanos forma alli un contraste muy singular con la delicadeza de los monumentos árabes, y la arquitectura gótica con la sencilla belleza de los edificios modernos.

»Esta reunion de tantos recuerdos, esta herencia de tantos siglos, me precisa á entrar en algunos pormenores sobre la historia de España, para indicar la marcha que he adoptado en la descripcion del pais."

El autor, despues de haber descrito las diferentes épocas, continua:

»He aqui en bosquejo los principales sucesos que hicieron pasar á España á diferentes dominaciones; pero en medio de tanta revolucion, ni las guerras ni el tiempo han podido destruir enteramente los monumentos que adornan esta bella rejion, y las artes de cuatro naciones diferentes que sucesivamente la han hermosado.

»Esta razon nos ha precisado á dividir la descrip-



»cion de España en cuatro partes, cada una de las  
»cuales contendrá las provincias, cuyos monumentos  
»tienen entre sí mas analogía, y se refieren á las cua-  
»tro épocas principales de su historia.

»En consecuencia el tomo primero comprenderá la  
»Cataluña, el reino de Valencia y la Estremadura, don-  
»de se encuentran Tarragona, Sagunto, Mérida, y la  
»mayor parte de las otras colonias romanas y cartaji-  
»nesas. A este tomo precederá una noticia histórica  
»sobre los tiempos antiguos de España.

»El segundo volúmen comprenderá las antigüeda-  
»des de Granada y de Córdoba, y la descripcion del  
»resto de Andalucía, mansion principal de los moros.  
»A este acompañará un compendio de la historia de  
»estos pueblos, sacado en parte de los manuscritos  
»árabes del Escorial.

»El tercero, consagrado principalmente á los edi-  
»ficios góticos, tales como las catedrales de Burgos,  
»Valladolid, Leon y Santiago de Compostela, ofrecerá  
»tambien las comarcas montuosas de Asturias, Aragon,  
»Navarra y Vizcaya, y será precedido de algunas in-  
»vestigaciones sobre el estado de las artes en España  
»antes del siglo de Fernando é Isabel.

»El cuarto tomo, bosquejando las bellezas de Ma-  
»drid y de sus alrededores, contendrá ademas todo lo  
»que pueda servir para dar á conocer á la nacion es-  
»pañola tal como es en el dia: las fiestas, los bailes,  
»las costumbres nacionales. Este tomo comprenderá  
»igualmente la historia de las artes desde su renaci-  
»miento en los reinados de Fernando é Isabel, Cár-  
»los I y Felipe II, hasta nuestros dias; dará un cono-

»cimiento suficiente de la pintura española, y de las  
»obras superiores que ha producido; añadiéndose al-  
»gunos detalles sobre los progresos de las ciencias y de  
»la literatura en España.”

Por este preámbulo se ve que el autor ha concebido su plan perfectamente, y que podrá presentarse en confusion una inmensa galería de cuadros. M. Laborde ha tenido fortuna en sus estudios; porque ha examinado los monumentos de las artes en un pueblo noble y civilizado; los ha visto en esa hermosa España, donde á lo menos queda la fe y el honor, aunque hayan desaparecido la prosperidad y la gloria. No ha tenido precision de internarse en esos países, célebres en otro tiempo, en donde el corazón del viajero se ve oprimido á cada paso, donde las ruinas vivas apartan su atención de las de mármol y de piedra. Un niño enteramente desnudo, transido por el hambre, y desfigurado por la miseria, nos enseñó en un desierto las puertas derribadas de Micenas y el sepulcro de Agamenon (1). En vano quiere uno entregarse á las ilusiones de las musas en el Peloponeso: la triste verdad le persigue. Alojamientos de barro seco, mas propios para servir de guarida á brutos, que de habitación á hombres; mujeres y niños cubiertos de andrajos, y que huyen al aproximarse un extranjero ó un jenizaro; las mismas cabras dispersándose espantadas por los montes, y los perros que son los únicos que quedan para recibirle: he aquí el espectáculo que le separa del encan-

(1) En Micenas descubrimos otro sepulcro, que acaso era el de Tiestes ó Clitemnestra (véase Pausanias). Así lo indicamos á M. Fauvel.



to de los recuerdos. La Morea está desierta : despues de la guerra de los rusos ha pesado sobre los moraítas el yugo de los turcos ; los albaneses han degollado una gran parte de la poblacion ; vense por dó quiera pueblos destruidos por el hierro y el fuego ; y en las ciudades como Misitra (1), arrabales enteros abandonados: muchas veces hacíamos quince leguas por los campos sin encontrar una sola vivienda. Estorsiones escandalosas , ultrajes de toda especie acaban de destruir la agricultura y la vida en la patria de Leonidas. Echar á un pobre griego de su cabaña , apóderarse de su mujer y de sus hijos , matarle con el mas frívolo pretesto , es un juego para el último agá del pueblo mas miserable. Llegado el moraíta al último grado de la desgracia , abandona su pais , y va á buscar en Asia una suerte menos rigurosa ; pero no puede evitar su destino , porque encuentra cadís y bajás hasta en las arenas del Jordán y en los desiertos de Palmira.

Yo no soy de aquellos fanáticos admiradores de la antigüedad , á quienes un verso de Homero consuela de todas las desgracias; y de ahí es que nunca he podido comprender el sentimiento espresado por Lucrecio :

*Suave mari magno , turbantibus aequora ventis,  
E terra magnum alterius spectare laborem.*

Lejos de agradarme el contemplar desde la orilla

(1) Misitra no es Esparta. Esta última ciudad se encuentra en el pueblo de Magoula , á legua y media de Misitra. Contamos en Esparta diecisiete ruinas que sobresalian de la superficie del terreno , la mayor parte al mediodia de la ciudadela , sobre el camino de Amiclea.

el naufragio de los demas, padezco cuando veo padecer á los hombres. Las musas entónces no tienen sobre mí ningun poder, fuera del que inspira la compasion de la desgracia. ¡No permita Dios que yo renueve hoy aquellas declamaciones que tanto mal han hecho á nuestra patria! Pero si alguna vez, siguiendo la opinion de ciertos hombres, cuyo carácter y talento me son por otra parte muy apreciados, hubiera llegado á pensar que el gobierno absoluto era el mejor de todos los gobiernos, algunos meses de permanencia en Turquía hubieran modificado mi opinion.

Los monumentos no padecen menos que los hombres bajo el yugo de la barbarie otomana. Un tártaro habita hoy la ciudadela llena de las obras mas acabadas de Ictino y de Fidias, sin dignarse preguntar que pueblo ha dejado aquellas ruinas, sin salir de aquella casuca que se ha edificado bajo las ruinas de los monumentos de Pericles. Tan solo algunas veces se arrastra el tirano autómeta hácia la puerta de su cueva; sentado con las piernas cruzadas sobre un puerco tapiz, mientras al través del humo de su pipa se descubren las columnas del templo de Minerva, dirige sus estúpidas miradas sobre las costas de Salamina y el mar de Epidauro. Imposible me seria pintar los diversos sentimientos que me ajitaron cuando á la mitad de la primera noche que pasamos en Aténas, nos despertamos sobresaltados por el sonido del tamboril y la dulzaina turca, cuyos discordantes sonidos partian de las ruinas de los Propileos: al mismo tiempo un sacerdote musulman cantaba en árabe la hora pasada á unos griegos cristianos de la ciudad de Minerva. Aquel



dervís no tenia necesidad de marcarnos de aquella manera el rápido curso de los años: su sola voz en aquellos sitios anunciaba bastante que habian pasado muchos siglos.

Esta movilidad de las cosas humanas es tanto mas sorprendente para el viajero, quanto que forma contraste con la inmovilidad del resto de la naturaleza; pues como para insultar la inestabilidad de los pueblos, los mismos animales no sufren revoluciones en sus imperios ni mudanzas en sus costumbres. Al dia siguiente de nuestra llegada á Aténas nos hicieron observar unas cigüeñas que, remontándose por los aires, formaban una especie de batallon, y dirijian su vuelo hácia el Africa. Desde el reinado de Cécrope hasta nuestros dias, aquellas aves han hecho cada año la misma peregrinacion, y han regresado al mismo punto; pero ¡cuántas veces habrán encontrado bañado en llanto al huésped á quien dejaron rebosando de alegría! ¡cuantas veces habrán buscado en vano á este huésped, y el techo mismo en donde acostumbraban á hacer sus nidos!

Todavía allije mas el cuadro que se ofrece á los ojos del viajero desde Aténas á Jerusalem; cuadro cuyo horror crece de dia en dia, y se halla en su colmo en Egipto. Allí vimos á cinco partidas armadas disputarse desiertos y ruinas (1). Allí vimos al albanés apuntar su

(1) Ibrahim-Bey, en el alto Egipto, dos pequeños beyes independientes, el baja de la Puerta en el Cairo, una partida de albaneses insurjentes, y El-fy-Bey en el bajo Egipto. Existe en el Oriente un espíritu de revolucion, que hace difíciles y peligrosos los viajes: los árabes matan hoy á los viajeros á quienes solo robaban en otro tiempo. Entre el mar Muerto y Jerusalem, en un espacio de catorce leguas, nos vimos atacados dos veces, y á la orilla del Nilo sufrimos una descarga de la

fusil á unos desventurados niños, que corrían á esconderse tras las ruinas de sus cabañas, como acostumbrados á aquel terrible juego. Sobre ciento cincuenta pueblos se cuentan á la orilla del Nilo, subiendo de Roseta al Cairo, y no hay uno solo que se conserve entero. Una parte del Delta está sin cultivar, cosa que acaso no se vió jamás desde el siglo en que Faraon dió este fértil terreno á la posteridad de Jacob. La mayor parte de los fellahs (1) han sido degollados; los demas han pasado al alto Egipto; y los paisanos que no han podido resolverse á dejar sus campos, han renunciado á educar una familia. El hombre que nace en la decadencia de los imperios, y no descubre en los tiempos futuros mas que revoluciones probables, no puede en efecto encontrar ningun placer en ver crecer á los herederos de un porvenir tan triste. Hay épocas en que debe decirse con el profeta: »¡Bienaventurados los muertos!»

M. Laborde no se verá precisado á trazar en su obra cuadros tan aflictivos. Desde los primeros pasos le detienen recuerdos nobles y apacibles: allí están las pomas de oro de las Hespérides; allí está aquella Bética cantada por Homero y embellecida por Fenelon. »El rio Bétis discurre por un pais fértil, y bajo un cielo apacible, y siempre sereno.... Aquel pais pa-

línea de El-fy-Bey. En este lance estaba con nosotros M. Caffé, comerciante de Roseta, que sin embargo de ser ya hombre de alguna edad y padre de familia, no dejó de arriesgar su vida por nosotros con la jenerosidad propia de un frances. Le nombro con mucho placer, porque ha hecho grandes servicios á todos nuestros compatriotas.

(1) Labradores ejiptios.



»rece que haya conservado las delicias de la edad de oro (1), &c.....» Preséntase en seguida aquel Anibal, cuyo poderoso odio salvó los Pirineos y los Alpes, y no quedó saciado con la sangre de tantos millares de romanos degollados en Canas y en Trasimeno. Escipion comenzó en España aquella noble carrera, cuyo término y recompensa debian ser el destierro, y la muerte en el destierro. Sertorio luchó en los campos iberos contra el opresor del mundo y de su patria. Quería marchar contra Sila, y

Pedirle junto al Tiber, lanza en mano,  
Satisfaccion por el honor romano.

Sucumbió en su empresa; mas es probable que no habia contado con el éxito: habia consultado tan solo su deber y la santidad de la causa, que ya solo él podia defender. Hay algunos altares, como el del honor, que aunque abandonados, reclaman todavía sacrificios; porque si bien el templo está desierto, el Dios existe todavía. Donde quiera que queda una suerte á la fortuna, ya no hay heroismo en acometer la empresa. Las acciones magnánimas son aquellas cuyo resultado previsto son la desgracia y la muerte. Y sobre todo, ¿que importan los reveses, si nuestro nombre, pronunciado en la posteridad, hace palpitar un corazon jeneroso dos mil años despues de nuestra vida? No dudamos que en tiempo de Sertorio las almas pusilánimes, que toman por razon su misma bajeza, encontrarían ridículo que un ciudadano obscuro

(1) Telémaco.

osara luchar solo contra todo el poder de Sila; pero felizmente la posteridad juzga de otro modo las acciones de los hombres, y no son la cobardía y el vicio los que pronuncian en último recurso sobre el valor y la virtud.

Esa tierra de España producía tan de suyo los corazones magnánimos, que se vió al belicoso cántabro, *bellicosus cantaber*, defender á su vez sus montañas contra las lecciones de Augusto; y el país que debía producir un día al Cid y á los caballeros *sin miedo*, dió al universo romano un Trajano, un Adriano y un Teodosio.

Después de la descripción de los monumentos de esta época, pasará M. de Laborde á los dibujos de los monumentos moriscos, que es la parte mas rica y mas nueva de su obra. Por mi parte debo confesar que los palacios de Granada me interesaron y sorprendieron, aun después de haber visto las mezquitas del Cairo y los templos de Atenas. La Alhambra parece la habitación de los jeníos: es uno de aquellos edificios descritos en las *Mil y una noches*, que cree uno verlos, no tanto en realidad como en sueños. Es imposible formarse una idea exacta de aquellos calados, de aquella arquitectura afiligranada, de aquellos baños, de aquellas fuentes, de aquellos jardines interiores, en donde los naranjos y los granados silvestres se confunden con aquellas ligeras ruinas. Nada iguala á la finura y variedad de los arabescos de la Alhambra. Los muros cargados de estos ornamentos se parecen á aquellas estofas orientales que bordan para disipar el tedio del harém unas mujeres esclavas. Un no sé qué de



voluptuoso, religioso y guerrero forma el carácter de aquel singular edificio, especie de claustro de amor, donde se miran todavía bosquejadas las aventuras de los Abencerrajes; retiros donde el placer y la crueldad habitaban juntos, y donde el rey moro hacia muchas veces caer en el estanque de mármol la hermosa cabeza que acababa de acariciar. Es de desear que un talento delicado y feliz nos pinte algún día aquellos májicos lugares.

La tercera época del *Viaje pintoresco de España* comprenderá los mónumentos góticos. No tienen estos la pureza de estilo y las admirables proporciones de la arquitectura griega y toscana; pero sus relaciones con nuestras costumbres les dan un interes mas tierno. Siempre recordaremos el placer con que cuando saltamos en tierra en la isla de Rodas, encontramos una pequeña Francia en medio de la Grecia.

Procedo, et parvum Trojam, simulataque magnis  
Pergama, &c.

Recorrimos con unos recuerdos mezclados de ternura una larga calle, llamada todavía la calle de los Caballeros, la cual está formada de palacios góticos, cuyas paredes se hallaban cubiertas de escudos de armas de las primeras familias de Francia, y de divisas en lengua gálica. Mas lejos existe una pequeña capilla habitada tan solo por dos pobres religiosos: se halla dedicada á San Luis, cuya imájen se encuentra por todo el Oriente, y cuyo lecho mortuorio vimos en Cartago. Los turcos que han mutilado en todas partes los mo-

numentos de la Grecia, han respetado los de la caballería; el valor de los infieles se admiró del honor cristiano, y los saladinós han perdonado á los Couci.

El que ha tenido la dicha de ver la luz en el país de Bayardo y de Turena, ¿como podría ser indiferente á la menor circunstancia que recuerde su memoria? Encontrándome en Belen, pronto á partir para el mar Muerto, me dijeron que habia en el convento un padre frances. Manifesté deseo de verle; y se me presentó un religioso de edad como de unos cuarenta y cinco años, y semblante grave y tranquilo. Sus primeros acentos me conmovieron todo; porque jamás he oido en el extranjero una voz francesa, sin experimentar la mas viva emocion: siempre he estado pronto á esclamar como Filoctetes:

Ω φίλτατον φώνημα φεύ τὸ καὶ λαβῶν  
Πρόσφθεγμα τοιοῦδ' ἀνδρὸς ἐν χρόνῳ μακρῷ.

Despues de tanto tiempo,  
¡Cuan cara es esta voz á mis oidos!

Hícele algunas preguntas, á las que satisfizo, diciéndome que se llamaba el *P. Clemente*; que era de las cercanías de Mayena; que hallándose en un convento de Bretaña, fue deportado á España en tiempo de la revolucion con otros cien sacerdotes; y que habiendo sido recibido en un convento de su orden, los superiores le enviaron despues como misionero á la Tierra-Santa. Yo le pregunté si tenia deseos de volver á su patria, y si queria escribir á su familia, y me respondió con estas mismas palabras: »¿Y quien se



»acordará todavía de mí en Francia? ¿se yo por ventura si tengo algun hermano? Espero obtener por los méritos del pesebre del Salvador, la fortaleza necesaria para morir aqui sin ser molesto á nadie, ni pensar en un pais que me ha olvidado ya.”

La conmocion del padre Clemente era tan visible al llegar á estas palabras, que le fue preciso retirarse. Corrió á encerrarse en su celda, y no quiso volver á presentarse; porque nuestra presencia habia despertado en su corazon unos sentimientos que trataba de sofocar. ¿A que parte del mundo no han arrojado nuestras borrascas á los hijos de San Luis? ¿que desierto no los ha visto llorando su tierra natal? Un frances llora hoy la pérdida de su pais en las mismas orillas en que tristes recuerdos inspiraron en otro tiempo el mas hermoso de los cánticos sobre el amor de la patria:

**Super flumina Babylonis!**

Pero estos hijos de Aaron, que colgaron sus arpas de los sauces de Babilonia, no todos volvieron á la ciudad de David; estas hijas de Judea, que esclamaban en las orillas del Eufrates:

¡Riberas del Jordán! campos amados  
Del cielo, &c.

Estas compañeras de Esther no todas volvieron á ver á Emaüs y á Betel; muchas dejaron sus restos en los campos de la cautividad; y de ahí es, que lejos de la Francia encontramos el sepulcro de dos nuevas israelitas:

Lyrnessi domus alta, solo Laurente sepulchrum!

Nos estaba reservado encontrar en medio del mar Adriático el sepulcro de dos hijas de reyes, cuya oracion fúnebre habíamos oido en un desvan de Londres (1). ¡Ay! al menos la tumba que encierra aquellas nobles damas, habrá visto una vez interrumpido su silencio, y el eco de los pasos de un frances habrá conmovido en su féretro á dos francesas. Los respetos de un pobre caballero en Versalles, hubieran sido muy poca cosa para unas princesas; la oracion de un cristiano en tierra extranjera, quizá habrá sido agradable á unas santas.

M. de Laborde me perdonará estas digresiones. Es viajero como yo, y ¡cuanto no tiene que contar el que viene del pais de los árabes! A juzgar por la introduccion del *Viaje pintoresco*, nos parece que el ingenio del autor es eminentemente adecuado para pintar los siglos de los Pelayos y de los Alfonsos, y transmitir á sus dibujos la espresion de los tiempos y de las costumbres. Todo revela en él un escritor que siente lo que dice. Se puede contar con su constancia en los trabajos; pues no parece que los cuidados de la ambicion le hayan desviado de los senderos del estudio. Sin duda ha tenido presentes los versos del poeta:

Lieto nido, esca dolce, aura cortese,  
Bramano i cign', e non si va in Parnasso  
Con le cure mordaci.

(1) SS. AA. Victoria y Adelaida de Francia, tias de Luis XVI.



Esperamos, pues, que nos bosquejará de un modo digno aquellas hazañas que inspiraron á nuestros trovadores el canto de Roldan, á nuestros señores de Joinville sus antiguas crónicas, á nuestros condes de Champagne sus baladas en lenguaje antiguo, y al Tasso ese poema lleno de honor y de caballería, que parece escrito sobre un escudo; nos dirá aquellos dias en que el valor, la fe y la lealtad lo eran todo; en que el desleal y el cobarde se veian obligados á sepultarse en un claustro, y no se contaban ya entre los vivientes. »Dos modos hay de salir de la vida, dice Shakspeare: la vergüenza y la muerte, *shame and death.*»

En fin, en la cuarta época del Viaje, dará el autor las vistas de los monumentos modernos de España, entre los cuales es sin duda el mas notable el Escorial, edificado por Felipe II en las desiertas montañas de Castilla la Vieja. La corte pasa todos los años una temporada en aquel monasterio, como para dar á unos solitarios muertos al mundo el espectáculo de todas las pasiones, y recibir de ellos aquellas lecciones de que nunca se aprovechan los grandes. Allí se ve tambien el panteón, donde los reyes de España están sepultados en sepulcros iguales, dispuestos en escalones unos encima de otros; de modo que todo aquel polvo está rotulado, y ordenado como las curiosidades de un museo. Hay algunos sepulcros vacíos para los soberanos que no han descendido todavía á aquella mansion; ¡y la reina actual ha escrito su nombre sobre el que le está destinado!

Y no solo nos dará el autor los diseños de tantos edificios; sino que como, á lo que parece, posee co-

nocimientos muy variados, se ocupará tambien en la numismática y las inscripciones, en cuyo jénero es España muy rica. Ponze ha hecho muchas investigaciones sobre este objeto; pero está muy lejos de haberle agotado: y es sabido ademas que sobre el monumento mas conocido, pueden hacerse cada dia descubrimientos enteramente nuevos. Asi, por ejemplo, el Instituto de Egipto no pudo leer sobre la columna de Pompeyo, en Alejandría, la inscripcion borrada que unos oficiales ingleses sacaron despues en yeso.

Pococke habia sacado algunas letras, sin pretender esplicarlas; otros muchos viajeros la habian tambien descubierto: M. Sonnini es el único que nada pudo descubrir sobre la base en que está grabada. Por lo que á mí hace, he descifrado distintamente con la simple vista muchos rasgos, y entre otros el principio de esta palabra ΔΙΟΚ, que es decisivo. Como esta inscripcion de una coluna célebre es poco ó nada conocida en Francia, me parece oportuno trasladarla aqui.

Se lee:

ΤΟ... ΩΤΑΤΟΝ, ΑΥΤΟΚΡΑΤΟΡΑ  
 ΤΟΝ ΠΟΛΙΟΥΧΟΝ, ΑΛΕΞΑΝΔΡΕΙΑΣ  
 ΔΙΟΚ. Η. ΙΑΝΟΝΤΟΝ... ΤΟΝ  
 ΠΟ... ΕΠΑΡΧΟΣ ΑΙΓΥΠΤΟΥ.

Ante todo debe suplirse á la cabeza de la inscripcion la palabra ΠΡΟΣ; despues del primer punto, Ν. ΣΟΦ; despues del segundo, Α; despues del tercero, Τ; al cuarto, ΑΥΓΟΥΣ; al quinto, en fin, es menester añá-



dir ΔΙΩΝ. Se ve, pues, que solo hay aqui de arbitrario la palabra ΑΥΤΟΥΡΟΝ, que por otra parte es de poca importancia; y de consiguiente puede leerse:

ΤΟΝΣΟΦΩΤΑΤΟΝΑΥΤΟΚΡΑΤΟΡΑ  
 ΤΟΝΗΘΑΙΟΥΧΟΝΑΛΕΞΑΝΔΡΕΙΑΣ  
 ΔΙΟΚΛΗΤΙΑΝΟΝΤΟΝΑΥΤΟΥΥΣΤΟΝ  
 ΗΘΑΙΩΝΕΠΙΛΑΡΧΟΣΑΙΓΥΠΤΟΥ.

Esto es:

»Al muy sábio emperador, protector de Alejandria, DIOCLECIANO AUGUSTO, Polion, prefecto de Egipto.»

De este modo quedan disipadas todas las dudas suscitadas sobre la columna de Pompeyo. Pero ¿nada dice la historia sobre este objeto? A mí me parece que en la vida de un padre del desierto, escrita en griego por un contemporáneo, se lee que en un temblor de tierra que hubo en Alejandria, cayeron todas las columnas, menos la de Diocleciano.

A pesar de la necesidad de descanso que tenemos, hemos sentido un verdadero placer en anunciar la magnífica obra de M. Laborde, de la cual se publican hoy las dos primeras entregas. En mi concepto puede tenerse entera confianza en la completa publicacion de esta obra; porque no se trata de una especulacion mercantil, sino de la empresa de un literato ilustrado que entra en este trabajo con las luces suficientes, y dedica á él los restos de una gran fortuna. Emplear de este modo las ruinas de las riquezas, es hacer un cargo

bien noble á esa revolucion que ha cegado las principales fuentes, Cuando se acuerda uno de que los dos hermanos de M. Laborde perecieron en el viaje de M. de La-Peyrouse, víctimas del ansia de instruirse, ¿como no conmoverse al ver al tierno renuevo de una familia amiga de las artes, consagrarse á un jénero de fatigas y de estudios, que ya ha sido fatal á sus hermanos?

Sic fratres Helenae. . . . .

Ventorumque regat pater

. . . . .

Navis. . . . .

. . . . . Finibus Atticis

Reddas incolumem, precor!

Parece que en el dia sea una obligacion el encontrar lunares en las obras mas perfectas; y para cumplir este triste deber de la crítica, observaremos que en las estampas de esta primera entrega se nota tal vez cierta sequedad; pero tambien debe decirse que este defecto nace de la misma naturaleza de los objetos representados. Fácil hubiera sido al autor el comenzar su publicacion por las vistas de la Alhambra, ó de la catedral de Córdoba; pero superior á estas bachillerías de la crítica, ha seguido el órden de los monumentos; y este órden le ha precisado á dar ante todo vistas de ciudades, las cuales son naturalmente frias y faltas de espresion. Barcelona, privada del movimiento y del bullicio, solo puede ofrecer un monton innoble de edificios.

Por otra parte, el mismo cargo de sequedad puede



hacerse á las vistas de todas las ciudades. En este momento tengo delante de los ojos una vista de Jerusalem sacada del *Viaje pintoresco de Siria*; y cualquiera que sea el mérito de los artistas, no conozco en ella la situacion terrible, y el carácter particular de la ciudad santa.

Vista Jerusalem desde el monte de las Olivas, á la otra parte del valle de Josafat, presenta un plano inclinado sobre un piso que desciende de poniente á levante. Una muralla almenada, fortificada con algunas torres, y un castillo gótico, encierran enteramente la ciudad, dejando sin embargo fuera una parte del monte Sion, que en otro tiempo comprendia.

En la rejion de poniente, y en el centro de la ciudad, cerca del Calvario, las casas están bastante juntas; mas al levante y á lo largo del valle de Cedron, se descubren algunos espacios vacíos, y entre otros el recinto que corre alrededor de la mezquita edificada sobre las ruinas del templo, y el terreno casi abandonado donde se elevaba la torre Antonia y el segundo palacio de Herodes.

Las casas de Jerusalem son unas masas pesadas, cuadradas, muy bajas, sin chimeneas ni ventanas, y terminan en terrados ó en cúpulas, siendo muy parecidas á unas prisiones ó sepulcros. A la vista todo pareceria hallarse á un nivel si los campanarios de las iglesias, los minaretos de las mezquitas, las cimas de algunos cipreses y los matorrales de nopales, no rompiesen la uniformidad del plano. A la vista de aquellas casas de piedra, encerradas en un paisaje tambien de piedra, cualquiera creeria que aquello no era otra

cosa que los monumentos confusos de un cementerio en medio de un desierto.

Si entramos en la ciudad, nada nos consuela de su tristeza exterior: allí se pierde uno entre callejones sin pavimento, que suben y bajan sobre un terreno desigual, y marcha entre remolinos de polvo, ó pisando guijarros. Las telas tendidas de una casa á otra, aumentan la obscuridad de aquel laberinto: algunos bazares abovedados é infectos, acaban de quitar la luz á la desolada ciudad; mezquinas tiendas ofrecen á la vista objetos miserables; y aun estas tiendas se hallan muchas veces cerradas por si pasa por allí un cadí. No se ve á nadie en las calles ni en las puertas de la ciudad; algunas veces solo un paisano se desliza entre las sombras, escondiendo bajo su traje el fruto de su trabajo, temeroso de que se lo robe algun soldado; en un rincon separado, el carnicero árabe está degollando alguna res suspendida de las patas á un muro ruinoso. El semblante huraño y feroz de aquel hombre, y sus manos llenas de sangre, mas parece que anuncien que acaba de matar á uno de sus semejantes, que de degollar un cordero. El único ruido que se escucha alternativamente en la ciudad deicida, es el galope de la yegua del desierto, el del jenizaro que lleva la cabeza del beduino, ó va á robar al fellah.

En medio de esta desolacion extraordinaria, es menester detenerse un momento para contemplar algunas cosas que todavia lo son mas. Entre las ruinas de Jerusalem, dos especies de pueblos independientes encuentran en su fe la fortaleza necesaria para sobrellevar tantos horrores y miserias. Allí viven unos religio-



sos cristianos, á quienes nada basta á hacerles abandonar la tumba de Jesucristo, ni las espoliaciones, ni el duro trato, ni las amenazas de muerte. Sus cánticos resuenan dia y noche alrededor del Santo Sepulcro: robados por la mañana por un gobernador turco, la noche los encuentra al pie del Calvario orando en el sitio en que Jesucristo padeció por la salud de los hombres. Su frente está siempre serena, la sonrisa mora en sus labios; reciben al extranjero con alegría, y sin fuerzas y sin soldados, protejen contra la iniquidad pueblos enteros. Perseguidos por el baston ó por el sable, las mujeres, los niños y los ganados se refugian en los claustros de aquellos solitarios. ¿Y quien impide al infiel armado que persiga su presa y derribar tan débiles murallas? La caridad de aquellos religiosos, los cuales se privan de los últimos recursos de la vida para rescatar á sus protegidos. Turcos, árabes, griegos, cristianos y cismáticos, todos imploran la proteccion de unos pobres religiosos que no pueden defenderse á sí mismos; y aqui es en donde debemos reconocer con Bossuet, »que unas manos levantadas al »cielo rompen mas batallones que las manos armadas »de dardos.”

Entre tanto que la nueva Jerusalem sale asi *del desierto brillante de esplendor*, dirijamos una mirada entre el monte de Sion y el templo, y contemplemos otra pequeña poblacion que vive separada del resto de los habitantes de la ciudad. Objeto particular de toda suerte de desprecios, sufre sin pedir justicia todas las vejaciones, se deja matar á golpes sin quejarse, y si le piden la cabeza, presenta el cuello á la cimitarra.

Cuando muere algun miembro de esta sociedad pros-crita , su compañero va durante la noche á enterrarle furtivamente en el valle de Josafat , á la sombra del templo de Salomon. Penetremos en la morada de ese pueblo , y le encontraremos sumido en una espantosa miseria , haciendo leer un libro misterioso á unos hijos , que á su vez le harán tambien leer á los suyos. Lo que este pueblo hacia ahora cinco mil años , eso es lo que hace en el día. Seis veces ha presenciado la ruina de Jerusalem , y nada basta para desalentarle , nada puede apartar sus ojos de Sion. Cuando se ve á los judíos dispersos sobre la tierra , segun la palabra de Dios , nos sorprendemos ciertamente ; mas para experimentar una admiracion sobrenatural , es menester encontrarlos en Jerusalem , es necesario ver á estos señores lejitimos de la Judea , esclavos y extranjeros en su propio pais , y aguardando en medio de su opresion un rey que debe libertarlos. Abrumados por la cruz que los condena , y se halla levantada sobre sus cabezas ; escondidos cerca del templo , del que *no queda piedra sobre piedra* , permanecen en su deplorable ceguedad. Los persas , los griegos y los romanos han desaparecido de la tierra ; y un reducido pueblo , cuyo oríjen precedió al de aquellas grandes naciones , existe aun sin mezcla entre los escombros de su patria. Si hay entre las naciones alguna cosa que tenga el carácter de milagro , yo discurro que este carácter se halla aquí : porque ¿ que cosa mas admirable puede haber aun á los ojos del filósofo que esta reunion de la antigua y de la nueva Jerusalem al pie del Calvario , la



primera afligiéndose á la vista del sepulcro de Jesucristo resucitado, y la segunda consolándose junto al único sepulcro que nada tendrá que devolver el día de la consumacion de los siglos?

SOBRE

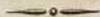
**LOS ANALES LITERARIOS,**

6

**DE LA LITERATURA**

ANTES Y DESPUES DE LA RESTAURACION;

OBRA DE M. DUSSAULT.



Febrero de 1819.

Cuando cansada la Francia de anarquía, buscó la tranquilidad en el despotismo, se formó una especie de liga de los hombres de talento para reconducirnos por las sanas doctrinas literarias á las doctrinas conservadoras de la sociedad. MM. de La Harpe, de Fontanes, de Bonald, el abate de Vauxcelles, M. Gueneau de Mussy, escribian en el *Mercurio*; MM. Dussault, Fóletz, Fiévée, Saint-Victor, Boissonade, Geoffroy, y el abate de Bulogne, combatian en el *Diario de los Debates*. »Viéronse, dice M. Dussault, hablando de aquella »época tan notable para las letras, algunos talentos de »primer orden entrar en aquella liza de los escritos periódicos, para combatir en ellos todos los falsos sistemas....»

»Todo el sistema de la opinion pública se reducía,



»por decirlo así, á reconstruir. El error y el mal sentido lo habian infectado todo en política, en moral y en literatura; los verdaderos principios en todos jéneros eran despreciados, proscritos, olvidados; habianse roto todas las garantías y vínculos del orden social, y las reglas del buen gusto, más enlazadas de lo que se cree con los demás elementos conservadores de la sociedad, habian sufrido el destino comun.”

La literatura revolucionaria quedó confundida, y al mismo tiempo que se restauró el gusto en el estilo, recobró tambien el orden el estado.

Bonaparte favorecia esta esperiencia, aunque estaba bien persuadido de que casi todos los que la sostenian eran enemigos de su gobierno. »En Francia hay dos literaturas (decia un dia á M. de Fontanes): la pequeña y la grande; yo cuento con la pequeña, mas la grande no está por mí.” Y sin embargo dejaba obrar á esta literatura que no estaba por él; pero que reorganizaba los principios de la monarquía, destruyendo los de la revolucion; pues como queria reinar, le importaba poco recibir el poder de ésta ó de la otra mano. En el dia tambien está por el gobierno la pequeña literatura: la grande calla.

Existe un monumento precioso del estado de la literatura en tiempo de Bonaparte, y es la coleccion que dejamos citada. Si la mayor parte de los artículos que componen los *Anales literarios* se escribieran hoy, no solo se gritaría: ¡goticismo, fanatismo, reaccion! mas es probable que la censura no los pasara. ¿Que censor, por ejemplo, se atreveria á dejar correr el trozo siguiente?

» Yo tengo para mí, dice el autor de los *Anales literarios*, que nuestros prudentes pensadores, no pueden pronunciar sin cierto terror secreto el nombre de Boileau; porque deben temer que salga de su sepulcro para arrancarles la máscara. ¡Cuanta materia en efecto no hubiera ofrecido á su númen satírico el último siglo! ¡Cuántos malos escritores hubiera encontrado en que cebar su crítica bajo los estandartes de la filosofía! ¡cuántos charlatanes hubiera descubierto, cuántas pretensiones hubiera confundido, cuántas imputaciones injustas hubiera derribado! ¡Con que ojos hubiera visto, con que rasgos de ridículo hubiera marcado á un preceptor inflamado como Tomas, un declamador frenético como Diderot, un culto acicalado como d'Alembert, un visionario como Helvecio, y esos autores de tragedias á la Shakspeare, y esos zurcidores de dramas tan fastidiosos como lúgubres; esos traficantes de comedias de garapiña; esa turba de intrigantes literarios de toda especie, que conocian tan poco el arte de escribir, como diestros eran en el de formarse reputaciones; esa multitud de Cottins y Pelletiers modernos, que se apoderaban asututamente de la admiracion de un siglo que solo debia despreciarlos! Mas ya que la naturaleza no prodiga los hombres como Boileau, y puesto que ordinariamente no produce dos talentos de esta fuerza en un tiempo tan limitado, figurémonos únicamente á Voltaire con el raro talento que tenia, y de que tanto abusó, para manejar el ridículo, dirijiendo esta misma arma, tan temible en sus manos, contra aquellos de quienes se habia declarado apoyo y jefe, bur-



»lándose de ellos en público como se burlaba algunas  
»veces en secreto. ¿Se creerá tal vez que todo ese edifi-  
»cio de reputaciones facticias construidas sobre la arena  
»y el fango, hubiera podido resistir á sus tiros? Si Vol-  
»taire hubiera dirigido contra la falsa y peligrosa filo-  
»sofia de su siglo la mitad del ingenio que prodigó  
»contra las instituciones mas útiles y sagradas, se ha-  
»bian acabado tan bellos sistemas, tan brillantes cele-  
»bridades, y toda esa sublime doctrina, cuyos efectos  
»no hemos podido apreciar despues de haber admira-  
»do con tanta estupidez sus teorías.”

Lo repetimos: si hoy se presentan semejantes ar-  
tículos á la censura, se verá en ellos una conspiracion  
contra el rey, la destruccion de la carta, el restable-  
cimiento de los frailes y del feudalismo.

Sin embargo, en la época en que se manifestaban  
estos pensamientos, parecian á todos tan naturales, que  
apenas sufrieron contradiccion alguna. M. de Barante,  
en una obra notable sobre la *Literatura francesa en el  
siglo XVIII*, no habla con mas miramiento de los es-  
critores de aquella época: »Estos, dice, eran unos es-  
»critores que vivian en medio de una sociedad frívo-  
»la; estaban animados de su mismo espíritu; eran los  
»órganos de sus opiniones; escitaban y participaban de  
»un entusiasmo, que se aplicaba á la vez á las cosas  
»mas frívolas y á los objetos mas graves; juzgaban de  
»todo con facilidad, cediendo á impresiones rápidas y  
»momentáneas; se cuidaban poco de las cuestiones que  
»habian sido ya debatidas anteriormente; propendian á  
»una duda lijera, que no era la indecision filosófica,  
»sino mas bien un partido de no creer que anticipada-

»mente se tomaba; en fin, el nombre de filósofo, no  
»se concedió nunca tan barato.”

Los filósofos que habian adquirido su nombre á tan poca costa, merecian sobradamente que les quitasen la máscara los que habian sido víctimas de sus principios. Viendo la liga que se habia formado contra estos primeros autores de nuestros males, el crítico á quien debemos los *Anales*, se cree seguro del triunfo. «Ya todos, dice, se han desengañado del charlatanismo literario y de la bribonería filosófica.... ¡Que singular espectáculo ofrecia la literatura francesa! Viose á miserables poetastros, que solo tenian en la cabeza algunos emistiquios; forjadores de malas tragedias, llenos de orgullo y vacíos de ideas, autorcillos de versos galantes, repletos de suficiencia, creerse lejisladores..... Un público, dicen, es lo que falta á nuestra literatura..... Con efecto, señores, un público falta á vuestra literatura, y este público le saltará por largo tiempo; porque en el día todo el mundo está ya completamente desengañado de vuestras locas ideas, y de todos vuestros vanos sistemas.”

¡Cuan cierto es lo que dijo el autor! Mas ¿podia él prever que estas doctrinas que parecian destruidas para siempre, estaban tan próximas á renacer? ¿podia adivinar que esas hijas ilegítimas de nuestras desgracias volverian á aparecer con la lejitimidad?

¿Quiere hacerse una confrontacion curiosa? Pues léanse los artículos de los *Anales literarios*, y compárense con los que publican nuestros periódicos censurados, en los que se predica abiertamente la democracia. La censura imperial que dejaba pasar los artícu-



culos monárquicos, suprimia los democráticos; y esto á lo menos era lójico en un gobierno despótico.

Recorriendo los *Anales literarios*, puede hacerse todavía otra observacion: por todas partes se anuncia la reimpression de los autores del siglo de Luis XIV, y ahora se reimprimen los autores del siglo XV: se trataba de conservar, ¿se querrá destruir?

Hoy dia, en que los buenos estudios siguen el curso de todas las demas cosas, la publicacion de los *Anales* es un verdadero servicio que se hace á las letras; porque en esta coleccion se encuentra la tradicion de las sanas doctrinas, un juicio seguro, un gusto formado en la mejor escuela, un estilo claro, escelente, sobre todo en lo grave, y un espíritu de crítica y un talento, al que suministra la razon una elocuencia natural. Se establece, sin embargo, en los *Anales* un principio que yo no puedo enteramente adoptar. El autor cree que la critica solo sofoca á los malos escritores, y solo es temible á las medianías. No soy absolutamente de esta opinion.

Al salir del siglo de la falsa filcsofia, era útil sin duda tratar con rigor á unos libros y unos hombres que nos han causado tantos males, reducir á su justo valor tantas reputaciones usurpadas, y hacer bajar de su pedestal á tantos ídolos que recibieron nuestro incienso al mismo tiempo que les ofrecíamos nuestras lágrimas. Mas ¿no seria de temer que esta severidad continua de nuestros juicios nos hiciese contraer un desabrimiento habitual, de que ya no fuese fácil despojarnos en lo sucesivo? El único medio de impedir que esta afeccion adquiriera sobrado imperio sobre nosotros,

seria acaso el abandonar la frívola y fácil crítica de los defectos, por la grande y difícil crítica de las bellezas. Los antiguos, nuestros maestros, nos ofrecen en esto, como en todo, su mismo ejemplo, que debemos seguir. Aristóteles dedica el capítulo xxiv de su *Poética* á buscar el modo de escusar ciertas faltas de Homero, y encuentra nada menos que doce respuestas que dar á los censores: injenuidad interesante en un hombre tan grande. Horacio, cuyo gusto era tan delicado, no quiere ofenderse de algunos lunares. *Non ego paucis offendar maculis*. Quintiliano encuentra que elojjar hasta en los mismos escritores que condena; y si reprueba en Lucano el arte del poeta, reconoce el mérito del orador: *Magis oratoribus quam poetis enumerandis*. Por muy excelente que sea una censura, no consigue su objeto si es sobrado áspera; porque queriendo corregir al autor, le irrita, y por esto mismo le confirma en sus defectos, ó le desanima; que es una verdadera desgracia si se trata de un hombre de talento.

Parece, pues, que debe aplaudirse con franqueza lo que se encuentre bueno en un escritor, y reprenderse con miramiento y urbanidad lo malo. Racine, que en su edad madura era modelo de naturalidad y sencillez, no estuvo esento de afectacion y refinamiento en su juventud. Y ¿hubiera conseguido Boileau volver á los principios del gusto á Racine, si no hubiese hecho mas que reprender con acrimonia los vicios de estilo del jóven poeta? Sin duda que no; mas al mismo tiempo que reprendia al autor de la *Thebaida*, dirijia estos versos al de la *Fedra*:



¿ Contra tus versos que hace la ignorancia ?

Al Parnaso frances honra tu vena,

Contra conspiraciones te mantiene,

Y te alcanza una fama venidera.

Y ¿ quien al contemplar ese quebranto,

Ese dolor de la incestuosa Fedra,

Pérfida á pesar suyo , no se pasma

De tu talento y singular tarea ?

¿ Quien no ha de bendecir el noble siglo

Que ilustras con tu estudio y con tu ciencia,

Que ve nacer de tu fecundo jenio

Pomposas maravillas en ideas ?

Bossuet, como ya se ha dicho, fue en su juventud uno de los *cultos* del palacio de Rambouillet. Si la crítica sobrado dura de algunas frases estravagantes, hubiese impacientado á un hombre tan fogoso como el obispo de Meaux, ¿ le hubiera corregido ? No, ciertamente. Mas aquel jenio impetuoso, no encontrando al principio de su carrera mas que benevolencia y admiracion, se sometió naturalmente á esa razon que viene con los años, se fue depurando por grados, y no tardó en brillar con toda su magnificencia; bien asi como un rio que al apartarse de su orijen depone poco á poco el cieno que enturviaba sus aguas, y cuando llega á la mitad de su curso, se encuentra tan cristalino como profundo y majestuoso.

Esto no es una simple figura retórica, es un hecho; pues los pasajes mas defectuosos de los *Sermones* de Bossuet, han venido á ser los trozos mas perfectos de sus *Oraciones fúnebres*. Si Bossuet solo fuese conocido en el dia por los *Sermones*, ¿ seriamos bastante justos

para notar los rasgos que admiramos en las *Oraciones*? Lo malo ¿no nos impediría ver lo bueno? Y en nuestra repugnancia, ¿no confundiríamos los defectos con las bellezas?

Una crítica sobrado severa puede tambien perjudicar de otro modo á un escritor orijinal; porque hay algunos defectos que son inherentes á ciertas bellezas, y que, por decirlo así, forman la naturaleza y la constitucion de ciertos ingenios; de manera que el que se obstine en hacer desaparecer los unos, destruirá precisamente las otras. Quitense á La Fontaine sus incorrecciones, y perderá una parte de su sencillez; hágase menos familiar el estilo de Corneille, y quedará menos sublime. Mas esto no quiere decir que sea preciso ser incorrecto y poco elegante; se dirige tan solo á manifestar que en los talentos de primer órden la incorreccion, la familiaridad, y cualquier otro defecto, pueden provenir, por combinaciones inesplicables, de algunas cualidades eminentes. »Cuando veo, dice Montaigne, esas atrevidas formas de esplicarse, tan vivas y tan profundas, no llamo á eso hablar bien, sino pensar bien.» Hostigado Rubens por la crítica, quiso dibujar con mas correccion algunos de sus cuadros; pero ¿que le sucedió? Una cosa notable: no alcanzó la pureza de dibujo á que aspiraba, y perdió el brillo del colorido.

Indulgencia, pues, ó crítica moderada con los *verdaderos* talentos en el momento en que sean reconocidos. Esta indulgencia es por otra parte una débil compensacion de los sinsabores de que se halla sembrada la carrera de las letras. No bien goza un autor de



esa celebridad, que es objeto de todos sus deseos, cuando ya le parece tan inútil y vana, como es en realidad para la felicidad de la vida. ¿Podrá tal vez esa celebridad indemnizarle y consolarle de la tranquilidad que le arrebató? ¿Llegará él jamás á saber si dicha nombradía proviene del espíritu de partido, de circunstancias particulares, ó si es una gloria verdadera, fundada en títulos reales? ¡Como! ¡cuando se ven tantos libros malos que han tenido un éxito prodijioso! ¿Que valor puede atribuirse á una celebridad que se parte muchas veces con una turba de hombres medianos ó deshonorados? Y á todo esto deben allegarse las penas secretas con que las musas se complacen en allijir á los que se dedican á su culto, la pérdida del descanso, la alteracion de la salud. ¿Quien querría cargar con tantos males por las inciertas ventajas de una reputacion que no es seguro obtener, disputada durante la vida del autor, y que la posteridad no confirmará tal vez hasta despues de su muerte? Porque por muy brillante que sea el éxito de una obra, jamás puede dar al escritor la certidumbre de su talento; solo la duracion de este éxito le revelará lo que vale. Mas, ¡otra miseria! el tiempo que hace vivir la obra, mata al autor, el cual muere antes de saber que es inmortal.

Mucho se engañaría el que creyese que con estas reflexiones me propongo rebajar la gloria de las letras. Todo lo contrario: esta es en mi concepto la primera de todas las glorias. Disponer de la opinion pública, dominar los espíritus, conmover las almas, estender este poder á todos los tiempos y lugares, es cosa á que no hay imperio alguno que pueda compararse; y el que

la posee puede arrostrar todos los infortunios de la vida. »Epicteto, dice el epitafio griego, cojo, esclavo, »pobre como Iro, era sin embargo favorecido de los »dioses!» ¿Pero se cuentan muchos de esos jenios que nacen reyes, y á quienes pertenece el poder por derecho de naturaleza? En un número inmenso de escritores, si algunos pocos son favorecidos del cielo, es indispensable que los otros sigan una carrera en que, inútiles á la sociedad, solo encuentren miseria, olvido, ridículo; una carrera en que el amor propio ofendido puede hacerlos los mas desgraciados, y algunas veces los mas malos de los hombres. La suerte de una cédula favorable entre mil adversas, es sobrado desventajosa para probarla:

«Seamos antes albañiles.»

Nos ha sucedido haber anunciado con bastante exactitud el porvenir político de la Francia; y mas fácil es todavía pronosticar su porvenir literario. La especie de impotencia en que nos ha puesto hoy el estéril sistema de nuestra administracion, es un accidente que pasará con este sistema; pero siempre quedará en nuestras letras la flaqueza de la vejez y la consuncion de la caducidad. No será ciertamente inútil para su celebridad el que M. Dussault haya venido á ilustrar nuestra literatura en nuestros últimos tiempos con MM. de Fontanes y de La Harpe; pero lo será para nosotros, porque solo ha podido derramar luz sobre ruinas. Despues del siglo de Augusto, dió Quintiliano lecciones de gusto á los que no podian aprovecharse de



ellas; y así se vió también á las artes, en tiempo de Adriano, reproducir por un momento los bellos tiempos de la Grecia:

Alguna vez un poco de verdura  
Ríe de nuestro campo sobre el hielo,  
Consuela un poco, y dá feliz ventura,  
Pero muy pronto se marchita el suelo.

Iremos sumerjiéndonos mas y mas en la barbarie. Todos los jéneros están ya agotados: ya no gustan los versos; las obras mas acabadas de la escena tardarán poco en fastidiarnos; y, como todos los pueblos degenerados, pararemos en preferir pantomimas y combates de fieras, á los espectáculos inmortalizados por el genio de Corneille, de Racine y de Voltaire. Yo he visto en Aténas la choza de un santón colocada en lo alto de una cornisa del templo de Júpiter Olímpico; en Jerusalem la guarida de un cabrero entre las ruinas del templo de Salomón; en Alejandria la tienda de un beduino al pie de la columna de Pompeyo, y en Cartago un cementerio de moros entre los restos del palacio de Dido: así acaban los imperios.

Confieso que me he detenido con cierto placer, que no dejaba de estar mezclado con alguna pena, en los *Anales literarios*; me he acordado de los tiempos en que también combatía en favor de la monarquía con las únicas armas que nos eran entonces permitidas, en que procurábamos despertar el sentimiento relijioso en el corazón de los franceses, para que dirijiesen una mirada sobre lo pasado, para disponerlos á enternecerse con la memoria de las cenizas de sus padres; para

recordarles que todavía existian algunos vástagos de aquellos reyes, bajo cuyo gobierno habia logrado la Francia tanta felicidad y tanta gloria. El autor de los *Anales* anunció estas obras, fruto de la desgracia mas bien que del talento. Leyendo de nuevo lo que tenia á bien decir de mí, y recordando aquellos dias de juventud, de amistad y de estudio, no me sorprende el sentimiento que me causa su memoria: entonces me halagaba la esperanza.



## SOBRE UNA OBRA

**DEL SR. CONDE DE BOISSY-D'ANGLAS,**

TITULADA:

ENSAYO SOBRE LA VIDA, ESCRITOS Y OPINIONES

DE M. DE MALESHERBES.

Marzo de 1819.

**E**l espíritu filosófico que ha desnaturalizado nuestra literatura, ha corrompido principalmente nuestra historia; porque considerando á las costumbres como preocupaciones, ha sustituido las máximas á las pinturas, y una razon absoluta á esa razon relativa que nace de la misma naturaleza de las cosas, y forma la índole de los siglos. Este mismo espíritu, al examinar á los hombres, no los mide sino segun sus reglas, y no tanto los juzga por sus acciones, como por sus opiniones. Y algunos personajes hay á quienes solo perdona sus virtudes en consideracion á sus errores.

Estas reflexiones no son aplicables al autor del *Ensayo sobre la vida de M. de Malesherbes*. El señor conde de Boissy-d'Anglas tiene sobrado acreditado su valor y la nobleza de sus sentimientos. Seria sin embargo de desear que hubiese empezado su obra por un trozo no tan á propósito para escitar el espíritu de partido. ¿A que conducen con efecto todos esos pormenores sobre los padecimientos de los protestantes? Si es una

instruccion paternal que el *autor dirige á sus hijos*, es sobrado larga; si es un tratado histórico, es demasiado corto. La historia pide principalmente que no se disimule nada, y que no se sepulse en las sombras una parte del cuadro, al paso que la otra recibiera esclusivamente la luz. El señor conde de Boissy-d'Anglas llora sobre las proscripciones de los calvinistas, y las leyes crueles que contra ellos se dictaron; y en verdad ningun hombre honrado dejará de participar de su indignacion: mas ¿por que no refiere que los protestantes de Nimes habian degollado dos veces á los católicos, la primera en 1567 y la segunda en 1569, antes que los católicos asesinasen á los protestantes en 1572 (1)? Declama contra la *Apolojia de Luis XIV sobre la revocacion del edicto de Nantes*; mas esta Apolojia es sin embargo un escelente trozo de critica histórica. Si el abate de Caveyrac sostiene que la jornada de San Bartolomé fue menos sangrienta de lo que se ha creido, es porque felizmente este hecho está probado. Cuando la biblioteca del vaticano estaba en Paris (tesoro inapreciable, en el que casi nadie pensaba), hice yo algunas investigaciones, y encontré documentos muy preciosos sobre la jornada de San Bartolomé. Si en alguna parte debe encontrarse la verdad, es sin duda en unas cartas escritas en cifra á los soberanos pontifices, y que estaban condenadas á un secreto eterno. Pues ahora bien: en dichas car-

(1) Los protestantes de Nimes habian degollado dos veces á los católicos; y cuando ocurrió el acontecimiento de la San Bartolomé, los católicos de la misma ciudad se negaron á matar á los protestantes. Y mucho mas podria yo decir, si quisiese hablar del principio de la revolucion.



tas resulta positivamente que el hecho de San Bartolomé no fue premeditado; pues que solo fue la consecuencia imprevista de la herida del almirante, y que solo alcanzó á un número de víctimas, sobrado grande sin duda; pero mucho menor que el que traen algunos historiadores apasionados. El señor conde de Boissy-d'Anglas muestra en todas las páginas de su escrito un sincero horror á los excesos revolucionarios; pero sin embargo, si su opinion era que se ha exagerado el número de las personas sacrificadas, seria altamente injusto decir que hace la apolojia del asesinato y del crimen.

En cuanto á las leyes que pesaban sobre los protestantes en Francia, ¿eran por ventura mas rigurosas que esas famosas *leyes de descubrimientos* (laws of discovery) que oprimen aun hoy dia á los católicos de Irlanda? Por estas leyes los católicos están enteramente desarmados; son incapaces de adquirir tierras; si un hijo abjura la relijion católica, hereda todos los bienes, aunque sea el menor de los hermanos; si el hijo abjura su relijion, el padre queda sin facultad alguna sobre sus propios bienes, que pasan á su hijo, y solo percibe una pension. Ningun católico puede hacer un arrendamiento por mas de treinta y un años; los sacerdotes que celebran la misa serán deportados, y si reinciden ahorcados; si un católico posee un caballo cuyo valor esceda de cinco libras esterlinas, será confiscado en beneficio del denunciador.

¿Y que deberemos concluir de tan deplorables ejemplos? Que en todas partes se abusa de la fuerza, que en todas partes, católicos y protestantes, cuando

se dejan arrastrar de las pasiones, pueden servirse de los motivos mas sagrados para los actos mas impíos; y que en fin, la relijion y la filosofía no siempre son practicadas por santos y por sábios.

Por lo demas, no juzguemos á los hombres por lo que han dicho, sino por lo que han hecho: veamos á M. de Malesherbes salir de su retiro á la edad de setenta y dos años, para ir á ofrecer al antiguo señor, de quien casi se hallaba olvidado, la autoridad de sus canas y el apoyo de su vejez. »Cuando la pompa y »el esplendor de Versailles, dice con elocuencia M. »Boissy-d'Anglas, fueron reemplazados por la obscu- »ridad de la torre del Temple, M. de Malesherbes »pudo ser por tercera vez consejero del que se ha- »llaba sin corona y entre cadenas, del que á nadie po- »dia ofrecer otra cosa que la gloria de acabar sus dias »sobre el mismo cadalso." M. de Malesherbes escri- bió al presidente de la Convencion proponiéndole que se encargaria de la defensa del rey.

»No os pido, le decia en su carta, que partici- »peis mi oferta á la Convencion; porque disto mucho »de creerme persona de bastante importancia para que »la Convencion se ocupe en mí; pero he sido llamado »dos veces al consejo del que fue mi señor en el tiem- »po en que estas funciones eran ambicionadas de todos; »y le debo el mismo servicio cuando es una funcion »que muchos consideran peligrosa."

Plutarco no nos ha transmitido un solo rasgo de un heroismo tan sencillo. En las almas formadas para la virtud, la virtud es una accion natural que se verifica sin esfuerzo como los otros actos de la vida.



Luis XVI se presentó en la barra de la Convencion el dia 26 de Diciembre, y M. Séze terminó su defensa con estas palabras, que se han quedado impresas en la memoria de los hombres: »Luis se anticipó á los »deseos del pueblo con innumerables sacrificios personales, y sin embargo á nombre de este mismo pueblo se pide hoy.... no concluyo, ciudadanos; me detengo delante de la historia." ¡No se detuvieron delante de la historia! La arrostraron: ¿presintieron tal vez que ella les reservaba la misericordia de Luis XVIII?

M. de Malesherbes se presentó en la Convencion en compañía de MM. Séze y Tronchet, para apoyar la demanda de un sobreseimiento y apelacion al pueblo, y protestar contra el modo como se habian contado los votos; pero no pudo pronunciar sino algunas palabras interrumpidas por los sollozos. Habia solicitado el sacrificio, y todo el peso del sacrificio cayó sobre él; porque se le dió el encargo de participar al rey la sentencia fatal. Pero oigámosle al mismo referir esta escena hablando con M. Hué: — »Todavía veo al »rey (habla M. de Malesherbes): estaba de espaldas á »la puerta, con los codos apoyados sobre la mesa, y el »rostro cubierto con las manos. Al ruido que hice al »entrar, se levantó, y dirijiéndose á mí, me dijo: »Hace dos horas que estoy repasando la memoria, para »ver si durante el curso de mi reinado he dado voluntariamente á mis vasallos algun motivo justo de queja, y os juro con toda sinceridad que nada pueden »echarme en cara los franceses."

Echose M. de Malesherbes á los pies de su señor, y quiso anunciarle su destino; »pero le ahogaban los

»sollozos , dice Clery , y estuvo muchos momentos sin  
»poder hablar. El rey le levantó y le estrechó afectuo-  
»samente contra su corazon : entonces le enteró M. de  
»Malesherbes del decreto en que le condenaban á muer-  
»te , y el rey no hizo ningun movimiento que anuncia-  
»se sorpresa ó emocion ; solo se manifestó afectado por  
»el dolor de aquel anciano respetable , y él mismo  
»procuró consolarle.”

Los hombres vulgares caen bajo el peso de la des-  
gracia , y ya no pueden levantarse ; pero el hombre  
grande , aunque le oprima la adversidad , camina to-  
davía con la cabeza erguida , á la manera que el sol-  
dado robusto lleva sin trabajo una pesada armadura.  
Consumado el crimen , el venerable defensor del rey  
se retiró á Malesherbes ; pero no tardaron en ir á bus-  
carle los verdugos. Fue puesto en la prision de Port-  
Royal con casi todos los suyos (1) ; su virtuoso yerno  
M. de Rosambo pereció el primero : en seguida se pre-  
sentó el mas íntegro de los majistrados ante los mas  
iniciuos de los jueces , con su hija Mad. de Rosambo y  
su nieta Mad. de Chateaubriand , mujer de mi herma-  
no mayor , que tuvo los mismos jueces y el mismo ca-  
dalso : perdóneseme este orgullo de familia. M. de Ma-  
lesherbes fue calificado en su interrogatorio *de defen-  
sor oficioso del que ha reinado bajo el nombre de Luis  
XVI.* Le preguntaron si se había encargado alguno  
de defenderle , y respondió con una sola palabra : no.  
El tribunal le nombró de oficio un defensor llamado  
Duchâteau : de manera que el que había defendido vo-

(1) Mad. de Rosambo y su hijo , M. y Mad. de Chateau-  
briand , M. y Mad. de Torqueville , M. Le Pelletier d'Aunay.



luntariamente á Luis XVI, no pudo encontrar un defensor voluntario; porque en aquellos dias en que todo inocente era culpable, los abogados retrocedieron ante cincuenta años de virtudes, como en los dias de justicia suelen rehusar las funciones de su ministerio á algunos criminales atroces. M. de Boyssi-d'Anglas dice que el espanto habia petrificado todos los corazones: todos sin duda, excepto los de las víctimas.

El hombre de bien escuchó su sentencia con tan profunda calma, que al ver su indiferencia parecia que no lo hubiese comprendido; pero se enterneció por sus hijos, á quienes la misma sentencia condenaba. Salió de la cárcel para caminar á la muerte, apoyándose en su hija Mad. de Rosambo, á quien seguian su hija y su yerno. Cuando aquella lúgubre comitiva iba á pasar el postigo de la cárcel, viendo Mad. de Rosambo á la señorita de Sombreuil, tan célebre por su piedad filial: »Señorita, la dijo, vos tuvisteis la dicha de salvar la vida de vuestro padre, yo voy á tener la de morir con el mio.»

»M. de Malesherbes (yo creo que lo mejor que puedo hacer es transcribir aqui un pasaje de M. Bois-sy-d'Anglas), habia vivido como Sócrates, y debia morir como él; pero su muerte fue mas dolorosa, »pues que antes de cesar de vivir, tuvo que presentiar el espectáculo de la muerte de una parte de su familia, cuyo suplicio se difirió para aumentar su crueldad.

»Asi acabó de servir á su patria al mismo tiempo »que dejó de existir uno de los hombres mas dignos »del aprecio y veneracion de sus contemporáneos y del

»porvenir. Puede decirse que honró á la especie humana por sus elevadas y constantes virtudes, y que »al mismo tiempo la hizo amar por la amabilidad de »su carácter.”

El elogio de M. de Malesherbes no seria completo, sino se añadiesen las siguientes palabras del testamento de Luis XVI:

»Ruego á MM. de Malesherbes, Tronchet y Séze, »que reciban aqui todos las seguridades de mi gratitud, y la espresion de mi sensibilidad por todas las »atenciones y penas que se han tomado por mí.”

Mas ¿por que razon el señor conde de Boissy-d'Anglas, que ha hecho tan digno elogio de M. de Malesherbes, se esfuerza en negar el cambio que se verificó en algunas opiniones de este varon ilustre? ¿Por que dá tan grande importancia á probar que el amigo y protector de Juan Jacobo Rousseau, no se acusó jamás de haber contribuido con sus ideas á las desgracias de la revolucion? ¿Es acaso que esta confesion haria á sus ojos menos grande el hombre, ó mas pequeña la revolucion? ¿Por que niega los hechos referidos por M. de Moleville y M. Hué? ¿Por que se propone hacer vacilar con su estraña opinion las tradiciones de familia? Yo mismo he oido á M. de Malesherbes, deplorando sus antiguas relaciones con Condorcet, explicarse con respecto á este filósofo con una vehemencia, que no me permite repetir aqui sus propias palabras. M. de Tocqueville, que casó con otra nieta de M. de Malesherbes, me ha referido que este hombre admirable le dijo la víspera de su suplicio: »Amigo mio, si »teneis hijos, educadlos para que sean cristianos; que



»nada hay de bueno fuera de esto.» De esta manera se aprovechaba este leal servidor de las lecciones de su augusto dueño. El rey cautivo, al encargarle que le buscarse un sacerdote no juramentado, le dijo: »Amigo mio, la religion consuela de muy diverso modo que la filosofia.»

M. de Malesherbes no careció en sus últimos momentos de los consuelos de la religion. En el mismo carruaje que le conducia al lugar de la ejecucion, iban algunos sacerdotes condenados tambien como él; porque la tolerancia filantrópica habia encontrado este medio de proporcionar confesores á los cristianos que enviaba al suplicio.

Pongamos de acuerdo las dos opiniones: reclame en hora buena la filosofia la primera parte de la vida de M. de Malesherbes, que la religion se contentará con la última.

Parece algo extraño que el señor conde de Boissy-d'Anglas afirme tambien que M. de Malesherbes hubiera aprobado la ley de las elecciones: porque nada tenia que ver aqui la referida ley. M. de Malesherbes murió víctima de las opiniones democráticas, y ciertamente no debíamos esperar que el autor removiese sus huesos para descubrir en su sepulcro un voto favorable á estas opiniones. Si no fuese inútil discurrir sobre lo que hubiera sido M. de Malesherbes si hubiera vivido hasta la restauracion, yo tendria sobre este punto ideas muy diversas de las de M. de Boissy-d'Anglas. Hay dos especies de moderacion: la una nace de la impotencia, la otra la sostiene la fuerza: con la primera no se puede marchar; con la segunda se detiene uno cuando

quiere: con la una todo da miedo; con la otra no teme uno nada. M. de Malesherbes poseia esta última y preciosa moderacion; y nunca le hubiera detenido el grito eterno de los medianos y de los pusilánimes: »Que vais sobrado lejos.» Hubiera sido, pues, un realista celoso y decidido; hubiera votado como su colega M. de Séze contra la ley de las elecciones; los principios ministeriales hubiéranle parecido funestos; y colocado por esta razon en la clase de los *exclusivos*, hubiera engrosado la lista de los destituidos por servicios hechos á la causa real.

M. de Malesherbes fue un hombre aparte en medio de su siglo. Este siglo, precedido de las grandezas de Luis XIV, y seguido de los crímenes de la revolucion, desaparece como aplastado entre sus padres y sus hijos. El reinado de Luis XV es la época mas miserable de nuestra historia; sus personajes han de buscarse en las antecámaras del duque de Choiseur, ó en los salones de Mad. de Epinay y de Mad. Geoffrin. La sociedad entera se disolvía: los hombres de estado se hacian literatos, los literatos hombres de estado, los grandes señores banqueros, y los asentistas jenerales grandes señores. Las modas eran ridículas, y las artes de mal gusto; y de ahí es que se pintaban pastoras con tontillos en los salones donde los coroneles bordaban al tambor. Mas como á pesar de todo, ese pueblo frances nunca puede estar enteramente obscurecido, todavía ganaba la batalla de Fontenoy para impedir la prescripcion de la gloria, y Montesquieu, Voltaire, Buffon y Rousseau, escribian para sostener nuestros derechos al jenio.



Nuestra celebridad se refugió principalmente en las letras; pero de esto resultó otro mal: pulularon los autores, y cualquiera pudo hacerse famoso, publicando un abultado diccionario, ó insertando una cuarteta en el *Almanaque de las musas*: Dorat y Diderot tuvieron su culto. Los poetas cantaban el tiempo de las *cinco amigas*, y destruían las costumbres; los filósofos edificaban la Enciclopedia, y demolian la Francia.

Sin embargo, todavía se mostraban algunas figuras respetables en los últimos términos del cuadro. Casi todas pertenecian á la antigua majistratura; y algunas de ellas recordaban por la sencillez de sus costumbres, aquellos tiempos en que Enrique III, yendo á visitar al presidente de Thou, se sentaba sobre un cofre por falta de silla. M. de Malesherbes conservaba la ciencia, la probidad, la bondad, y el buen humor de los antiguos tiempos. Se refieren mil rasgos de su distraccion y de su sencillez. Reía con mucha frecuencia; y su semblante mostrábase siempre tan alegre como serena estaba su conciencia. A las primeras palabras parecia un hombre comun; mas pronto se descubria en él una alta distincion: y es que la virtud lleva escrita sobre la frente la nobleza de su raza. Lo que prueba el atractivo y la superioridad de M. de Malesherbes, es el haber conservado sus amigos en los dias de su gloria; porque el mayor esfuerzo de la amistad no es el tomar parte en nuestros infortunios, sino el perdonarnos nuestras prosperidades. Si M. de Malesherbes no hizo mas que pasar en la carrera de los negocios, es porque en una reputacion ya formada, no se llega al poder, ó cuando menos no se permanece

mucho tiempo en él. Solo la medianía , ó el mérito desconocido , pueden subir y permanecer en los primeros puestos.

Dos solas palabras que se escaparon á M. de Malesherbes , pían admirablemente su magnanimidad. Cuando el rey fue conducido á la Convencion, M. de Malesherbes no le hablaba sino llamándole *sire y vuestra majestad* ; oyéndole Treilhard , exclamó furioso: »¿Quien os dá atrevimiento para pronunciar aqui unas palabras que la Convencion ha proscrito?" — »El desprecio con que te miro á ti y á la vida :” respondió M. de Malesherbes.

Un dia preguntaba el rey á su antiguo amigo, ¿como podria recompensar á MM. de Séze y Tronchet? »He pensado en dejarles un legado, decia el desventurado monarca, pero ¿se lo pagarán?" — »Ya está pagado , señor , respondió M. de Malesherbes , vos los habeis elegido por defensores.”

En mi juventud habia yo formado el proyecto de descubrir por tierra al norte de la América septentrional el paso que establece la comunicacion entre el estrecho de Behring y los mares de Groenlandia. M. de Malesherbes , á quien confié este proyecto , lo aprobó con toda la enerjía de su carácter. Todavía me acuerdo de nuestras largas disertaciones jeográficas. ¡Que de cosas me recomendaba ! ¡Cuántas plantas debia traerle para su jardin de Malesherbes ! No he tenido la dicha de adornar con ellas aquel jardin , en donde se veia:

Un viejo al de Virjilio semejante,  
Hombre igual á los reyes, y hombre digno



De compararse á los supremos dioses,  
Satisfecho cual ellos, y tranquilo.

Mas los bellos cedros que aquel anciano plantó, y que han crecido como su celebridad, los cultiva hoy con religioso cuidado mi sobrino, su ahijado y biznieto. Confieso que experimento un placer mezclado de un justo orgullo al encontrar de esta manera mi nombre unido en el retiro de un sábio al nombre de M. de Malesherbes. Si mi nombre no representa la gloria, como este nombre inmortal, al menos recordará tambien la lealtad.

**PANORAMA DE JERUSALEN.**

Abril de 1849.

**M.** Prévôt ha tomado la vista de Jerusalem de lo alto del convento de San Salvador, desde cuyo punto se descubre toda la ciudad, y el círculo casi completo del horizonte. Este abraza al oriente y al mediodía el camino de Belén, las montañas de Arabia, un seno del mar Muerto y el monte de las Olivas; al norte y al oeste los montes de Sichêm ó de Naplusa, el camino de Damasco, y en el camino de Jaffa las montañas de Judea.

Todos estos lugares, como igualmente los mas pequeños pormenores de Jerusalem, están descritos en el *Itinerario*, y pueden servir de esplicacion al Panorama; por lo que tan solo recordaré el cuadro jeneral de la ciudad, rogando á los lectores que observen dos cosas:

1.<sup>o</sup> Mi punto de vista, tomado del monte de las Olivas, es por consecuencia diametralmente opuesto al de M. Prévôt: en el Panorama el monte de las Olivas está al frente; en mi descripcion, es Jerusalem lo que se mira.

2.<sup>o</sup> Yo me encontraba en Judea en el mes de Octubre, y hacia un sol abrasador; los cielos *eran de bronce*, los montes estaban áridos, secos y agostados. M. Prévôt vió á Jerusalem en invierno, en un tiempo lluvioso y sombrío, lo que conviene igualmente á la



tristeza del sitio y de los recuerdos. Fuera de estas pequeñas diferencias, parece que los dos cuadros se hayan calcado el uno sobre el otro. Véase, pues, la descripción extractada del *Itinerario*.

Tal es en el día Jerusalén, y tal la representa el Panorama. Compañero natural de todos los viajeros, y asociándome con el pensamiento á sus peligros y sus trabajos, admiro sobrado las artes, y amo demasíadamente á las musas, para no mirar como un deber el recomendar á la Francia los talentos que puedan honrarla. Seamos reconocidos al hombre denodado que ha sacrificado á su arte la salud, el reposo y la fortuna. Y aun todo esto ha sido el menor sacrificio de M. Prévôt; porque ha tenido la desgracia de perder á su sobrino. Este jóven pintor, que daba grandes esperanzas, murió verdadero mártir de las artes á la vista de Grecia, y su cadáver fue abandonado á las olas en aquel mar que baña la patria de Apeles. De esta manera todas las penas son para los viajeros, y todos los placeres para nosotros, que nos aprovechamos del viaje, y llegamos al cabo de la tierra sin dejar nuestra patria. En último resultado á esto venimos á parar, y cuando se han visto todas las ciudades del mundo, todavía encontramos que las de nuestro país son las más bellas: esta era la opinión de M. de Montaigne.

»A los que me piden razón de mis viajes, dice, les contesto ordinariamente: Sé bien de lo que huyo, pero ignoro lo que busco. Si me dicen que entre los extranjeros puede haber también poca salud, y que sus costumbres no son más puras que las nuestras, contesto que siempre es una ventaja el cambiar una situa-

cion mala con una situacion incierta, y que los males ajenos no deben incomodarnos tanto como los nuestros. Jamás olvidaré la observacion de que nunca me incomodo tanto contra la Francia, que no mire de buen ojo á París: esta ciudad posee mi corazon desde mi infancia, y me sucede con ella lo que con las cosas escelentes, que al paso que he visto despues otras ciudades hermosas, mas bella me parece ésta, á la que amo tiernamente hasta con sus berrugas y sus manchas. Y solo soy frances para esa gran ciudad, grande en poblacion, grande en lo ventajoso de su situacion; pero grande é incomparable sobre todo en la variedad y diversidad de comodidades: la gloria de la Francia es uno de los mas nobles ornamentos del mundo, ¡Plegue á Dios acabar nuestras divisiones!"



SOBRE

**EL VIAJE Á LEVANTE**

DEL SR. CONDE DE FORBIN.

Mayo de 1819.

**E**l señor conde de Forbin, en su *Viaje á Levante*, reúne el doble mérito del pintor y del escritor: el *ut pictura poesis* parece haberse dicho por él, y podemos afirmar que dibujados ó escritos, todos sus cuadros reúnen la fidelidad ó la elegancia. Hemos visto algunos sitios que él no ha visitado, como Esparta, Rodas y Cartago; mas él ha recorrido á su vez algunas ruinas que se escaparon á nuestras observaciones, tales como las de Cesarea, Ascalon y Tebas. Fuera de esto, nuestro viaje, casi igual, se ha verificado en el mismo espacio de tiempo. Mas feliz que yo M. Forbin, tenia un pincel para pintar, y yo tenia solo un lapicero: un rey lejítimo le ha proporcionado grandes buques para transportarle á alta mar, y yo poseia apenas el pequeño barquichuelo de Horacio para lamer la tierra, *biremis praesidio scaphae*. Me veo, pues, forzado á envidiar al viajero hasta el castillo de que se ha deshecho para subvenir á los gastos del camino; en cuanto á mí habian cuidado de no dejarme otra cosa que vender que las veneras de peregrino.

El conde de Forbin se embarcó en Tolon el 22

de Agosto de 1817 en la division naval , compuesta de la fragata *Cleopatra*, la corbeta *Esperanza*, y las gabarras *Vigilante* y *Activa*. Tenia por compañeros de viaje al abate de Janson , misionero , M. Huyot , arquitecto , M. Prévôt , autor de hermosos panoramas , y el desgraciado M. Cochereau , pintor y sobrino de M. Prévôt. La flota fondeó el dia de San Luis á vista de la costa de Túnez. »El abate de Janson celebró la misa en el castillo de popa. Veintiun cañonazos , y las aclamaciones de *viva el rey*, saludaron la ribera donde San Luis entregó su grande alma al Criador. Aquel noble recuerdo conmovió á toda la tripulacion ; y con efecto , ¡ que reunion de circunstancias , que espectáculo el de aquel desierto que presenció en otro tiempo el duelo de las lises , y conserva hoy las ruinas de Cartago! (1).”

¿Que quedará de este hermoso cuadro , si separamos de él la religion? Nada mas que unas ruinas mudas , y las cenizas de un rey.

El 30 de Agosto murió cerca de la costa de Cérigo el jóven Cochereau , que *habia emprendido el viaje lleno de júbilo y entusiasmo* (2). En los proyectos de la vida suele olvidarse con sobrada facilidad este accidente de la muerte , que los trastorna todos ; y esta es la razon de que los hombres hayan fijado con mucho acierto la patria en el lugar donde se nace , y no en el de la muerte , que siempre es incierto :

Lyrnessi domus alta , solo Laurente sepulchrum.

(1) *Viaje á Levante* , paj. 5.

(2) *Idem* , paj. 6



Los viajeros desembarcaron en Milo, en donde M. Huyot tuvo la desgracia de romperse la pierna. El conde de Forbin, que habia quedado con M. Prévôt, se dirigió inmediatamente á Aténas.

Debe leerse en el *Viaje* la descripción de esta ciudad. El conde de Forbin pinta con feliz expresión aquellas obras de Pericles, que tanto habia yo admirado. »Cada uno de ellos, dice Plutarco, en el momento en que llegaba á la perfección, dejaba ya ver su antigüedad en cuanto á la belleza; y sin embargo, por lo que hace á la gracia y vigor, aun hoy dia parece que todo esté recién concluido: tanto abunda en todo aquel no sé qué de florida novedad, que no permite que la injuria del tiempo perjudique á la vista, como si cada una de dichas obras tuviera en su interior un espíritu que continuamente se rejuveneciese, y un alma siempre jóven que las conservase en el mismo vigor.»

El viajero encontró en Aténas á mi antiguo huésped M. Fauvel, tan digno de recibir y obsequiar á los que visitan la Grecia. Tambien vemos que el arzobispo de Aténas iba á casar á su sobrino con la hermana del agente de Francia M. de Zea. Este agente es á lo que parece el hijo de aquel pobre M. Pengali, que murió de mal de piedra cuando pasamos por su isla, y que tambien casaba á una de las cuatro señoritas Pengali; las cuales, para dulcificar los recuerdos de la patria, cantaban en griego, *Os diré yo, mamá mia*. El hijo de M. Pengali me escribió despues de la restauración; porque como me habia visto perseguido por Bonaparte, por mi adhesión á la familia de los Borbones, se figuraba que seria todo poderoso con el rey.

Me guardé bien de solicitar el favor que pedia de los ministros de S. M.; porque hubiera temido dar ocasion á que aquel pobre vice-cónsul fuese destituido por habernos recibido en otro tiempo en la casa de Simónides.

El señor conde de Forbin nos dice ademas, hablando de Aténas, que el doctor Avramiotti escribió un folleto en griego contra mí. ¿Será acaso que tambien hay ministeriales en Aténas? Si son partidarios de Pericles, me tendrán á su lado; pero si siguen el bando de Hipervolo ó de Critias, permaneceré en la oposicion. Ignoro qué motivo pueda yo haber dado al doctor Avramiotti, á quien cito en el *Itinerario* con la mayor consideracion. ¿Se incomodaria porque dije que parecía estar algo cansado de mi visita? Esto sin embargo era muy natural, porque yo en efecto debia ser molesto. Acaso seré en el dia la fábula y la risa de Argos; pero trataré de consolarme, pensando que desde el tiempo de Clitemnestra se han dicho en aquella ciudad cosas muy estrañas.

El viajero vuelve á embarcarse, y prosigue su camino hácia el Bósforo, descubriendo al pasar el cabo Sunio, donde yo me detuve, cuando iba ya á dejar la Grecia. Llegado á Constantinopla, se dirige á casa del embajador de Francia. »Ya conocia yo, dice, las bellas cualidades de M. de Riviére; mas cada dia descubria en él virtudes mas eminentes, bajo las formas »mas francas y amables.” No tuve yo la dicha de encontrar á M. de Riviére en Constantinopla; pero me recibió el jeneral Sebastiani con una hospitalidad que me complací en reconocer, y que el cambio de los



tiempos no puede ni debe hacerme olvidar.

Poseemos muchas descripciones de Constantinopla; mas hay pocas que por la originalidad y perfecta semejanza puedan compararse con la que se halla en el *Nuevo viaje á Levante*: no puedo resistir al placer de trasladarla:

»En aquella ciudad singular, dice el viajero, he  
 »visto palacios de una elegancia admirable, fuentes en-  
 »cantadas, calles puercas y angostas, barracas as-  
 »querosas y árboles soberbios. Visité á Sandalbezestan  
 »y Culchilarbezestan, donde se vende la peletería. Por  
 »todas partes el turco me apretujaba, el judío se pos-  
 »traba á mis pies, el griego se me sonreía, y el arme-  
 »nio quería engañarme, los perros me perseguían, y  
 »las tórtolas venían confiadas á posarse sobre mis hom-  
 »bros; por donde quiera, en fin, bailaban y morían á  
 »mi derredor. Vi de paso las mezquitas mas célebres,  
 »sus pórticos de mármol, sostenidos por bosques de  
 »columnas y refrescados por surtidores de agua crista-  
 »lina. Algunos monumentos misteriosos, restos de la  
 »ciudad de Constantino, denegridos y enrojecidos por  
 »los incendios, están escondidos en algunas casas pin-  
 »tadas, abigarradas, y muchas veces medio quemadas.  
 »Las figuras, los trajes, las costumbres, ofrecen el  
 »espectáculo mas variado y pintoresco. Allí está Ti-  
 »ro, allí está Bagdad, allí está el gran mercado de  
 »Oriente (1).»

De Constantinopla baja el conde de Forbin á Es-  
 mirna, en donde encuentra de nuevo á M. Huyot en  
 la posada de los Padres misioneros, »á quienes este ar-

(1) *Viaje á Levante*, página 44.

»tista, dice el viajero, debe incontestablemente la vi-  
»da." De Esmirna se pasa á las ruinas de Efeso, cuya  
descripcion es uno de los trozos mas bellos del *Viaje*.

»En un dia ardoroso, dice M. Forbin, conseguí  
»llegar hasta el vasto recinto del templo de Diana. Su  
»conjunto parece ser de la estension del Louvre y de  
»las Tullerías, comprendido el jardin.... A la vista de  
»estas construcciones jigantescas es fácil concebir los  
»enormes gastos que debieron costar á todos los pue-  
»blos de la Grecia y el Asia. Detras del templo de  
»Diana se encuentra un monumento circular adornado  
»de columnas y otro de forma cuadrada, en medio del  
»cual se ve un solar, cuyo pavimento era de mármol.  
»Un edificio levantado sobre subterráneos se halla en-  
»teramente derruido, y sus ruinas forman un monte-  
»cillo rodeado de otros muchos, compuestos de escom-  
»bros, que llevan impreso el sello del gusto esquisito  
»de los griegos en la época brillante de su poder, y  
»de sus triunfos de todos jéneros."

»Y ¡cuan profundas emociones no producía esta  
»grande destruccion! ¡Que leccion tan terrible y sin-  
»gular la de este paseo de una legua, por donde se  
»camina sin cesar sobre escombros, donde unos mate-  
»riales de admirable riqueza cubren llanuras, valles y  
»montañas, y solo ofrecen asilo á los lobos y á innu-  
»merables jabalies! La puerta de la Persecucion es un  
»monumento de mármol, construido de los arranques  
»y restos de edificios posteriores, que me trajo á la  
»memoria los monumentos romanos. . . . .  
»El último terremoto derribó esta puerta, que tan bien  
»conservada se hallaba cuando yo la dibujé. Por es-



»pacio de un cuarto de legua se camina sobre un terreno cubierto de un espantoso caos de piedras y mármoles amontonados: frisos, frontis, arquivadas, metopas, estatuas, todo lo que por su regularidad y perfeccion embelesaba en otro tiempo los ojos, los espanta ahora por la confusion de sus ruinas.”

»Seguí un acueducto que reúne en los montes las aguas de las fuentes mas abundantes: todavia las conduce; pero nadie va á apagar su sed en ellas. Este rio, despues de correr sobre unos elevados muros, encuentra al fin una brecha cubierta de parras silvestres: cae entonces en forma de cascada, y sus límpidas aguas se estrellan sobre las cúpulas de las ruinas y los baños turcos.”

»Los siglos mas remotos y las edades de barbarie escribieron sus anales en este lugar de recuerdos y de profundas reflexiones, donde todo habla tan notablemente de la muerte. . . . .

»El aspecto jeneral de Efeso me recordaba el de las lagunas Pontinas. A la hora en que el sol se ocultaba en el mar, la armonía de los horizontes, los templados vapores de las lontananzas, el velo de aquella hora misteriosa, formaban un conjunto tierno y melancólico, superior á los mas bellos paisajes de Claudio de Lorena. Tal vez, decia yo, llegará un dia en que un hombre de las Floridas vendrá tambien á visitar las ruinas de mi patria, y á la manera que sucede en Efeso, solo algunos nombres se conservarán entre el polvo de los mármoles y las cenizas del cedro y de los bronce. Me acordaré por largo

»tiempo de la impresion dulce y triste de aquella ve-  
»lada: los ecos escondidos en conductos profundos, re-  
»petian entonces los mas leves ruidos; el zumbido del  
»viento en las malezas semejaba á clamores subterrá-  
»neos: la imaginacion creia escuchar los últimos soni-  
»dos del himno de los sacerdotes de Diana, ó los can-  
»tos de los primeros cristianos al derredor del apóstol  
»de Efeso (1).”

Desde este punto se llega á San Juan de Acre; se sigue al viajero á Cesarea, á Jaffa, á Jerusalem, al mar Muerto, al Jordán; se vuelve con él á Jaffa, se le acompaña con el mas vivo interes á Ascalon, y por el desierto que atraviesa para dirigirse á Damietta; se sube con él el Nilo hasta el Cairo, y de allí hasta Tebas, en donde termina su viaje como detenido por unos montones de ruinas. El Egipto se parece á sus colosos: caido y medio sepultado en la arena, el ojo del viajero que no pudo verle cuando estaba en pie, mide con admiracion las proporciones gigantescas y las enormes ruinas. En los monumentos egipcios se observa un contraste singular: inmensos en el exterior, sus dimensiones interiores son muy reducidas. En ese vasto sepulcro que parece oprime la tierra, en esa elevada pirámide que se descubre á quince leguas de distancia, no se puede entrar sino bajándose. Al paso que su masa indestructible anuncia exteriormente la grandeza y la inmortalidad del jenio, su capacidad interior deja apenas lugar para colocar un pequeño ataud; de manera que este sepulcro parece haga la exacta division de las dos naturalezas del hombre.

(1) *Viaje á Levante*, página 60 y siguientes.



Recorriendo los cuadros que presenta el señor conde de Forbin, reconocemos con particular satisfaccion á nuestros antiguos huéspedes, á aquellos virtuosos padres de Tierra Santa, mas desgraciados aun en la actualidad que cuando nos recibieron con toda la caridad evangélica. Hemos leído no sin enternecernos el nombre del padre Clemente Perez y el del buen padre Muñoz de corazón *limpido e bianco*; nos hemos regocijado viendo que M. Drovetti ocupa un puesto cerca del bajá de Egipto; mas ya que debia adoptar una patria extranjera, hubiéramos preferido que le hubiese reconocido por hijo aquella á quien con tanto honor ha servido. Homero era por cierto muy feliz: le daban hospitalidad, ponía el nombre de su huésped en sus obras, y ve ya á su huésped inmortal: nosotros, oscuros viajeros, solo podemos pagar con un estéril reconocimiento las atenciones que se nos han prodigado.

Me veo precisado á abreviar las citas de la obra de M. Forbin, porque tendria que citar demasiado; pero recomiendo particularmente á los lectores las descripciones de Ascalon y de Cesarea, esas dos ciudades que todavía permanecen en pie, pero sin habitantes, tales como nos representa el profeta á Jerusalem sentada en la soledad, ó el puerto de Tiro batido por un mar sin bajeles. Se verá con gusto la historia de Ismail y Mariam. Entre los dibujos, merecen llamar la atencion el de la mezquita de El-Haram, y una vista de Jerusalem tomada del valle de Josafat. El conde de Forbin, como un verdadero pintor, ha escogido el momento de una tempestad, y nos muestra la ciudad de

los milagros á la pálida luz de los relámpagos. Creo me perdonará recordar aqui algunas líneas del *Itinerario*, que me servirán para describir su cuadro: »El »aspecto del valle de Josafat es tétrico y solitario; pues »su lado occidental lo forma un tajado monte de tiza »que sostiene las góticas murallas de la ciudad, sobre »las cuales se descubre Jerusalem. El lado oriental lo »forma el monte de las Olivas y el del Escándalo. . . . » . . . . Al considerar la tristeza de Jerusalem, de »donde no se ve salir humo alguno, ni se oye ruido; »la soledad de aquellos montes, en los que no se en- »cuentra ningun ser viviente; el confuso y desordena- »do hacinamiento de tantos sepulcros deshechos, ro- »tos, abiertos y profanados, se diria que sonó ya la »trompeta del juicio, y que los muertos van á levan- »tarse en el valle de Josafat.”

El viajero es muy digno de elojio por haberse lle- vado á la Tierra Santa sentimientos graves; porque con un espíritu de burla y de duda no hubiera visto nada, y todo lo hubiera desfigurado. Admiramos el gran *Viaje á Egipto*, y rendimos nuestro tributo á los literatos y artistas que lo ejecutaron; pero padecemos cuando vemos comentar los libros de Moisés con una seguridad que molesta, por poco que se conozcan las lenguas orijinales. Explicar la columna de nube y de fuego que guiaba á los hebreos en el ejército por una *estufa cilíndrica, en la cual se conservaba un fuego vivo y brillante, quemando pedazos muy secos de abeto*, ¿no es una imaginacion sobrado filosófica? ¿El autor habrá encontrado por ventura la historia de esa estufa en algun antiguo manuscrito sacado del sepulcro de Osy-



mandué? No: se apoya tan solo en la autoridad del número 24 de un periódico titulado el *Correo de Egipto*, impreso en el Cairo, en donde Bonaparte habia establecido la libertad de la imprenta para los árabes. Permítasenos que nos atengamos á la version del Pentateuco. El texto no dice absolutamente una *estufa*, sino una nube: no queremos citar el hebreo. Los Setenta y la Vulgata traducen exactamente.

Por dicha las Memorias del magnífico Viaje á Egipto distan mucho de estar escritas en este mismo espíritu: prueba de ello este pasaje en que M. Rozière, ingeniero de minas, habla de la expedicion de San Luis: »Entonces, dice, la religion sincera, la fe cristiana, »tierna y sublime en las grandes almas, la brillante »caballería ignorante y sencilla, y temiendo mas la »reprobacion que la muerte, llena de nobles sentimientos y de ilusiones magnánimas, guiaba lejos de »su pais á los hijos de la Francia." Esto es bello, muy bello. Cuando se aspira á la inmortalidad, tiene mucho adelantado el que es cristiano.

La obra del señor conde de Forbin acabará de probar que en el dia se puede hacer pronto y fácilmente lo que en otro tiempo pedía mucho tiempo y grandes fatigas. Un viajero que flete un buque en Marsella, y parta cuando soplan los vientos fuertes del equinoccio de la primavera, podrá fondear en Jaffa á los veinte dias de su partida, y aun antes, y el veintiuno estará en Jerusalem; pongámosle ocho dias para visitar los santos lugares, el Jordán y el mar Muerto, y seis semanas ó dos meses para la vuelta. Este viajero se encontrará de regreso en medio de su familia antes de

que haya habido tiempo para notar su ausencia. ¿Quién no tiene tres meses á su disposicion? No costaria mas el trasladarse cada año á Atenas, á Tebas y á Jerusalem, que el ir á pasar el verano de quinta en quinta en las inmediaciones de París, y entonces se descansaria de los jardines ingleses en la huerta de Alcinoos.

Otra ventaja pueden sacar de sus viajes los franceses; porque recorriendo el mundo, podrán convencerse de que nada hay mas bello ni mas ilustre que su patria. Apenas podrian dar un paso en el Oriente sin encontrar en todas partes los inmortales recuerdos de su raza, desde aquellos caballeros que reinaron en Constantinopla, en Esparta, en Antioquia y en Tolemaida, y que combatieron en Ascalon y en Cartago, hasta esos cuarenta mil viajeros armados que vencieron en las Pirámides, y batieron las palmas en las ruinas de Tebas. Ese ejército, cuyas hazañas refiere aun el árabe del desierto, vengó á los caballeros del Masur; pero no relevó en Jerusalem los dos centinelas franceses que guardaban con tanta fidelidad el Santo Sepulcro: Godofre de Bullon y su hermano Baldovino.

El señor conde de Forbin se muestra siempre buen frances, y algunas de sus pájinas mas bellas las debe á las inspiraciones tomadas del amor á su pais. El poeta de Esmirna promete la victoria á los que combatian *περὶ πατρίδος*, por la patria.



## DE ALGUNAS OBRAS

## HISTÓRICAS Y LITERARIAS.

Octubre de 1819.

La excelente obra de crítica de M. Dussault (*Anales literarios*) nos dió ocasion el año último para recordar una parte de la gloria de la Francia, sobrado olvidada en nuestros días. De en medio de las agitaciones políticas dirijimos tambien este año una mirada sobre el pacífico mundo de las musas, que sentimos no habitar. Sin embargo, para gozar el reposo de las letras, se necesitan dos cosas, contarse por nada, y á los otros por todo, y no tener envidia ni pretensiones. Entonces goza cada uno de su propio trabajo, como de una ocupacion que llena la vida sin turbarla: no admirándose á sí mismo, admira á los demas; embelesa la lectura de una obra ajena, y se siente el placer del éxito, sin haber tenido el trabajo. ¿Hay un placer mas puro que el de tributar á los talentos los homenajes que merecen, sacarlos de la obscuridad, y forzar á la opinion pública á hacerles la justicia que tal vez les niega?

Examinemos algunas de las obras nuevamente publicadas, y que el amor á las letras nos consuele por un momento de los odios políticos. Los primeros anales de los pueblos se escribieron en verso; porque las musas se encargan de referir las costumbres de las na-

ciones , mientras estas costumbres son heroicas é inocentes ; mas cuando sobrevienen los vicios y la política , estas hijas del cielo abandonan al lenguaje de los hombres la relacion de nuestros errores. Las obras históricas se multiplican en nuestros dias , y es muy natural , porque la historia se goza en las revoluciones : necesita desgracias para juzgar sanamente de las cosas ; cuando los imperios están en pie , no puede alcanzar su elevacion , y solo puede apreciar la estension del monumento cuando puede medir sus ruinas.

La *Historia del Bearnés* merece fijar la atencion de los lectores ; porque en un escelente volúmen encierra todo lo que Froissard , Clément , de Marca , Auger-Gaillard , Chappuis , de Vic y dom Vaissette , nos han enseñado sobre la patria y predecesores de Enrique IV. Este pequeño modelo de gusto y de claridad , carece de la majestad histórica ; mas tiene todo el interes de las *Memorias* : es una obra póstuma de M. de Baure ; y el historiador , cuyos trabajos están destinados á no publicarse hasta despues de su muerte , debe inspirar confianza ; porque ¿ que interes podria tener en presentarse como un testigo falso en el tribunal de la posteridad ? Consagrado en secreto á la historia , como á un sacerdocio temible , no espera en vida ninguna recompensa ; y atrincherado , por decirlo asi , detras de su tumba , se defiende alli contra las pasiones de los hombres , y parece que habite ya aquellas rejiones incorruptibles , en donde todo es verdad en presencia de la verdad eterna.

La obra sólida é importante , conocida bajo el nombre de *Historia de Venecia* , hace mucho honor al cu-



ñado de M. de Baure. Al ver los monumentos y las costumbres de Italia, parece quiera uno creer que unos pueblos, cuyo pasado es tan grave y el presente tan risueño, han sido formados por la filosofía de Horacio. Por una parte silencio y ruinas, por la otra cantos y fiestas. Esto recuerda aquellos pasajes del poeta de Tibur: »Démonos prisa á gozar, que el tiempo huye, y »será preciso dejar esta tierra....." *Carpe diem..... Fugaces labuntur anni..... Linqüenda tellus.....* y todas esas máximas en que se procura dar al placer la gravedad de la virtud.

La *Historia de Venecia* no estará tal vez esenta de defectos; mas estos defectos antes deben atribuirse al espíritu del siglo, que al claro ingenio del autor. Algunos creen en el dia que la imparcialidad histórica consiste en la falta de toda doctrina, y que el historiador debe permanecer impassible entre el vicio y la virtud, lo justo y lo injusto, la razon y el error, el derecho y el hecho: esto seria retroceder á la infancia del arte, y reducir la historia á una tabla cronológica.

El espíritu moderno cree ademas que ciertos hechos religiosos son inferiores á la dignidad de la historia; y sin embargo la verdad es que la historia sin relijion, no puede tener ninguna dignidad. No se trata de saber si Atila fue realmente ahuyentado de Roma por la intervencion divina, sino de si las crónicas de la época han atestado este milagro. El brazo del Omnipotente, deteniendo al devastador del mundo al pie de aquel capitolio que no defienden ya los Manlios ni los Camilos, el azote de Dios, retrocediendo ante el sacerdote de Dios, no es un cuadro que pueda rebajar la

dignidad de la historia. Esto son costumbres; es necesario pintarlas, y el historiador que no las pinta es un historiador infiel. Toda la antigüedad ha publicado que un poder sobrenatural dispersó á los galos á las puertas del templo de Delfos. Tucídides, Jenofonte, Tito-Livio, Tácito, nunca dejan de referir los prodijios que los dioses hacen en favor de la virtud ó en contra del crimen.

Aventuro estas reflexiones mas bien como dudas que como críticas. Trato de ilustrarme, y á nadie podría dirijirme mejor para obtener las luces que me faltan, que al autor de la obra que me ocupa en este momento. Todavía podria hacer otras observaciones; pero las suprimo, porque sentiria que el señor conde Daru sospechase que no he olvidado el *Exámen del Jenio del Cristianismo*. Protesto que solo me acuerdo para agradecer al censor la justicia de sus críticas y la induljencia de sus elojios.

Mas feliz ó menos desgraciado que M. Daru, M. Royon ha consagrado sus estudios á la patria. Cuando refiere el honor, la lealtad, el amor de nuestros abuelos á sus soberanos lejitimos, se ve que ha encontrado en su corazón los antiguos documentos de su historia (1). Esta lealtad del autor comunica grande interes á su obra, porque en su amor á nuestros reyes encuentra la enerjia que daba á Tácito su odio á los tiranos. Por lo demas, si hubo un momento á propósito para escribir nuestra historia, es precisamente el que vivimos. Colocados entre dos imperios, uno que

(1) *Historia de Francia desde Faramundo hasta el año veinticinco del reinado de Luis XIV.*



acaba y otro que comienza, podemos dirigir con igual fruto nuestras miradas al pasado y al porvenir. Todavía quedan bastantes monumentos de la monarquía que cae, para conocerla bien; al paso que los monumentos de la monarquía que se eleva, nos ofrecen en medio de las ruinas el espectáculo de un nuevo universo. Mas adelante se habrán borrado ya las tradiciones; un pueblo reciente hollará sin echarlo de ver los sepulcros de los antiguos franceses; los testigos de las antiguas costumbres habrán desaparecido, y las mismas ruinas del imperio de San Luis, arrebatadas por la corriente del tiempo, no servirán ya ni para notar el lugar del naufragio.

M. Petitot se ha encargado de recojer una parte de estos restos preciosos, y se propone darnos la colección completa de las *Memorias relativas á la historia de Francia* desde el siglo de Felipe-Augusto hasta el principio del siglo XVII. Esta colección se habia ya emprendido; pero comenzada sobre un plan defectuoso, y desempeñada con escaso saber, y sin la crítica y cuidado propios de esta clase de obras, es en todo muy inferior á la que publica ahora M. Petitot. Los dos últimos tomos de esta primera colección se publicaron en el reinado de Bonaparte, y están dedicados al príncipe Murat.

Sin embargo, hubiera sido de desear que el nuevo editor hubiese trabajado sobre un plan mas vasto. ¿Por que no se ha dedicado á continuar con los otros sábios que se ocupan en ello la *Colección de los historiadores* de dom Bouquet? Las *Memorias*, y principalmente las que son muy antiguas, se apartan muy poco

de las historias jenerales de la misma época. Por lo que á mí hace, confieso que apenas percibo la diferencia que existe entre las crónicas de San Dionisio, las de Flandes y Normandía, entre las crónicas de Froissard y de Monstrelet, y las Memorias de Villehardouin y de Joinville. Me parece, pues, que en lugar de formar dos clases de las Historias y las Memorias, se deberian reunir unas y otras, que es el mismo plan que para las tres razas se ha seguido hasta aqui en la gran coleccion de dom Bouquet. Con efecto, la historia de Gregorio de Tours, no es otra cosa que unas Memorias, puesto que en ella se encuentran mezcladas las aventuras propias del autor, y una multitud de anécdotas estrañas á la historia jeneral. Las Jestas de Dagoberto, la Vida de Carlomagno por Ejinardo, la de Luis el Benéfico por el Anónimo conocido por *el Astrónomo*, la Vida de Roberto por Helgando, de Conrado II por Vippon, y de Felipe-Augusto por Riggord, son otras tantas Memorias particulares.

Habiendo dado principio en la época de las Memorias francesas; esto es, en la época en que escribia Villehardouin, se hubiera podido dar alternativamente un volúmen de cronistas latinos, de las Memorias francesas en prosa, y de las vidas ó crónicas en *carmes* ó versos. Esto hubiera sido tambien coincidir con el plan de dom Bouquet. La coleccion de este contiene extractos de las grandes y pequeñas crónicas de San Dionisio, fragmentos de las crónicas de Normandía, versos en latin y en aleman antiguo de la edad media, tan bárbaros como nuestros poemas franceses históricos. Es verdad que no es fácil leer con gusto estos



poemas; pero se encuentran en ellos muchas cosas, y sirven para ilustrar algunos puntos oscuros de nuestra historia. Por ejemplo, sin un poema sobre el combate de los *Trienta* que se conserva en la biblioteca del rey, ignoraríamos si los campeones de aquel combate célebre iban *todos* á caballo, ó si los caballeros bretones debieron la victoria á la ventaja que logró Montalban peleando montado (él solo) en un corcel. Esto no era probable; porque cuando se trata de honor, son mucho de fiar los bretones; mas en fin el hecho quedaba sin prueba, y un verso del poema desvanece todas las dificultades:

Todos cabalgarán de entrambos lados (1).

La Bretaña acaba de erijir un monumento á la memoria de sus Treinta Héros. Siempre puede decirse de los bretones modernos cuando combaten por su rey, lo que se decia de sus antepasados: *No se ha visto mas valor desde el combate de los Treinta.*

M. Petitot hubiera podido mejor que cualquier otro enriquecer una grande obra con sábios preliminares, á la manera de los Baluze y los Bignon sobre las leyes de los francos y sobre los capitulares: de la Pithou, Duchesne, dom Bouquet, Valois y Mavillon sobre nuestros historiadores; de los Laurière, Secousse, Vilevaut, Brequigny y Pastoret, sobre los decretos de nuestros reyes.

(1) Poseemos una copia de este poema. M de Penhouet debe haberlo publicado en una obra sobre las antigüedades de la Bretaña.

Los nuevos volúmenes publicados por M. Petitot acaban la historia de Du Guesclin, y contienen las interesantes Memorias de Boucicaut. *Cristina de Pisan*, que habia precedido á estas Memorias, es á la vez seca y difusa. El editor ha preferido á todas las demas las *Antiguas Memorias de Du Guesclin*, escritas por Lefebvre. Tal vez lo ha acertado en cuanto son las mas completas; pero son, por decirlo asi, modernas, y no tienen la sencillez de la *Historia del señor Bertrand Du Guesclin*, escrita en prosa á petición de Juan de Estourville, y publicada por Claudio Mesnard. Allí se ve, dice Mesnard, *una alma fuerte nutrida en el hierro y endurecida bajo las palmas*.

Esta historia de Du Guesclin me trae á la memoria que como breton amante de mi pais he intentado muchas veces escribir la vida del buen condestable; pero he abandonado esta idea por el proyecto que tenia de trabajar sobre la Historia jeneral de Francia. La historia viva vino luego á apartarme de la historia muerta; porque ¿como ocuparse en lo pasado cuando no se tiene presente?



## CONTINUACION.

Diciembre de 1819.

**D**espues de haber tratado de la historia, seria oportuno hablar de las ciencias; pero nos falta ese valor, tan comun en el dia, de discurrir sobre cosas que no entendemos; y en el temor de tomar el Pireo por un hombre, preferimos abstenernos. Sin embargo, no podemos resistir al deseo de decir una palabra sobre una obra científica que tenemos á la vista, titulada: de *la Auscultacion mediata*. Nuestro sábio compatriota breton el doctor Laënnec, por medio de un tubo aplicado á las partes exteriores del cuerpo, ha logrado reconocer por el ruido de la respiracion la naturaleza de las afecciones del corazon y del pecho. Este bello y grande descubrimiento hará época en la historia del arte, y si pudiese inventarse una máquina para oir lo que pasa en la conciencia de los hombres, seria ciertamente muy útil en el tiempo en que vivimos. »El médico debe encontrar los remedios en su jenio,» ha dicho otro médico en sus ingeniosas *Máximas*; y la obra del doctor Laënnec prueba la exactitud de esta observacion. Nosotros pensamos tambien, como el *Eclesiástico*, »que toda medicina viene de Dios, y que »un buen amigo es la medicina del corazon.» Pero volvamos á lo que nos incumbe.

M. de Bonald y el abate La Mennais, nos han dado en el curso de este año, el primero unas *Variada-*

*des filosóficas, políticas y literarias*, y el segundo unas *Reflexiones sobre el estado de la iglesia de Francia*. Nombrar estos dos hombres superiores, es hacer su elogio. Los realistas que los cuentan con orgullo en sus filas, los presentan á sus amigos y á sus enemigos; pues el uno y el otro prueban que los verdaderos talentos están siempre al lado de la virtud, y que la probidad es una parte esencial del genio.

En este momento se está publicando una edicion completa de las *Obras de madama de Staël*; mas todavía no ha llegado el tiempo en que la autora de *Corinna* sea juzgada con imparcialidad. Nosotros, á quienes el talento seduce, y que no hacemos guerra á los sepulcros, nos complacemos en reconocer en madama Staël una mujer de raro ingenio, que á pesar de los defectos de su estilo, añadirá un nombre á la lista de esos nombres que no deben morir. El que ha conocido á la hija de M. Necker, y todas las agitaciones que llenaron su vida, no puede menos de afectarse al considerar la vanidad de las cosas humanas: ¡que de movimiento para caer en un reposo interminable! ¡cuanto ruido para llegar al eterno silencio! Madama Staël buscó tal vez con sobrada ansiedad unos triunfos que podía adquirir sin tanto trabajo. ¡Mal haya la celebridad, si es menester correr tras ella! El honrado La Fontaine trató á la gloria como aconseja se trate á la fortuna, la aguardó durmiendo, y la encontró por la mañana sentada á su puerta.

Para hacer mas feliz á madama de Staël y mas perfectas sus obras, hubiera bastado quitarla un talento. Si hubiera sido menos brillante en la conversa-



cion; hubiera amado menos el trato de la alta sociedad, que hace pagar muy caros los placeres que proporciona, y hubiera ignorado las mezquinas pasiones de ese gran mundo. Sus escritos entónces no hubieran estado salpicados de esa política de partido que hace cruel el carácter mas jeneroso, falso el juicio mas sano, y ciego el ingenio mas claro y despejado; de esa política que da acrimonia á los sentimientos y amargura al estilo, que desnaturaliza el talento, sustituye la irritacion del amor propio al entusiasmo del alma, y reemplaza las inspiraciones del jenio con los arranques del mal humor.

No con poco sentimiento encontramos tambien esta política en una última obra de M. Ballanche. Este libro, que no es mas que un simple diálogo entre un anciano y un jóven, tiene en el estilo y en las ideas un no sé qué de tranquilo, dulce y triste. La introduccion recuerda la de la *República*, ó mas bien de las *leyes* de Platon. Aconsejamos al autor de la *Antígona* que en adelante se abandone á sus inclinaciones naturales, que aprecie mejor los tesoros que posee, y que derrame en sus escritos la serenidad, el candor, la tranquilidad del alma: *¡O fortunatos..... sua si bona norint!* que nos deje á nosotros, tristes hijos de las tempestades, el cuidado de ajitar esas cuestiones, de donde salen apenas algunas verdades áridas; verdades que muchas veces no valen tanto como las agradables ficciones de las novelas de que vamos á hablar.

## NOVELAS.

---

Los pueblos empiezan por la poesía y acaban por las novelas: la ficción señala la infancia y la vejez de la sociedad. De todos los habitantes de Europa, los franceses son los que por su genio y carácter se prestan menos á las pinturas fantásticas. Nuestras costumbres, que convienen á las escenas de la comedia, son poco adecuadas para las intrigas de la novela, al paso que las costumbres inglesas que se amoldan al arte de la novela, son rebeldes al genio del drama: la Francia ha producido á Moliere, la Inglaterra á Richardson. ¿Deberemos quejarnos ó complacernos de no poder ofrecer personajes al escritor de novelas, y modelos al artista? Sobrado naturales para los primeros, lo somos sobrado poco para los segundos. Solo el cuadro de la mala sociedad puede sufrirse en las novelas francesas: *Manon Lescot* es buena prueba. Madama de La Fayette, Le Sage, J. J. Rousseau, Bernardino de Saint-Pierre, se han visto obligados á establecer sus teatros, y escojer sus personajes fuera de su tiempo y de su país.

Es posible que la influencia de la revolución modifique algun tanto estas verdades jenerales. Vemos con efecto que la nueva sociedad, al paso que produce menos personajes para la comedia, suministra mas mate-



riales á la novela: así pasó la Grecia de los juegos de Menandro á las ficciones de Heliodoro.

Estos cambios pueden explicarse: cuando la sociedad bien organizada ha llegado al grado mas alto del gusto y de la civilizacion, obligados los vicios á ocultarse, forman con las conveniencias sociales un contraste, de cuyo lado ridículo se apodera la comedia; mas cuando la sociedad se deprava, y las grandes desgracias la hacen retrogradar hácia la barbarie, los vicios que se muestran al descubierto, dejan de ser ridículos haciéndose atroces; y la comedia que no puede cubrirlos con su máscara, los abandona á la novela, para presentarlos en toda su desnudez; porque ¡cosa singular! las novelas aman las pinturas trágicas: ¡tan sério es el hombre aun en sus ficciones!

Por esta razon las novelas del dia tienen en jeneral mayor interes que las antiguas. Unas aventuras que han cesado de estar circunscritas á los tocadores; unos personajes que no desfiguran las modas del siglo de Luis XV, cautivan el espíritu por la ilusion de la verosimilitud. Las pasiones tambien han sido mas verdaderas desde que las costumbres, aunque no tan buenas, han venido á ser mas naturales: esto se conocerá con la lectura de *Juan Sbogar*, de M. Nodier, ó el episodio del interesante *Viaje* de M. Forbin, ó las *Memorias de un español*, ó del *Petrarca*, de madama de Genlis.

En otra ocasion examinamos cuál ha sido la influencia del cristianismo en las letras, y cómo ha modificado nuestros pensamientos y nuestras opiniones. Casi todas las ficciones de los autores modernos tienen

por base una pasión nacida de los combates de la religión contra una inclinación irresistible. En *Lionel*, por ejemplo, esta especie de amor, que no conoció la antigüedad pagana, llena la soledad, en donde ha colocado el honor á un frances leal á su rey. Esta obra, que llama la atención por las cualidades y defectos de un jóven, promueve un escritor aventajado. Mayores elogios daríamos al modesto anónimo, si algunos críticos no hubiesen afirmado que se ha formado en lo que quieren llamar nuestra escuela. No creemos que esto sea cierto; mas en todo caso aconsejaríamos al autor de *Lionel* que escogiese mejor modelo: somos un mal guía, y el que quiera medrar, debe evitar el camino que hemos seguido.



## VIAJES.

**H**enos ya por fin en nuestro elemento ; llegamos á los viajes ; hablamos á nuestro placer. No sin un sentimiento de pesar y casi de envidia , hemos leído la narracion de la última expedicion de los ingleses al polo ártico. En otro tiempo quisimos tambien descubrir por nosotros mismos en el norte de la América los mares vistos por Heyne y despues por Mackenzie. La narracion del capitán Ross nos ha recordado los sueños y proyectos de nuestra juventud. Si hubiésemos sido libres, hubiéramos solicitado una plaza en los buques que han vuelto á empezar el viaje este año: ahora invernaríamos en una tierra desconocida , ó bien alguna ballena hubiera puesto término á nuestros viajes y predicciones. Pero ¿ estamos mas seguros aqui? ¿ Que importa ser aplastado bajo los escombros de un monte de nieve , ó bajo las ruinas de la monarquia?

Una de las cosas mas notables que se encuentran en el diario del último viaje á la bahía de Baffin , es la precaucion que se tomaba de separar á los cazadores ingleses cuando los esquimales de la última tribu descubierta iban á visitar los buques. Aquellos salvajes, aislados del resto del mundo, no conocian la guerra, y el capitán Ross no queria darles la primera idea de muerte y destruccion. Por lo demas , los esquimales son profundos pensadores ; tienen por cierto que

nuestros espíritus se van á la luna; esta es tambien la opinion del cantor de Orlando. A vista de lo que pasa hoy en Francia, el filósofo Otouniah y el sábio Aristóteles podrían muy bien tener razon.

Dejemos aquellas rejiones desoladas para seguir á nuestro ilustre amigo el baron de Humboldt á las hermosas selvas de la Nueva-Granada. El *Viaje á las rejiones equinociales del nuevo continente*, hecho en los años de 1799 á 1804, es una de las obras mas importantes que de muchos años á esta parte se han publicado. El saber del señor baron de Humboldt es prodijioso; pero todavía es mas admirable el talento con que este autor escribe en una lengua que no es la suya. Pinta con admirable verdad las escenas de la naturaleza americana; de manera que cree uno que boga con él por los rios, y se pierde en su compañía en aquellos espesos bosques, que no tienen mas límites que las riberas del Océano, y las cordilleras de los montes: presenta los vastos desiertos con todos los accidentes de la luz y de la sombra; y siempre sus descripciones, encaminándose á un órden de cosas mas elevado, conducen á algun recuerdo del hombre, ó á reflexiones sobre la vida; este es el secreto de Virjilio:

Optima quaeque dies miseris mortalibus aevi

Prima fugit.

El mejor medio de elojjar dignamente este *Viaje*, seria el de transcribir los pasajes; pero es tan célebre la obra y la reputacion del autor, que toda cita seria inútil. El señor baron de Humboldt, aunque pro-



testante en relijion, y amigo en política de esa prudente libertad que todo hombre jeneroso encuentra en el fondo de su corazon, no por eso deja de tributar el debido homenaje á los misioneros que se consagran á la instruccion de los salvajes. Juzga con la misma equidad las costumbres de éstos propios salvajes; las representa tales como son, sin disimular lo que pueden tener de inocencia y de felicidad; mas sin hacer por eso de la choza de un indio la morada predilecta de la virtud y de la dicha. Siguiendo el ejemplo de Tácito, de Montaigne y de Juan Jacobo Rousseau, solo elojia á los bárbaros para satirizar el estado social. El discurso de Rousseau sobre el *Orijen de la desigualdad de las condiciones*, no es otra cosa que la paráfrasis elocuente del capítulo de Montaigne sobre los *canivales*. »Tres »de ellos, dice (tres iroqueses), ignorando cuan caro »debía ser un dia para su reposo y su felicidad el conocimiento de nuestros vicios, y que de este comercio naceria su ruina....., fueron á Ruan á tiempo »que se encontraba en aquella ciudad el difunto rey »Cárlos IX, el cual les habló largamente. Les hicieron »ver nuestras costumbres, nuestra pompa, la forma »de una hermosa ciudad; despues de esto les preguntó á algunos su opinion, y quiso saber qué es lo que »les habia parecido mas admirable: ellos contestaron »tres cosas, de las cuales tengo el sentimiento de haber olvidado la tercera; mas todavia conservo dos »en la memoria. Dijeron. . . . . que habian »notado que existian entre nosotros algunos hombres »llenos y repletos de toda suerte de comodidades; pero »que la mitad estaban mendigando á sus puertas es-

»tenuados de hambre y de pobreza, y estrañaban que es-  
»tos necesitados pudiesen sufrir tal injusticia sin echar-  
»se sobre los otros, ni poner fuego á sus casas. Yo  
»hablé con uno de ellos largo rato....., y habiéndolo  
»preguntado qué ventajas le proporcionaba la supe-  
»rioridad que tenia entre los suyos (porque era un ca-  
»pitan, y nuestros marineros le llamaban rey), me di-  
»jo que la de marchar el primero á la guerra: ¿cuan-  
»tos hombres le seguian? y me enseñó un espacio de  
»terreno, significándome que tantos como podria con-  
»tener aquel espacio, que serian cuatro ó cinco mil  
»hombres. ¿Si concluida la guerra espiraba su autori-  
»dad? y me contestó que lo único que le quedaba era  
»que cuando visitaba los pueblos que dependian de él,  
»le abrian senderos al través de los bosques, para  
»que pudiese pasar con comodidad. No va mal todo  
»eso; ¡pero que! no llevan calzones.”

Ve ahí á Montaigne y sus imprevistos jiros, imi-  
tados despues por La Bruyere. Lo que daba en ros-  
tro al maligno señor gascon, y al elocuente sofista de  
Jinebra, era esa odiosa mezcla de clases y fortunas,  
de goces extraordinarios y privaciones escesivas, que  
forma en Europa lo que se llama la sociedad.

Pero llega un tiempo en que los hombres, so-  
brado multiplicados, no pueden ya vivir del producto  
de sus cacerías, y entonces es indispensable recurrir  
al cultivo de la tierra. La cultura trae en pos de sí  
las leyes, y las leyes dan origen á los abusos. Mas ¿se-  
ria razonable decir que no se necesitan leyes porque  
hay abusos? ¿seria sensato suponer que Dios ha hecho



el estado social el peor de todos, cuando parece que este estado es el mas comun entre los hombres?

Porque si estas leyes que nos inclinan hácia la tierra, que obligan al uno á sacrificar al otro, que hacen ricos y pobres, que se lo dan todo á éste, y se lo arrebatan todo á aquel; si estas leyes parece que degraden al hombre privándole de la independencia natural, con esto mismo le hacen superior á los salvajes. En la sociedad los males son el origen de las virtudes. Entre nosotros la jenerosidad, la compasion, el verdadero amor, el ánimo constante en la adversidad, todas estas cosas divinas nacen de nuestras miserias; porque ¿como no admirar al hijo que alimenta con su trabajo á su madre pobre y accidentada? El caritativo sacerdote que va á buscar, para socorrerla, á la humanidad doliente á los sitios donde se oculta, ¿puede ser un objeto de desprecio? El hombre que por espacio de largos años ha luchado noblemente contra la desgracia, ¿será menos magnánimo que el prisionero salvaje, cuyo valor está reducido á sobrellevar los padecimientos de algunas horas? Si las virtudes son unas emanaciones del Omnipotente, si son necesariamente mas numerosas en el órden social que en el natural, el estado de sociedad, que nos aproxima mas á la Divinidad, es un estado mas sublime que el de la naturaleza.

M. de Humboldt se muestra animado por el sentimiento de estas verdades cuando habla de los pueblos salvajes: la sábia economía de sus juicios, y la pompa de sus descripciones, revelan un talento que

domina igualmente en todas las partes de su asunto y de su estilo.

Aquí terminaremos este artículo, con que hemos pagado á las musas nuestro tributo anual. En las épocas mas tempestuosas de la revolucion estaban las letras menos abandonadas que en el día. Bajo la opresion del directorio, y aun durante el reinado del terror, el gusto por las bellas artes se mostró con singular vivacidad; y es que del mismo exceso de los males renacia la esperanza: nuestro presente estaba despojado de toda alegría; pero contábamos con un porvenir mas feliz, y nos decíamos que nuestra vejez *no se veria privada de la lira*:

Nec turpem senectam  
Degere me cithara carentem.

Detras de la revolucion veíase entonces la monarquía lejitima; detras de la monarquía lejitima se vé en el dia la revolucion. Entonces íbamos hácia el bien, ahora caminamos hácia el mal. Y ¿como ocuparse en lo que puede embellecer la existencia en medio de una sociedad que se disuelve? Cada uno se prepara á los acontecimientos que pueden sobrevenir; cada uno piensa en el modo de salvar del naufragio su fortuna y su vida; cada uno examina los títulos que puede tener á la proscripcion en razon de su mayor ó menor fidelidad á la causa real. En esta posicion, la literatura parece puerilidad; todos preguntan por la política, porque tratan de conocer sus destinos; todos corren á oír, no á un profesor que esplica en la cá-



tedra á Horacio ó á Virjilio, sino á M. Labourdon-  
naye defendiendo en la tribuna los intereses públicos,  
haciendo en cada discurso un combate contra el ene-  
migo, y comunicando á su elocuencia la vigorosa ener-  
jia de su carácter.

SOBRE LA HISTORIA

## DE LOS DUQUES DE BORGONA,

DE M. DE BARANTE.

Diciembre de 1824.

La historia de Francia es hoy el objeto de todos los trabajos literarios. Ultimamente hemos hablado de la *Coleccion de las Memorias relativas á la historia de Francia, desde el origen de la monarquía francesa, hasta el siglo XIII*, siglo en que comienza la coleccion de M. Petitot. El infatigable presidente Cousin se habia propuesto hacer con los historiadores del imperio de Occidente lo que habia hecho con los principales autores de la historia bizantina. Su traduccion (cuyos dos primeros tomos impresos contienen á Eginardo, Thegano el Astrónomo, Nitardo, Luitprando, Witikindo, y los Anales de Saint-Bertin) estaba casi completa: sus manuscritos existen, y podrian ser de grande auxilio, y ahorrar mucho trabajo á M. Guizot. Las grandes crónicas de San Dionisio, publicadas sucesivamente en la recopilacion de dom Bouquet, no son tampoco, por lo que hace á los primeros siglos de la monarquía, sino traducciones de los autores latinos anteriores á la redaccion de estas crónicas.

Por otra parte, M. Buchon ha empezado una *coleccion de las crónicas escritas en lengua vulgar desde*



el siglo XIII al XVI, obra diferente de la de M. Petitot, que solo publica *Memorias*. Ha dado principio por una edicion de Froissart, para lo cual, ademas de sus propias investigaciones, se ha ayudado con las de M. Dacier: esta obra es ciertamente un trabajo importante, ejecutado con conciencia.

En fin, la gran coleccion de dom Bouquet se continúa, aunque se observa con disgusto que despues de la restauracion no marcha con tanta rapidez como en tiempo de Bonaparte. Algunos sábios benedictinos, durante la usurpacion, parecia que no sobrevivian á la sociedad y á la monarquía; si no para tributar los últimos honores á la una, acabando de exhumar la otra. Cuando aquellos hombres de Clodoveo y de Carlomagno, á quienes los siglos pasados parece han olvidado sobre la tierra, hayan reunido en su derredor á sus jeneraciones contemporáneas, ¿quien hablará la doble lengua del tratado de Estrasburgo? A nosotros nos sucede lo mismo que ha sucedido á todos los pueblos: nos entregamos con un sentimiento de pesar y de relijiosa curiosidad al estudio de nuestras instituciones primitivas, por lo mismo que ya no existen. Hay en las ruinas un no sé qué que halaga nuestra debilidad, y que desarma, satisfaciéndola, la malignidad del corazon humano. Ahora conocemos mejor que en otro tiempo la antigua monarquía; porque cuando estaba en pie, no alcanzaban nuestros ojos á abrazar sus vastas dimensiones: los grandes hombres y los grandes imperios son como los colosos del Ejipto, que no pueden medirse bien sino cuando yacen derribados en el suelo.

Entre las obras históricas del momento, debe darse un lugar distinguido á la de M. de Barante. Desde luego llama la atencion la feliz eleccion del objeto.

Toda historia que abraza un espacio de tiempo sobrado largo, carece de unidad, y agota las fuerzas del historiador. La *Historia de los duques de Borgoña de la casa de Valois* no tiene este defecto capital; porque está circunscrita entre dos batallas célebres, la de Poitiers, en que combatió y fue herido, al lado del rey su padre, Felipe el Atrevido, primer duque de Borgoña de la casa de Valois, y la de Nancy, en que murió Cárlos el Temerario, último duque de esta raza. Biografía á la vez, é historia jeneral, hubieran podido escribirla Plutarco y Tácito. Empieza y concluye como un poema épico, estraviándose sin perderse en una multitud de aventuras que tienen un tinte maravilloso. Abraza nuestras guerras civiles y extranjeras, desde el rey Juan hasta Luis XI; coloca alternativa-mente sobre la escena á Cárlos V y Du Guesclin; Eduardo III y el príncipe Negro; Cárlos VI é Isabel de Baviera; Enrique V y sus hermanos; Cárlos VII, Ines Sorrel, la Doncella de Orleans, Richemont, Talvot, La Hire, Xintrailles y Dunois; atraviesa por los estragos de las compañías y los horrores del jacobismo (*jacquerie*), las insurrecciones populares, las matanzas y asesinatos producidos por las rivalidades de las casas de Borgoña y de Orleans. Y de repente esta terrible historia de algunos segundones de la casa de Francia, viene á espirar á los pies de ese personaje, único en nuestros anales, de ese Luis XI, que hacia decapitar al condestable, y aprisionar á las urracas y los grajos á quienes



los vecinos de París habían enseñado á decir: *Vete de aquí, ladrón, vete, malvado* (1), tirano justiciero, despreciado y amado del pueblo por sus bajas costumbres y su odio á los nobles; que obraba grandes cosas por medio de personas humildes; que transformaba á sus criados en reyes de armas, á sus barberos en ministros, al gran preboste en *compadre*, y á dos verdugos, que el uno era alegre y el otro triste, en *compañeros*; que ganaba con su talento lo que perdía por su carácter; que reparaba como rey las faltas que cometía como hombre; caballero valeroso á los veinte años, y pusilánime cuando viejo; que murió rodeado de horcas, jaulas de hierro, trampas, asadores, cadenas llamadas las *niñas del rey*, de ermitaños, de empíricos y de astrólogos, despues de haber creado la administración francesa, hecho permanentes los oficios de judicatura, estendido el reino por su política y sus armas, y vistó bajar al sepulcro á sus rivales y á sus enemigos, Eduardo de Inglaterra, Galeazo de Milan, Juan de Aragon, el duque de Borgoña, y hasta la jóven heredera de este duque. Tan cierto parecia que hubiese algo de fatal en la persona de un príncipe que con *graciosa industria*, dice Brantome, envenenó á su hermano el duque de Guyena, *cuando menos lo imaginaba*, rogando á la Virgen, *su buena dama, su señorita, su grande amiga*, que le alcanzase el perdón!

Cuando Cárlos el Temerario y Luis XI desapare-

(1) Burla de la salida de Luis XI de París y del tratado de Perona. Ve aquí lo que nosotros hubiéramos hecho con los ministros si hubiesen llegado á quitarnos la libertad de imprenta: hubiéramos recurrido á los papagayos.

cen, cae con ellos la Europa feudal: Constantinopla es tomada; renacen las letras en el Occidente; se inventa la imprenta; se descubre la América; la grandeza de la casa de Austria se cimenta por el casamiento de Maximiliano con la heredera del duque de Borgoña; Leon X, Francisco I, Cárlos-Quinto se hallan á poca distancia; Lutero, con la reforma relijiosa y política, está á la puerta; y al terminar la historia de los duques de Borgoña, nos deja á la entrada de un nuevo universo.

Por una igual fortuna las fuentes de donde nace la historia de los duques de Borgoña son muy abundantes. Para los cinco reinados comprendidos entre la muerte de Felipe de Valois y el advenimiento al trono de Cárlos VIII, tenemos cerca de ciento ochenta manuscritos y ciento cuarenta y tres memorias y crónicas impresas, á lo cual debe añadirse la coleccion de autores borgoñones y la de los ingleses desde Eduardo III hasta Eduardo V, sin hablar de los documentos del tesoro, de cartas y de actas de Rymer. Al principio y al fin de estas historias se encuentran Froissart y Felipe de Comines, que son el Herodoto y el Tucidides de nuestras edades góticas.

Las viñetas de los manuscritos dan una idea la mas clara de las costumbres de la época. Allí se ven batallas, ceremonias públicas, prestaciones de fe y homenaje, interiores de casa y de palacio, buques, caballos, armaduras, trajes de todas hechuras y de todas las clases de la sociedad.

M. de Barante se ha servido de estos materiales como hábil arquitecto: ha restablecido el gusto por la



historia y la sencillez de la buena escuela. Nada de declamaciones, nada de sentencias afectadas, y nada al mismo tiempo mas interesante y mas grave que su simple narracion. Pinta las costumbres sin advertir que las pinta, ó que va á pintarlas.

Cuando nació entre nosotros la pretendida historia filosófica, nos dijeron sus autores: »Hasta ahora solo se »ha escrito la historia de los reyes, nosotros vamos á »bosquejar la de los pueblos; nosotros procuraremos »sobre todo dar á conocer las costumbres, &c.»

Y tras esto creyeron elevarse sobre sus predecesores, terminando sus periodos con algunos lugares comunes contra los crimenes y los tiranos, y diciéndonos al fin de cada reinado qué trajes se usaban en aquel tiempo, cuál era el peinado de las damas y el calzado de los hombres, cómo iban á cazar, qué platos se servian en la mesa, &c.

Las costumbres y los usos no se colocan á parte en el rincon de una historia, como se esponen ropas y galas en un vestuario, ó antiguas armaduras en los gabinetes de los curiosos; sino que deben mostrarse con los personajes, y dar al cuadro el color del siglo. Herodoto nos entera de los pormenores de la vida privada de los pueblos de su patria, digna hoy de su antigua gloria, cuando nos representa á los trecientos espartanos, antes del combate de las Termópilas, entregándose á los ejercicios gimnásticos, y peinándose los cabellos; ó á los griegos asistiendo á los juegos olímpicos, despues del mismo combate, y recibiendo por premio de la carrera una corona de aquel olivo que se llamaba el olivo de las bellas coronas: *ἐλμία καλλιστεφανος*.

Conocemos toda la vida de un antiguo romano cuando leemos que los diputados del senado van á anunciar la dictadura á Cincinato; le encuentran en su campo de dos fanegas, dirijiendo el arado, ó abriendo una zanja. Le saludan, ofrecen votos á los dioses por su prosperidad y la de la república, y le ruegan que se vista su toga para oír lo que le pide el senado. Admirado Cincinato, pregunta si ha sucedido alguna desgracia, limpia el polvo y el sudor de su frente, y envía á su mujer Racilia á que le traiga la toga de su cabaña: *Togam properè è tūgurio proferre uxorem Raciliam juret*, dice Tito-Livio.

En Tácito volvemos á encontrar los dictadores; pero son dictadores perpétuos, que ya no habitan el *tugurium*, sino el *palatium*; y cuando bajan hasta la *villa*, es para entregarse en ella á la disolucion, y meditar delitos. El senado no les inviste ya con el poder supremo por premio de sus virtudes, sino por recompensa de sus crímenes: *Cuncta scelerum suorum pro egregiis accipi videt*.

En nuestros viejos cronistas se ve todo, se presencia todo: Froissart nos hace asistir á los festines de Eduardo III, y á los combates de aquellos guerreros. La víspera del suceso del puente de Lusac, donde fue muerto el famoso Juan Chandos, se habia detenido en una venta del camino: »Estaba, dice Froissart, en una »gran cocina cerca del fogon, y se calentaba con el »fuego de paja que su heraldo le hacia, hablaba familiarmente con sus criados, y estos le hablaban también, deseando quitarle la melancolía." Al otro dia seguia Chandos su camino, y encontró á los franceses



que mandaba el señor Luis de Saint-Julien, y Kerlouet el breton. »Los ingleses se colocaron en un altillo, que estaria unas tres yugadas de tierra sobre el puente.» Se ve que Froissart cuenta á la manera de Homero. La yugada es el espacio que dos bueyes pueden arar en un dia. Chandos habla en seguida como los héroes de la Iliada. »Entre nosotros, franceses, esclama, vosotros sois hombres de armas muy menguados; todo lo recorreis armados de pies á cabeza; parece que todo el pais sea vuestro, y por vida mia que no es asi!» Fue muerto peleando á pie, »porque se enredó con una gran vestimenta que le bajaba hasta tierra, blasonada con su escudo de raso blanco..... »Los ingleses empezaron á jimir y lamentarse diciendo: »¡Jentil caballero, flor del honor! ¡señor Juan Chandos! ¡en mal punto fue forjada la espada que os ha herido y puesto en riesgo vuestra vida! Amigos y amigas lloraron á monseñor Juan Chandos, y también le lloraron el rey y los señores de Francia.»

Este arte de transportarnos en medio de los objetos se hace notar en nuestros antiguos escritores hasta en la sátira histórica. Tomas Arthus nos representa á Enrique III durmiendo en un lecho ancho y espacioso, quejándose de que le despierten sobrado pronto á medio dia, con el rostro cubierto con un lienzo y una máscara, con los guantes en las manos, tomando una presa de caldo, y sepultándose de nuevo en la cama. En una cámara vecina Caylus, Saint-Megrin y Maugiron, están rizándose el cabello, y apurando lo mas correcto del tocador; les arrancan los pelos de las cejas, les ponen dientes, les pintan el rostro, y se

emplea un tiempo interminable en vestirlos y perfumarlos. Parten para dirijirse á la cámara de Enrique III; »bambaleando de tal manera el cuerpo, la cabeza y las piernas, que yo creí firmemente que iban á »caer en el suelo.....; y es que este modo de andar »les parecia mas bello que otro alguno.”

M. Barante se ha penetrado de la importante idea de que deben mostrarse en la narracion los usos y las costumbres. Describe las batallas con un fuego, que cree uno hallarse presente. Debe leerse en el segundo libro la famosa aventura del condestable de Clison y el duque de Bretaña. ¿Hay cosa mas animada que la pintura de lo que sucedió despues de firmado el tratado entre el Delfin y Juan-sin-Miedo en el mes de Julio de 1419? »La paz de los principes, dice el historiador, les habia causado (á los parisienses) gran »júbilo; pero sin embargo no veian que se ocupasen »sériamente en atajar los desórdenes..... Pero los ánimos fueron aun mas tristemente conmovidos cuando »el 29 de Julio, cerca del medio dia, se vió llegar »á la puerta de San Dionisio una tropa de pobres fugitivos con el mayor desórden y espanto. Los unos »estaban heridos y ensangrentados; otros caian de hambre, de sed y de fatiga. Detuviéronlos á la puerta »preguntándoles quiénes eran y de dónde nacia su desesperacion: »Somos de Pontoise, contestaron llorando; los ingleses han tomado la ciudad esta mañana, »y han muerto ó herido á cuantas personas han encontrado al paso. ¡Dichosos los que han podido salvarse de sus manos! nunca los sarracenos fueron tan »cruels con los cristianos.” Mientras hablaban de esta



»suerte, á cada instante llegaban hácia la puerta de  
 »San Dionisio y de San Lázaro mil desgraciados medio  
 »desnudos, pobres mujeres que llevaban á sus hijue-  
 »los en los brazos ó en una canasta, unas sin cape-  
 »ruza, otras con el corsé medio atacado, sacerdotes  
 »en sobrepelliz y con la cabeza descubierta. Todos se  
 »lamentaban: ¡Dios mio! decian, libradnos de la des-  
 »esperacion por vuestra misericordia; esta mañana nos  
 »hallábamos aun en nuestras casas felices y tranqui-  
 »los, y á medio día, henos aqui como desterrados,  
 »buscando un pedazo de pan. Unos se desmayaban de  
 »fatiga, otros se sentaban en el suelo, no sabiendo qué  
 »hacerse; despues hablaban de los que se habian que-  
 »dado rezagados.”

Este trazo es escelente, este es el verdadero tono de la historia.

La de los *duques de Borgoña* está escrita sin espíritu de partido, mas nó con esa imparcialidad contraria al jenio de la historia, que permanece indiferente á la virtud y al vicio. En la escuela moderna se ha olvidado que la historia es un cuadro compuesto por el juicio, y colorido por la imaginacion. La verdadera imparcialidad histórica consiste en referir los acontecimientos con escrupulosa exactitud, respetar la cronología, no desnaturalizar los hechos, ni atribuir á un personaje lo que pertenece á otro: lo demas queda al libre sentimiento del historiador.

De ahí es que M. de Barante escribe necesariamente con las ideas que dominan en su sistema político. Cuando espone los crímenes de las clases secundarias de la sociedad con tanta sinceridad como hor-

ror, se conoce que encuentra una especie de excusa en la opresion de los pueblos; cuando refiere las virtudes de los caballeros, se echa de ver que estaria mas satisfecho si estas virtudes perteneciesen á otra raza de hombres; mas esto nada quita á la integridad de su juicio, ni á la fidelidad de su pincel. Cada historiador tiene su afeccion particular: Jenofonte ateniese, es espartano en su historia; Tito-Livio es pompeyano, y republicano en el imperio de Augusto; Tácito, no teniendo ya mas que tiranos que maldecir, presenta como modelos de virtud á algunos hombres privilegiados, ó á algunos salvajes de la Germania. En Inglaterra todos los autores son whigs ó torys. Bossuet, entre nosotros, se desdeña de tomar noticias sobre la tierra, y busca en el cielo sus mapas. ¿Que le importa este imperio del mundo, *presente de ningun precio*, como dice él mismo? Si es parcial, lo es para el mundo eterno; porque escribiendo la historia al pie de la cruz, oprime á los pueblos bajo el signo de nuestra salud, bien asi como sujeta los acontecimientos al dominio de su jenio.

M. de Barante ha publicado ya cuatro volúmenes de su historia, que hacen desear con ansia la publicacion de los demas, y prosigue su obra con esa paciencia laboriosa, sin la cual el talento solo despidе chispas pasajeras, y solo deja trabajos incompletos. La historia es el retiro mas noble y natural del hombre de talento que ha dejado los negocios públicos. Porque todavía hay en ella algunas justicias que hacer. Bien sabemos que en el dia ningun cuidado dan estas justicias á los que se han acostumbrado al desprecio





del público; hay algunos hombres que no hacen mas caso de su memoria que de su cadáver: poco les importa que la pisoteen, puesto que no lo han de sentir; mas no era para castigar á los muertos, sino para imponer á los vivos, por lo que se arrastraba en otro tiempo sobre una estera el cadáver de ciertos criminales.



## CONTINUACION.

Mayo de 1825.

**H**emos dado cuenta de los primeros volúmenes de esta importante obra. Posteriormente se han publicado otros dos, y ahora van á salir dos mas. Pongamos rápidamente á la vista del lector este cuadro tan dramático y variado.

El rey Juan está prisionero en Inglaterra, muere Felipe de Rouvre, último duque de la primera casa de Borgoña, y recoge Juan su herencia, como si la Providencia quisiera proporcionar al monarca cautivo el poder y provincias que por su rescate iba á entregar á Eduardo III. Pero Juan dió el ducado de Borgoña á su hijo querido, el jóven Felipe de Francia, que habia peleado, y habia sido herido á su lado en la batalla de Poitiers: este es Felipe el Atrevido, primer duque de Borgoña de la casa de Valois.

Bajo este primer duque pasa todo el reinado de Cárlos V, aquel reinado sábio, tan fecundo en acontecimientos y en hombres grandes; pero que debia terminar por el reinado de Cárlos VI, en el que renacen todas las calamidades de la Francia.

Felipe el Atrevido vió tambien empezar la enfermedad de Cárlos VI, y aquella tutela tempestuosa que se disputaron unos tios ambiciosos y una madre desnaturalizada; y en esta ocasion estallaron las querellas



de las casas de Orleans y de Borgoña. Encuéntrase en ésta un no sé qué mas grande; pero hay mas atractivo en la casa de Orleans. A su pesar se pone uno de su parte, y le perdona la debilidad de sus costumbres, en favor de su gusto por las artes y de su heroísmo. Por su rama ilejítima se pasa de Dunois á los Lonqueville; por la lejítima se llega de Valentina de Milán á Luis XII y á Francisco I.

El primer crimen viene de la casa de Borgoña: Juan-sin-Miedo, que habia sucedido á su padre Felipe el Atrevido, hace asesinar al duque de Orleans el 23 de Noviembre de 1407. Al principio parece que niegue su crimen; pero luego se gloria de él públicamente, último recurso de los hombres que pueden ser convictos, pero que son sobrado poderosos para ser castigados. El duque de Borgoña llegó á hacerse popular en París; huye la reina, llevándose á Tours al rey enfermo, y Valentina de Milán sucumbe al dolor, sin haber podido obtener justicia.

»Su vida, dice M. de Barante, no habia sido dichosa: su hermosura, sus gracias, el encanto de su talento y de su persona, solo consiguieron escitar los celos de la reina y de la duquesa de Borgoña; y la tierna solicitud con que habia asistido al rey, acreditaba mas y mas la reputacion de májia y de sortilejio que tenia entre el vulgo. Habia amado á su marido, y este habia preferido publicamente otras mujeres. Privada de él por un horrible asesinato, se le niega toda justicia, y su dolor y su derecho eran repetidos por la violencia. Fuera de la primera indignacion que el crimen habia producido, no encon-

»traba en todas partes sino corazones interesados, sentimientos frios, ó una opinion contraria. En los últimos tiempos de su vida habia tomado por divisa: *Nada me queda, que todo es ya nada para mí.* Daba compasion el oír á la hora de su muerte sus quejas y su desesperacion. Murió rodeada de sus tres hijos y de su hija, y tambien vió acercarse á su lecho á Juan, hijo bastardo de su marido y de la señora de Cauny. Amaba á este niño al par de los suyos, y hacía le educar con el mayor cuidado. Al verle tan lleno de ardimiento, solia decir que se lo habian robado, y que ninguno de sus hijos era tan bien dispuesto para vengar la muerte de su padre. Este niño fue el conde de Dunois."

Este retrato está lleno de interes y de belleza: el talento del autor se muestra principalmente en aquellos pormenores, en que la severidad de la historia permite por un momento bajar el tono y templar los colores. Los sortilejos de Valentina de Milán eran sus gracias: aquella estrangera, aquella italiana que traia á nuestro rudo clima, á la Francia semi-bárbara, unas costumbres civilizadas y el gusto de las artes, debió parecer una maga: hubiéranla quemado por su belleza, como quemaron á Juana de Arc por su gloria.

El tratado de Chartres dió todo el poder al duque de Borgoña; cortaron la cabeza al señor de Montaignu, administrador de las rentas públicas; pero nada se remedió con esto: convocaron una asamblea para reformar el estado, y el estado fue de mal en peor. Los príncipes descontentos tomaron las armas contra el duque de Borgoña. El duque de Orleans, hijo del



duque asesinado, habia casado en segundas nupcias con Bona de Armagnac, hija del conde Bernardo de Armagnac, de donde el partido del duque de Orleans, dirigido por el conde Bernardo, tomó el nombre de *Armagnac*. Trataron inútilmente en Bicetre, y se prepararon de nuevo para la guerra. Sitian los Armagnacs á París; pero llega con un ejército el duque de Borgoña, y hace levantar el sitio. En medio de todos estos males continúa la antigua guerra con los ingleses, y un rey demente solo recobra la razon por intervalos para llorar las desgracias de sus pueblos.

Estalla una sedición en París: los palacios del rey y del delfin son forzados; la facción de los *Carniceros* adopta el gorro blanco; el duque de Borgoña pierde el poder, y se retira. Entre tanto se tenian tratos en Arras.

Desembarca en Francia el rey de Inglaterra, y la pérdida de la batalla de Azincourt renueva todas las desgracias de las de Crecy y de Poitiers. París es entregado á los borgoñones despues de haber sido gobernado por los Armagnacs; violentan las prisiones y asesinan los presos. Los ingleses se apoderan de Ruan, y Enrique V toma el título de rey de Francia.

Conclúyese en Ponceau un tratado de paz entre el duque de Borgoña y el delfin (1419). ¡Vana esperanza! Las enemistades eran sobrado vivas: Juan-sin-Miedo es asesinado en el puente de Montereau.

El nuevo duque de Borgoña, Felipe el Bueno, forma alianza con los ingleses para vengar á su padre, Enrique V toma por mujer á Catalina de Francia, y Carlos VI le reconoce por heredero en perjuicio del

delfin. Dos años despues de firmado el tratado de Troyes, muere Cárlos VI en París: Enrique V le habia precedido ya en la tumba. Oigamos al historiador.

»Hacia largo tiempo que Cárlos VI no tenia ya  
»razon ni memoria; pero sin embargo permanecia  
»siempre querido y respetado del pobre pueblo, que  
»jamás le habia imputado ninguna de las desgracias  
»que habian desolado el reino durante los cuarenta y  
»tres años de su reinado. Acordábanse de que en su  
»juventud habia sabido agradar á todos por su hu-  
»manidad, su cortesanía y sus amables maneras; que  
»se habian colocado en él grandes esperanzas de ven-  
»tura, y que le habian apellidado el *Amado*. Siempre  
»se habia dicho que los males públicos, las discordias  
»de los príncipes, las rapiñas de los grandes, la falta  
»de órden y de disciplina, provenian del estado de  
»enfermedad en que habia caido el desventurado mo-  
»narca. La bondad que dejaba descubrir en los inter-  
»valos de salud, habia aumentado esta idea, y habia  
»hecho de este rey demente un objeto de veneracion,  
»de duelo y de compasion; el pueblo parecía que le  
»amase con un amor igual al odio que tenia á todos  
»los que habian gobernado en su nombre. Cuando en-  
»tró en París, pocas semanas antes de su muerte, los  
»habitantes, en medio de sus padecimientos, y bajo el  
»duro gobierno de los ingleses, habian visto con ale-  
»gría á su pobre rey venir á vivir entre ellos, y le habian  
»acojido con mil aclamaciones de júbilo. Era por cierto  
»un objeto de dolor y amargura el verle morir asi, so-  
»lo, sin que ningun príncipe de Francia, sin que nin-  
»gun señor del reino le asistiese en sus últimas horas.



»Aguardando la vuelta del rejente ingles, que asis-  
 »tia entonces al entierro del rey Enrique, el rey de  
 »Francia fue dejado en el palacio de San Pablo, en  
 »donde por espacio de tres dias pudieron todos ir á  
 »verle, y rogar por él.”

¡Cuan filosófica y tierna es á la vez esta relacion!  
 El duque de Bedford, volviendo de los funerales de  
 Enrique V de Inglaterra, para disponer los de Cár-  
 los VI, rey de Francia; esta correria desde el féretro  
 del mas glorioso y feliz de los monarcas, al del mas  
 obscuro é infortunado de los soberanos: he aqui lo que  
 el historiador nos pone á la vista sin reflexiones, sin  
 un vano alarde de moralidad. ¡Grande y grave manera  
 de escribir la historia! La leccion está en el cuadro, y  
 el cuadro es digno de la leccion.

Se sabe que el desventurado monarca no cesaba  
 de llorar los males de la Francia, y cuando recaia,  
 perseguido por la idea de que su locura le convertia  
 en una especie de plaga para su pueblo, sostenia que  
 no era rey, y borraba con furor su nombre y sus ar-  
 mas de donde quiera que las veia.

El delfin se encontraba en Mehun-de-Yèvres, en  
 el Berri, cuando recibió la noticia de la muerte de su  
 padre. »Levantose la bandera de Francia, dice M. de  
 »Barante; y en una pobre capilla, en una aldea casi  
 »desconocida, fue Cárlos VII saludado por primera vez  
 »con el grito de ¡viva el rey.....! Los ingleses le lla-  
 »maron por irrision el rey de Bourges; mas ya desde  
 »entonces podia presentirse cuan difícil seria vencer su  
 »buen derecho, y establecer de un modo durable el  
 »poder de los antiguos enemigos del reino.”

Richemont, Dunois, Xaintrailles, La Hire, sostienen en un principio el honor frances sin poder arrojar de Francia á los extranjeros; mas Juana de Arc aparece, y la patria se salva.

En la historia de aquellos tiempos se mezcla siempre algo de milagroso, tanto en la prosperidad como en la desgracia: una vision extraordinaria habia privado de la razon á Carlos VI; revelaciones misteriosas arman el brazo de la Doncella: el reino de Francia es arrebatado á la raza de San Luis por una causa sobrenatural, y le es devuelto por un prodijio.

Debe leerse en la obra de M. de Barante el pasaje entero de la Doncella de Orleans. El autor ha sabido conservar en el carácter de Juana de Arc la sencillez de la paisana, la debilidad de la mujer, la inspiracion de la santa, y el denuedo de la heroína. Se ve á la pastorcilla de Domremy colocar una escala contra los atrincheramientos de los ingleses delante de Orleans, y entrar la primera en el fuerte atacado; se la ve herida, precipitada en el foso, llorar y aterrarse; pero recobrando prontamente el valor, tomar por asalto los torreones, gritando al capitán ingles que los defendia: »Ríndetë al rey de los cielos.»

Confiada, sin estar envanecida en el éxito de su empresa, declara que va á conducir al rey á Reims para hacerle consagrar. »Yo no duraré mas que un año, »ó poco mas, repetia; y de consiguiente debo emplearlo bien.» Anunciaba que despues de la consagracion, el poder de los enemigos iria siempre disminuyendo. Todos obedecen la voz de aquella mujer extraordinaria. Jargeau es escalada; el famoso Talbot es



vencido, y queda prisionero en Patoí. Entre tanto faltan los víveres, y el ejército del rey, desalentado por su corto número, se detiene delante de Troyes, y quiere retirarse sobre el Loira. La Doncella anuncia que Troyes va á someterse, y Troyes abre en efecto las puertas. Chalons se entrega. Carlos VII entra en Reims el 15 de Julio de 1429, y es consagrado en aquellas fuentes bautismales de Clodoveo, adonde despues de tan grandes infortunios conduce hoy el cielo á Carlos X.

»Durante la ceremonia, Juana la Doncella estaba en pie junto al altar, teniendo enarbolado el estandarte; »y cuando despues de la consagracion se postró de rodillas á los pies del rey, y se los besó llorando, nadie »podia contener las lágrimas oyendo las palabras que »le decia: Rey gallardo, orad y cumplid la voluntad »de Dios, que queria que vinieseis á Reims á recibir »vuestra digna consagracion, para mostrar que vos sois »el verdadero rey á quien debe pertenecer el reino.”

Entre tanto Juana anunciaba que su poder iba á espirar. »¿Sabeis cuando morireis, y en que lugar?» le decia el bastardo de Orleans.

»No lo sé, contestó: eso será la voluntad de Dios: »he cumplido lo que el Señor me mandó, que era »levantar el sitio de Orleans, y hacer consagrar al gallardo rey. Yo desearia que quisiera hacerme volver »á la casa de mis padres, que tanto se alegrarian de verme. Yo guardaria su ganado, y me ocuparia en »lo que antes me ocupaba.”

Habiendo entrado el rey en la isla de Francia, vino á atacar á París. Ya habia pasado Juana el primer

foso, y media con una lanza la profundidad del segundo, cuando fue herida en la pierna por una flecha. Recibió el ejército orden de retirarse; y Juana, que quería dejar el servicio, suspendió su blanca armadura sobre el sepulcro de San Dionisio, con una espada que había conquistado á los ingleses en el asalto de París. Sin embargo, todavía se batió por algun tiempo; porque su opinion era que la paz solo podia encontrarse á la punta de la lanza. »Era tal el terror que inspiraba su nombre, dice el historiador, que los archeros »y jendarmas que se alistaban en Inglaterra, huian y »se ocultaban, antes que venir á Francia á pelear contra la Doncella.» Juana iba á volver á Dios de donde había venido.

En una vigorosa salida que hizo de Compiègne contra los borgoñones que tenían sitiada esta ciudad, cayó en manos de sus crueles enemigos. El mismo dia había ella dicho: »Estoy vendida, y pronto seré entregada á la muerte. Ya no podré servir á mi rey »ni al noble reino de Francia.» Al saber los ingleses la prision de Juana, dieron gritos de alegría, y creyeron que toda la Francia era suya. El duque de Bedford hizo cantar un *Te Deum*.

A petición de un inquisidor y del obispo de Beauvais, fue la Doncella entregada á los ingleses por los borgoñones, ó mas bien vendida por la suma de diez mil francos. Hicieron construir una jaula de hierro, en donde la encerraron despues de haberle puesto grillos á los pies; y tratada así por la Francia, la encerraron en la gran torre de Ruan. »Los archeros ingleses que »guardaban aquella pobre jóven, la insultaban grose-



»ramente, y algunas veces trataron de violarla." Hasta los señores ingleses se acercaban á llenarla de oprobios.

Empezó su proceso. Rodeada de lazos, y enredada en las intrigas, por cuyo medio querian sorprender su fe, Juana fue vendida hasta por el primer confesor que le enviaron. El obispo y un canónigo de Beauvais dirijian todos sus procedimientos. »Juana comenzó por »sufrir seis interrogatorios seguidos ante este numeroso consejo, donde se presentó mas animosa acaso »que cuando peleaba con los enemigos del reino. Aquella pobre niña, que cuando mas sabia rezar sus oraciones, no se turbó un solo instante. Las violencias »no le causaban temor ni cólera. No habian querido »darla abogado ni consejo; pero su buena fe y su discrecion destruian todas las intrigas que se empleaban »para hacer que contestase de un modo, que hiciera »recaer sobre ella sospechas de herejía ó de májia; y »á veces daba tales respuestas, que los doctores quedaban atónitos."

En una ocasion le preguntaban acerca de su estandarte.

»Le llevaba en lugar de lanza, contestó, para evitar el matar á alguno; porque yo nunca he muerto »á nadie."

Tratábase de saber qué virtud atribuia á aquella bandera.

»Yo decia: Entraos con valor entre los ingleses, »y entraba yo tambien."

Le preguntaron por qué razon en la consagracion de Reims habia tenido el estandarte junto al altar; y contestó:

»Como habia asistido á los trabajos , era muy justo que se encontrase tambien en los honores.»

Antes de llevarla al suplicio , quisieron tener de ella una especie de declaracion pública de la justicia de su condenacion. Habiendo hablado un predicador contra el rey de Francia, Juana le interrumpió diciendo: »Hablad de mí, pero no del rey : yo me atrevo á decir, y á jurar bajo pena de la vida , que es el mas noble de entre los cristianos.»

Iba á libertarse de sus verdugos, reclamando la jurisdiccion eclesiástica; habia vuelto á usar el traje de su sexo , y prometido no dejarle; para hacerle violar esta promesa, le quitaron durante el sueño sus vestidos , y le dejaron un traje de hombre. Obligada por el pudor á vestírselo, fue juzgada relapsa, abandonada como tal al brazo seglar, y condenada á ser quemada viva.

Ejecutose la sentencia. Su segundo confesor, cuyas virtudes compensaban la infame traicion del primero, Fray Martin l'Advenu habia subido con ella á la hoguera; todavía estaba alli cuando el verdugo puso el fuego. »¡Jesus!» exclamó Juana, y rogó al buen sacerdote que bajase. »Permaneced ahí bajo, le dijo; levantad la cruz delante de mí, y decidme hasta el fin palabras devotas.» Protestando su inocencia, y encomendándose á Dios, todavía se la oia orar al traves de las llamas. La última palabra que pudo distinguirse fue *Jesus*.

¡Tal fue el primer trofeo elevado por las armas inglesas al jóven Enrique VI, que se hallaba entonces en Ruan! ¡tal fue la mujer que salvó á la Francia, y la heroína á quien ha ultrajado un gran poeta! Este crí-



men del jenio no tiene siquiera la excusa del crimen del poder ; la Inglaterra habia sido vencida por el brazo de una aldeana ; este brazo le habia arrebatado su presa ; el siglo era grosero y supersticioso ; y en fin los que inmolaron á Juana de Arc eran unos extranjeros. ¡ Pero en el siglo dieziocho ! ¡ pero un frances ! ¡ un Voltaire.... ! ¡ Honor al historiador que venga hoy de un modo patético tantas virtudes y desgracias !

Digámoslo tambien en honor del siglo en que vivimos : tal bajaiza del talento ya no seria posible. Antes del establecimiento de nuestras nuevas instituciones, solo teniamos costumbres privadas ; hoy tenemos costumbres públicas, y donde estas existen no pueden tener lugar los grandes insultos á la patria ; la libertad es la salvaguardia de esas celebridades nacionales que pertenecen á todos los ciudadanos.

Enrique VI dejó á Ruan , y vino á París para ser consagrado en esa misma catedral donde debia consagrarse otra usurpacion : solo permaneci6 aqui un mes. El tratado de Arras reconcili6 al rey de Francia y al duque de Borgoña. París abri6 sus puertas al mariscal de Ile-Adam (1436), y un año despues hizo el rey su entrada solemne. » El señor Juan Daulon , que habia sido escudero de la Doncella , llevaba del diestro el caballo del rey ; Xaintrailles llevaba delante el casco real adornado con una corona de flores de lis, y el bastardo de Orleans, el famoso Dunois , cubierto de una armadura resplandeciente de oro y plata, mandaba el ejército del rey. »

Nosotros hemos sido muy desgraciados ; mas ¿ por ventura lo fueron menos nuestros padres ? Despues de

los reinados de Carlos VI y Carlos VII, nos presentará M. de Barante el cuadro de la tiranía de Luis XI. No están lejos las guerras de Italia, y el cautiverio de Francisco I; siguenlas los furores de la liga, y la Francia no respira por fin sino despues de los desórdenes de la Fronda; porque aunque las guerras de Luis XIV la dejaron exhausta, no turbaron su tranquilidad. Esta paz continuó durante el reinado de Luis XV; y aqui debe notarse que solo cuando avanzan hácia la civilizacion, es cuando los pueblos ven aumentar la suma de sus prosperidades. La deshecha borrasca de la revolucion estalló despues de siglo y medio de tranquilidad interior; y aunque cambió las leyes y las costumbres, no detuvo la civilizacion. Otra historia va á nacer: ¿cuales serán sus personajes? Deseémosles un historiador que, como M. de Barante, hable de los reyes sin prevencion, de los pueblos sin lisonja; y que no desprecie ni estime tanto á los hombres, que le hagan alterar la verdad.



SOBRE

## LA HISTORIA DE LAS CRUZADAS,

ESCRITA

POR M. MICHAUD,

DE LA ACADEMIA FRANCESA.

Octubre de 1825.

Cosas muy notables están pasando á nuestra vista. Mientras un movimiento inmenso arrastra á los pueblos hácia otros destinos; mientras una política soñolienta no procura ligar á los restos de las creencias é instituciones antiguas los intereses de una sociedad nueva, esta sociedad se lanza con igual anhelo sobre lo pasado para conocerlo, y sobre el porvenir para conquistarlo.

Con efecto, es un carácter particular de nuestra época el que la grande actividad política que devora á las jeneraciones, no se pierde ya, como en los primeros dias de nuestras esperiencias, en el campo de las teorías, y con singular denuedo nos resignamos al cambio de las doctrinas por el estudio de los hechos, precaviéndonos, para no estraviarnos en el camino que vamos á seguir, con todas las autoridades de la historia.

A este principio de prudencia se allega tambien

una idea de consuelo. Esta ansia de trabajo y de instruccion histórica, esta especie de invasion en los monumentos de los tiempos antiguos, nace tambien de la necesidad universal de libertarse del presente; presente que pesa en efecto á todas las almas dotadas de energía, porque les es estraño, porque son poco contemporáneas de los hombres que se ajitan, y de las cosas que se suceden á nuestros ojos. Parece que para volver á encontrar una Francia noble y bella, tal como podrian hacerla algunos hombres de estado dignos de este nombre, sea preciso buscar en la historia el alimento de nuestro propio orgullo, que á pesar de cuanto se ha hecho para mancillarle, no nos dejará nunca. Debe, pues, considerarse como una conspiracion de patriotismo esta notable pasion de nuestra época al estudio de los recuerdos, de las tradiciones y de los monumentos nacionales.

Los que escriben y los que leen, parece se hallen animados de un mismo pensamiento fraternal. La historia de los antiguos tiempos, escrita por hombres del nuestro, estrecha los lazos del parentesco; porque este comercio histórico aproxima y reúne á los que tienen recuerdos y esperanzas; y por una noble concurrencia viene este estudio á ser la ocupacion de los hombres maduros, que han pasado por todos los acontecimientos, y de los jóvenes que deben pasar: unos y otros ponen en comun sus nobles dolores y jenerosas ambiciones. Lanzados del presente por una política mezquina, se encuentran reunidos en los tiempos que ya no existen.

Existen sobre todo algunos antiguos franceses, á



quienes parece pertenecer mas particularmente el consuelo de escribir sobre la historia de la monarquía. Estos son aquellos veteranos del destierro lanzados aun lejos de ese trono restaurado por su perseverancia, en quienes la costumbre de las proscripciones no ha hecho mas que empeñarlos en nuevos servicios, y que al alejarse del palacio de los reyes, se han citado para reunirse al pie de la orillama, y repetir la historia de sus glorias.

Bajo esta antigua bandera ha escrito M. Michaud la *Historia de las Cruzadas*. El pensamiento y el éxito de tan vasta empresa, atestiguan honrosamente en su favor: ha terminado su obra á pesar de las fatigas de una vida mezclada en todas nuestras borrascas políticas; y si el público la ha acogido con un gran sentimiento de justicia, es porque el autor posee esa fidelidad de doctrinas, siempre estimable, que liga á los hombres á un partido; esa elevacion de sentimientos, y esa buena fe de la razon, que se atrae el interes de todos los hombres.

La *Historia de las Cruzadas*, cuya cuarta edicion anunciamos, es el fruto precioso de esta feliz reunion de cualidades: escrita por intervalos en épocas distintas y en partes separadas, forma sin embargo un todo regular; porque siempre domina el mismo espíritu en toda esta reunion de relaciones diversas y complicadas.

Hemos dicho ya cuál es nuestra opinion acerca de esta obra, que en dias de division ha producido tan notable unanimidad de votos. Esta última edicion atestigua la infatigable solicitud del autor, que añade,

modifica , y mas penetrado del conjunto de los hechos jenerales , dá á cada uno de los particulares una fisonomía mas marcada y precisa.

Antes de pintar la época mas pintoresca de la historia moderna , unas costumbres en que brillan á la par la grandeza y la sencillez , crímenes , virtudes , creencias apasionadas ; ha conocido muy bien M. Michaud que un cuadro tan interesante por los nombres , por los recuerdos y por los resultados , solo necesitaba sencillez ; ha conocido sobre todo la ventaja que le ofrecia el poder disponer libremente de las crónicas ; mezclar algunas veces sus rudas espresiones al esplendor de los hechos que refieren ; el contar con la sencillez propia de los ermitaños unas hazañas ensalzadas con todo el valor de los paladines : siempre sigue uno á un historiador , y algunas veces escucha á un peregrino.

Tres dificultades ofrecia la historia completa de las Cruzadas : indicar su primera causa ; distinguir entre el polvo levantado por tantos millares de hombres la huella de los primeros pasos que se dirijieron á la tierra santa ; y establecida esta indicacion preliminar , enlazar y poner en orden aquella série de emigraciones y empresas , que andando el tiempo no siguieron ya el móvil que en un principio habian tenido.

Pero cumplida la tarea del historiador , quedaba todavía la del filósofo ; porque despues de referir los acontecimientos , debian juzgarse los resultados ; debia dirijirse una mirada tranquila sobre las consecuencias terrenas de las guerras relijiosas , y sobre la accion poderosa de aquellos tiempos bárbaros para producir



la civilizacion, en cuyo nombre se les acusa con sobrada frecuencia.

Nos parece, pues, que el historiador de las Cruzadas ha investigado bien las causas: estas son ciertamente muy sencillas; mas para conocerlas se necesitan muchos estudios históricos. La costumbre de ir en peregrinacion al sepulcro de Jesucristo, ya antigua entre los cristianos en la época de las Cruzadas, era un oríjen bien pacífico de aquel ardor guerrero que impelió á los pueblos de Europa sobre los del Asia; mas este oríjen, sin embargo, es cierto, y se demuestra hasta la evidencia por la gradacion que introduce el autor en la narracion sucesiva de aquellos santos viajes, comenzados con el bordon, y continuados con la espada. Llevado el lector por el enlace de la relacion, ve engrosarse poco á poco las masas, y poco á poco ya las Cruzadas no parecen otra cosa que peregrinaciones de cincuenta mil hombres armados.

Cuando en un objeto se mira á la sustancia de las cosas, es muy sencillo que la forma se amolde como una esclava fiel al asunto elejido por el autor. Pero en el estilo de la *Historia de las Cruzadas* era preciso evitar un escollo, porque era fácil que el autor se engañase, arrastrado por la poesía del asunto, y M. Michaud ha sabido evitarle, conservando al mismo tiempo la vida y movimiento de los personajes. Sin embargo, cuando el caso lo pide, su diction es brillante, sin dejar de ser natural.

A pesar de la sobriedad de adornos oratorios que la gravedad del historiador imponia á la inspiracion del poeta, se encuentra tal vez una feliz union del jenio

que ilustra y la imaginacion que embellece. Entre muchos de estos cuadros elejiremos el de la partida de los cruzados despues del concilio de Clermont. El autor nos hace experimentar aquel sentimiento de entusiasmo que solo pertenece á la juventud de los individuos y á la de las naciones, y que impulsaba á los cruzados á que lo abandonasen todo por visitar un sepulcro en un pais remoto.

»Luego que llegó la primavera, dice el historiador, ya no fue posible contener la impaciencia de los cruzados, todos los cuales se pusieron en marcha para los puntos en donde debian reunirse. La mayor parte iban á pie; veíanse entre la multitud algunos jinetes; muchos viajaban en carros tirados por bueyes herrados; otros costeaban el mar, y bajaban los rios en barquichuelos. Llevaban trajes diversos, y sus armas eran lanzas, espadas, dardos, mazas de hierro, &c. La tropa de los cruzados presentaba una mezcla estravagante y confusa de todos los rangos y condiciones: en medio de los guerreros se veían algunas mujeres armadas....; al lado de la vejez caminaba la infancia, la opulencia cerca de la miseria; confundíase el casco con la capucha, la mitra con la espada, el señor con los siervos, el amo con el criado. Cerca de las ciudades y de las fortalezas, en las llanuras y en los montes, se levantaban tiendas y pabellones para los caballeros y altares para celebrar los divinos officios; por todas partes se desplegaba un aparato de guerra y de fiesta solemne. A un lado un jefe militar adiestraba á sus soldados en el ejercicio de las armas, al otro un predicador recordaba á sus oyentes las verdades del Evangelio; aqui se oía el sonido de los

\*\*



clarines y las trompetas; mas allá se entonaban salmos y cánticos sagrados. Desde el Tiber hasta el Océano, desde el Rhin hasta mas allá de los Pirineos, no se encontraban mas que tropas de hombres revestidos con la cruz, que juraban esterminar á los sarracenos, y celebraban anticipadamente sus conquistas; por todas partes resonaba el grito de guerra de los cruzados: » ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere!

» Los padres conducian ellos mismos á sus hijos, y les hacian jurar que vencerian ó moririan por Jesucristo. Los guerreros se arrancaban de los brazos de sus esposas y de sus hijos, y prometian que volverian victoriosos. Las mujeres y los ancianos, cuya debilidad quedaba sin apoyo, acompañaban á sus hijos ó esposos hasta la ciudad mas inmediata, y faltos de valor para separarse de los objetos de su afeccion, tomaban el partido de seguirlos hasta Jerusalem. Los que se quedaban en Europa envidiaban la suerte de los cruzados, y no podian contener las lágrimas; los que iban á buscar la muerte en Asia, partian llenos de esperanza y de júbilo.

» Entre los peregrinos que habian partido de las costas del mar, llamaban la atencion una multitud de hombres salidos de las islas del Océano. Sus trajes y sus armas, que nadie habia visto jamás, escitaban la curiosidad y la sorpresa. Hablaban una lengua que nadie entendia; y para mostrar que eran cristianos, levantaban dos dedos de la mano, puestos uno sobre otro en forma de cruz. Arrastrados por su ejemplo y por el espíritu de entusiasmo que se habia esparcido por dó quiera, familias, pueblos enteros partian para la

Paléstina: seguíanlos sus humildes penates, pues se llevaban sus provisiones, sus utensilios y sus muebles. Los mas pobres se ponian en camino sin provision ninguna, no acabando de creer que el que alimenta á los hijos de las aves, dejase perecer de miseria á unos peregrinos decorados con su cruz. La ignorancia aumentaba su ilusion, y comunicaba ó todo lo que veian un aire de encanto y de prodijio. A cada paso creian tocar el término de su peregrinacion; y los niños de los lugareños, luego que descubrian una ciudad ó castillo, preguntaban *si aquello era Jerusalem*. Muchos grandes señores que habian pasado su vida encerrados en sus rústicos torreones, no sabian en este punto mas que sus vasallos: llevaban consigo sus trenes de caza y pesca, y caminaban precedidos de una trahilla de perros, y con el halcon en la mano. Esperaban llegar á Jerusalem tratándose regaladamente, y mostrar al Asia el grosero lujo de sus castillos.

»En medio del delirio universal nadie estrañaba lo que es hoy objeto de nuestra admiracion: aquellas escenas tan estraordinarias, en que todo el mundo era actor, solo para la posteridad debian ser un espectáculo.”

Hoy mismo se encontraria algo de aquel sentimiento exaltado, si se formase una nueva Cruzada: la Grecia recobraría fácilmente el doble entusiasmo del cristiano y del admirador de la gloria y de las artes. Pero los gobiernos no tienen ya el carácter de los pueblos, sino que antes bien se separan de él; y esta division producirá un dia revoluciones inevitables. Pedro el ermitaño conmovió al mundo con la sola relacion de los



trabajos que sufrían los peregrinos que viajaban á Tierra Santa; y ahora parece muy natural que buques con pabellon cristiano conduzcan al mercado del musulman mujeres y niños cristianos, cuyos maridos y padres han sido degollados por los infieles: parece natural este comercio; mas la posteridad no lo juzgará así, y esta indiferencia de una política mezquina será castigada: la Grecia se salvará sola, ó por la influencia de un gobierno que sabrá arrebatar á la Europa continental el fruto que pudiera haber sacado de un esfuerzo jeneroso en favor de una nacion oprimida.

Entre tanto, para encontrar de nuevo sentimientos jenerosos, leamos y volvamos á leer la *Historia de las Cruzadas*. Los pormenores de esta existian; mas hallábanse dispersos, y no eran mas que materiales confusos é indijestos. M. Michaud los ha reunido: es un cuadro que ha encontrado el pintor que necesitaba.

## OPINION

## DE M. MORELLET

## SOBRE EL JENIO DEL CRISTIANISMO.

---

SEÑORES:

**H**abeis pedido á los encargados del exámen del *Jenio del Cristianismo* un resúmen de su opinion sobre esta obra, y los motivos en que la fundan. Recibid por tanto el pequeño trabajo que he desempeñado, para cumplir con esta obligacion.

He seguido la marcha indicada por el decreto, que declara las cualidades exijidas á la obra de literatura, á la cual se señaló el gran precio onceno, suponiendo que la obra de Chateaubriand puede considerarse como perteneciente á esta clase.

El decreto declara, que el premio será conferido *al autor de la mejor obra de literatura que reuna en mas alto grado la novedad de ideas, el talento de la composicion, y la elegancia de estilo.*

Entendemos por *ideas*, cuya novedad exige el decreto, el fondo de doctrina que establece el autor, el fin principal á que dirige su obra; y como la novedad no puede ser un mérito, sino cuando va unida á la propiedad y á la verdad, suponemos que el decreto exige, que estas ideas nuevas sean al mismo tiempo verdaderas y justas.



En segundo lugar, por la *composicion*, en que el decreto quiere que brille el talento, entendemos el plan, la disposicion de las partes, y el conjunto de la ejecucion.

En fin, por la *elegancia de estilo*, no entendemos solamente la amenidad, y los adornos un poco buscados, que revela esta palabra *elegancia*; y suponemos que el decreto exige del escritor no solo la elegancia, sino tambien la fuerza, la exactitud, la claridad, &c.

MIRAS DEL AUTOR, Y DOCTRINA QUE FORMA EL FONDO DE SU OBRA.

Para formar una idea justa *del Jenio del Cristianismo* será lo mas acertado sacarla de la misma obra. Asi se explica el autor:

»La religion cristiana es la mas poética, la mas humana, la mas favorable á la libertad, á las artes y á las letras, de cuantas religiones han existido; favorece al jenio, dá vigor al pensamiento; el mundo moderno se lo debe todo, desde la agricultura hasta las ciencias abstractas; nada hay mas divino que su moral, mas amable que sus dogmas, su doctrina y su culto. Ved toda nuestra obra.”

Despues de espresarse así, el autor divide su obra en dos partes: la una encerrada enteramente en el primero y segundo volúmen, en la cual esfuérase en probar que la religion cristiana es muy poética, y la mas poética de todas; la otra, que forma el volúmen primero y tercero, en que trata de lo que llama *los dogmas y el culto cristiano*.

Fácil es conocer que de estas dos partes solo la primera puede mirarse como literaria, mientras que la segunda es verdaderamente teológica; y como esta no es de la competencia de la academia, y no podría ser el objeto de su trabajo sin algunos inconvenientes bien conocidos, hemos creído debernos limitar al exámen de esta cuestión: *¿La religión cristiana es, como pretende el autor del Jenio del Cristianismo, no solamente muy poética, sino la mas poética de cuantas han existido?*

Para ponernos en estado de juzgar esta cuestión con conocimiento de causa, hemos leído atentamente el segundo y tercer volúmen, en donde el autor la ha tratado, y hemos discutido todos los argumentos deducidos en los doce libros que forman el todo; de modo que nuestra opinion se ha establecido, no solo despues de una vista jeneral de la cuestión y de los principios que pueden dar algun conocimiento en literatura, sino con la convicción adquirida de la debilidad de las pruebas con que M. de Chateaubriand ha creído poder apoyar su paradoja.

Pero como por el resúmen que se nos pide, una discusión que abrazase todos estos detalles, seria inútil é incontestable, nos dedicaremos aqui á esponer las razones jenerales que nos han conducido á mirar como falsa esta teoría, que es el fin, y que forma el fondo de la parte del *Jenio del Cristianismo*, que nos limitaremos á examinar.

Si M. de Chateaubriand se hubiese contentado con decir, que se pueden componer bellas poesias de asuntos cristianos, empleando algunas partes de la teología cris-



tiana, esta idea, que no es nueva, no le hubiese sido contestada. Condenando el uso hecho por algunos autores en la epopeya de seres espirituales que reconoce el cristianismo, nadie ha negado que la religion cristiana puede suministrar grandes bellezas á la poesia, lo cual queda ya probado por los poemas de Milton y del Tasso, y por *Polyeucte*, y por el poema de la *religion*: ningun incrédulo lo ha negado; pero el autor no se contenta con eso, y sienta por principio, que la teología cristiana presenta á los poetas mas medios, y un manantial de bellezas mas abundante que Homero y Virjilio. Confesaremos que esta idea es verdaderamente nueva; pero estamos convencidos que á la novedad deben unirse la justicia y la verdad; y estas cualidades faltan aqui enteramente.

1.º Opondremos á semejante doctrina la autoridad de nuestros maestros. La de Boileau en estas materias está tan bien establecida, sus decisiones son tan conocidas, sus versos están tan bien grabados en nuestra memoria desde nuestros primeros años, que presentándolos de nuevo, pareceria que insultábamos á los lectores.

Nos contentaremos con recordarlos, como una refutacion completa de la herejía pronunciada por M. de Chateaubriand, y con observar que es difícil explicar, cómo un hombre que muestra tanto espíritu como el autor del *Jenio del Cristianismo*, formado en el estudio de los buenos modelos, lleno de respeto por nuestros maestros en el arte de pensar y de escribir, ha osado combatir y violar tan sagrados preceptos, y cómo ha despreciado tan grande autoridad.

2.º Un gran vicio de esta doctrina de M. de Chateaubriand es su entera inutilidad: ¿en que, preguntaré yo, puede ella servir á la literatura ó á la religion? ¿Hará un poema hermoso? ¿convertirá á un incrédulo?

Por lo que pertenece á la literatura, para querer que ella pueda sacar partido, es preciso suponer que la mitología (tomo esta palabra en su mas dilatada acepcion) es un origen abundante de bellezas poéticas, y es necesario atribuirle una parte del mérito de los poemas mayor que la que le pertenece en efecto; pero esta suposicion es siempre falsa.

Una bella mitología, ficciones agradables, é ingeniosas alegorías, pueden acarrear algunas bellezas poéticas; pero la fuente mas rica y copiosa en que han debido beber los poetas jentiles y cristianos, es la naturaleza. La pintura de las pasiones, el desarrollo de los caracteres, la verdad de las descripciones, el calor del estilo, un buen plan; estas son las verdaderas bellezas que no puede suplir la mitología de religion alguna.

Lo que nos encanta en Dido no es la ficcion del Amor oculto bajo las facciones del jóven Ascanio, abrazando con sus fuegos á la reina de Cartago, sino la pintura verdadera y enérgica de un amor tan tierno y desventurado.

En el episodio de Olindo y de Sofronia, el Tasso pudo tomar algunas bellezas de la circunstancia de que la imájen de la Madre de Dios fuese arrebatada de la mezquita por una mano invisible y milagrosa; pero lo que hay de bello es el jeneroso plan y resolucion de



Sofronia para salvar á sus conciudadanos; el amor de Olindo por Sofronia tan tímido, tan reservado, tan puro; y en fin, la pintura de dos amantes atados á un mismo palo, y que van á perecer en una misma hoguera; lo que hay de bello es la humanidad de Clorinda, y no fue la relijion la que prestó al Tasso semejantes bellezas.

3.º Un hecho grande combate la opinion de Chateaubriand, y es, que despues de la era cristiana hasta el Dante, durante cerca de quince siglos, la relijion cristiana no hizo que se formase un buen poema, ni aun tal vez diez versos buenos; porque los himnos de Prudencio, y el *Te Deum* de San Ambrosio, y el *Pange lingua* de Santo Tomás de Aquino, no pueden ser citados como tales; y si la relijion cristiana es tan eminentemente poética, ¿por que durante este largo período en que ha conservado mas vigor y pureza que en nuestra *escoria de siglos*, no ha producido nada que se aproxime al *Carmen saeculare*?

Por lo que toca al servicio que esta doctrina puede rendir al cristianismo, una relijion que predica la renuncia de sí mismo, la pobreza, el celibato, el monacalismo, las mortificaciones corporales, &c.; que arranca al hombre á sus mas caras afecciones, á los placeres, para que parecen destinados esos sentidos; que lo espanta con el miedo de los suplicios eternos, &c.; semejante relijion no puede menos de desdeñar y rechazar lejos de sí las ideas profanas, las ficciones agradables, las dulces ilusiones, los juegos de la imaginacion, y todas las cosas que dan vida á la poesía.

Esto es seguramente lo que han pensado algunas personas piadosas que, acordándose de esta máxima:

La mentira y los versos cadenciosos  
Son siempre compañeros deliciosos,

han tomado á mal que alguno se diese tanta molestia para probar que la relijion cristiana es tan poética, y mas poética que aquellas que han prestado á Homero, á Virjilio, á Ovidio, y á los injenios árabes y persas sus agradables ficciones.

4.<sup>o</sup> Un obstáculo poderoso destruye las tentativas de M. de Chateaubriand para hacernos desechar la mitología pagana, y adoptar la del cristianismo; obstáculo que me parece no fue bastante notado, y que no pertenece á la naturaleza de la una ni de la otra, sino á una circunstancia exterior, y por decirlo asi, estraña á ambas.

Esta circunstancia es que la mitología pagana, consagrada por las bellas obras, objetos é instrumentos de estudios de nuestra juventud, manantial en donde habemos bebido nuestras primeras ideas, y la espresion de nuestros sentimientos primeros, despues de una larga série de siglos está en posesion de la plaza que el cristianismo de M. de Chateaubriand viene á disputarle al presente.

Tenemos una Vénus, Amores y Gracias, y quieren darnos en su lugar un demonio del placer, pequeños diablos, y santos vestidos de paño burdo.

Tengo un Neptuno que calma y altera las olas, y me proponeis que le sustituya un ánjel de los mares con una banda y unas alas azules; un Pluton que reina en los infiernos, y pedis su trono para Satán; un



Júpiter Olímpico que sacude el universo con un movimiento de sus cejas, ¡y quereis que ponga en su lugar un Padre eterno!

¿Con que ignorais la fuerza de la costumbre, y los derechos del que ocupa primero la plaza? Hemos sido mecidos con las agradables ficciones de Homero, de Virjilio y Ovidio; hemos vivido en medio de esas divinidades que pueblan los cielos, las tierras, los mares y los infiernos mismos, y se nos propone que las desterremos para poner en su lugar ánjeles y demonios, apóstoles y mártires, ermitaños y virjenes. No podemos resolernos á esto.

Pero yo, contestará M. de Chateaubriand, os propongo sustituir la verdad á las fábulas.

Puede respondersele, que no es una recomendacion para ella ser ó llamarse la verdad, si creemos á un gran moralista que nos dice :

El hombre, si bien se mira,  
Para la verdad es hielo,  
Fuego para la mentira.

Renunciad, pues, al proyecto de hacernos recibir verdades que convenís en que son severas, aunque no sean tristes, y no esperéis que desechemos las deliciosas mentiras que nos han dado tan grandes placeres.

Baste esto para defender al siglo XVIII de la imputacion virulenta que le hace M. de Chateaubriand, que pretende que el odio contra el Evangelio es el que ha inclinado al siglo XVIII á la mitología de Roma y de la Grecia, y »que no se ha tenido vergüenza de

»echar menos ese culto infame, que solo formaba del  
 »jénero humano un rebaño de insensatos y deshones-  
 »tos, y de bestias feroces.”

¡Cuan injusta es semejante declamacion! Claro es que los que defienden hoy dia la causa de la mitología pagana, y que en esto siguen los preceptos de Boileau, y de Racine, y de Fenelon, no echan menos el culto infame de esas divinidades, á las cuales no dan crédito, y que las calificaciones injustas se aplican fuera de propósito á una opinion literaria, adoptada por hombres que no quieren convertir el jénero humano en un rebaño de insensatos ó de bestias feroces, y que no hacen otra cosa que dejarse arrastrar de la dulce costumbre de hablar ese delicioso lenguaje.

5.º En el libro quinto de su segunda parte, M. de Chateaubriand dá una nueva estension á su teoría, afirmando »que á la religion cristiana debemos la poesia »descriptiva; que los antiguos no la conocieron; que »nació al mismo tiempo que los apóstoles comenzaron »á predicar el Evangelio; que los anacoretas escribieron de las dulzuras de la roca y de las delicias de la »contemplacion, y que estos son los primeros pasos de »la poesia descriptiva.”

En toda esta parte de su trabajo confunde el autor la *poesia descriptiva* con el *poema descriptivo*: no hay poesia sin descripcion: pero un poema descriptivo es aquel en que la descripcion de los objetos que prestan la naturaleza ó el arte, es el fin del poeta. El poema descriptivo es al mismo tiempo didáctico, porque enseña describiendo. La obra de Lucrecio, y las *Jeórgicas* de Virjilio son poemas didáctico-descriptivos, aun-



que no convenga en ello M. de Chateaubriand; y para acabar de determinar el sentido de esta palabra, solo es preciso citar los ejemplos de las *Estaciones* de Saint-Lambert, del *Hombre de los campos*, y de los *Tres reinos de la naturaleza*, de M. Delille.

Hecha esta distincion, puede oirse á M. de Chateaubriand, dando por sentado, que hasta nuestros últimos tiempos, los antiguos no conocieron el poema descripto (si es que rehusa dar este nombre al poema de Lucrecio y á las *Jeórjicas*); pero cuando quiere persuadirnos que antes de los apóstoles no hubo poesía descriptiva, eso es lo que no entendemos.

¡Y como creer que la poesía descriptiva, en el segundo de estos dos sentidos, fue ignorada de los antiguos, cuando tenemos á la vista la gruta del Cíclope en Homero y Teócrito, los jardines de Alsinous, la isla de Calipso, y los rasgos sin número de Virjilio, Horacio, Tibulo, Propercio, Ovidio y Lucano!

Si los antiguos no nos hubiesen dejado poema descriptivo, ó si cultivaron menos este jénero que los otros, se fundaria esto en razones estrañas enteramente á la relijion cristiana; pudieron pensar, como muchos de los literatos de nuestra época, que el jénero del poema puramente descriptivo no era bueno, que era difícil darle un plan, un conjunto, un progreso y unidad. Tal vez así, la idea de formar poemas descriptivos no se hubiese presentado á los hombres, sino cuando hubiesen sido ya empleados los otros jéneros, y apurados, por decirlo de este modo; ó cuando un conocimiento mas estenso de los objetos de la naturaleza, y de los fenómenos que ofrece el mundo físico mas conocido,

hubiesen dado á los autores los medios de describirlos. No se pudo componer el poema de los *Amores de las plantas*, sino despues de haber reconocido que tienen los dos sexos. Ha sido preciso reconocer y pintar los vejetales de dos mundos, antes que se pudiese formar un poema de los *Jardines*.

Por lo que toca al mérito que se dá á los apóstoles y al Evangelio de haber creado la poesía descriptiva, es una idea verdaderamente estraña. Puede decirse que los apóstoles no aparecen en este asunto, asi como tampoco los anacoretas de la Tebaida escribiendo *sobre la dulzura de la roca*, asunto bien árido, y sobre las *delicias de la contemplacion*, enemigo irreconciliable de toda observacion de la naturaleza, sin la cual no puede haber poesía descriptiva.

No hay en toda la antigüedad cristiana una frase de poesía descriptiva que pueda atribuirse á un apóstol. No hay una palabra de poesía descriptiva en las conferencias de Casiano, ni en las vidas de los padres del desierto de Teodoreto y de Paladio; ni en las que dejó San Jerónimo de los solitarios mas ilustres de la Tebaida, San Antonio, San Pablo ermitaño, San Hilarion, y San Simeon Estilita; él nos ha pintado la vida desnaturalizada que tenian estas pobres jentes, sus escesivos ayunos, sus tentaciones, y las ilusiones con que el maligno espíritu los tentaba; en él se halla el cuento del cuervo, que por espacio de cuarenta años llevaba la mitad de un pan al ermitaño Pablo, y que le llevó uno entero el día que fue visitado por Antonio; en él se halla la relacion de los dos leones que abrieron la sepultura, en la que Antonio debía colocarlo.



Confieso que en toda esta relacion nada veo de poesia descriptiva.

Sin embargo, estos cuentos de niños eran susceptibles de ella, y bien lo conoció M. de Chateaubriand; pues supo sacar su partido en el libro once de los *Mártires*: sabiamente retiró uno de los dos leones, uno solo le pareció suficiente, y la dificultad de domesticarlo y nutrirlo menos grande; pero ni San Jerónimo ni alguno de los historiadores de los padres del desierto ha dejado poesia descriptiva. ¿Y que descripcion podian suministrar esos horribles lugares, rejiones de arena tostadas por el sol, en donde la naturaleza muerta ofrece al hombre solamente tumbas?

6.º Para probarnos que los antiguos no tuvieron poesia descriptiva, M. de Chateaubriand cree poder apoyarse en la siguiente esplicacion:

»La mitología pagana (dice) poblando el universo  
 »de elegantes fantasmas, quitaba á la creacion su grandez-  
 »vedad, su grandeza, su soledad y su melancolía; á  
 »las grutas su silencio, y á los bosques sus sueños; á  
 »los desiertos un carácter mas triste, mas vago, mas  
 »sublime, que han vuelto á tomar con nuestro culto, &c.

En esta manera de argumentar, nos parece que el autor pone una gran confianza en el poder de las palabras, á las cuales no se une un sentido bien preciso.

Pedimos que se nos esplice lo que es esa vaguedad del desierto, y cómo la relijion cristiana la introduce en él, y cómo lleva alli la melancolía y la tristeza, y en qué puede servir á la poesia descriptiva.

Creerá el autor haber respondido á estas cuestio-

nes, diciendo que los dioses de la fábula, poblando el universo, la *Aurora con sus dedos de rosa* abriendo las puertas del dia, las *Horas* unciendo y desunciendo los *caballos del Sol*, impedían admirar cada *maravilla de la creacion*, y el *rayo del Sol* pronto á eclipsarse, formando una *tanjente de oro* sobre el *arco rodador de los mares*, y solo dejando ver en todas partes á los antiguos una *máquina de ópera*.

Si la ficcion poética del carro y caballos del Sol solo hubiese dejado ver á los antiguos una máquina de ópera, no hubiesen tenido físicos ni astrónomos. No obstante, leyendo á Homero, Tales, Anaximandro, Anaxágoras, Pitágoras, Demócrito, &c., estudiaban la naturaleza, y buscaban las causas de los grandes fenómenos.

Por lo que mira á los poetas, la intervencion de los dioses de la fábula no podia impedirles hacer descripciones y poemas descriptivos si hubiesen querido; porque les era muy posible formar abstraccion (como lo hicieron en una infinidad de pasajes) de las fábulas en las cuales no creían, y que solo miraban como alegorías ingeniosas.

7.º El mismo Chateaubriand nos dá un argumento para que le combatamos: nos dice que el poeta cristiano tiene en esto una ventaja; que si su religion le presta una naturaleza solitaria, puede tener una naturaleza habitada, y que despues de haber colocado ángeles que guarden los bosques, y ángeles en las cataratas del abismo, &c., puede hacerlos desaparecer, segun su voluntad. Pero es evidente que nada impedía que los antiguos hiciesen lo mismo, y que así lo



practicaron ; así Lucrecio y Virjilio , describiendo la peste y una epizootia , no pusieron en escena , como Homero , á Apolo lanzando sus mortales dardos contra los hombres y los animales ; y Lucano , describiendo el bosque sagrado que los soldados de César iban á profanar , desterró á Pan , á las Ninfas , y á los Silvanos.

Daré fin al exámen de lo que llamo doctrina principal y objeto del autor , y que constituye el fondo de su obra : concluyo esta parte de mi resúmen diciendo , que esta doctrina reducida á decir que la relijion cristiana puede prestar bellezas á la poesia , no puede servir ni á la literatura ni á la relijion , y que exajerada como está en el *Jenio del Cristianismo* , hasta el extremo de pretender que la relijion cristiana es la mas poética de todas las que han existido , es evidentemente falsa , viciando la obra en donde se ha tenido el fin de establecerla ; y en fin , que el *Jenio del Cristianismo* está bien distante de llegar *al mas alto grado de la novedad de ideas* , unida á la exactitud y á la verdad.

#### DEL PLAN Y DE LA COMPOSICION.

Espondremos ahora nuestra opinion sobre lo que llama el decreto composicion de la obra , en la cual debe igualmente manifestarse el talento.

Hemos visto que el autor distribuyó su obra en dos partes : la una formada del primero y tercer volúmen , en la que trata del dogma y del culto ; la otra , contenida en el primero y segundo , que comprende lo que él llama la poética del cristianismo.

Esta distribucion caprichosa , la separacion de un

mismo asunto en dos volúmenes que no siguen, es un vicio en el plan. Estas dos partes son tambien fuera de razon, y de jéneros demasiado diferentes para entrar en una misma obra. Probar que la relijion cristiana puede prestar á la poesia bellezas de mas de un jénero, y medios y recursos diferentes, pudiera ser el objeto de una discusion literaria poco interesante, y limitada, á mi modo de entender, si solo se quiere tocar lo que pertenece al asunto bien concebido y sábiamente circunscrito; pero la empresa de probar que nada es tan divino como la moral del cristianismo, nada tan amable como sus dogmas y su culto, es una obra aparte, y que carece de vinculo y trabazon con la primera.

Otra exposicion del plan del autor trazada por su misma mano hará que aparezca mejor el vicio.

Segun M. de Chateaubriand, «la relijion cristiana, no habiendo sido atacada en estos últimos tiempos sino por sofismas y epigramas, no debe responder sériamente á los sofistas, á quienes es imposible convencer, porque nunca tienen razon, y no buscan la verdad; es solamente necesario defender al cristianismo de los ultrajes de groseria, de pequeñez y de simpleza; probar que no es bárbaro y ridículo en sus ceremonias, enemigo de las artes, de las letras y de la belleza.»

De esto se infiere que M. de Chateaubriand, emprendiendo probar que la relijion cristiana es muy poética, y la mas poética, supone que por esto solo, si sale vencedor en su proyecto, habrá defendido á la relijion. Sin embargo, no se la defiende probando que



la procesion de las Rogaciones, en un gran pueblo de cultivadores acomodados, es una fiesta relijiosa muy agradable; que una antigua abadía y sus claustros oscuros, sus vidrios y sus torres, embellecen muchísimo un paisaje; que las ruinas de los monumentos góticos y cristianos *son de un efecto tan pintoresco como los despojos de la arquitectura griega*, y que la comunión *se embellece con mil encantos, cuando las doncellas vestidas de lino, y los jóvenes adornados con hojas, ven al Cristo bajar sobre el altar para sus almas delicadas.* No quiera Dios que encuentre yo estos objetos desagradables, ni estas prácticas ridiculas; pero ¿que prueba todo eso? ¿Y como por motivo de su descripción de la primera comunión, M. de Chateaubriand concluye con estas palabras? »No sabemos que es lo que »se puede objetar contra un sacramento, que comienza »con flores, años juveniles y gracias, y que acaba por »hacer bajar á Dios sobre la tierra, para darlo en pasto »espiritual al hombre;” porque ¿de que sirven á la verdad, de la cual se trata siempre y en todas las cosas, *las flores, las gracias, y los años juveniles?*

M. de Chateaubriand se engaña cuando afirma que en los últimos tiempos, y en el siglo XVIII, ha sido atacada la relijion con chistes; porque en un gran número de obras sérias se han combatido sus dogmas, sus misterios, y sobre todo, las prácticas y la autoridad de la relijion romana. A discusiones de semejante naturaleza no se responde probando que la relijion cristiana es muy poética, y mas poética que todas las demas. El plan del autor es en esta parte absolutamente vicioso.

Los enemigos de la religión, que el autor llama sofistas, la han atacado con escritos serios, y las razones que dá el autor para no responder, no deben recibirse, porque suponen todas lo que está en cuestión, lo cual es el más grosero de los sofismas: ley es responder á los sofistas, haciéndoles ver, si se puede, que sus razonamientos son malos, lo que jamás es imposible, ni aun difícil al que defiende la causa de la razón y de la verdad.

Respecto á las obras, como las de M. Voltaire, en que se ha empleado la chanza, es preciso considerar que la chanza misma está siempre fundada en unas razones buenas ó malas. Cuando solo muestra en ridículo, lo que merece llamarse así, esta manera de combatir, es tan buena y legítima como cualquiera otra. Los jesuitas atacados así por Pascal, decían que se les hacia la guerra por medio de chanzas, y ninguno ha tenido por buena su defensa. Si por el contrario, los chistes no van apoyados por la razón, puede responderse manifestando que carecen de este apoyo, y en este género de defensa se puede sacar algun partido en favor de la teoría poética de M. de Chateaubriand.

Esprearé otro vicio del plan: componiendo el autor su obra de dos partes, la una literaria y la otra teológica, se ha entregado á luchar contra dos diversas suertes de enemigos.

En lo que dice de la poética del cristianismo, solo tiene por contrarios á Boileau y á los hombres de letras que respetan su autoridad, y que creen que el gusto y la razón consagran los principios de este maestro en el arte. Esta es una cuestión de literatura, y



aquellos que la juzgan contra la opinion de M. de Chateaubriand, no son en esta parte enemigos de la religion cristiana, católica ó reformada, ni socinianos, ni ateos. No sucede asi en la parte teológica de su obra, en la cual tiene que combatir con otros enemigos, que se pueden dividir en dos clases: la primera de aquellos que solo atacan las doctrinas que creen contrarias á la razon, y que reconocen un Ser supremo que ha producido y ordenado el muudo, y la distincion del bien y del mal moral; y la segunda, de aquellos que, saltando aun esta barrera, desconocen á la Divinidad, ó bien admitiendo una distincion de lo justo é injusto, fundada sobre la naturaleza del hombre y sus relaciones con sus semejantes, ó bien no admitiendo ninguna suerte de moralidad, si es que existen semejantes hombres.

Parece justo y necesario distinguir estos incrédulos, que pueden ser juzgados con diferentes grados de severidad, y combatidos con diferentes armas.

Somos de opinion, que el que se niega á creer el pecado orijinal, la Trinidad y la presencia real, al mismo tiempo que profesa el teismo, no debe ser tratado con la misma dureza que uno que haya desechado toda creencia religiosa; y tiene mas razon que aquel que es bastante infeliz para desconocer toda especie de moralidad.

Sin embargo, M. de Chateaubriand en su libro los ataca á todos con la misma violencia. Los protestantes combatidos por Bossuet, los teistas, todos los filósofos del siglo XVIII, los enciclopedistas, de los cuales forma él una masa de réprobos unidos en una

misma opinion, todos son confundidos con los ateos por M. de Chateaubriand, y tratados como tales.

De esta confusion de diversos jéneros de enemigos de la relijion, se deriva que el autor pierde con frecuencia su tiempo, y falta á su objeto, porque en una gran parte de su obra combate á enemigos de la relijion que admiten las mismas doctrinas que él quiere probarles, dejando sin pruebas aquellas en que disienten de su opinion.

Despues que M. de Chateaubriand ha probado la existencia de Dios por medio de las maravillas de la naturaleza, como lo hicieron antes de él mil escritores, ¿que se puede concluir para justificar el robo de los ejipcios, y las crueldades del pueblo de Dios con los habitantes del pais de Canaan, y la de los sacerdotes haciendo pedazos al rey Agag por órden de Samuel, y para hacer creer el retroceso de las aguas del Jordán, dejando pasar á los israelitas, y tragándose el ejército de Faraon, ó para persuadir que el sol suspendió su carrera, &c.?

Por la misma razon, despues de haber establecido la mision de Moisés, el orijen divino de la relijion judaica y de todo el Antiguo Testamento, no se ha respondido con ese método á las numerosas objeciones que levantan los incrédulos contra la relijion cristiana, sus misterios, sus dogmas atacados como contrarios á la razon, algunas de sus prácticas miradas como funestas á la sociedad, y enemigas de la naturaleza, y contra la corrupcion de sus ministros; y concluyo diciendo que esto es un defecto en el plan y en la composicion.

Tambien es un vicio notable en el plan y compo-



sicion de la obra, que M. de Chateaubriand se ocupe continuamente de hacer tomar por guía la imaginacion en lugar de la razon; proyecto funesto que, gracias á la imprenta y á las luces adquiridas, no puede ejecutarse completamente; pero se puede temer, y no toca á M. de Chateaubriand evitar, que una parte se ejecute en el espíritu de los lectores. Este proyecto suyo de separar la razon se muestra en todas partes: *el corazon, el alma, el sentimiento*, ved, dice, los oráculos que habemos de consultar.

¿Quien no ve que un faquir mahometano, un discípulo de Brama, un talapon, un chino devoto de Foe, un habitante del Japon, de la religion de Sintoos; en fin, un iluminado de los que se hallan en todas las religiones, pueden tambien decir á sus catecúmenos: *El corazon, el alma, el sentimiento, ved los oráculos que debeis consultar?*

Contando las causas de su conversion, dice: » *He llorado, y he creido*; como si esto fuese una razon para creer. *Si uno llega*, dice, *á los reinos de la soledad sin creer nada, sale de ella creyéndolo todo.*

¿Y como puede la soledad conducir á la creencia, que se supone ser razonable? Mas bien conduce al error, á la supersticion y á la imbecilidad:

. . . . . La razon adecuada

No habita entre la jente secuestrada.

El autor, recordando en el capítulo cuarto de su libro primero, tomo primero, y pintando los desvarios monstruosos de los revolucionarios desencadenados con-

tra el cristianismo, observa que esos mismos templos, levantados al Dios que es conocido del universo, y á las imágenes de Vírjenes que consuelan á tantos desgraciados, estaban dedicados á la *Verdad*, que persona alguna no conoce, y á la *Razon*, que jamás ha secado una lágrima.

Bueno es vengar á Dios y á las Vírjenes; pero debe hacerse sin insultar á la verdad y á la razon. Si nadie conoce la verdad, ¿que pretende enseñarnos M. de Chateaubriand, que seguramente no será esceptuado él solo de esta sentencia? Si se ha podido levantar una estatua al tiempo con esta inscripcion: *Al que consuela*, ¿no es la razon la que con ayuda del tiempo endulza y amortigua los males mas crueles, no siendo el tiempo otra cosa que un personaje alegórico que no tiene accion?

»Para reconciliar el mundo con la relijion, dice »aun, es preciso probar que ella es la mas poética de »todas; todos los encantos de la imaginacion, y todos »los intereses del corazon deben venir en su socorro.”  
 ¿No es esta la máxima del P. Canaye: *Nada de razon, señor?* ¿Y como se encuentra esta máxima sentada por principio en los escritos de un hombre, que ha reido en compañía nuestra, hallándola en la conversacion del jesuita con el mariscal de Hocquincourt? ¿Deja de ser un gran vicio en la composicion el desvelo que el autor se ha tomado, á fin de separar la razon?

#### DEL ESTILO.

Nos falta hablar del estilo en que está escrita la



obra; y sobre este punto no titubeamos en reconocer, que en muchas partes el autor se halla inspirado por una imaginacion brillante; que pinta, colora y lo anima todo; que tiene el sentimiento del poder de la palabra colocada en su lugar, de la armonía de la frase, y del equilibrio de sus partes; que las novelitas de *René* y de *Atala*, aunque salpicadas de algunos defectos, han merecido la fama de que gozan; que su capítulo de *Misiones*, en el tomo tercero, puede proponerse como modelo á los jóvenes escritores, y al mismo autor, para detenerlo en esa manera sencilla y verdadera, en que el talento de escribir se ostenta en muy alto grado; que lo mismo se puede decir de todo el libro sexto, y del tercer tomo, en que el autor enumera los servicios prestados á la sociedad por el cristianismo, y de una infinidad de trozos, que recojidos formarían volúmenes. Esto es lo bueno que proclamamos con satisfaccion; pero no podemos disimular los defectos que el mismo éxito de la obra, y la reputacion del autor, pueden hacer contagiosos.

¿Como en efecto no alarmarse por los intereses del gusto, viendo siete ediciones de una obra, en donde se hallan frecuentemente espresiones exajeradas, acepciones forzadas dadas á las voces, figuras estremadas, metáforas incoherentes, frases obscuras, y sobre todo un refinamiento que escluye la naturalidad y sencillez, un énfasis que desnaturaliza los objetos para engrandecerlos; en fin, como lo ha dicho uno de nuestros miembros del Instituto, M. Guinguené, en una crítica juiciosa y espiritual, »un estilo desfigurado con »frecuencia con exajeraciones, estrañezas y espresiones

»de mal gusto, y aun con defectos de lenguaje?

Me dispensó de citar ejemplos de estas faltas, porque nuestro compañero M. Sicard ha llenado este vacío, al mismo tiempo que ha hecho justicia al talento del autor en la parte en que resplandece.

Diré solamente que por razón de esos defectos que no pueden dejarse de conocer en el *Jenio del Cristianismo*, la clase no puede ver la tercera de las cualidades que exige el decreto, la elegancia de estilo en mayor grado, á no ser que se entienda por tal, la que se halla solo en algunas partes de la obra.

Concluyo diciendo, que el exámen cuyo resultado presento á vuestros ojos, me ha conducido á las mismas conclusiones que las que habeis tomado en vuestra última sesion (1).

(1) Véanse, para la refutación de algunos juicios de M. Morrellet, la *defensa* del autor y los *Estractos* de M. de Fontanes, en el tomo III del *Jenio del Cristianismo*.

**FIN.**





# INDICE.

|  | PÁJ. |
|--|------|
| Prólogo.....   | 5    |
| De la Inglaterra y de los ingleses.....  | 9    |
| Ensayo sobre la literatura inglesa. = Young....  | 25   |
| Shakspere ó Shakspeare .....   | 43   |
| Beattie.. ..   | 66   |
| Alejandro Mackenzie .....  | 77   |
| Sobre la lejislacion primitiva del señor vizconde de<br>Bonald .....   | 113  |
| Sobre la lejislacion primitiva .....   | 127  |
| Sobre la primavera de un proscrito , poema de<br>M. J. Michaud.....  | 154  |
| Sobre la historia de la vida de Jesucristo , escrita<br>por el padre Ligny , de la Compañia de Jesus..                 | 179  |
| Sobre una edicion de las obras completas de Rollin.  | 193  |
| Sobre los ensayos de moral y de política.....  | 207  |
| Sobre las memorias de Luis XIV.....  | 219  |
| De las letras y los literatos : respuesta á un artí-<br>culo publicado en la gaceta de Francia del 27<br>de Abril..... | 236  |
| Sobre el viaje pintoresco é histórico por España de<br>Alejandro de Laborde .....                                      | 254  |
| Sobre los anales literarios , ó de la literatura an-<br>tes y despues de la restauracion : obra de M.<br>Dussault..... | 279  |
| Sobre una obra del señor conde de Boissy-d' Anglas,<br>titulada: Ensayo sobre la vida, escritos y opinio-              |      |



|   |     |
|---|-----|
| nes de <i>M. de Malesherbes</i> .....   | 292 |
| <i>Panorama de Jerusalem</i> .....  | 305 |
| <i>Sobre el viaje á Levante del señor conde de Forbin.</i>  | 308 |
| <i>De algunas obras históricas y literarias</i> .....   | 320 |
| <i>Continuacion</i> .....   | 328 |
| <i>Novelas</i> .....  | 331 |
| <i>Viajes</i> .....   | 334 |
| <i>Sobre la historia de los duques de Bretaña, por</i><br><i>M. de Barante</i> .....                      | 341 |
| <i>Continuacion</i> .....   | 353 |
| <i>Sobre la historia de las Cruzadas, escrita por M.</i><br><i>Michaud, de la academia francesa</i> ..... | 365 |
| <i>Opinion de M. Morellet sobre el Jenio del Cristia-</i><br><i>nismo</i> .....                           | 375 |





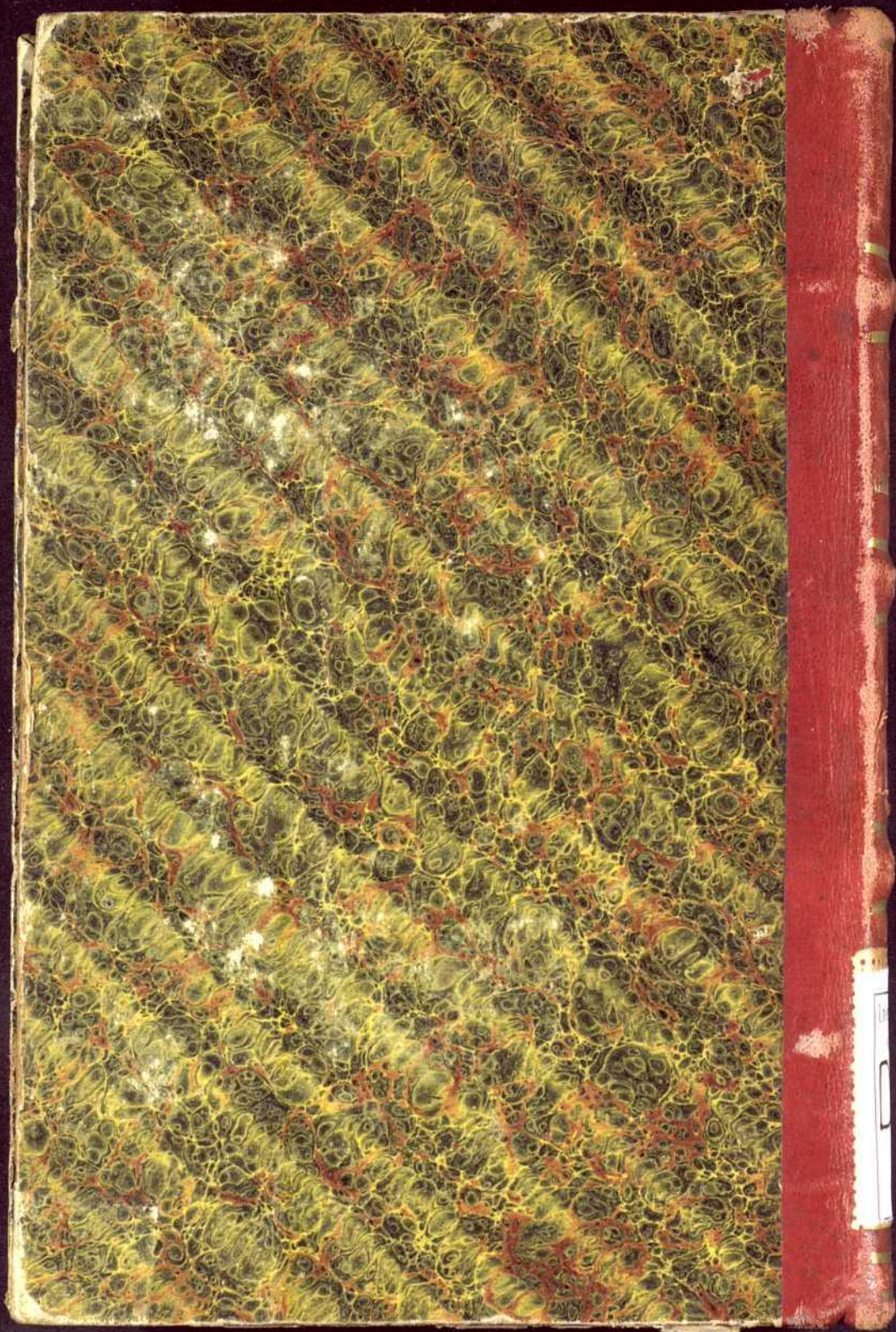












OBRAE  
DE  
CHATEAUBRIAN

19

Universitat de València

Biblioteca General

D-114

50